

El Secuestro

Advertencia

Este libro no es una novela.

Aquí no hay lugar para la ficción.

De la verdad de los hechos relatados en primera persona respondo bajo juramento.

Los sucesos de los cuales no he sido testigo presencial, son narrados según las versiones proporcionadas por los secuestrados, a quienes se identifica en esta obra.

En los casos que escapan a estas reglas, he reconstruido los hechos con la ayuda de mi archivo.

Durante el secuestro de los protagonistas de esta aventura, no pude usar, obviamente, grabadoras magnetofónicas ni máquinas fotográficas. Llevé, en cambio, una minuciosa relación taquigráfica tomada en el momento mismo en que ocurrían los sucesos.

He hecho lo posible por despojar a esta narración de cualquier consideración subjetiva. Los hechos sucedieron como los relato, independientemente de las ideas políticas de quienes los protagonizaron.

He reservado para el epílogo una breve apreciación personal sobre la violencia. No pretendo que el lector se identifique con esta posición.

El Autor

La Internacional

La luz mortecina a duras penas se abría paso a través de la garúa. Hacía frío. Un murmullo, como un coro de moscardones, se elevaba desde la penumbra. Varios hombres, unos en pie y otros en cuclillas, conversaban nerviosamente mirándose a los ojos. Un cigarrillo pasaba de mano en mano. Alguien jadeaba, otros respiraban con fuerza. Hugo Blanco **(1)** se palpó, una vez más, el pantalón azul descolorido, a la altura de la cintura, allí donde los guerrilleros y los soldados suelen llevar sus armas cortas. Repetía este gesto como para cerciorarse de que "eso" estaba en su lugar. Lucía una espesa barba negra, a lo Fidel Castro, y una melena enmarañada, con un mechón blanco que le caía sobre la frente, a lo Tongolele **(2)**. Tomó del brazo a uno de los contertulios y, apartándose del grupo, se refugiaron en la oscuridad del rincón.

- *Dentro de treinta minutos, dieciséis millones de civiles se encerrarán, muertos de miedo, en sus casas, en sus chozas; se ocultarán en los ríos, en las punas, en los socavones de las minas. Los soldados dispararán, a matar, contra cualquier ser humano que se mueva. Es el toque de queda, nadie está seguro*, dijo Ledesma **(3)**.

Flaco, con una calvicie acentuada y una brillante barba franciscana, en el rostro pálido de Ledesma llama la atención su fría mirada de pez. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, agarrándose los hombros, como si quisiera protegerse del frío o sabe Dios de qué. Su contextura esmirriada contrastaba con la gruesa y corpulenta figura de Hugo Blanco.

- *Hoy han caído encarceladas mil quinientas personas. Hay muchachos de doce años, tal vez de menos, Los "ultras" me han pasado el dato. Esta represión no tiene precedentes*, comentó Blanco.

Ricardo Napurí **(4)** se acercó, felino, con los labios apretados. A los 52 años, tenía el cabello totalmente encanecido. Con los ojos inyectados y el rostro sin afeitar, caminaba con los puños adelante, como si estuviese aferrado a un timón imaginario. Cauteloso bisbiseó:

- *Los "ultras" (5) ya no quieren hablar. Nuestra situación se definirá en los próximos minutos. En cuanto empiece el toque de queda cualquier cosa puede ocurrir; no habrá testigos. Una vez en la calle nuestras vidas no valen un centavo. ¿A dónde nos quieren llevar?*

La tensión crecía minuto a minuto. De pronto todos callaron, en pie, se agruparon unos al lado de los otros, con los ojos muy abiertos. Se oyeron pasos rápidos. Alguien corría. De súbito se iluminó, vivamente, el pasillo exterior y se perfiló, nítida, una puerta donde se ubicaron dos hombres, uno de ellos con un papel en la mano.

- *Letts, Ricardo (6)... por aquí, con sus cosas.*

Robusto, casi atlético, vistiendo una chompa marrón y jean raído, un hombre joven, con anteojos, recogió un maletín de viajero y se adelantó para salir del patio.

- ¡*Clap, clap, clap, clap, clap...*!

Desde el fondo, a unos diez metros de distancia, se elevó una cortina de aplausos y de murmullos. Pegados contra una pared, apiñados en la oscuridad, al fondo del patio, decenas o, tal vez, centenares de hombres desgredados despedían a sus amigos.

Letts enseñó los dientes tratando de sonreír. Levantó el brazo derecho y, con el puño en alto, hizo el saludo que suelen hacer todos los comunistas del mundo.

- *Diez Canseco, Javier (7)... por aquí, con sus cosas.*

Con 30 años auestas, bigotes negros y cara de adolescente, Diez-Canseco avanzó cojeando ligeramente. La poliomelitis le afectó una pierna, en su niñez. Al oír los aplausos, giró sobre sí mismo y agradeció también con el puño en alto.

- *Díaz Chávez, Ricardo (8)... por aquí, con sus cosas.*

El desfile de políticos continuó, como en un mitin. Aplausos, vítores y saludos con el puño en alto. Eran candidatos en las listas comunistas para la Asamblea Constituyente que los peruanos elegirían veinticinco días después. El Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas había elaborado un *cronograma* para restablecer la democracia y el estado de Derecho después de diez años de absolutismo militar. Un paro general de protesta por el encarecimiento de las subsistencias, convulsionaba a todo el país y enconaba a los sectores pauperizados contra el gobierno. Las autoridades respondieron con puño de hierro: encarcelaron a dirigentes de extrema izquierda, clausuraron todas las revistas independientes, impusieron el toque de queda. Nadie creía en la autenticidad de las elecciones. Yo, director de EL TIEMPO, había permanecido en prisión, en el Departamento de Seguridad del Estado, sin explicación alguna, durante cinco días. Recién esta noche, me habían reunido con los líderes marxistas.

- *Estos tres son udepos. Unidad Democrática Popular (9). ¿Los conoces, pata?, preguntó el hombre que tenía el papel en la mano.*

- *Sí, ultras, son ellos, afirmó el otro. (Los miembros de la Policía de Investigaciones del Perú, la PIP, especializados en la cacería de políticos, dirigentes sindicales y estudiantes, se conoce entre ellos con el apelativo de "ultras")*

Fueron llamados Hugo Blanco, Genaro Ledesma y Ricardo Napurí.

- *Estos son focepos. Del Frente Obrero Campesino Estudiantil. ¿No es así?*

- *Sí pata, ellos son...*

- *Alvarado Bravo, José Luis (11)... Por aquí, con sus cosas.*

Bajo de estatura, ágil, con bigotes y cabellos castaños, Alvarado Bravo avanzó, elegante, con casaca de cuero, pantalón marrón claro, camisa sport Christian Dior y zapatos Gucci, también marrones. Los aplausos parecieron prolongarse para él. Un canto amenazador salió de las gargantas de los hombres apretujados en la oscuridad. Parecía un coro de desesperados.

- *¿No hay otro del PSR? (12).*
- *No, ultra, los milicos se escaparon.*
- *Damonte, Humberto (13)... Por aquí con sus cosas.*

Serio, pálido, flaco, apenas agradeció los aplausos. Su mal humor era evidente. El coro subía de tono, las voces eran más intensas, ahora tenían un acento triste.

Hubo una pausa. Los dos hombres hablaban en voz baja.

- *Baella Tuesta, Alfonso... ¿Usted? Por aquí... Con sus cosas.*

Recogí mi maletín, mi sobretodo y una pequeña frazada.

Cuando se escuchó mi nombre, estallaron los aplausos. El canto fue enérgico, enardecido. Miré con curiosidad. ¡No había duda! la demostración de afecto, de parte de los prisioneros comunistas, era para mí. Me volví hacia los desconocidos. No podía agradecerles con el brazo derecho y el puño en alto. Yo no pertenecía al comunismo. Tampoco con el brazo izquierdo, a la manera de los incas, porque éste era el saludo aprista. Ni con los dos puños sobre los hombros, como lo hacía El Chino Velasco (14). Opté, pues, por agitar la mano como cuando un papá despide a sus hijitos que van al Colegio.

- *¡Póngase en la cola!*

Me ubiqué inmediatamente después de José Luis Alvarado.

- *¿Qué cantan?, pregunté*

Alvarado me miró incrédulo, como un sarraceno miraba a un cristiano, o viceversa.

- *¡Es la Internacional! (15), me dijo. Mi ignorancia le causó asombro.*

"Arriba los pobres del mundo

en pie los esclavos sin pan..."

Era un himno excitante. Yo no había tenido jamás la oportunidad de escucharlo. Sospeché que comenzaba a vivir un episodio profesional verdaderamente fascinante. Vinieron a mi mente las estrofas de otro himno que escuché hace mucho años:

"Cara al sol con la camisa nueva

que tú bordaste en rojo ayer" (16)

Lo cantaban unos españoles que iban a morir luchando contra otros españoles que cantaban La Internacional.

Las nueve personas formábamos una extraña columna en el sombrío edificio prefectural. Los investigadores, a pesar de su profesión, nos miraban con curiosidad. Contaban, de arriba abajo, de abajo arriba, nos señalaban con sus índices, disimulaban sus pistolas bajo sus sacos.

- *Por aquí... bajando uno por uno.*

Nos pusimos en movimiento. Cruzamos la reja; se inició el descenso entre investigadores que estaban por todos lados, llegamos al primer piso.

- Un momento, no se amontonen. De dos en dos, suban a las camionetas...

La garúa caía con mayor intensidad. Los motores se prendieron, roncaban amenazadores. Los automóviles de radio patrulla, las camionetas y los camiones de la policía, con sus faros encendidos, y las torretas luminosas; todo esto creó un ambiente alucinante, como en los grandes operativos policiales. En cada vehículo, además de dos detenidos, iban cuatro detectives. Me tocó subir en el último carro, con Javier Diez-Canseco. Nunca lo había tratado.

- ¿Es la primera vez que está usted preso?, le pregunté para romper el hielo.

- Es la séptima, me contestó con suficiencia. Comenzó a fumar.

La columna se puso en marcha por las calles desiertas de la ciudad. Hacía diez minutos que había comenzado el toque de queda. Nadie dijo a dónde íbamos. No había testigo alguno de esta extraña aventura, planeada hasta en sus mínimos detalles, no sabemos por quién, y que terminaría sin que sus protagonistas sospecháramos dónde, ni cuándo, ni cómo...

En la solitaria noche invernal de Lima, los vehículos que conducían a los prisioneros, desde la prefectura a algún lugar desconocido, formaban una extraña caravana. Adelante, un automóvil de radiopatrulla intercambiaba mensajes en clave. Los faros, las luces intermitentes de los techos de los patrulleros, se veían

desde lejos; y una potente sirena rompía el silencio de la ciudad amedrentada. Tanques, y los soldados, en avenidas y carreteras, apuntaban con sus armas, listos para disparar contra cualquier sospechoso.

- *Nos llevan al aeropuerto*, dijo Diez Canseco, mirando a través de las lunas del vehículo, empañadas por el polvo y la lluvia.

Algunos días antes, en **EL TIEMPO (17)** habíamos recibido una información confidencial sobre la existencia de una relación de políticos, dirigentes sindicales y periodistas que iban a ser enviados al presidio de El Sepa, en pleno corazón de la selva central del Perú, un centro de reclusión para condenados por delitos comunes. Su fama era siniestra. Es una cárcel sin muros; de allí nadie ha podido escapar porque la jungla es una barrera infranqueable. Si alguien burló a los carceleros y a los perros de caza, no pudo hacer lo mismo con las serpientes, los insectos y la feroz naturaleza.

- *Quizás nos lleven a El Sepa*, sugerí.

- *Para El Sepa no hay vuelos de noche. El campo donde aterrizan los aviones no tiene iluminación artificial*, explicó Diez Canseco. *Creo que nos mandan fuera del Perú. Y no nos embarcarán en un avión comercial. Fíjese usted, estamos pasando frente a la entrada del aeropuerto. Nos llevan al Grupo 8, a la base de la Fuerza Aérea. ¡Nos van a deportar!*

- *¿Tiene usted su pasaporte?*, le pregunté.

- *No. Pero no hace falta. Es probable que ya tengan los pasaportes en el avión.*

- *¿Y las fotografías?*

- *Lo tienen todo. Cuando se trata de echar a alguien del país, hasta las firmas las falsifican. Así ocurrió cuando deportaron a Ravines (18).*

La caravana se detuvo ante una tranquera. Soldados, armados con ametralladoras, a la carrera, se ubicaron junto a los vehículos. Un oficial hablaba desde un transmisor portátil.

- *Creo que nos van a fusilar*, dije con humor negro. Me superó un investigador que iba al lado del chofer.

- *Los fusilamientos se hacen en la madrugada*, afirmó. Festejó su chiste solo, riéndose a sorbos.

Se levantó la barrera, el convoy ingresó a la base aérea y se detuvo frente a una oficina. Los investigadores empujaron los escritorios y dejaron un espacio libre donde acomodaron varias sillas. Una docena de ellos se ubicaron en puertas y ventanas. Nadie podría escapar.

- *Pueden tomar asiento; aquí vamos a esperar.*
- *¿A esperar qué o a quién?, preguntó Díaz Chávez.*
- *Esperamos instrucciones; nosotros no sabemos nada.*
- *¿Podemos salir a caminar, a estirar las piernas?*
- *No; de esta habitación, nadie sale.*

Sobraban sillas. Los prisioneros acomodaron sus pocas pertenencias. Los ocho líderes comunistas hablaban, conspiraban en voz baja. Yo me dirigí a los policías:

- ¿Puedo pedirles un favor? Como periodista quiero unas declaraciones, muy breves, sobre lo que está pasando. En algún momento estaré en condiciones de publicar todo esto. ¿Es posible?

Cambiaron miradas entre sí. Algunos cuchichearon. Yo tenía lápiz y papel en la mano. Los investigadores cambiaron miradas, que ellos suelen decir que son de "inteligencia", pero se quedaron en silencio. Hablé, entonces, con los prisioneros. Les solicité sus declaraciones.

- Después tendrá usted que absolver el interrogatorio que nosotros le vamos a hacer, dijo Letts, con severidad, mientras me señalaba con el índice.

Chirriaron las llantas de varios vehículos, hasta que se detuvieron bruscamente. Otra vez los soldados corrieron y los oficiales se agitaron con sus transmisores portátiles. Los prisioneros se dirigieron a la puerta de la oficina para ver qué ocurría en la Base Aérea.

- Llegan más presos. ¡Esta es una redada gigante!, dijo Hugo Blanco. De todos los presentes, él tenía experiencia en cárceles y deportaciones. ¡Hasta había sido condenado a muerte!

Se abrieron las puertas de los automóviles y descendieron dos marinos uniformados. De los otros vehículos, salía gente vestida de civil, presumiblemente agentes de seguridad. Caminando rápidamente, los marinos flanquearon la oficina donde se encontraban los prisioneros civiles, y desaparecieron. Los prisioneros; nos precipitamos a las ventanas para observar que ocurría en la explanada.

- Es el vicealmirante José Arce Larco (19), ex ministro de Marina de Velasco, dijo José Luis Alvarado Bravo. Es candidato del PSR a la Constituyente. En cualquier momento traen a "Olluco" Rodríguez (20), añadió.

Minutos después, se repitió la escena. Siguiendo el camino de su predecesor, llegó el vicealmirante Guillermo Faura Gaig (20), también uniformado, y portando un abrigo grueso azul en el brazo.

Faura había pasado al retiro el 25 de junio de 1975, en circunstancias nunca esclarecidas. En aquella oportunidad, el poderosísimo ministro del Interior de

Velasco, general Pedro Ritcher Prada (21), comentando la suerte de Faura, había dicho: *Pasó al retiro por razones institucionales y de ninguna manera políticas*. Esta noche, Faura era candidato a la Asamblea Constituyente en la lista del PSR.

Poco después, personal civil transportaba maletas. Posteriormente, en un automóvil, sin escolta policial, llegó una dama.

- *Es la esposa de Arce*, exclamó Alvarado Bravo conocedor, no sólo de sus camaradas del partido, sino de los familiares de éstos y de sus amigos.

- *Entre militares el trato es diferente*, siguió diciendo. *A un vicealmirante sólo lo puede detener otro vicealmirante, y a un general, otro general. Aquí los han llevado seguramente a una oficina especial. Es probable que viajen con sus esposas*.

- *Esta es una redada contra todos los hombres de izquierda, contra todos los candidatos. Me parece que la Constituyente se fue a la mismísima mierda*, sentenció Díaz Chávez, "El Charro".

- *Yo no fui detenido, fui secuestrado el día viernes*, dijo Genaro Ledesma Izquieta, fundador del FOCEP, Frente Obrero Campesino Estudiantil Popular, y primero en la lista de candidatos de esta agrupación extremista para la Asamblea Constituyente. Continuó con su relato sobre los detalles de su captura por los policías. Éstos escuchaban con curiosidad.

- *El viernes 19, a las 5 de la mañana, veinte hombres llegaron a mi casa, en Pozuzo 168, distrito de Breña. Preguntaron por mí, les dije que yo no me encontraba. Se negaron a identificarse. Montaron guardia en la calle. A las 9 de la mañana, volvieron a llamar y dijeron que tenían orden de allanar la casa. Se les pidió la orden de allanamiento y se violentaron. Amenazaron con echar abajo puertas y ventanas. Varios tenían sus armas en las manos. Yo les franqueé la entrada, y ellos ingresaron atropelladamente con pistolas y metralletas. "¿Qué ocurre? ¿Por qué esta demostración bélica?", pregunté. "¿Dónde está "Chumbeque"? ¿Dónde está?", gritaban mientras apuntaban a los pasillos y habitaciones interiores. Chumbeque era mi perro guardián, un lindo animal, mestizo como buen peruano, con un sentido extraordinario de la lealtad. Se ha comido muy buenos culos: me refiero a los culos de policías. En una oportunidad anterior, los policías llegaron a detenerme y me llevaban a sus vehículos, cuando apareció Chumbeque: no dejó culo sano. Está entrenado para morder traseros. Aquel día Chumbeque libró una batalla victoriosa. Mientras los investigadores se cubrían sus culitos con los pantalones deshechos, yo me escapé. Por eso, esta vez, ingresaron a mi casa dispuestos a matar a Chumbeque. "Calma jovencitos, esta vez los culos están seguros. Chumbeque está guardado", les dije. Me llevaron a la prefectura donde me tuvieron incomunicado por orden del ministro del Interior*.

Ledesma reía, de buena gana, contando las hazañas de Chumbeque.

- *La crisis se debe a las deudas contraídas por el gobierno con los banqueros norteamericanos; el pueblo debe desconocer las deudas contraídas por el gobierno militar*, sentenció.

Hugo Blanco, teatral, había llevado una silla al centro de la habitación y allí, sentado, leía aparentemente abstraído, ausente de lo que ocurría a su alrededor. Vestía un chaquetón gris, arrugado, descolorido, de edad impredecible, con amplios bolsillos repletos de folletos. Debajo una chompa verde, raída, y un pantalón que fue azul en algún momento, sujeto con una soguilla a modo de cinturón. Botines marrones descoloridos, sucios, como si jamás hubiesen conocido las manos de un lustrabotas.

- ***EL TIEMPO** es un periódico enemigo de la clase obrera. Me calumnia, afirmó atropelladamente. Su piel era amarillenta. Rápidamente accedió a contestar mis preguntas.*

- *Fui secuestrado el jueves 18 de mayo, a las 2 de la madrugada, en mi casa de Chorrillos, por civiles armados que se negaron a identificarse. No tenían orden alguna de allanamiento. Hacía pocas horas que me había presentado en la televisión como candidato de la lista del FOCEP. He sido deportado una vez por Velasco, y otra, por Morales Bermúdez (22). Si ahora me deportan, será mi segunda deportación en la Segunda Fase. Nosotros somos los chivos expiatorios para disimular el fracaso del gobierno y el descontento de las masas. Soy trotskista. La farsa electoral montada por el gobierno se desmorona.*

Volvió a sumirse en la lectura.

- *¿Lleva usted algún archivo, los documentos de su partido?, le pregunté apuntando a sus bolsillos.*

Me miró sorprendido, pero luego se puso a sonreír.

- *Son novelas policiales y de misterio... Cuando me toman preso, lo primero que hago es cargar con todas las novelas policiales que están a mi alcance. Se palpó el chaquetón, y aproveché para observarlo con mayor detenimiento. Era evidente que portaba, apenas disimulado, un objeto sospechoso, como una arma de fuego, al lado derecho de la cintura. Se palpó el bulto, se cerró el chaquetón y volvió a concentrarse en su lectura. Más parecía un comediante que el siniestro jefe de los guerrilleros del Cusco.*

- *Soy teniente retirado de la Fuerza Aérea del Perú. He sido deportado cinco veces: dos por las autoridades peruanas, y tres por las autoridades argentinas. La primera vez, en 1948, fui exiliado porque como aviador militar me negué a bombardear un barco donde los marineros apristas se habían sublevado contra el gobierno del doctor Bustamante y Rivero. A fines de octubre de ese año, Odría (23) dio un golpe de Estado y me cayó la quincha. Soy candidato del FOCEP, en representación de mi partido, manifestó Napurí.*

- *No le creas, Baella, no le creas. A los del FOCEP ya les conté ese cuento. A ver ¿cuántos votos sacará el FOCEP en las elecciones?, gritó, en son de broma, Alvarado Bravo.*

- *Llegaremos a los trescientos mil votos. Estoy seguro*, replicó Napurí, aparentemente mortificado. Todos soltaron una carcajada. Hugo Blanco, el artista, en el centro de la habitación, a ratos bostezaba ruidosamente, a ratos estiraba las piernas, pero en ningún momento apartaba los ojos de sus libros.

Las esposas de los almirantes Arce y Faura pasaron frente a las ventanas. Todos se levantaron para mirar, menos Blanco. Las señoras subieron a un automóvil y salieron de la base aérea. Ellas no serían deportadas. Ledesma, que había estado observando desde una ventana, llamó a los demás:

- *Miren, allí está nuestro avión: Es un Hércules; allí entran fácilmente doscientas o trescientas personas. Parece que ésta va a ser una deportación sin precedentes.*

A 50 metros de distancia, un gigantesco aparato había prendido sus luces interiores. Se veía claramente su vientre de ballena, muy grande, iluminado por bombillas eléctricas que brillaban, en la negrura de la noche, como arreglos de Navidad. Su rampa posterior, un verdadero puente entre la pista y el avión, podía soportar el peso de tanques y camiones.

Varios soldados subían y bajaban del avión. La garúa caía, como harina, dificultando la visión.

Grueso, moreno, con bigotes y cabellos encanecidos, Ricardo Díaz Chávez, abogado, aparentaba tener unos diez años más de los 48 que confesó. Fruncía el ceño para hablar, inclinando la cabeza como si quisiera persuadir o conspirar. Sus amigos le decían "El Charro" porque residía en México, pero- me advierten- monta en cólera cuando alguien le espeta el apodo.

- *Soy el sexto en la lista de la Unidad Democrática Popular. Fui secuestrado en mi casa de la urbanización Córpac, a las 12 de la noche del martes. Es decir, ayer. Esta será mi cuarta deportación. Soy asesor legal de los trabajadores mineros; comunista, marxista leninista. Soy catedrático en la Universidad Autónoma de México. Estas deportaciones demuestran que el general Morales Bermúdez sólo quiere que en las elecciones participen lo que llaman "la gente decente". Nosotros, somos los impuros, los indecentes, los que no tenemos derecho a vivir en nuestra patria... Bueno, yo me explico que nos deporten a nosotros. Pero, ¿por qué te deportan a ti? ¿Estás metido en alguna conspiración reaccionaria? ¿El golpe derechista?*

- *Después contesto; déjame concluir con mis microrreportajes porque nos pueden llevar al avión en cualquier momento*, repliqué.

- *Que conteste. Tiene que contestar el interrogatorio al que debemos someterlo*, advirtió con rotundidad Letts. Parecía el "comisario" del grupo.

- *Es un enemigo de clase. Yo no me confío en él*, gritó Hugo Blanco, sin levantar los ojos de su libro. Seguía actuando como en el teatro. Demostró que podía abstraerse en la lectura y, al mismo tiempo, seguir, palabra por palabra, una conversación de

terceros, e intervenir en ella cuando le viniera en gana. No sólo guerrillero y artista, también un genio.

- *¿Tienes un cigarrillo?*, dijo Javier Diez-Canseco. Sin problemas proseguía el diálogo de los líderes marxistas. Muy pocos fumaban. Ni Blanco, ni Napurí, ni Letts lo hacían. Los cancerígenos, de los cuales yo tenía dos paquetes, cumplieron su misión social.

- *A mí me secuestraron cuando llegaba a la casa de Genaro Ledesma. Dos camionetas cerraron el paso al automóvil en que viajaba con tres personas. Varios hombres me apuntaron con sus armas, me conminaron a bajar y me empujaron a su vehículo. Me condujeron a la prefectura donde permanecí incomunicado. Hemos consumido la comida de los presos comunes, que es bastante mala. Posteriormente, permitieron que nuestros familiares nos hicieran llegar alimentos. ¿Dinero? Sólo tengo 50 soles. Me preocupa la situación de mi familia, tengo a mi esposa en vísperas de dar a luz y su salud es precaria. Ella también trabaja pero lo que gana no le permite cubrir todos los gastos de la casa. Pero, éstas son cuestiones personales que no vienen al caso. No tengo pasaporte ni ropa, salvo la que llevo puesta. Soy marxista. Como comunista, trabajo en el semanario **Amauta** y de eso vivo. Mi partido es Vanguardia Revolucionaria, que forma parte de la UDP. En mi opinión, el general Morales Bermúdez está conduciendo el proceso político en forma tal que terminará provocando su derrocamiento por las mismas Fuerzas Armadas. Surgirá un nuevo gobierno que se entenderá con el bedoyismo. El pueblo estará ausente.* Diez-Canseco se expresó en voz baja, casi confidencialmente.

- *Esta es la segunda vez que me secuestran. La primera vez ocurrió el 23 de setiembre de 1970 y terminé en Panamá*, dice Ricardo Letts Colmenares. Tuve la impresión de estar frente a un hombre prematuramente entristecido, disconforme con el mundo, inclusive con sus amigos que en ese momento le rodeaban. Había en su mirada una desconfianza apenas disimulada.

- *Civiles armados rodearon mi casa, en Miraflores, cerca al mar. Subieron a los techos, bloquearon las puertas. Me intimidaron para que me rindiera. Me llevaron a la prefectura y ahora estoy aquí.*

- *¿Es verdad que la PIP les proporcionó un receptor de televisión para que no se aburrieran?*

- *Sí, sí, es verdad. Hemos forzado a las autoridades, mediante sucesivas batallas, a que mejoraran nuestra situación en la prisión. Al principio, estuvimos totalmente incomunicados, comíamos la ración del presidio y dormíamos en el suelo, sin cama. No nos llevaron a los calabozos con los presos comunes. Estuvimos en varias habitaciones, casi doscientas personas; ellas fueron las que nos aplaudieron cuando salimos de la prefectura. Son dirigentes sindicales, empleados, obreros, maestros, huelgistas de todo color. Después, la policía nos proporcionó camastros y frazadas. Estas cosas no se hacen por maldad de algún individuo; es el sistema mismo, es un sistema político donde hay un desprecio total por la persona humana. El Perú está dividido entre quienes tienen todos los derechos y privilegios; y el resto de peruanos, sin derechos, ni siquiera para dormir en una cama. No tienen el derecho elemental a que sus familiares sepan dónde se encuentran. Así estamos aquí nosotros.*

Era evidente su deseo de impresionarme como líder, como ideólogo ilustrado y, a la vez, amenazante. La conversación fue interrumpida bruscamente.

Un detective, entrado en años, gordo, con el cabello encanecido y quien, aparentemente, era el de mayor jerarquía, ingresó a la habitación con el rostro sonriente y frotándose las manos.

- *Bueno, la cosa está aclarada. Nos vamos a ver el Mundial de Fútbol (24), ¿qué les parece?*

Letts, Blanco y Napurí reaccionaron instantáneamente, como un relámpago.

- *¿Nos va a deportar a la Argentina?*

Los demás también se pusieron de pie. El policía se quedó estupefacto, boquiabierto. Pensó, seguramente, que la noticia iba a ser festejada con aplausos. Al ver la reacción de los detenidos, retrocedió. Pero era muy tarde para enmendar las cosas. Los policías que estaban dentro de la habitación, se pusieron en estado de alerta.

- *Lo emplazo a que nos diga claramente si vamos a Buenos Aires. El gobierno tiene que entregarnos nuestros pasaportes con las visas respectivas, gritó, pálido, Letts.*

- *Yo no conozco los detalles; el único que sabe es el piloto. Supongo que es a Buenos Aires... sólo supongo, balbuceó el investigador tratando de explicarse.*

Los comunistas cuchichearon animadamente entre sí.

- *En la Argentina están asesinando a los comunistas. Yo no puedo llegar a ese país porque he sido expulsado de allí, por razones políticas. Se me quiere sacrificar deliberadamente, reclamó Hugo Blanco, con los brazos en la cintura.*

Los secuestrados

- *Traigo una misión desagradable. El gobierno ha acordado deportarle a la Argentina.*

- *¿A mí? ¿Por qué?*

- *Señor, ignoro los motivos. Mi misión consiste en poner este hecho en su conocimiento y conducirlo al aeropuerto.*

- *¿La deportación es ahora mismo? ¿En este momento? ¡Son las 10 y 5 de la noche, ya comenzó el toque de queda!*

El contraalmirante Daniel Masías había sido comisionado por las autoridades del ministerio de Marina para detener al vicealmirante Guillermo Faura Gaig.

Correctamente uniformado, llegó a la residencia de su colega en la avenida Pezet, en el aristocrático distrito de San Isidro. Faura, vestido de sport, se asomó a la puerta que daba a la calle. Afuera, se habían estacionado media docena de vehículos, probablemente con investigadores, y, además, había dos automóviles de radiopatrulla cuya circulina, llamaba la atención. Los vecinos se aglomeraban en los balcones.

- *¿Dónde está el vicealmirante Carbajal? Según el reglamento, un vicealmirante no puede ser detenido por un contralmirante. Yo no me voy.*

Olga de Faura se puso junto a su esposo. El contraalmirante Masías no hizo comentario alguno.

- *Debo hacer una llamada telefónica; y, después, a preparar mi maleta. ¿O me voy sin equipaje?*

- *Señor, esperaré el tiempo que sea necesario.*

Faura subió al segundo piso, a su dormitorio. Llamó al general retirado Leonidas Rodríguez Figueroa, líder del Partido Socialista Revolucionario. Debían reunirse con el general Aníbal Meza Cuadra, para almorzar el domingo siguiente.

- *Leonidas, me deportan a la Argentina. Escápate si tienes tiempo.*

- *Pero, ya comenzó el toque de queda, contestó el famoso "Olluco" Rodríguez, quien fuera uno de los poderosos miembros del equipo militar que gobernaba con el general Velasco Alvarado.*

- *No importa, huye como puedas.*
- *Me estoy duchando, pensaba meterme a la cama.*

- *Olluquito, no seas cojudo, escápate aunque sea con las bolas al aire... Tú eres su personaje favorito. Adiós.*

Habló luego con su entrañable amigo, José Arce Larco.

- *¿Te deportan Willi? ¡No puede ser, qué carajo, en este momento voy por ti!* Violento, Arce Larco se lanzó como un bólido, en su Mercedes Benz, por las silenciosas calles de la ciudad. En un santiamén estuvo en la casa de Faura Gaig.

- *¡Qué es esto, cómo es posible! ¿Dónde está Willi?*
- *Está preparando su equipaje, explicó Olga de Faura.*

Se escuchó un prolongado timbrazo. La señora Faura abrió la puerta y otro marino saludaba con elegancia, con energía. Era el vicealmirante Tirado.

- *Buenas noches, deseo hablar con el vicealmirante José Arce Larco, que está aquí.*

Arce, también vestido de sport, avanzó unos pasos.

- *Señor, el gobierno ha acordado deportarlo esta noche con destino a Buenos Aires. Tengo instrucciones de conducirlo en este momento al aeropuerto. Lo acompañaré a su casa para que prepare su equipaje.*

- *¿Cómo? ¿Yo también?*

Faura apareció uniformado. Como militar en retiro, no le correspondía usar el uniforme salvo en ocasiones extraordinarias, para alguna actuación especial. Abrazó a su amigo.

- *¿Vas a viajar uniformado?, preguntó Arce Larco.*
- *¡Claro que sí!*

Faura volvió a subir a su dormitorio. Arce Larco, en su Mercedes Benz, se dirigió a su casa, seguido por una caravana de vehículos precedidos por el automóvil del vicealmirante Tirado.

Faura hizo otras llamadas telefónicas. Habló con el general retirado Arturo Valdéz Palacio y con Francisco Moncloa, candidatos como él, en la lista del Partido Socialista Revolucionario.

- *Mi pasaporte, ¿dónde está?, preguntó Faura a su esposa.*

- *El pasaporte no es necesario porque todos los documentos están en el avión, dijo el contraalmirante Masías.*

Faura se despidió de su padre, Salvador Faura Bedoya, de 87 años de edad, hombre fuerte como un roble, que había sido periodista, de los buenos, dirigiendo, junto con Federico More, una incisiva revista satírica de los años 30: "El hombre de la calle".

- *Papá, no te preocupes, no sabes las ganas que tengo de ver el Mundial.* El viejo no contestó. Se estrecharon en un abrazo prolongado. Los marinos llegan y se van, con frecuencia, de modo que las despedidas suelen estar despojadas de dramatismo. Pero esta vez, las cosas parecían diferentes.

- *Estoy de vuelta para el día de mi santo.*

Ingresó al automóvil del contraalmirante Masías, y la caravana emprendió viaje rumbo al Callao.

Arce Larco preparó su uniforme. En el ropero encontró una metralleta que, años atrás, le había obsequiado Fidel Castro. Tenía una placa metálica, con su nombre. Los políticos, los jefes militares y los periodistas que visitaron Cuba, recibieron,

como recuerdo, una metralleta igual. Tomó el arma y, una caja de proyectiles; y subió a la azotea. Su hijo corrió tras él.

- *¿Qué vas a hacer? ¡Reflexiona!*

Con el rostro contraído por la cólera, el ex ministro pareció volver a la realidad.

- *¡Todo esto es una mierda! ¡Una mismísima mierda, que alguna vez hay que terminar a balazo limpio, qué carajo!*

Prevaleció la serenidad del muchacho. Bajaron a la sala.

- *Toyita, mi pasaporte, ¿dónde está?, preguntó Arce Larco a su esposa.*

- *No es necesario el pasaporte: según mis instrucciones, su pasaporte está en poder del piloto que conducirá su avión.*

- *¿Puedo acompañar a Pepe?, preguntó Victoria Cánepa, la esposa del ex ministro.*

- *No hay inconveniente.*

En el Grupo 8, los dos ex ministros fueron alojados en la oficina del jefe de esta dependencia de la Fuerza Aérea, coronel FAP Pérez. Conversaron, hicieron algunas bromas con los marinos que los habían detenido.

- *¿Podría ir Toyita a traer a Olga, mi esposa? Parece que vamos a demorar un buen rato, dijo Faura.*

Sus custodios dijeron que sí. La señora Arce fue a su casa y llamó a la esposa de Faura.

- *Olga, busca el pasaporte de Guillermo. Yo he venido por el pasaporte de Pepe. Luego paso por ti, dicen que es muy importante.*

Una hora después, las dos señoras ingresaban al Grupo 8.

- *No hemos encontrado los pasaportes, qué raro, parece que se han perdido.*

Entretanto en el Grupo Aéreo N° 8:

- *¡Yo no voy! ¡Yo prefiero que me maten aquí! Si me van a asesinar en Buenos Aires, ¿por qué no lo hacen aquí mismo?, gritó Napurí. Pálido, las manos le temblaban, se le veía notablemente exaltado.*

El jefe de la PIP, confundido, dio media vuelta y desapareció.

El conciliábulo entre los comunistas cobró intensidad.

- *Para facilitar mi trabajo -les dije en voz alta- voy a permanecer en este ángulo, cerca de la puerta. De esta manera, ustedes pueden deliberar con toda libertad. Cuando lleguen a algún acuerdo, ¿pueden proporcionarlo a la prensa? ¡Ustedes son los únicos deportados que tienen el privilegio de viajar con el corresponsal de una agencia internacional de noticias.* José Luis Alvarado Bravo sonrió. A estas alturas se había establecido, tácitamente, que entre los detenidos había una clara división. A un lado, los exaltados izquierdistas, y al otro, yo. Cuando era necesario, yo me apartaba para que pudiesen deliberar con absoluta libertad. Estábamos juntos, pero no mezclados.

- *Está muy bien... Está muy bien.*

Volaron los minutos. Media hora.

Sonriente, con un abrigo azul sobre su uniforme, entró el vicealmirante Arce Larco.

- *¡Buenas noches, buenas noches! ¿Cómo están ustedes? Así que viajamos juntos; vamos a ver el Mundial de Fútbol, ¿qué les parece?*

Los ocho políticos lo rodearon inmediatamente. Hubo fuertes apretones de manos. Abrazos. El más efusivo fue Alvarado Bravo, líder del Partido Socialista Revolucionario, en cuya lista también figuraban Arce Larco y Faura Gaig. Me acerqué al grupo, papel en mano. El ex ministro no me extendió la mano; yo tampoco. No nos saludamos. Nunca habíamos sido amigos. Ellos eran velasquistas del cogollo; yo, por el contrario, podría considerarme en las antipodas.

- *Nos quieren enviar a la Argentina, y nosotros no vamos a aceptarlo. Es mejor que vengan y nos asesinen en esta habitación. En la Argentina han asesinado al general Pratts, han asesinado a legisladores uruguayos, gritaba, Hugo Blanco a voz en cuello.*

Arce Larco se quedó estupefacto.

- *Tengan calma; vamos a ver qué pasa.*

El griterío era ensordecedor, todos hablaban a la vez. Hugo Blanco, con una novela de Agatha Christie en la mano, había acomodado, otra vez, una silla en el centro de la habitación.

Aparentaba leer en medio de la turbamulta; y, de rato en rato, se incorporaba y repetía:

- *En la Argentina matan todos los días a los políticos. Allí nadie está seguro. Nos envían al matadero.*

- *Arce Larco, como vicealmirante de la Armada Peruana, estás en la obligación de defender el derecho de los peruanos. Si nos van a asesinar, que tengan el coraje de asesinarnos aquí, gritó Letts, cuya voz comenzaba a imponerse.*

Arce Larco salió rápidamente. Se fue visiblemente contrariado.

Intenté reiniciar el diálogo con Letts. No quiso seguir hablando conmigo; se encontraba alterado:

- *Resulta problemático emitir una opinión política en estas circunstancias. No estamos camino de una deportación. Nos envían simplemente a ser asesinados por encargo. Este operativo tiene por objeto amedrentar a todos los sectores izquierdistas. ¿Por qué han incluido a dos almirantes? ¿Por qué nos ponen junto a ti, que apoyas a ciertos militares? Porque temen que se desmorone la llamada unidad monolítica de las Fuerzas Armadas?*

Inesperadamente, otro personaje se hizo presente. Los políticos izquierdistas se pusieron de pie y avanzaron.

El investigador Alvarado cargó con los platos rotos. Nervioso, adusto, tenía una bufanda ordinaria, enrollada en el cuello, para protegerse del frío. Después del detective gordito, que con tan poca fortuna anunciara el *viaje al Mundial*, Alvarado parecía ser el de mayor jerarquía.

- *¿A dónde nos va a deportar? ¡Exigimos una respuesta!*
- *¡Queremos nuestros pasaportes!*
- *¡Nos envían al pelotón de la muerte!*

Todos hablaban a la vez; rodearon a Alvarado amenazadores.

- *Yo no puedo contestarles. Aquí obedecemos instrucciones superiores, replicó.*

- *Entonces queremos ver al piloto, gritó Letts. Nosotros no vamos a viajar a Argentina, dígame así a sus superiores.*

¡Asésinnos ustedes! tengan el valor moral de asumir la responsabilidad de nuestras desapariciones, de nuestras muertes.

Blanco, Alvarado, Bravo, Napurí y Letts vociferaban a todo pulmón; Ledesma, Diez Canseco, Díaz Chávez y Damonte hablaban en voz baja, como si oficiaran de apuntadores de un teatro. Media hora más tarde, la fatiga pareció haberlos vencido. Aproveché la tregua para dirigir unas palabras, en voz alta, al investigador Alvarado:

- *Los señores no quieren viajar a Argentina, porque temen ser asesinados. Quiero que usted sepa, y por su intermedio sus superiores, que, de llevarse a cabo esta deportación, yo estoy conforme con viajar a Argentina. En cambio, si se pretende llevarme a Cuba, dejo sentada mi protesta. Yo no quiero viajar a ningún país comunista o socialista.*

- *Está muy bien, tomaré nota de su posición*, dijo Alvarado, dio media vuelta y se fue.
- *¡Muy mal, muy mal! ¡Qué equivocado estás! ni siquiera sospechas el grado de libertad que hay en Cuba*, dijo José Luis Alvarado Bravo.

- *Esta sería una oportunidad para que te cures de tus prejuicios*, agregó Damonte.

- *Sólo en la sociedad comunista, el hombre está absolutamente seguro*, añadió Díaz Chávez.

Hugo Blanco volvió a palpar el objeto que llevaba colgado de la cintura, se acomodó el chaquetón, y, haciendo un esguince que le es típico, puso de lado la cadera, y gritó:

- *Yo tampoco viajaría a Cuba, por nada del mundo. Yo me voy a Suecia, quiero hablar con el embajador de Suecia. ¿Hay un teléfono?* Uno de los investigadores, que permanecía dentro de la habitación, movió negativamente la cabeza.

- *Entonces quiero mear, ¡quiero mear!*, exclamaba agitando los brazos como un oso. Los investigadores se quedaron sonriendo, como gozando de los efectos causados. Hubo consultas. Intentaron abrir una puerta, pero no pudieron. Los accesos a los servicios higiénicos parecían bloqueados.

José Luis Alvarado Bravo era la personificación del buen humor, de la elegancia. Podría ser un pasajero VIP, de primera clase. De ninguna manera, un político que salía de la cárcel para confrontar la posibilidad de un exilio. Me ofreció, alisándose los bigotes, sus declaraciones:

- *Me detuvieron esta mañana, cuando salía de mi casa. Subía a mi automóvil cuando, ¡zuácate!, una camioneta se detuvo impidiéndome retroceder. ¡La PIP!, le dije a mi esposa, que estaba a mi lado. Ya no podía escapar. En menos de lo que canta un gallo estuve rodeado por Policías. Me pasaron al coche de la PIP. Soy, pues, el más nuevo del equipo. Así se explica que esté bien dormido y tostado por el sol. La primera vez que me deportaron fue en 1953, durante el gobierno de Odría, por mi labor en la universidad. Esta es la segunda. Yo creo que no habrá Asamblea Constituyente; esta ola represiva es el comienzo de otra etapa. Creo que el gobierno busca dos objetivos: entregar el poder a la derecha y retirarse a una trinchera segura, después de su tremendo desprestigio. No estoy de acuerdo con ir a ver el Mundial de Fútbol. Me opongo a que nos envíen a cualquier país del Cono Sur. A cualquier parte, menos al Cono Sur de América Latina.*

Pasaron, rápidamente, frente a los ojos curiosos de los políticos, dos señoras. Los acompañaban algunos civiles. Subieron, siempre de prisa, a los vehículos color humo de la Armada. Eran las esposas de los vicealmirantes Arce y Faura. Los vehículos se pusieron en movimiento y salieron en retroceso.

- *Se han despedido las señoras. Se acerca el momento del viaje*, dijo Napurí. Los políticos se retiraron, a su esquina, a deliberar en voz baja.

Humberto Damonte, apartándose de sus camaradas, me dijo:

- *Yo no soy candidato, no soy el director de **Marka**. Soy el presidente del comité directivo de esta revista. A mí detuvieron el sábado, cuando me dirigía a almorzar, de mi oficina del jirón Camaná a un restaurante próximo. La PIP me seguía desde la víspera. Esa mañana vi a una persona, en la puerta del edificio donde está mi oficina, con aspecto de PIP. Cuando salí a almorzar, en compañía de un cliente extranjero, el policía se desconcertó. Estaba solo. Avancé como 50 metros. Sentí que corrían a mis espaldas. Eran ya dos los PIPs. Jadeante, se adelantó uno de ellos. ¿Usted es el señor Damonte? Acompáñenos, por favor. El director de Seguridad del Estado quiere hablar un momento con usted. Yo no tengo nada que hablar con él, repliqué. Ya eran tres y hasta cuatro los PIPs. Me subieron a un carro y aquí me tienes.*

*Este es un episodio más de la lucha del pueblo. Soy marxista, no lo niego. Estos abusos sólo aceleran la revolución. Creo que sí habrá elecciones para la Constituyente; pero lo que de allí salga será un remedo de Constitución. El pueblo estará ausente. **Marka** fue fundada en 1975; ésta es la tercera clausura que sufre. Para mí, esta es la segunda deportación. La primera vez, también me enviaron a Buenos Aires.*

- *Señores, les comunico que vamos a viajar a Panamá. Esta es una buena noticia, dijo el investigador Alvarado, siempre serio, siempre con el rostro contrariado.*

- *Carajo, me jodieron, dije con voz alta.*

Los políticos se retiraron a su esquina. Deliberaron. Hugo Blanco se mantuvo al margen, solitario, en el centro de la habitación, embebido en la lectura de sus novelas policiales. De vez en cuando solía llevarse la mano a la cintura. La cosa estaba allí.

- *Exigimos la presencia del jefe de la base. Queremos conversar con él para que nos diga si es verdad que hay cambios en el plan de vuelo del avión. ¿Qué pasa si subimos al avión, creyendo que nos llevan a Panamá, y después aparecemos en Argentina? ¿Usted tiene autoridad para garantizarnos que iremos a Panamá?, dijo Letts*

- *Mejor nos vamos a Suecia. Yo tengo residencia en Suecia. Déjenme hablar con la embajada de Suecia en el Perú y obtendremos asilo para todos en ese país. Aquí no tenemos ninguna garantía; no sabemos si nos llevan a Panamá, a Argentina, al Sepa o al cementerio. No tenemos un pasaporte, no tenemos contacto con nuestras familias. Nadie sabe que estamos aquí. ¿Los hombres de la PIP van a servir de testigos?, monologó Hugo Blanco, puesto en pie, caminando a pequeños pasos, poniendo los brazos en jarras.*

- *Nosotros cumplimos órdenes, si nos dicen que vamos a Panamá, pues vamos a Panamá, replicó el investigador Alvarado.*

- *A mí no me engañan. Yo soy piloto de la Fuerza Aérea del Perú. Soy el capitán Napurí. Si subimos al avión, yo exijo ir junto al piloto. Yo sé leer las cartas de vuelo, yo sabré al minuto si nos llevan a Panamá, o a Argentina o a algún otro lugar. Si nos llevan a Argentina, nos*

haremos cargo del avión. Yo asumo esa responsabilidad. Secuestraremos el avión y las autoridades peruanas serán las responsables de nuestra actitud, afirmó Napurí.

- Exigimos que venga el jefe de la base, exigimos su presencia aquí porque es un jefe de la Fuerza Aérea que nos merece la confianza, terció José Luis Alvarado.

El investigador Alvarado se retiró. Los otros miembros de la PIP, que permanecían dentro de la habitación, se movieron nerviosos. Algunos hombres con uniforme se asomaron a la puerta, pero miraban desde lejos. No querían salir de la penumbra.

Los políticos se retiraron, otra vez, a deliberar. Demoraban. Me acerqué al grupo.

- Perdón, ¿no hay ningún boletín para la prensa? Quiero comunicarles algo: ustedes han ofrecido secuestrar el avión. Si hacen eso, yo les acompañaré hasta el fin del mundo, hasta el mismo infierno. Es decir, no me separaré del grupo, ni aun en el caso de que se me ofreciera la posibilidad de bajar, solo en algún lugar.

- *Tú no te pierdes esta primicia periodística, ¿no es así?, dijo José Luis Alvarado Bravo.*
- *Así es. Por nada del mundo perdería un reportaje de esa naturaleza.*

Con un transmisor-receptor en la mano, uniformado, llegó el coronel Pérez, de la Fuerza Aérea, jefe de la base.

- Yo invoco su ejecutoria de hombre de bien, de peruano que hace honor a su palabra y es consecuente con su conducta. ¿Usted nos garantiza que el avión Hércules que, nos va a llevar al exilio, nos conducirá a cualquier país, menos a Argentina?, dijo Letts. Lo rodeaban los políticos.

-En la Argentina nos van a asesinar. Allí han asesinado al general Pratts de Chile, al ex presidente Torres, de Bolivia, declamaba Hugo Blanco, agitando en la mano una novela.

- Éste es un operativo militar en el cual la Fuerza Aérea del Perú no tiene participación. Nosotros proporcionamos las instalaciones, pero no intervenimos en el destino de la aeronave, contestó el coronel Pérez.

- Aquí el teniente Napurí, de la Fuerza Aérea pero en situación de retiro, puede controlar el rumbo de la nave, añadió Letts.

- El piloto tiene un sobre con las instrucciones, el mismo que será abierto cuando el avión haya emprendido el vuelo, informó el coronel Pérez. Luego, se retiró.

Un momento después, por la parte posterior, varios oficiales de la FAP, probablemente pilotos, se detuvieron a mirar a través de la ventana lo que ocurría al interior de la oficina. Parecían intrigados. Evidentemente para ellos la "noticia"

era saber que uno de los candidatos a la deportación era un piloto, que tenía la intención de apoderarse de la aeronave.

Letts se incorporó y, avanzando hacia la ventana, dio grandes voces, diciendo:

- *Nosotros somos ciudadanos peruanos que no hemos cometido delito alguno, que estamos siendo arrojados de nuestra patria en un avión de la FAP, para ser asesinados en el extranjero.*

Los oficiales abrieron los ojos, estupefactos.

- *Queremos saber cuál es la posición moral de ustedes frente a este hecho. Ustedes son peruanos que no están manchados por la corrupción. ¿Si les ordenan que nos asesinen en esta habitación, nos asesinarían?*, continuó Letts, dramático.

- *Yo soy un oficial de la Fuerza Aérea en situación de retiro. Yo soy un coronel de aviación a quien han metido en la cárcel por defender al pueblo, y a quien van a enviar hoy a la Argentina, en ese avión que está allí esperando, para que me asesinen*, grito Napurí, empujándose sobre la punta de los pies. Pálido, con el cabello revuelto, con la barba cana crecida, Napurí causó efecto. Los oficiales de la FAP se miraban entre sí, y luego seguían absortos, viendo y oyendo lo que ocurría en la oficina, que era precisamente de los pilotos.

- *Sepan que se está montando un asesinato. Nosotros no nos embarcamos. Que vengan y que tengan el coraje de asesinarnos aquí*, repetía Letts.

- *En la Argentina han asesinado al general Pratts, del ejército de Chile; al general Torres, ex presidente de Bolivia; a los diputados uruguayos... Allí hay muchos grupos que asesinan; nadie está seguro: ni los hombres de derecha ni los hombres de izquierda. Por eso yo les digo a mis compañeros: vamos a Suecia, que me dejen hablar con el embajador de Suecia*, repetía Hugo Blanco.

Los oficiales de la FAP se retiraron.

Ingresó, una vez más, el investigador Alvarado. Tenía puesta su bufanda marrón.

- *¿Napurí? ¿Quién es Napurí?*

- *Yo soy... ¿qué pasa?*
- *Véngase un momentito, quiero hablar con usted.*
- *¿Usted conmigo? ¿Y qué tiene que hablar? ¿Por qué no habla aquí?*

- *No aquí no, afuera hay una persona que desea hablar con usted. Es algo confidencial*, contestó el detective, malicioso.

Napurí dio dos pasos atrás. Sus colegas se pusieron de pie, y lo rodearon rápidamente. Letts y Blanco se ubicaron cara a cara con Alvarado. Los otros PIP que estaban dentro de la habitación se pusieron de pie, en alerta.

- *Yo no voy, yo no salgo. Me quieren asesinar afuera.*
- *Al compañero Napurí nadie lo saca. Aquí caemos todos.*

El investigador Alvarado estaba ostensiblemente disgustado. Hasta ese momento, nada le salía bien. El alboroto ya duraba tres horas. Dio media vuelta y se fue.

Los políticos se reunieron en su rincón, deliberaban en voz baja. Afuera, caía una garúa intensa. La panza del Hércules, iluminada, parecía esperar, con impaciencia, a sus pasajeros. Algunos soldados, con sus armas en las manos, daban vueltas en torno a la máquina. Sigilosamente, un oficial de la marina se acercó a la ventana y, puesto de perfil, se interesaba por ver qué ocurría dentro de la oficina.

- *Marino, queremos hablar con usted. Queremos conocer cuál es su posición moral frente a este siniestro propósito de entregarnos a asesinos extranjeros,* gritó Letts corriendo a la ventana.

- *Yo estoy condenado en la Argentina, fui encarcelado. Yo no puedo llegar a ese país,* gritó Napurí.

El oficial de la marina —parecía ser un militar de alta graduación— se quedó, inicialmente, boquiabierto.

- *En la Argentina han asesinado al general Pratts, de Chile,* repetía Hugo Blanco, echando el vientre hacia delante y llevándose de rato en rato, la mano a la cintura.

- *Con usted queremos hablar, marino, con usted,* gritó Alvarado Bravo.

El oficial se dio media vuelta, pero, al ver que el grupo de políticos corría hacia la ventana, optó por retirarse, rápidamente, a campo traviesa.

Un hombre joven, delgado, de piel blanca y cabellos castaños, con casaca de cuero y pantalón elegante, montaba guardia, displicente, cerca de la puerta de la oficina.

En el Perú se mira a la Fuerza Armada y a las fuerzas auxiliares con criterio racista. El negro, el indio, el cholo, el chino, pueden hacer carrera en la PIP. El hombre joven, con ese aspecto no podría ser PIP. Tenía que ser, por lo menos, aviador.

- *Usted pertenece aquí a la planta de la base; usted forma parte de este operativo. ¿Se ha cambiado el plan de vuelo?,* preguntó Letts.

El joven no se movió. Ni se inmutó. Permaneció en silencio.

- *¡A usted le estoy preguntando!*

El tiempo corría veloz. Mi reloj marcaba la 1 de la madrugada del 26 de mayo.

Humberto Damonte abrió su maletín. Tenía varios panes, muy grandes, que los repartió entre los políticos. Alguien puso sobre la silla un buen pedazo de queso. Comieron con apetito.

- *Yo sigo en huelga de hambre. Sólo cuando sepa a ciencia cierta que nos vamos al extranjero, romperé mi ayuno*, le dije a Damonte cuando me ofreció compartir su refrigerio.

Los políticos tuvieron sed. Se dirigieron a una puerta que daba a una habitación oscura, aparentemente un baño. Hasta allí se desplazó el hombre joven, el de casaca de cuero, mirando silencioso, con la sonrisa en los labios.

- *Queremos entrar al baño, queremos hacer nuestras necesidades*, gritó Letts.

El hombre, cazarro, no se movía. Tenía el aspecto de un **purser**, uno de los tanto jóvenes de aspecto divertido que se encuentran en los mostradores de los aeropuertos. Parecía que se iban a ir a los golpes en cualquier momento.

Reapareció el investigador Alvarado.

- *Abran la puerta del fondo, que pasen al baño*, ordenó a uno de los PIPs. Su orden no pudo cumplirse de inmediato. La llave se había perdido. El nerviosismo de los políticos crecía por lo que parecía ser una broma de mal gusto o una provocación. Finalmente, fue abierta la puerta.

- Al ir al baño, depositen sus maletines y sus cosas, sobre la mesa que hay en la habitación próxima. Vamos a proceder a una revisión, dijo el investigador Alvarado. Uno a uno, los políticos obedecieron.

Observé con atención a Hugo Blanco. Interrumpió su lectura y, poniéndose en pié, exclamó:

- *¿Por qué no nos matan aquí? Nos han tenido en prisión, incomunicados; nos traen aprovechando la soledad del toque de queda, nos mantienen aislados en una base militar, y de aquí quieren mandarnos al extranjero sin documentos. ¿Por qué? ¡Mejor nos asesinan aquí!*

Se había despojado del chaquetón en cuyos bolsillos llevaba sus novelas y, con disimulo, ocultó con esta prenda el objeto que llevaba en la cintura. Nadie percibió la maniobra.

- *¿Son tan importantes ustedes para que un gobierno quiera asesinarlos?*, replicó irónico, el detective Alvarado.

José Luis Alvarado Bravo, hinchando el pecho, les gritó:

- *¿Por qué cree usted que nos deportan? ¡Nos deportan porque nos tienen miedo. Nos encarcelan porque somos importantes!*

- *Yo prefiero que me asesinen aquí. Yo sé que me van a enviar a Argentina sin visa, y quién sabe con qué recomendaciones. Hugo Blanco giró, y contoneándose, dejó un atado con frazadas y algunos objetos sobre la mesa donde los PIPs hacían una revisión, y continuó hacia la *toilette*.*

Los investigadores tomaron las sillas y las acomodaron contra las paredes, dejando la habitación aparentemente libre.

Letts y Alvarado saltaron, se apoderaron de las sillas y las pusieron nuevamente al centro. Llamaron, a voces, a los demás que demoraban en la *toilette*. Se agruparon, como preparándose para enfrentarse a sus custodios.

- *Le emplazamos a usted, como jefe de la PIP, que transmita a sus superiores, al ministro del Interior, al Primer Ministro, a Morales Bermúdez y a Ritcher Prada, que no estamos haciendo bromas. Vamos a librar una batalla aquí para impedir ser secuestrados. Transmita usted esto. No somos cualquier cosa. Llame usted, dijo Letts.*

- *Las decisiones han sido tomadas; el lugar de destino de ustedes no nos ha sido comunicado a nosotros,* respondió el investigador Alvarado.

Nuevo conciliábulo de los políticos. Me aproximé en vista de la intensidad del murmullo.

- *¿Alguna información para la prensa?*
- *Si, hay novedades,* dijo Diez Canseco.
- *Pedimos que venga el coronel Pérez, el jefe de la base,* dijo Letts.
- *Ya se retiró, no está,* contestó el investigador.
- *Entonces queremos hablar con quien lo reemplace.*

- *Estamos perdiendo el tiempo,* replicó el investigador, quien parecía a punto de perder los papeles.

- *Queremos hablar con el almirante Arce Larco.*
- *Ellos están en otra dependencia. No sé dónde están.*

- *Veán, vayan al baño a hacer sus necesidades, a tomar agua, porque es mejor así,* replicó el investigador.

- *¿Por qué quiere usted que vayamos al baño? ¿Es que en ese avión no hay baño?,* inquirió Díaz Chávez.

Letts se acercó a la ventana que daba a la pista, donde estaba estacionado el Hércules, y comenzó a gritar:

- *¡Coronel Pérez! ¡Coronel Pérez! ¡Aquí lo necesitamos Coronel Pérez!*

Llegó el coronel Pérez, uniformado, con su transmisor en la mano. Tenía el ceño fruncido, la cara de aburrido. Los ocho rodearon al aviador.

- *Nuevamente nos dirigimos a usted, coronel Pérez, como jefe de esta base y como el jefe militar que nos inspira confianza, para que nos diga si es verdad que las órdenes de vuelo del avión Hércules han sido modificadas. Aquí, un miembro de la PIP dice que no viajamos a Buenos Aires sino a Panamá.*

- *Tengo un sobre cerrado de instrucciones para el vuelo. No me corresponde abrirlo ni enterarme del destino del vuelo,* contestó el coronel Pérez.

- *Entonces le vamos a formular la pregunta de otro modo: ¿Ha sido modificado o sustituido el contenido de este sobre entre las 11 de la noche y este momento? Aquí, un jefe de la PIP nos ha dicho que la orden fue para viajar, primero a Argentina, y luego, fue modificada para ir a Panamá. ¿Esto es verdad?,* inquirió Alvarado Bravo.

- *El sobre que tengo es el mismo, y no ha sido sustituido ni cambiado,* replicó el Coronel.

- *Nos están engañando, se están burlando de nosotros; nos van a entregar a las autoridades argentinas para que nos asesinen en ese país. ¿Por qué no tienen el valor de asesinarnos aquí? En Argentina han asesinado al general Pratts, jefe de las fuerzas armadas de Chile; al general Torres, ex presidente de Bolivia. Han desaparecido miles de personas; ahora mismo están buscando a unas monjas francesas que han sido secuestradas y probablemente amenazadas,* dijo Hugo Blanco.

- *Yo no puedo ir a Argentina, porque yo he sido expulsado de ese país. Hugo Blanco tampoco, él ha sido expulsado de ese país. La vida de ninguno de nosotros vale un centavo en ese país. La vida de ninguno de nosotros vale un centavo allí. (mirándome) excepto, claro está, la del periodista Baella, por consideraciones que todos sabemos,* dijo Napurí con vehemencia.

- *Es una provocación al pueblo y es comprometer a la Fuerza Aérea en un asesinato,* acotó Díaz Chávez.

- *¿Es cómplice la Fuerza Aérea del Perú de este operativo?,* grito Letts.

- *La Fuerza Aérea está al margen de este operativo; este es un operativo militar. Hay compromisos internacionales; la Organización de las Naciones Unidas,* replicó el Coronel Pérez. Sus últimas palabras fueron ininteligibles por la bulla que metían los políticos.

- *¿Cómo dice usted, coronel? ¿Podría repetir, por favor, lo de las Naciones Unidas?,* pregunté.

- *Precisamente, porque usted es periodista, no quiero seguir hablando; no me quiero ver metido en líos,* me dijo.

- *Marka ha mantenido una constante posición al denunciar los abusos que se cometen en la Argentina contra los derechos humanos. Argentina no respeta esos derechos, y ahora nos envían a ese país, aclaró Letts.*

El coronel Pérez se retiró, mirándome con desconfianza.

Nuevo conciliábulo, en un ángulo de la oficina. Ledesma, Díaz Chávez, Damonte, Diez-Canseco hablaban animadamente. Parecía que ellos elaboraban una estrategia, o por lo menos la exponían. Los otros, los dueños de una buena voz, asentían con gestos.

- *¿Algo para la prensa?*, pregunté. Faltaban pocos minutos para las 2 de la mañana.

- *No viajamos. Vamos a llamar a Arce*, me contestó Diez-Canseco.

Percibí un murmullo en la puerta que daba al patio; me acerqué. Tres investigadores montaban guardia. No me permitieron salir; pero saqué la cabeza, lo suficiente para percibir, en la oscuridad relativa, muchos cigarrillos encendidos. Era evidente que, silenciosamente, habían llegado numerosos policías. Quizás veinte o treinta personas hablaban quedamente, fumaban en la oscuridad.

- *¡Arce Larco!, ¡Almirante Arce Larco! ¡Arce, aquí se le necesita!*, gritaba Letts, desde la ventana a través de la cual se podía ver el Hércules. Todo nos hacía suponer que Arce y Faura estaban en una dependencia próxima, y que podían escuchar los gritos.

- *Grita tú*, dijo Letts, dirigiéndose a Alvarado Bravo. Éste se prendió de la ventana y, con muy buena voz, gritó hasta el cansancio:

- *¡Arce! ¡Arce Larco! ¿Me oyes, Arce Larco? ¡Te estamos llamando!*
- *¡Abí voy! ¡Aquí, Arce Larco!*

Apareció el rostro de Arce Larco en la ventana, detrás de las lunas. Tenía la expresión seria, con gorra de la marina y abrigo azul.

Alvarado Bravo fue el portavoz de su grupo. Exaltado, pero con dicción correcta, dijo:

- *Una autoridad superior, cuya identidad se oculta, ha decidido que vayamos a la Argentina. Ésa es la verdad, no obstante que se ha tratado de engañarnos, diciéndonos que nos llevaban a Panamá. En Argentina, nuestras vidas estarán en peligro desde el momento mismo en que pisemos tierra. Estamos sin documentos; varios de nosotros hemos permanecido incomunicados durante varios días; nuestros familiares y amigos ignoran dónde estamos. Se nos ha conducido a esta dependencia militar, furtivamente, aprovechando el toque de queda. No se nos permite comunicarnos telefónicamente con nuestros familiares. Todo esto constituye un secuestro. Pedimos tu intervención, como almirante de la Armada Peruana, como ex ministro, para que te*

comuniquen con el general Morales Bermúdez, con el presidente del Consejo de Ministros o con quien fuese necesario para decirles que les hacemos responsables de lo que pueda ocurrir. No saldremos de aquí por nuestra propia voluntad; ofreceremos toda la resistencia posible. Denunciamos formalmente al gobierno de habernos secuestrado en esta base aérea, y de embarcarnos en un viaje que sólo tiene un significado: ejecutar una sentencia de muerte.

- *Se va a hacer llegar este pedido, dijo, telegráficamente, Arce Larco, y desapareció.*

¡Arriba las manos, asesino...!

¡Tat- tat- tat- tat- tat- tat!

El tableteo siniestro de una ametralladora, interrumpió el silencio de la madrugada. José Arce Larco, vicealmirante de la Armada Peruana, en situación de retiro, despertó sobresaltado. Se restregó los ojos. ¿Balas? No le cabía la menor duda: eran balas de ametralladora que hacían impacto muy cerca, casi sobre su cabeza.

- *Pepe, por Dios, ¿qué pasa?, preguntó su esposa.*

- *No prendas la luz, silencio, tírate al suelo, ordenó Arce Larco, en voz baja, pero enérgica.*

El impacto de los proyectiles era violentísimo. Se escuchó el chirrido de un vehículo que partió a toda velocidad; luego de otro que se perdió en una curva a gran velocidad. Después, silencio...

Arce Larco se arrastró hacia la ventana de su dormitorio, en el segundo piso de su casa. La avenida San Felipe, a cien metros de la embajada del Japón, estaba desierta. Eran las 3:45 de la madrugada del 4 de marzo de 1976. Las luces de varias casas vecinas, al otro lado de la avenida, se encendieron.

El ruido de las balas había despertado al vecindario.

El marino puso su revólver Magnum calibre 3.75, en el bolsillo de su bata.

- *No te muevas, voy a ver qué es lo que ha pasado.*

- *Pepe, ten cuidado, nos han querido asesinar*, murmuró Victoria Cánepa de Larco, a quien sus amigos y familiares llamaban cariñosamente *Toya*.

Arce Larco salió a la calle y observó las paredes de su casa y los de la casa contigua, que hacía esquina con la avenida General Garzón. En ella vivía su suegra, doña Magdalena Solari viuda de Cánepa. Inmediatamente, comprendió lo que había ocurrido.

Alguien había disparado contra el dormitorio de su suegra. Las balas habían hecho impacto en la pared y en las ventanas. En el jardín exterior, sobre la acera de la calle, quedaron regados vidrios rotos y los montones de terrones arrancados por las balas que impactaron en las paredes de la casa, daban la impresión que había ocurrido un terremoto.

Arce Larco entró a la carrera en su casa; cruzó un jardín interior y abrió violentamente una pequeña puerta ubicada en la pared medianera. Subió al segundo piso y empujó la puerta del dormitorio de su suegra. La luz se filtraba por las ventanas rotas. La señora dormía profundamente. Era una virtud envidiable, nada, ni los terremotos ni las balas podían interrumpir su descanso. Larco avanzó, en puntas de pie, hasta la ventana. El piso del dormitorio también estaba lleno de terrones, de vidrios rotos, de polvo.

- *El asesino creyó que éste era mi dormitorio. Ésto parece un bombardeo. Gracias a Dios, no ha ocurrido nada; tu mamá duerme, no vale la pena despertarla.*

Ese día todo el mundo comentó la noticia. El ministro de Marina del general Velasco, el embajador de Velasco en los Estados Unidos, había sido víctima de un atentado criminal. Alguien quiso asesinarlo. ¿Por qué, si vivía apartado de la actividad política desde el 29 de agosto de 1975, fecha en que Velasco fue defenestrado?

Llegaron los expertos de la Policía de Investigaciones del Perú, PIP. Eran veintiséis los proyectiles que habían hecho impacto en el muro de ladrillo y cemento. Otros habían impactado en los marcos de las ventanas, y dos en la

puerta principal de la casa. En el techo y en una pared del dormitorio, se encontraron seis impactos más.

El día transcurrió agitado. Llamadas telefónicas y visitas de investigadores y periodistas. En la noche, Arce Larco y su esposa cruzaron la puerta medianera y se dirigieron a comer con doña Magdalena.

Comentaban, una vez más, lo ocurrido en la madrugada, cuando ingresó, preocupado, el mayordomo de los Arce:

- La niña XX está en la casa, dice que se trata de algo sumamente urgente; quiere hablar con usted, en este mismo momento...

Arce Larco salió, rápidamente, seguido por su esposa y por su suegra.

- A dos cuadras de aquí está el automóvil desde el cual dispararon anoche contra usted. Allí están las personas que atentaron contra su casa. Yo las conozco.

Arce Larco, su esposa y su suegra rodeaban, asombrados, a la criatura. Era la hija de un matrimonio vecino y amigo.

- *¿Cómo lo sabes?*

- Anoche me despertaron los ruidos de unos automóviles. Bajé al salón de mi casa a recoger mis muñecas. A través de la ventana vi las luces de un vehículo que se apagaban y encendían. Toda mi casa estaba a oscuras. Comencé a observar con atención. Hablaban en voz baja; uno de los hombres bajó una luna y sacó por allí una metralleta, como las que usan los soldados en la serie "Combate", de la televisión. El automóvil partió con las luces apagadas, y comenzaron los disparos. Luego apareció el segundo automóvil, a gran velocidad.

- *¿De qué color era el carro?*
- *El automóvil desde el cual dispararon, es un Toyota blanco-perla.*
- *¿Cómo puedes asegurar que es un Toyota?*

- Yo y mi hermano coleccionamos carritos de juguete. Conocemos todas las marcas y modelos.

Arce Larco levantó a la niña en sus brazos. La besó en una mejilla:

- *Eres mi ángel guardián, le dijo.*

Arce Larco subió rápidamente a su dormitorio y tomó su Magnum calibre 3.75. Comprobó que tenía las balas completas y se la puso en su cartuchera, bajo el brazo. Llamó por teléfono al director general de la PIP, inspector Rivera Santander:

- Oye viejo, envía en este momento un patrullero a mi casa, tengo en mi poder al hijo de puta que quiso asesinarme anoche.

- *¿Cómo? ¿Qué estás diciendo, Pepe? La voz del inspector delataba su estupefacción.*

- *Así como lo oyes, aquí lo tengo, y si demoras en mandar a tus hombres, le levanto la tapa de sesos de un balazo.*

- *Pepe, hermanón, ten cuidado. En un par de minutos está allí mi gente. Ten cuidado, Pepe, no vaya a ocurrir alguna desgracia.*

Arce Larco salió por la puerta de servicio de su casa, que comunicaba con el Pasaje Santiago. Dio un pequeño rodeo, caminó rápidamente, aunque tratando de no llamar la atención. Eran más de las 10 de la noche. Sorprendió al automóvil por la retaguardia. Abrió violentamente la puerta del Toyota. Hundió el cañón de la Magnum en las costillas del conductor. El hombre, de color moreno, pálido, no pudo articular ni una palabra. Arce Larco le quitó la pistola, que el hombre llevaba en la cintura, y dirigió el cañón de la Magnum hacia los otros ocupantes del Toyota. Eran tres, blancos, bastante gordo uno de ellos, también sus rostros adquirieron el color del papel. Violentemente, se abrieron todas las puertas del vehículo, y los tres hombres salieron, a la carrera, tomando direcciones diferentes.

El vehículo quedó abandonado. Arce hundía con fuerza el cañón del revólver en la espalda del chofer.

- *Andando, a mi casa. ¿Quién eres?*
- *Soy oficial de mar, yo sólo manejo este automóvil.*
- *¿Dónde trabajas?*
- *En el Servicio de Inteligencia de la Marina.*
- *¿Quiénes son los otros tres?*
- *Son Oficiales de la Marina, del Servicio de Inteligencia.*
- *¿Cómo se llaman?*

Frente a la casa de Arce Larco esperaba un automóvil de radiopatrulla. Salieron rápidamente los policías, con sus metralletas en la mano.

- *Éste es el chofer del automóvil desde el cual dispararon esta mañana. Es un oficial de mar que trabaja para el Servicio de Inteligencia de la Marina. Aquí está su pistola. Él sabe quiénes son los que dispararon esta madrugada para asesinar me. Su automóvil está ahí a la vuelta de la esquina.*

- *¡Carajo, se cagó!, dijo uno de los policías. El miedo le había aflojado los intestinos al chofer. Fue introducido violentamente al patrullero.*

- *Díganle al inspector Rivera Santander que para mí es una vergüenza descubrir que esta pandilla invoca el nombre sagrado de la Marina del Perú.*

Arce Larco, con las manos en los bolsillos de su abrigo, recordó rápidamente estos hechos, mientras recorría el tramo que separaba la habitación que ocupaba él con Faura, en la base de la Fuerza Aérea del Perú. ¿Tendrían razón estos civiles, evidentemente aterrados ante la inminente amenaza de ser asesinados? Comenzó a preocuparse. Sabía, por experiencia propia, que alguien en el Perú, jugaba con fuego. El terror comenzaba a usarse como arma política. ¿Existiría, en realidad, un plan para enviar a estos hombres hacia una muerte segura? ¿El avión Hércules era un ataúd gigante?

Ahora le enviaban con Faura y con un grupo de políticos civiles, desconocidos para él, todos deportados a la Argentina. Ese hombre alto, barbudo, que hablaba de los asesinatos que habían ocurrido en la Argentina, ¿tenía razón? Sí, era verdad que en Buenos Aires habían asesinado al general Pratts, de Chile; y el general Torres, de Bolivia.

- ¿Adónde nos envía el gobierno peruano para ser ejecutados? En la Argentina, el almirante Massera forma parte del gobierno. Es mi amigo. Muchas veces hemos estado juntos. No puede permitir que nos liquiden fríamente, impunemente.

Faura escuchó en silencio el relato que, en voz baja, le hizo Arce Larco sobre los graves incidentes que, a pocos metros de distancia, protagonizaron los prisioneros comunistas y la PIP.

- Tenemos que hacer algo. No nos podemos quedar callados, dijo Faura cuando Arce llegó al final de su relato.

Los almirantes Tirado y Masías, encargados de conducir a los prisioneros hasta el avión "Hércules", charlaban, aparentemente indiferentes a lo que ocurría a su alrededor, en un ángulo de la oficina. Los ex ministros se dirigieron hacia ellos.

- *¿Puedo hacer una llamada telefónica?* preguntó Arce.
- *Sí, señor.*

Se demoró algunos minutos en consultar una guía telefónica. Finalmente, llamó.

- ¿Aló? ¿Palacio de Gobierno? Habla el vicealmirante José Arce Alarco, quiero hablar urgente con el jefe de la Casa Militar. ¿Ya se fue? ¡Con cualquier miembro de la Casa Militar! Es muy urgente por favor! ¿No hay nadie; ya se fueron todos? ¿Está el Presidente Morales Bermúdez? ¡No hay nadie!

Colgó el teléfono. Eran las 2 y 10 de la madrugada. Faura fumaba.

- ¿Aló? ¿La casa del vicealmirante Parodi? ¡Quiero hablar con el ministro, de parte del vicealmirante Arce Larco. Es urgente, por favor. ¿No está? Colgó. Creo que ha sido la esposa de Coco, comentó.

- *¡Quién va a querer hablar con nosotros! creerán que llamamos para pedir que no nos deporten*, murmuró Faura.

Los señores Tirado y Masías se pusieron de pie.

- *Bueno, ha llegado el momento de tomar el avión.*

Se saludaron militarmente, se estrecharon las manos y, lentamente, Arce y Faura se dirigieron al Hércules. Ascendieron a la nave y ocuparon, silenciosos, dos asientos en la primera fila.

Frente a ellos, de espaldas contra la pared del avión, tomó asiento un detective, como para vigilarlos. Faura Gaig prendió un cigarrillo. Arce Larco aparentó dormir. En los últimos tiempos, tendía a ensimismarse. La idea de morir asesinado, con una bala por la espalda, o como consecuencia de la explosión de una bomba, le indignaba. Todos los días, antes de encender el motor de su automóvil, lo revisaba personalmente, con cuidado. No podía confiar en su chofer ni en nadie. ¿Cuál podía ser el objeto de la campaña terrorista? ¿Pudo haber sido un error? ¡No! Esta posibilidad se descartaba totalmente. La policía tuvo en sus manos el automóvil de quienes perpetraron el atentado, y al chofer del vehículo. La confesión espontánea, plena, de este hombre permitió conocer los nombres de cada uno de los tripulantes del vehículo. Además, no era la primera vez que atentaban contra su vida. El 24 de octubre de 1975, dos meses después de la caída de Velasco, se salvó por un pelo de caer bajo las balas asesinas. Sus atacantes huyeron cuando Arce Larco contraatacó, decidido, también a balazos.

Recordó con nitidez, como si fuese ese mismo día, las circunstancias que rodearon a ese primer atentado.

El chofer pidió permiso, en la mañana: dijo que se sentía muy enfermo. Parece que participó del complot, pues su ausencia posibilitó el atentado. A las 7 de la noche, Arce Larco salió de su casa, manejando su automóvil, rumbo a un supermercado. Necesitaba adquirir un producto para combatir los caracoles que invadían su jardín. Entró a la avenida San Felipe, manejando lentamente; prendió el receptor del vehículo. El tránsito no era intenso. Por el espejo retrovisor vio un automóvil, pequeño, que se acercaba a gran velocidad; pasó junto a él, por el lado izquierdo. Miró hacia el carro y vio a un hombre, con anteojos oscuros, que le apuntaba con una pistola. Pisó el freno. Sintió la explosión de un disparo. Siguió mirando: el vehículo se había adelantado un par de metros. El hombre ahora le apuntaba nuevamente. Arce pisó el acelerador y dobló el timón a la izquierda, para ponerse detrás de su atacante. Estalló otro disparo. En la guantera de su automóvil, Arce Larco había guardado su pistola. No la llevaba consigo, porque vestía ropa sport. Tomó la pistola y dobló el vehículo hacia el Club Yugoslavo. Apareció el carro de sus perseguidores, bruscamente, en sentido contrario al suyo. Arce Larco disparó contra su atacante; el hombre de anteojos

oscuros pareció desconcertarse. Disparó, sin ton ni son. Las balas hicieron saltar cascote del muro del Club. Arce Larco dio marcha atrás para perseguir a sus atacantes. Pero el vehículo desapareció velozmente. Examinó cuidadosamente su Toyota: no había recibido ni un solo impacto.

Arce Larco llamó al ministro de Relaciones Exteriores, general Miguel Angel de la Flor, y le explicó lo que había ocurrido. En esos días, el mundo político peruano estaba conmovido. El 29 de agosto, el general Velasco había sido depuesto por un golpe de Estado que llevó al poder al general Francisco Morales Bermúdez. El vicealmirante Arce Larco, en situación de retiro desde el 31 de diciembre de 1974, había sido nombrado embajador en Washington. Renunció tan pronto se enteró por la televisión, que su amigo, *El Chino Velasco*, había caído. Hizo algo más: esa misma noche emprendió viaje a Lima. Confirmó su renuncia, pero el gobierno demoraba en aceptarla. El Ministro de la Flor, al enterarse del atentado, le aconsejó hablar con el ministro del Interior general Campos Quesada.

- *Cholo, no te preocupes, esto lo descubrimos en un dos por tres*, le prometió Campos Quesada. Él era su amigo: había sido Agregado Militar en la embajada del Perú en Washington, cuando Arce Larco era el embajador. La PIP mandó a sus hombres para investigar. Encontraron los proyectiles en la calle, cerca de los muros exteriores del Club Yugoslavo. Después, el asunto cayó en el olvido. Nunca más se volvió a hablar del atentado. No. No era una broma, ni un chiste ni el fruto de la imaginación traicionera. Alguien había ordenado asesinarlo, con propósitos políticos.

Golpeados, esposados y humillados...

El ambiente estaba cargado de presagios. Los ocho líderes comunistas estaban sentados en el centro de la habitación, con las sillas juntas, unas con otras. Nadie hablaba. El silencio de la noche era total. Aumentó el número de PIPs dentro de la oficina. Ahora era alrededor de diez. Ingresó el investigador Alvarado.

- *Bueno, señores, vayan al baño a hacer sus necesidades.*
- *¿Vamos a Panamá?*, preguntó Letts, displicente.
- *Los que deseen, vayan al baño a hacer sus necesidades*, repitió Alvarado.
- *Queremos hablar con el coronel Pérez, el jefe de la base*, insistió Letts.
- *Ya se ha retirado; no está*, contestó Alvarado, con fastidio.
- *Queremos ver al almirante Arce*, terció Alvarado Bravo.

- *No estoy en contacto con él. Vayan al baño señores*, insistió el investigador Alvarado.

- *Hay un gran número de PIPs. Han aumentado los investigadores*, gritó Alvarado Bravo.

- *Queremos hablar con el segundo jefe. Queremos ver al piloto del avión; que venga el piloto del avión,* gritó Letts.

Junto a la ventana, un investigador, bajo de estatura, gordito, moreno, había permanecido en silencio durante todo el tiempo, desde que llegamos a la oficina. Observó a lo largo de las horas, impasible, la marcha de los sucesos. Súbitamente, con energía, sin ponerse en pie, terció:

- *¡Se están condicionando las cosas; estoy escuchando condiciones!*

- *¡Se nos está conduciendo al matadero. No son condiciones, son garantías,* replicó Letts.

- *Son condiciones; no ponga usted condiciones. No estamos deliberando; cumplimos órdenes,* gritó el gordito.

- *Me han sacado de mi casa diciendo que el ministro quería hablar conmigo. De esto, hace una semana. ¡Que venga el ministro a cumplir con su palabra; a hablar conmigo. No son condiciones mías, son las del ministro del Interior,* dijo Hugo Blanco con sorna.

- *El comandante no va a venir. El piloto no puede ser distraído de sus funciones. Seguimos condicionando las cosas,* gritó el detective, poniéndose en pie y mirando fijamente al investigador Alvarado.

- *Se ha reforzado la presencia de la PIP. Están viniendo más hombres de la PIP. ¿Por qué?,* bramó Díaz Chávez.

Los ocho se pusieron en pie. La sillas fueron acomodadas alrededor de los políticos, como si fuese un muro de defensa.

- *El comandante de la base se ha ido porque no quiere comprometerse. Por eso, no ha querido quedarse. Yo pido que venga el segundo jefe,* gritó Letts.

- *No viajamos. Que nos lleven a la fuerza. No viajamos,* vociferó Napurí.

- *Es inaceptable. Él asunto se está degenerando,* dijo el gordito de la ventana, con disgusto.

El grupo volvió a deliberar.

Cuando menos se pensaba, apareció el coronel Pérez.

- *Señores, este es un operativo militar. El sobre con las instrucciones lo abrirá el piloto en el aire. Yo mismo no sé el destino del vuelo. El piloto, ya en el aire, cuando se haya iniciado el vuelo, sabrá si va a Panamá o si va a otro lugar. A nosotros, nos envían el sobre y se abre de acuerdo con las instrucciones. El sobre no ha sido cambiado,* explicó con calor el coronel Pérez.

- *Definitivamente, no nos movemos. Lo siento. Que tome nota el periodista. Rechazamos el vuelo porque hay amenaza contra nuestra vidas. Apunta, Baella. Apunta, Baella,* todos hablaban simultáneamente, con gran nerviosismo.

Hugo Blanco se levantó y, sin disimulo, tomó el chaquetón dentro del cual había dejado escondido *un objeto*. Me puse en pie y me desplazé algunos pasos. ¡Tantas veces lo había visto acariciar el paquete peligroso que tenía forma de una pistola! El guerrillero, para mí, es un hombre de *armas tomar*. Se trataba de una pequeña caja de madera, de color blanco. Avanzó al centro de la habitación y tomó asiento. El griterío era ensordecedor. Abrió la caja y tiró al suelo varios objetos. No pude más, y me acerqué donde él.

- *¿Quieres jugar una partida de ajedrez?*, me dijo.

Me explicó brevemente:

- *He estado mucho tiempo en la cárcel; allí, con mis manos, tallé este juego, lo llevo a todas partes. En los momentos de tensión, nada mejor que jugar una partida de ajedrez.*

Solo, canturreando algo ininteligible, el guerrillero de La Convención comenzó a mover sus fichas.

Un investigador, alto, fuerte, ingresó rápidamente y se dirigió, de frente, hacia Letts. Simultáneamente, una veintena de investigadores se lanzaron, calculadamente, sobre cada uno de los políticos. Éstos trataron de defenderse con los puños. Los policías actuaron silenciosamente, con serenidad profesional. Los políticos trataron de defenderse con los puños, con los pies, con las sillas. Éstas fueron arrojadas, lejos, por los policías. La oficina se convirtió en un campo de batalla. Fue abierta una puerta que comunicaba directamente con la zona donde estaba parqueado el avión, puerta que había permanecido cerrada y custodiada por la PIP.

- *Ustedes también son peruanos. No permitan que se asesinen a peruanos. ¡Viva el pueblo carajo! ¡Suéltense mierdas! ¡Cobardes, entre varios no, hombre a hombre! ¡Hijos de puta! ¡Así no, carajo!*, vociferaban los políticos.

Con maestría profesional, los PIPs asieron brazos y piernas de los políticos. Actuando tres o cuatro sobre cada prisionero, les ponían los brazos atrás, y les doblaban las manos. Letts y Blanco fueron doblegados e inmovilizados en un santiamén. A Letts y Blanco los cogieron en primer lugar, eran los más corpulentos y los que habían alegado con mayor vehemencia. Blanco, probablemente para evitar ser inmovilizado de las manos, se aferró a la cintura de Letts lo que limitó, visiblemente, los movimientos de este último. Me conminaron a salir de la habitación. Tres investigadores me rodearon.

- *Por aquí, doctor Baella. Al avión.*

Demoré lo suficiente para ver, desde las ventanas, lo que ocurría. El primero en salir, en vilo, con las manos a la espalda, levantado por dos investigadores, fue Humberto Damonte; pálido, reflejaba en su rostro el dolor físico que le causaba la arremetida policial. En seguida, apareció Ledesma, los pies en el aire, un policía le sujetaba los brazos atrás, mientras dos lo tenían levantado de la cintura. Vestía una chompa verde, raída. Se le notaba muy pálido. Había hablado en los conciliábulos, en voz baja. No tuve acceso a estas deliberaciones. Parece que no hubo unanimidad en cuanto a la resistencia física contra los policías; Ledesma fue uno de los que sostuvo la inutilidad de un acto de fuerza. También Díaz Chávez opinó por evitar líos. Pero, predominó la opinión de la mayoría y se acató el acuerdo con entereza.

Los gritos, el alboroto dentro de la oficina, continuaban. Apareció Diez-Canseco. Caminaba con dos policías que le tenían sujetos los brazos y las manos.

Alvarado Bravo vociferaba a voz en cuello. Parecía escaparse de las manos de sus captores. Bruscamente, aplicó un puntapié en la pierna al PIP. Un golpe inesperado que debió causar fuerte dolor porque el hombre se llevó las manos a las piernas, a la vez que gritaba:

- ¡Carajo!

Alvarado se libró de sus captores; iba a correr a campo traviesa. Fue entonces cuando otro PIP, que venía atrás, le propinó, con precisión futbolística, un puntapié en el trasero. Alvarado Bravo pareció volar unos dos metros y cayó sobre el *grass* que rodeaba a un pequeño arbusto, en la inmensa planicie de asfalto y cemento. Sobre él se arrojaron varios agentes que lo levantaron en vilo. Seguía agitando los pies, mientras sus aprehensores lo llevaban a la carrera al avión. Letts y Blanco fueron sacados en peso, levantados de los brazos y de los pies. Media docena de agentes, quizás más, traía a cada uno de ellos, a la carrera.

A la distancia pude ver, agrupados en las puertas y corredores de las instalaciones, a oficiales con uniformes de la marina y de la aviación; a muchos soldados, con cascos de acero y ametralladoras en las manos; a docenas de civiles, probablemente PIPs, listos para reforzar a sus colegas. Rodeando al avión, también se vía a soldados con ametralladoras y cascos. Pepelucho Alvarado fue afortunado al recibir el puntapié que le impidió escapar. Si huía, es probable que hubiesen disparado sobre él.

Las cosas se sucedieron con extrema velocidad. Había que correr para captar todo el panorama. Alcancé, a duras penas, a Damonte. Entre la oficina y el avión, seguramente, había una distancia de 50 metros.

El interior del avión estaba iluminado. Al fondo, en la primera fila, dominando todo el panorama, pude apreciar a dos marinos uniformados. Avancé hacia ellos rápidamente, seguido por los tres agentes que venían conmigo.

- *Siéntese aquí, y no se mueva*, me dijo uno de ellos.

- *Arce, ¡carajo! me están pegando estos miserables*, gritaba José Luis Alvarado Bravo. Todo el mundo gritaba. Eran ocho personas, pero el escándalo era mayúsculo, una batahola jamás vista.

Los almirantes se pusieron de pie y miraron hacia la puerta, hacia abajo, firmes en sus puertas:

- *Así no, ¡así no!*
- *Arce, Faura, ¡fíjense lo que hace la Fuerza Armada!*, exclamaba Letts.

- *¡Asesinos! ¡Asesinos!*, gritaba Hugo Blanco. Los policías entraron en masa; cada uno sabía donde ubicarse. Se sintió el rugido de los motores. La plataforma posterior comenzó a levantarse, y la bodega quedó cerrada. Pero el griterío, atrás, continuaba. Me puse en pie y me dirigí a la parte posterior del avión, donde se encontraban los detenidos. Arce Larco me siguió.

El Hércules era un avión carguero, ancho, largo y muy alto. Sus asientos plegables dejaban espacio libre para la carga o el ganado, con una armazón metálica y fondos de lona. Los ochos civiles comunistas habían sido ubicados en la parte posterior.

En primera fila, vi a Humberto Damonte, intensamente pálido. ¡Tenía las muñecas esposadas y encadenadas a los brazos de su asiento! Junto a él, sentado, un investigador. Atrás, Díaz Chávez; y en el asiento inmediatamente posterior, Napurí. También con las muñecas esposadas y engrilletadas a los asientos. Napurí, pálido, con los ojos entrecerrados, respiraba fatigosamente. Más atrás, en la última fila de esta columna, se encontraba Ricardo Letts. Muy agitado. Había dos investigadores junto a él.

- *Baella, mira lo que nos han hecho. ¡Escribe sobre lo que estás viendo! Nos han golpeado, nos han arrastrado, nos han esposado estos canallas. Escribe, carajo, escribe para que el mundo sepa lo que nos están haciendo. ¡Canallas, hijos de puta!* Fuera de sí, frenético, lanzaba grandes voces José Luis Alvarado Bravo, que había sido engrilletado en la primera fila de la derecha. Junto a él iban dos investigadores.

- *Alvarado, carajo, deberías tener vergüenza de llamarte Alvarado. Ese no es el nombre para ti. Ningún Alvarado ha llegado a este nivel. ¡Fíjate, Baella, fíjate y escribe! No te calles. No te calles*, Alvarado, el del PSR, imprecaba a Alvarado, el investigador.

El sudor, la agitación, el polvo, las lágrimas, se mezclaban en el rostro endurecido, dramático y violento de Alvarado Bravo. Prisioneros e investigadores todavía jadeaban por el esfuerzo físico. El avión comenzó a moverse. El investigador no contestó. Tenía el rostro evidentemente contrariado.

- *Arce Larco. Mira, Arce Larco. Esto es lo que hacen los militares con los civiles. ¿A esto ha llegado la Revolución!*

- *No puede ser, esto es increíble, inconcebible,* decía Arce Larco. Finalmente, tomó asiento junto a Alvarado Bravo. Comenzaron a hablar en voz baja. El engrilletado pareció calmarse.

- *Baella, me han pegado en la cara, me han golpeado en los huevos, no hay derecho. Yo defendiendo mi vida, me esposan, me golpean, para entregarme a un país extranjero,* dijo Napurí.

Me acerqué. Los investigadores observaban a los prisioneros como para comprobar que estaban bien seguros, que no podían escaparse.

- *Alvarado me ha dicho "hijo de puta", porque me resistí a que me esposaran. ¿Me diría lo mismo si estuviese en libertad?,* añadió Napurí.

- *Por favor, retírense a sus asientos,* conminó un detective. Me dirigí, con el vicealmirante Arce Larco a la parte delantera del avión.

- *¿A dónde vamos, por fin?,* pregunté a un investigador.

- *Nosotros no sabemos nada, doctor. Por lo que he oído, parece que vamos a Buenos Aires.*

El avión levantó vuelo.

Las luces de la bodega disminuyeron de intensidad. Amarillentas, daban a los rostros un aspecto cadavérico. Donde minutos antes todo era bulla y griterío, ahora prevalecía un silencio sepulcral. La bodega del avión ofrecía un entorno siniestro.

Ocho hombres valientes, fanáticos, decididos, que habían librado una dura batalla, psicológica más que física, a lo largo de varias horas; que, desarmados, desconcertaron a las autoridades con su coraje y su audacia; que resistieron hasta el final, sin esperanza alguna, estaban allí, esposados, encadenados, como se solía enviar, hace más de un siglo, a los esclavos y a los delincuentes, en las sentinas de los barcos negreros. Humillados, vejados, golpeados, ahora permanecían silenciosos. La luz, mortecina, como si se negara a dar testimonio de esa ignominia, parecía resbalarse sobre sus rostros cansados.

Nadie pronunció una palabra. El avión Hércules volaba, no sabíamos hacia dónde, ni por orden de quién.

El secuestrado no tiene derecho a preguntar.

No tiene ningún derecho.

Él sólo debe obedecer.

Eran las 3 y 10 de la madrugada del 25 de mayo de 1978.

Inmovilizados por la fuerza, los ocho políticos, viajaban en la parte posterior del avión. Los policías se desplazaban dentro del gigantesco avión. Eran, en total, cuarenta investigadores. Uno junto a cada prisionero, y dos, detrás de cada uno. Los demás se ubicaron con los marinos; y yo, en la fila delantera del avión.

- *Almirante Faura, le presento al doctor Alfonso Baella Tuesta.*

El policía actuó sin malicia, quería ser un hombre social. Faura me estrechó la mano, la retuvo y me miró con curiosidad, de hito en hito, silenciosamente.

- *¿Usted es Alfonso Baella Tuesta, el periodista. el escritor?*
- *Sí, yo soy.*

A través de sus anteojos, se le notaba entre curioso y resentido. Pareció escoger con cuidado las palabras que iba a emplear. Finalmente, dijo:

- *Esta es la obra de los hombres de la Segunda Fase que usted tanto ha defendido. ¿Qué le parece? De modo que usted es Alfonso Baella Tuesta. Y ahora viene usted con nosotros, deportado por su amigo Morales Bermúdez y su engraido Parodi. ¡Cómo es la vida!*

- *Almirante, creo que vamos a tener mucho tiempo para conversar.*
- *Sí, sí, claro que quiero hablar con usted.*

A Arce Larco lo noté huidizo. Me dio la mano, rápidamente.

- *Arce Larco, mucho gusto, mucho gusto.*

- *¿Cuáles serán las consecuencias de esta deportación, a su juicio, vicealmirante Arce Larco?*

- *Mañana hay una huelga de calzones en Lima. ¿Sabe por qué? Porque han deportado a los más grandes "cacheros" de Lima. A Willy Faura y a mí. Festejó, ruidosamente, su propio chiste. Retomando la seriedad, dijo:*

- *Yo creo que el gobierno cae; o por lo menos, queda muy debilitado. Con deportar a un grupo de políticos y a un periodista, no se devuelve la tranquilidad al país, lanzado a la desesperación por la miseria. Esta deportación, tampoco oculta la crisis dentro de la Fuerza Armada. Es una flagrante contradicción del general Morales Bermúdez, que, el domingo, pide perdón por sus errores, y a esa misma hora ordena que se meta a la cárcel y se prepare la deportación de quienes considera sus adversarios. Esta deportación ha sido bien preparada.*

- *¿Y usted, almirante Faura, qué dice de esta deportación?*
- *Yo creo que, al margen de sus connotaciones políticas, por lo que usted ha visto, es un brutal atropello a los derechos humanos. No hay derecho.*

- Pero, en los tiempos de Velasco, cuando ustedes fueron Ministros se deportó en la misma forma.

- ¿Esposados, pegándole a la gente, engrilletados? ¡No, hombre, así no! Éste es un tremendo peligro, imagínese si ocurriera algo con el avión. Ni pensarlo. Giró la cabeza todo lo que pudo y, mirándome fijamente, añadió:

- De modo que usted es el señor Baella Tuesta. ¿Sabe usted que le iba a mandar mis padrinos, por lo que escribió sobre mi persona en su libro?

- ¿Qué me cuenta usted! ¿Por qué no lo hizo?

- Pensándolo bien, le hacía un favor, hubiera vendido más sus libros. Hay inexactitudes en su trabajo. Su información es unilateral, no ha escuchado a todas las partes; sus informantes han faltado a la verdad y no dan la cara. Usted dice "mantendré sus nombres en reserva como fue nuestro compromiso de honor". Yo le voy a dar ahora informaciones, y no le pido que guarde mi nombre en reserva. Diga usted: "Esto me ha dicho Faura".

Faura se refería al libro *El Miserable* donde hay referencias a la crisis que vivió la Armada Peruana en mayo de 1974.

Policías y prisioneros, después de las horas de tensión, ganados por el cansancio, dormitaban. El frío era muy intenso. Arce Larco, con los ojos abiertos, parecía totalmente ensimismado. En cambio, Faura hablaba, incontenible. Como Arce no le hacía caso, volteaba la cabeza para conversar conmigo y con el policía que lo escoltaba. Me levanté y fui en busca de los investigadores que, en grupo, se ubicaron atrás.

- ¿Cansados por la pelea?

Me rodearon, llenos de curiosidad.

- Para ustedes, este es un viaje entretenido. Seguramente, se quedarán en Buenos Aires un día o dos; volverán a Lima, cobrarán una remuneración, o una gratificación extraordinaria, y felicitaciones de sus jefes. Traté de estimularles. Comenzó el diálogo.

- Esta no es una pelea. Nosotros estamos entrenados para reducir a las personas, a estos caballeros no. Nuestra profesión es capturar; estos señores son políticos. Somos, además, numéricamente superiores con respecto a ellos.

- ¿Un abuso de la fuerza?
- No hemos abusado. Seguramente hemos recibido más golpes de los que hemos dado. No tienen por qué insultarnos, ni mentarnos la madre. Nosotros cumplimos una orden. No discutimos ni decidimos las medidas políticas o represivas del gobierno.
- ¿Recibieron orden de esposar y engrilletar a los detenidos?

Silencio. Se miran entre ellos.

- *¿Recibieron órdenes para esposar a los marinos y a mí?*
- *Si ofrecían resistencia, sí.*

- Nuestros sueldos son reducidos; nosotros no tenemos gastos de movilidad ni retribuciones por horas extras. Varios de nosotros hace días que no dormimos, ni de día ni de noche. Cuando ocurren paros, huelgas, no descansamos ni un minuto.

- Estamos entrenados para reprimir la delincuencia; pero, en determinados momentos, tenemos que detener a estudiantes, a dirigentes sindicales y a líderes políticos.

- *¿Tienen una formación política especial? ¿Leen algo de política?*
- *No tenemos dinero ni para comprar un diario.*
- *Pero meten bala que da gusto.*
- *¡Falso! Usar el arma de fuego trae muchas responsabilidades; además, si gastamos la munición, debemos pagarla de nuestros bolsillos.*
- *¿Cuánto por bala?*
- *Ochenta soles, ahora.*
- *Alguien le mentó la madre a uno de los políticos.*

- Ese compañero recibió un escupitajo en pleno ojo. Fue una blasfemia dirigida contra cualquiera. Es hombre, ¿no es verdad?

- *¿Vamos a Buenos Aires o vamos dónde?*
- *Todavía no lo sabemos; el que sabe todo es el jefe Rodríguez, el gordo canoso que dijo que íbamos al Mundial de Fútbol.*

Rodríguez, el gordo, charlaba amenamente, lejos de nosotros, en la fila delantera, con el vicealmirante Faura.

¡Al calabozo...!

- Soy el Padre Gerónimo...

Tiene una voz inconfundible, como la de un fumador empedernido. Muy pocas veces le he escuchado en mi vida, pero resulta inolvidable. Jamás he visto su rostro y estoy totalmente seguro que nunca vistió hábito religioso alguno.

El 4 de julio de 1976, se produjo una devaluación monetaria y, como dice el refrán, "*tras de cuernos, palos*". El gobierno declaró el estado de sitio, clausuró las revistas, independientes, ***El Tiempo*** entre ellas, y comenzó a detener a sus *enemigos*. ***El Tiempo*** había hecho méritos suficientes: publicó un titular a lo

ancho de su primera página que decía: SEÑORES MINISTROS: HÁGANLO POR EL PERÚ, VÁYANSE A SUS CASAS.

El Padre Gerónimo llamó cinco minutos después del toque de queda:

- *Escápese, han salido a detenerlo.*

Viví escondido, a salto de mata. La policía rodeaba mi domicilio. Se rebeló el general Bobbio, en el Centro de Instrucción Militar, en Chorrillos. Pareció que había llegado la hora final de la revolución; pero el régimen, maltrecho, sobrevivió. Siguió la crisis. El 14 de julio, día de la Toma de la Bastilla, las embajadas de Chile y Venezuela me negaron el asilo diplomático. Terminé refugiado en la embajada de Argentina, en la avenida Arequipa, de donde salí cuando cayó el ministro Jorge Fernández Maldonado, el *Hombre Rojo* del gobierno.

El Padre Gerónimo era el contacto amigo que yo tuve con el mundo. Nunca conocí su identidad, pero durante varios años me proporcionó informaciones de importancia periodística y, cuando estuve en peligro, me dio oportunamente la voz de alerta.

El 18 de mayo de 1978, mi hija Milagros me dijo:

- *Ha llamado un señor, dice que es el Padre Gerónimo. Hay una lista de 18 personas que serán llevadas a El Sepa, entre ellas el director de **El Tiempo**. Que veas lo que vas a hacer.*

Al Padre Gerónimo no se le discute. Se le obedece. Otra vez había hecho **El Tiempo** méritos más que suficientes. Revelamos que, en plena crisis económica, el gobierno del Perú había comprado tres residencias, por un valor de 700 mil dólares, en Washington, en el exclusivo barrio de Bethesda, para su uso por los agregados militares. **El Tiempo** del 17 de mayo, lució en su primera página un titular atractivo: ¡PERUANO ¿QUIÉN COME TU POBREZA?!

Esta frase tenía una intención política. En 1969, cuando el Gobierno Revolucionario promulgó la Ley de Reforma Agraria, y el ejército ocupó las grandes haciendas sin pagar un centavo a sus propietarios, el general Velasco terminó su discurso con esta frase: "*Campesino, el patrón no comerá más de tu pobreza...*"

Todos sabían en el Perú, en 1978, quién comía la pobreza de los demás.

Decidí esperar los acontecimientos en mi domicilio, no eludir la acción represiva del gobierno.

Los hombres de la PIP fueron puntuales. Llegaron a las 8 de la mañana del sábado 20 de mayo. Cuatro vehículos bloquearon el edificio "Santa María", en

San Isidro. Los detectives ocuparon las escaleras, vigilando el acceso a todos los departamentos, menos los del último piso donde vivían diplomáticos de la Unión Soviética. Dos agentes de la PIP franquearon la puerta de mi departamento,

- *Doctor, disculpe usted la molestia, tan temprano. El señor director de Seguridad del Estado, doctor Lombardi, quiere conversar con usted. Le pedimos, por favor, que nos acompañe.*

- *Pero, el señor director, ¿por qué no viene?* Todos sonreíamos. Ellos parecían vendedores de cualquier cosa, por lo corteses, lo amables.

- *¿Puedo invitarles un café?*

- *No, muchas gracias.*

- *¿Tengo tiempo para tomarlo?*

- *¡Qué ocurriencia!, tiene usted todo el tiempo que desee.*

- *¿Han leído mis libros?*

- *Sí, doctor. Tenemos un ejemplar de cada uno de ellos, que los pasamos de mano en mano.*

- *¿Me permiten obsequiarles un ejemplar?*

- *Siempre que sea autografiado, doctor. Así. No sabe usted cómo le agradecemos.*

Timbró el teléfono. Era el señor Macedo, de la imprenta, quería saber con urgencia, quién pagaría la factura de la última edición de ***El Tiempo***. Por radio se informó que el semanario había sido clausurado.

- *¿Puedo pelear un poco por teléfono?, pregunté.*

- *¿Pelear? ¿Con quién? ¿Por qué?* Se mostraron intrigados.

- *Voy a discutir un poco. Ustedes no se imaginan cómo es este negocio del periódico. ¿Quién me pagará los daños que me causa la clausura? ¿Quién me indemnizará por el tiempo que pasaré hablando con su director? En la imprenta están alarmados.*

Llevé a la prefectura dos gruesos volúmenes de novelas que hacía tiempo quería leer. Fuimos en mi automóvil, manejado por mi esposa, escoltados por los dos agentes de la PIP. Atrás, tres vehículos más.

- *¿Por qué ese despliegue? ¿Tantos vehículos tienen ustedes?*

- *Es por la importancia de su persona, doctor.* Risas de todos.

Los dos investigadores me llevaron a una oficina, en el cuarto piso de la prefectura.

- Aquí se queda usted, doctor. Para cualquier cosa que necesite, llame usted al señor que está en la oficina de enfrente.

Recibí el almuerzo, y, horas después, ropa de cama, un aparato de televisión y una estufa. Todo esto enviado por mi esposa. Pude, pues, ver y oír al Presidente Morales Bermúdez, en su exposición política, y no pude menos que admirarlo cuando, al concluir, pidió perdón al país por los pecados del gobierno.

- ¡Qué hombre tan cristiano!, me dije.

Al día siguiente, domingo, recibí la visita de los dos funcionarios de la PIP que llegaban a preguntarme si necesitaba algo.

- Quiero saber por qué estoy aquí y hasta cuándo va a continuar esta detención.

- Eso es lo único que no podemos contestarle. Queremos saber si usted necesita algo, si hay alguna deficiencia. No tenemos comodidad alguna, pero, dentro de estas precarias condiciones, ¿hay algo que reclamar?

- Dígame, ¿esto es el Sheraton? ¡Estaba esperando que comenzaran las torturas!

- Ah, señor Baella. ¡Todo lo que se dice de nosotros! Hubiéramos querido que viniera antes, para que conozca por dentro lo que es la PIP.

A las 11 de la mañana llegó un personaje precedido por un Investigador que tocó la puerta e hizo el anuncio correspondiente:

- El señor director de Seguridad del Estado, Doctor Lombardi.

Moreno, más o menos de 1.70 m de altura, elegantemente vestido con casimir nacional, zapatos Bata y corbata tipo arco iris. Parsimonioso, adusto, no quiso tomar asiento. Hablaba con lentitud mientras caminaba en la pequeña habitación.

- ¿Desea usted algo, doctor Baella?

- Sí, señor director, quiero saber por qué estoy aquí, quién ha ordenado mi detención, hasta cuándo va a durar todo esto, por qué estoy incomunicado.

- *Usted no está detenido. Está invitado a permanecer aquí por orden superior. Supongo que mañana, en cualquier momento, se definirá su situación.* La conversación giró sobre mi comodidad, sobre la imagen de la PIP, la deformación que se hacía de sus funciones, la exageración de las torturas, las deficiencias económicas que la obligaban a trabajar en condiciones precarias. Llevé la conversación al campo económico, a la crisis causada por la devaluación,

al excesivo gasto público, y a la mala distribución de los ingresos. Deliberadamente, puse énfasis en los sueldos de la PIP, sobre la existencia de sectores privilegiados de la burocracia estatal. Fulano de tal, le dije, gana tantos miles de dólares mensuales, nunca ha pagado impuestos a la Nación, viaja con dinero del Estado a cualquier parte del mundo, y goza de liberación aduanera. ¿Cree usted que podrá resolver los problemas del pueblo?

El director me miró como si estuviera viendo una película en pantalla panorámica.

- *¿Cuánto me dijo usted?*

- *Cuatro mil dólares, al cambio son 800 mil soles mensuales. ¿Cuántos años necesita trabajar usted o un subalterno suyo para ganar esa suma?*

Conversamos un rato más. Le dije que nadie había registrado mi ingreso a ese edificio.

- *No es necesario. Si necesita algo, avíseme.*

El lunes, comenzó el paro nacional de protesta por la miseria. Pensé que no habría una cruel represión. Las últimas palabras del mensaje del Presidente de la República, llenas de emoción cristiana, me inducían a pensar de este modo. Mayor fue mi satisfacción cuando descubrí que el jefe de la PIP, cuya oficina me servía de escritorio, era un amigo de los días de la infancia. ¡Varias décadas sin vernos! La vida nos había llevado por caminos diferentes. No hubo vacilaciones. Nos estrechamos con un gran abrazo. Los recuerdos afloraron con la frescura de las cosas de la adolescencia. Súbitamente, el amigo cambió de tono.

- *Bueno, mi querido Alfonso, arregla tus cosas que te voy a mandar al calabozo.*

- *Y eso, ¿por qué?*
- *Yo tengo que atender a muchas personas en esta oficina, y aquí no puedes permanecer. Te mandaré con los comunistas, pero me dicen que son tus enemigos y que tu vida correrá riesgo. Entonces, al calabozo, que queda aquí abajo, en el sótano, con los narcotraficantes. Estarás seguro, en una celda, donde no entra el sol.*

Salió de la oficina, llamó a un joven y le dijo:

- *Saca las cosas del señor y llévalo al calabozo.*

La *tortura política* en el Perú no ha sido suficientemente estudiada. Si fuese verdad todo lo que se dice, aquí se habría superado, con ventaja, el refinamiento y el sadismo de la Gestapo y de la KGB, de asiáticos y de africanos. La cosa no es reciente. En las civilizaciones preincaicas e incaicas, el enemigo era mutilado y

finalmente ejecutado. Actualmente, en algunas tribus selváticas, los *cornudos* son desorejados. ¡Hay que imaginarse la suerte que correrán los conspiradores! En la época de la Colonia funcionó en Lima la Santa Inquisición, en cuyos sótanos existían cámaras de tormento que pueden constituir una enciclopedia maravillosa para los sádicos de todos los tiempos. Parece que los principales edificios de la época estuvieron conectados por un intrincado sistema de túneles, con esta cámara de tormentos, de tal modo que los poderosos, probablemente acompañados de algunas chicas bonitas, podían asistir, sin ser vistos por vecinos indiscretos, a la muerte lenta de sus enemigos políticos. Los tribunales de la Inquisición, sus instrumentos de horror y sus celdas de tormento, están a la vista de los turistas contemporáneos. Allí se levanta actualmente el edificio de la Biblioteca del Congreso. En los tiempos modernos, dicen que la policía política es científica, que ha recibido entrenamiento técnico, en la época de *El Chino Velasco*, en la Habana. Policías peruanos fueron a Cuba, a aprender cómo se descubre a los enemigos de la revolución; y también vinieron, desde la tierra de Fidel, especialistas para formar a los detectives criollos. Hay una literatura aprista voluminosa sobre los tormentos sufridos por los presos políticos en el último medio siglo. ¿Será verdad todo eso? ¿Qué proporción de lo dicho es fruto de la imaginación, de la desesperación o de la pasión de los detenidos? Otro capítulo, también de horror y de asco, es el que se refiere a la promiscuidad, a la mezcla deliberada de delincuentes con inculpados, sospechosos y testigos; y en la suciedad indescriptible de los penales, comisarías y otros centros de reclusión.

El sábado y el domingo, durante mi reclusión en la oficina que me sirvió de celda, había meditado sobre todo esto. ¡Qué lejos estaban de la verdad los que narraban cosas tremendas, tenebrosas, de los penales peruanos! Yo no podía quejarme. Hasta ese momento, las cosas me habían ido relativamente bien. Pero, ¿cómo explicarme que, súbitamente, en lo mejor de nuestra conversación, precisamente quien se identificaba como amigo de la infancia y adolescencia, ordenara enviarme a un calabozo para permanecer con narcotraficantes?

La orden de mi amigo no dejaba la menor duda.

- *¡El señor se va al calabozo!*, repitió, terminante.

- *Un momento, viejo, ¿puedo ir al baño?*

- *Bueno, acompáñelo*, concedió, porque, quien ha caído en las redes de una detención, no tiene libertad para ir al baño cuando quiera. Tiene que hacerlo acompañado de un policía.

Dentro de la precariedad, de la pobreza de las instalaciones de Seguridad del Estado, todo resultaba hasta ese momento soportable. El frío penetraba poderoso por las ventanas con vidrios rotos; y la ausencia de catres, obligaba a dormir con los colchones en el suelo. Sólo algunos días después, en vista de los centenares de detenidos que traía la policía de todos los extremos de la ciudad,

alguien logró que dependencias de prevención de desastres, creo que la Cruz Roja, enviara algunos catres a la prefectura. Pero mi aislamiento, la cortesía de las autoridades, las otras comodidades concedidas, como el receptor de televisión y la estufa, compensaban la incomunicación que me habían impuesto. Me encontraba detenido, era verdad, pero no amenazado. Ahora, las cosas cambiaban. La promiscuidad con los presos comunes me parecía peligrosa.

En la prefectura de Lima, existía un mal llamado *servicio higiénico*. Un cubículo sin luz, con el piso permanentemente anegado por una gruesa capa de orines, con instalaciones donde el agua no corre, es un lugar hecho para rebajar la dignidad del ser humano. ¡Ni pensar en una ducha! Lo usan los detenidos y también los detectives. Al acercarse a este lugar, se puede mirar una parte de la reja que separa este lugar de reclusión de la escalera. Ese día vi un rostro amigo. Corrí hacia él.

- *Geraldo, querido amigo, ¿cómo estás?*

Geraldo Arosemena Garland estaba allí, sentado, colaborador de *El Tiempo* y buen amigo, había ido a visitarme.

- *Me dijeron que no podía verte, que estabas incomunicado; esto es un abuso. ¡Ni que fueras un delincuente!*

Una docena de detectives corrió hacia nosotros. Salieron de todos los lados, violentos, para interponerse entre nosotros.

- *¿Qué hace usted? ¿No sabe que está incomunicado? ¡Sepárenlos, sepárenlos!*

No entré al llamado "baño" o "servicio higiénico". Ni falta que me hacía. Me había propuesto usar el "baño" sólo a las 5 de la tarde y a las 5 de la mañana. Mi organismo respondía matemáticamente a esta consigna. Retorné lentamente a la oficina de mi "amigo de la infancia".

Le dije con energía:

- *Ayer vino a visitarme el director, el doctor Lombardi, y me autorizó a buscarlo si deseaba algo. Acabo de hablar con el doctor Geraldo Arosemena, consuegro del Presidente Morales Bermúdez. Tú me quieres enviar a un calabozo, en compañía de narcotraficantes, de presos comunes, algunos en estado de histeria, como me lo has dicho. Pues bien, quiero hablar con el doctor Lombardi.*

El amigo salió y volvió a los pocos instantes. Habían decidido enviarme a otra oficina, en el mismo piso, donde permanecería durante el día. En las noches, podía mudarme con mi colchón, a otra oficina más pequeña, pero menos fría. Este régimen duró hasta mi destierro. El lunes ocurrió algo inusitado. Un balazo sonó casi en mis orejas. Todos se pusieron en pie.

A pocos metros de distancia de la prefectura se encuentra un penal de aspecto y fama siniestros: *El Sexto*. Sobre él se han escrito las más horripilantes páginas de la literatura carcelaria. Allí estaban hacinados alrededor de dos mil presos vigilados por la Guardia Republicana.

- ¡Pan! ¡Pan! ¡Pan!

Los balazos se escuchaban muy cerca. En la oficina, no me encontraba solo. Trabajaban cuatro investigadores en asuntos de rutina. Todos levantaron la cabeza. Se escuchó, muy cerca, un griterío ensordecedor.

Salimos todos, a la carrera. Estábamos en el techo de la prefectura donde, con material precario, se habían construido estos pequeños cuartos que llamamos oficinas. Desde allí podíamos ver, con nitidez, el techo del penal El Sexto. Cuatro Guardias uniformados disparaban de arriba abajo.

- *Los presos se han amotinado*, dijeron los detectives.

Los guardias disparaban con maestría profesional. De pie, protegidos por las columnas, hacían fuego a través de la claraboya, apuntando con cuidado.

- ¡Pan! ¡Pan! ¡Pan!

Después de algunos minutos, el silencio fue total. De pronto, otra vez el griterío. Los amotinados parecían tomar impulso. Enardecidos, golpeaban objetos y gritaban. Los guardias respondían disparando furiosamente, vaciaban sus armas, echaban mano a sus cacerinas, colocaban los cargadores y, otra vez, apuntaban y hacían fuego.

- *Están limpiando el penal de revoltosos. Estos guardias son unos jodidos, disparan a matar*, comentaban los detectives.

- *¿Qué habrá ocurrido?*, pregunté.

Lo de siempre: se quejan de la mala calidad de la comida. Aquí, la comida de los presos es muy buena. Es la que se consume en los restaurantes populares; pero allí les dan cualquier cosa.

Después, un definitivo silencio. Se escucharon más tarde las sirenas de las ambulancias. En la noche, por la televisión, se daba cuenta de un pequeño desorden que dejó como saldo dos heridos.

El miércoles, cuando el país volvió "a la normalidad", según dijo el servicio noticioso oficial, consideré que debería terminar mi cautiverio. En la primera hora útil de la mañana, pedí hablar con el señor Lombardi. Transcurrían las horas, y no recibí respuesta. Le escribí una nota, exigiendo mi libertad, puesto que no existía cargo alguno en mi contra. Tampoco recibí respuesta alguna. Mi esposa, que logró visitarme desde el lunes, no llegaría hasta las 3 de la tarde. Pese

a la cortesía de los miembros de la PIP, mi indignación crecía. No contra la policía, que simplemente ejecutaba órdenes, sino contra el gobierno, que me atropellaba sin razón alguna. Las oficinas, por las cuales yo transitaba, muchas veces solían quedarse vacías. Pero no podía utilizar su teléfono. Para obtener el tono de marcar, había que comunicarse con la central telefónica, proporcionando el número el número del anexo. Ninguno de los aparatos tenía el número a la vista; sólo los adscritos de cada oficina, que conocían el número de memoria, podían dar este santo y seña. Todo estaba previsto para impedir que elementos extraños utilizaran los teléfonos. Fácil resultó para mí memorizar los números de los anexos con sólo escuchar, aparentando indiferencia, los gritos de los investigadores cuando utilizaban los teléfonos.

A las 12 del día le entregué una carta para el director general de la PIP, notificándole que me declaraba en huelga de hambre.

Pero no era suficiente. Tenía que ejercitar otras formas de presión. Mi incomunicación era efectiva.

Había una actividad extraordinaria en Seguridad del Estado. El paro nacional había concluido, pero el trabajo era intenso porque había casi 2,000 personas, muchos menores de edad entre ellas, que necesitaban ser fichadas y clasificadas para distribuir las en otros centros de reclusión. Los calabozos de la PIP no podían recibir más gente. Los desórdenes continuaban y los *ultras* habían salido a la caza de los generales Leonidas Rodríguez, Valdez Palacio y otros líderes políticos, que se encontraban fugitivos. Todo esto originaba que algunas oficinas permanecieran vacías por algunos minutos.

Yo me moví con rapidez. Entré a la primera oficina desocupada, cogí el teléfono.

- *Habla el inspector Zapata. Me da línea al número...*

En la PIP, como en la Guardia Civil, siempre hay un oficial de alta graduación apellidado Zapata. Automáticamente, obtuve línea. Marqué el número de mi casa. El teléfono ocupado. Salí rápidamente de la oficina.

Debí esperar algunos minutos. Vi otra oficina vacía. Entré y llamé en nombre del inspector Zapata. Marqué mi teléfono. Ocupado. ¡Qué problema! Los investigadores caminaban a la carrera. Si me sorprendían, se endurecería la actitud policial, hasta ese momento cordial. Aproveché otro momento. Llamé, esta vez me contestó mi hija Gina. Era la primera vez que hablaba con ella desde que me detuvieron.

- *Papi. ¡Qué suerte! ¿Dónde estás?*

- *Silencio. silencio. Escúchame: Pon tu cerebro en "alerta roja". Contéstame, ¿estás lista?*

- Sí.

- *¿Quiénes son los directores de revistas que preguntaron por mí?*

- *Aníbal Aliaga e Ismael Frías.*

- *Correcto. Anota: Llama inmediatamente por teléfono a Aliaga, a Frías, a Uriel García, a Carlos Balarezo y a Seno. Diles que vengan a buscarme hoy, con urgencia, a la Prefectura.*

*Anota: a Carlos Balarezo, que presente un recurso de hábeas corpus hoy, prioridad "A".
¿Entendido?*

- Sí.

- *¿Necesito repetir?*

- No.

- *Hasta luego.*

Habían pasado 30 segundos. Colgué y caminé hacia la puerta. Ingresaba un jefe de la PIP. Saludos y sonrisas. No pasó nada. Ahora, solo tenía que esperar los resultados.

Una hora después llamé a un detective. *Quiero ir al baño*, le dije. Me acompañó. Tenía que pasar frente a la reja donde llegaban los visitantes. Allí estaban el corresponsal de ANSA, el periodista Seno y el doctor Uriel García. Les pasé la voz. Ambos se pusieron de pie, avancé rápidamente y mientras Seno, muy alto y corpulento, me daba un abrazo, yo metí dos papeles en su bolsillo.

- *Uriel, exijo que me visites en tu condición de mi médico personal.*

El investigador que me conducía al baño corrió hacia nosotros. Otros investigadores dieron gritos. Varios brazos se interpusieron rápidamente entre mis amigos y yo.

- *¿Qué pasa aquí? ¿No sabe usted que está incomunicado? ¿Quién ha autorizado esta entrevista? ¡Llévenlo para adentro!*

En la oficina, un joven investigador montó guardia. Media hora más tarde, llegó mi *amigo de la infancia*.

- *¿Has solicitado un médico?*

- Sí.

- *Nosotros tenemos el médico de la PIP.*

- *Yo exijo a mi médico personal, al doctor García. No permito que ningún otro médico me trate.*

- *¿Te sientes enfermo?*

- *Por el contrario, me siento perfectamente bien. Por eso he pedido el médico, para que deje constancia profesional que me encuentro perfectamente bien de salud, que no tengo ni un moretón, que ni siquiera me falta un diente.*
- *- Esto significa que te mando en este momento al calabozo, me contestó con decisión. Dadas las circunstancias, en ese momento, el calabozo para mí constituía una gran victoria.*

- *Yo no tengo ningún temor al calabozo. Puedes enviarme a donde se te dé la gana, estoy en tus manos físicamente. Pero las consecuencias, por tu culpa, serán de la PIP y del gobierno. ¡No podrás impedir el escándalo!*

Se fue. El ambiente se había animado. Los investigadores entraban y salían. Me enteré que mi *amigo de la infancia* había castigado severamente a los investigadores que presenciaron mi encuentro con Seno y García. Probablemente, quiso que impidieran a balazos el encuentro. Minutos después, me anunciaron que el doctor Uriel García estaba presente. Le expliqué de qué se trataba. Necesitaba, le dije, una constancia médica del buen estado de mi salud, porque mi decisión de mantener la huelga de hambre y de agua hasta sus últimas consecuencias, era irrevocable. ¡Vamos a hacer las cosas en serio! ¡Si quieren un escándalo, van a tenerlo!

Uriel García es un eminente científico y un hábil político. Se había adelantado a los hechos. Exigió que se le permitiera regresar, con sus instrumentos adecuados, para hacer un examen detenido.

- *He visto que al doctor Balarezo, tu abogado; no lo dejaron ingresar y tampoco han permitido la visita del Dr. Aníbal Aliaga. Y, en voz baja, añadió: He pedido al señor Seno que los papeles que pusiste en su bolsillo los distribuya entre sus colegas periodistas.*

Una hora más tarde, llegaban a visitarnos dos abogados de la PIP, los doctores Rivera Portal y Morales Abanto. Venían de parte del director general de la PIP a manifestarme su preocupación por mi actitud y a pedirme que depusiera la huelga de hambre. Me dieron explicaciones sobre la actitud violenta de mi *compañero de la infancia*. Nadie pensaba enviarme a ningún calabozo y confiaban en que mi situación se iba a resolver muy pronto.

- *¿Qué le falta? ¿Alguna incomodidad? ¡El problema de los servicios higiénicos es fatal; no tenemos dinero para mandarlo arreglar; se ha malogrado la bomba de agua y se ha quemado el foco.*

- *Me quiero ir a mi casa o a disposición del juez. Lo que no admito es que se mantenga esta detención, día tras días, sin explicación alguna. He soportado en silencio mientras duró el paro nacional. Pero ahora, ¿por qué se me mantiene preso e incomunicado?*

- *El gobierno tiene muchos problemas. Hay que darle tiempo.*

Seguimos conversando con cordialidad. Aproveché para preguntar:

- *¿Esta cortesía que ustedes tiene conmigo se hace extensiva a los detenidos comunistas que están por aquí cerca?*

- *Todos los días vamos a preguntarles qué desean. Tienen un televisor nuestro, para que se entretengan. El primer día estuvieron incómodos, pero luego les hemos proporcionado catres, y en algunos casos, frazadas. Hay muchos dentro de una misma habitación, no tenemos espacio, pero dentro de nuestras posibilidades tratamos de acomodarlos bien.*

- *¿Para ellos no hay amenaza de calabozo?*

- *Ellos no tienen la suerte de encontrarse con "un amigo de la infancia", dijeron con ironía. Se fueron.*

A las 4 de la tarde llegó mi esposa. La noticia de la huelga de hambre la había distribuido ANSA, cuyo representante en el Perú era, precisamente, Seno. Yo lo había llamado en su condición de presidente de la Asociación de Corresponsales de la Prensa Extranjera. En pocos minutos, la noticia había llegado a conocimiento del gobierno.

El doctor Balarezo Delta interpretó perfectamente las seis palabras que le transmitió mi hija. Suscrito por mi esposa, había sido presentado un recurso de hábeas corpus denunciando ante el Poder Judicial mi detención arbitraria.

En presencia de un detective, cerramos la lonchera con el almuerzo. No probé un bocado. La huelga de hambre iba en serio; los policías nos observaban. Entregué a mi esposa mis libros y varios objetos personales.

- *Hoy, de todos modos, tendremos novedades.*

A las dieciocho horas llegó un policía.

- *El director, señor Lombardi, lo llama a su oficina.*

A duras penas me dio la mano. Me saludó con una inclinación de cabeza. Señalando a dos personas que esperaban, arrellanadas en un sofá, dijo en tono apenas audible:

- *Esos señores quieren hablar con usted...*

- *¿Es usted el Dr. Alfonso Baella Tuesta? Soy el juez instructor y el señor es el secretario del juzgado. Vamos a hacer una diligencia judicial.*

- *¿Hay alguna instrucción abierta en la que estoy comprendido?, pregunté cauteloso.*

- *No. Es por el recurso de hábeas corpus que presentó esta tarde su esposa. El secretario comenzó a escribir.*

- *¿Desde cuándo está usted en este lugar?*

- *Estoy detenido desde el día sábado 20 de mayo, desde las 8 de la mañana, en que fui traído a este lugar de reclusión. Nadie me ha tomado declaración alguna ni ha formulado cargo en mi contra, ni siquiera me han preguntado mis generales de ley.*

Luego, el señor juez se dirigió al señor Lombardi.

- *¿Por qué está detenido el doctor Baella?*

El Director puso los ojos en blanco, cruzó las manos y, mirando al cielorraso, dijo:

- *Por orden superior. Por orden superior.*

Terminó la diligencia y firmamos el acta yo, el director, el juez y el secretario.

En la tarde, llegó el doctor Uriel García. Hizo su examen. Me contó que la noticia se había difundido en todo Lima. Más tarde, llegó mi esposa. Entrar al edificio de la prefectura, fue una verdadera hazaña: miles de personas, familiares de los detenidos, pugnaban por obtener alguna noticia. La PIP, siempre gentil, facilitó el ingreso de mi mujer.

- *El escándalo fuera del país es tremendo. El teléfono de la casa suena todo el tiempo. Han llamado de Hamburgo y Washington.*

Como he dicho en otro momento, yo era corresponsal en Lima de la Agencia Alemana de Prensa, cuya sede está en Hamburgo. De la capital de USA, me llamaban periodistas amigos.

- *Llévate todas mis cosas, deja sólo el colchón y las frazadas. Esta noche tendremos novedades, afirmé, seguro.*

Luego se desarrolló una pequeña comedia. Se apersonaron dos detectives, me dijeron que tenían orden de ponerme en libertad.

- *Usted puede regresar en dos horas para llevarlo. Puede ir recogiendo sus cosas para que no se pierdan.*

Mi esposa y mi médico se despidieron. La amabilidad de los policías revelaba que todo había terminado.

A los cinco minutos, se hizo presente un detective.

- *Acomode sus cosas y véngase conmigo.* Me llevó por varios pasillos, cruzamos una puerta y me pidió que esperara. Me habitué a la oscuridad rápidamente. Había otras personas allí. Al primero que identifiqué fue a Hugo Blanco, y luego, a Genero Ledesma.

Comenzaba la etapa más dramática del secuestro.

El tiempo transcurría. Faltaba ya muy poco para la hora del toque de queda. Sospeché que las cosas habían tomado un rumbo diferente. ¿Qué había pasado, o qué iba a ocurrir?

Una explosión en la madrugada

En el Hércules hacía un frío intenso. El aburrimiento comenzó a ganar adeptos. Los detectives, en silencio. Arce Larco aparentaba dormir. Faura se reveló como un conversador recio. La fatiga, para él, parecía no existir; de un tema pasaba a otro.

El avión nos llevaba, cada segundo, más lejos de Lima, la temible ciudad de cuatro millones de habitantes. Rodeada por un cordón de miseria, donde se hacían dos millones de peruanos en condiciones inenarrables de miseria. Lima, la ciudad jardín, es apenas una fracción de la metrópoli que se recuesta sobre el mar.

El distrito de San Isidro es un oasis en la ciudad rugiente de miseria, de tensiones, de miserables que se juegan la vida por un pedazo de pan. En esta zona residencial, entre olivares y flores, entre parques bien cuidados y avenidas sin mendigos, viven los diplomáticos, la clase media alta y lo que queda de la vieja aristocracia peruana. A lo largo de la avenida General Pezet se levantan edificios de departamentos bastante caros: y en sus proximidades, están las residencias de los embajadores de Chile, de Francia y de Cuba. Al otro extremo, en la avenida Salaverry, está la enorme residencia del embajador de la Unión Soviética.

¡Qué lejos estamos, vicealmirante Faura Gaig, de la revolución; de San Isidro; de la campaña electoral de la Constituyente, en la cual usted es candidato para un escaño en la lista del Partido Socialista Revolucionario!

Guillermo Faura Gaig, vicealmirante de la Armada Peruana, vivía en el número 1526 de Pezet, en compañía de su esposa, Olga Marquina, en una bonita y moderna residencia de dos pisos. Un amplio recibo se prolongaba, por un lado, hacia un jardín; y, por el otro, daba paso al escritorio. En el segundo piso, el dormitorio del matrimonio, con ventanas a la avenida, también espacioso.

Faura Gaig pasó el uno de enero de 1975 en su casa. Estuvo en pijama, revisando papeles y, en la noche, comenzó a corregir el texto del mensaje que al día siguiente, después de jurar como ministro de Marina, dirigiría a la Armada.

Faltaban pocas horas para que Faura Gaig se convirtiera en uno de los cuatro hombres más poderosos del Perú. *El Chino Velasco*, el General del Pueblo, el Jefe de la Revolución y el Presidente de la República, era su amigo. Junto a él, los generales Mercado Jarrín, del Ejército; y Gilardi, de la Fuerza Aérea; y, desde el día siguiente, Faura, de La Marina, formarían la cúpula del poder militar y político en el Perú Revolucionario.

- *Señor, los guardias dicen si podrían irse a sus casas, porque anoche estuvieron de servicio toda la noche. ¿Qué les contesto?*, preguntó el mayordomo Andrés Lavado.

- *Que se vayan*, contestó Faura Gaig.

Como todos los altos jefes de la Fuerza Armada, el vicealmirante Faura tenía personal especial para la vigilancia de su residencia. Este servicio habíase redoblado puesto que, hacía pocas semanas, los ministros Mercado Jarrín y Tantaleán habían sido abaleados de madrugada en una avenida principal de la ciudad.

El 31 de diciembre había pasado a la situación de retiro el vicealmirante José Arce Larco, su gran amigo. El Presidente Velasco escogió a Faura Gaig para reemplazarlo; pero, al hacerlo, había dejado de lado a los vicealmirantes Bellina, López de Castilla y Amat, más antiguos que Faura. Éstos fueron invitados a pasar a la situación de retiro.

Al Presidente Velasco, los marinos no le parecían lo suficientemente revolucionarios. Les tenía desconfianza. Faura Gaig era su hombre de confianza.

A la 1 y 30 de la madrugada, Faura Gaig se metió en la cama. El lobo de mar se durmió rápidamente.

Una tremenda explosión hizo lanzar gritos de horror a miles de personas. Se sintió un violento remezón. ¿Temblor? ¿Terremoto? Las luces de los edificios de departamentos, de las residencias y de las embajadas, se encendieron. Las lunas de las ventanas habían saltado en añicos y caían, como lluvia de vidrios, con un ruido escalofriante, sobre las calles. ¿Qué había ocurrido? En pijama, y con los

ojos somnolientos, los menores; y con la sorpresa y el terror en la mirada, los adultos, comenzaron a volcarse a las calles.

- *¡Han volado la casa de Faura!*, fue el comentario general.

En la cuadra 15 de Pezet se levantaba una nube de polvo. Nadie se atrevía a acercarse.

Faura Gaig y Olga de Faura despertaron brutalmente arrojados al suelo. La cama de desplazó hacia un ángulo del dormitorio. Una lluvia de vidrios caía sobre la alfombra, sobre la calva del marino, sobre los muebles. Su esposa gritó y comenzó a llorar.

- *Willy, ¿qué pasa? ¿Terremoto?*

Faura se incorporó. Ubicó sus anteojos; accionó el interruptor de la luz, pero las bombillas no se encendieron. Los libros que tenía sobre su mesa de noche, la pequeña lámpara, todo estaba tirado por los suelos.

Olga abrió la puerta del dormitorio y, tras ella, salió Faura.

Ella iba a precipitarse por la escalera, cuando el marido la retuvo violentamente por un brazo.

- *¡Cuidado! ¡Es una bomba!*

Faura sintió el olor característico de las bombas de demolición. A una explosión, suele seguir otra. Había que esperar algunos segundos.

Bajó por las escaleras. El espectáculo era tremendo. La puerta principal, hecha de roble, de seis centímetros de grosor, asegurada con cinco bisagras metálicas, había sido arrancada de cuajo. Estaba tirada en el suelo, en el vestíbulo de la casa. El piso, lleno de vidrios, de cascote. El olor de glicerina, era penetrante; el polvo, apenas permitía respirar.

El ulular de sus sirenas precedió a la policía. En la avenida se escuchaba el coro de voces de los vecinos que, poco a poco, vencían su temor y se acercaban a ver qué es lo que había ocurrido. El polvo impedía ver qué pasaba en la calle. Faura trató de dirigirse a la sala. Pero el piso estaba lleno de escombros, de ladrillos; tuvo la impresión de que su casa se había venido abajo.

Su esposa dio un grito. Faura subió, rápidamente, las escaleras. Olga de Faura se había herido el pie al pisar los vidrios rotos, que estaban esparcidos por los suelos.

La policía hizo un despliegue impresionante de elementos materiales y humanos. Trabajó intensamente, con minuciosidad. A las 7 de la mañana, se tenía un cuadro completo de lo que había ocurrido.

La explosión se produjo a las 3:55 de la madrugada. Desde la calle, se apreciaba que la puerta principal había sido arrancada de su marco; los vidrios de las ventanas, habían estallado; los marcos metálicos, habían sido arrancados y retorcidos; los fragmentos de vidrio, concreto, ladrillo y tierra, llegaban hasta cincuenta metros de distancia.

El foco de la explosión fue ubicado en la base de una columna, bajo el ventanal, sobre el jardín exterior. Al estallar el artefacto, lo hizo con tal violencia, que abrió un forado de sesenta centímetros de diámetro a través de una pared de treinta centímetros de espesor, hecha de ladrillo y concreto.

La fuerza de la explosión fue de tal naturaleza que trajo por los suelos, íntegramente, una pared saliente de 2.50 m de alto y un metro de profundidad; y produjo el desprendimiento de una parte del techo del salón. En la parte exterior, la explosión destrozó seis pasos de la escalera de acceso y produjo un hundimiento del piso. Quedó un hueco en suelo, de treinta centímetros de profundidad y un metro de diámetro. El fogonazo, con restos de carbón, llegó al segundo piso y, lateralmente, hasta dos casas vecinas, por ambos lados. La mayoría de los muebles de la sala, los adornos, jarrones, estatuillas, quedaron reducidos a polvo. La casa no se derrumbó porque tenía una estructura asísmica.

Descansaba sobre tres columnas de acero, sobre las cuales una viga, también de acero, servía de soporte al techo. Todo cimentado en forma extraordinaria en el subsuelo. El artefacto explotó junto a una de sus columnas. Si no hubiera sido así, los esposos Faura hubiesen volado en el aire.

Los restos recogidos por la policía le permitieron afirmar que se trató de un artefacto accionado por pilas eléctricas, marca National. Todo estuvo disimulado en un maletín de deportista.

Los peritos establecieron que el explosivo era el mismo que se había utilizado en un atentado contra el diario La Prensa, ocurrido el 3 de octubre de 1974; en los atentados contra el grifo ubicado en la intersección de las avenidas Cuba y Salaverry; y en la explosión ocurrida frente a la casa del ministro de Energía y Minas, general Fernández Maldonado, hechos registrados el 11 de noviembre de 1974.

Algunos días después, llegó un juez del fuero militar, acompañado de su secretario, hasta el domicilio del ya ministro de Marina. Faura rindió su declaración, firmó el acta y esperó.

Han transcurrido cuatro años desde entonces; nunca más se volvió a hablar del asunto. ¿Por qué encarpetó el juez privado este expediente? ¿Hasta qué nivel llegaron las averiguaciones de la Policía de Investigaciones? Son preguntas que han quedado sin respuesta.

El 25 de junio de 1975, el ministro de Marina, vicealmirante Guillermo Faura Gaig, llegó a Lima procedente de Iquitos. Lo acompañó el vicealmirante Gálvez Velarde. Fue del aeropuerto a su casa. Estaba en la ducha cuando lo llamaron, en forma urgente: la escuadra se había sublevado. El contraalmirante José Carbajal, director de Abastecimientos, a bordo del "Almirante Grau", el barco insignia, se había hecho a la mar. Faura Gaig habló con el Comandante General de la Escuadra, contraalmirante Fernández Dávila.

- *Que tengan listos dos helicópteros. Yo iré al "Bolognesi" y usted al "Quiñones".*

Faura Gaig llegó, poco después, a su oficina en el ministerio de Marina, en la avenida Salaverry. El Presidente Velasco lo llamó por teléfono.

- *Guillermo, ven a Palacio, tengo que hablar contigo.*

- *Señor Presidente, primero voy a arreglar este asunto. Es muy sencillo. Después voy a Palacio.*

Llegaron varios jefes de la marina. Pasaron algunos minutos. Un helicóptero demoraría en estar listo para partir.

El Presidente Velasco llamó una vez más. Faura se excusó; no quería hablar con el Presidente. *El Chino* volvió a llamar; Faura se negó. Insistió el Jefe de la Revolución; Faura contestó:

- *Es necesario que vengas a Palacio porque hay una información urgente que no puedo darla por teléfono.*

La orden era terminante. Faura Gaig salió, raudo, a Palacio.

Cuando entró al despacho del Presidente, éste lo esperaba en compañía del ministro de Guerra, general Morales Bermúdez; y del ministro de Aeronáutica, General Gilardi.

- *Guillermo, hay que encontrar una fórmula de arreglo.*

El ministro se sorprendió. *El Chino* no era hombre que se amilanaba. El general Morales Bermúdez tenía la mirada perdida en el vacío. El general Gilardi, preocupado, recitaba como meditando en voz alta.

- *Lo que interesa es la unidad de la Fuerza Armada.*

Faura Gaig se mostró sorprendido. El 5 de febrero habían tenido una reunión, en la casa de Morales Bermúdez, los tres miembros de la Junta Revolucionaria. El Perú estaba conmocionado por el saqueo de la ciudad. La masa, sin control, robaba e incendiaba. La Revolución estaba en peligro. Ese día se hizo un solemne Pacto de Caballeros. El general Morales Bermúdez había jurado para el cargo de Primer Ministro y ministro de Guerra, cuatro días antes, el 1 de febrero.

- *Si algo ocurre contra uno de nosotros, los otros dos le respaldan plenamente, con todos los efectivos de su arma.*

Fue el Pacto de Acero, el Pacto Tripartito de Solidaridad, entre los jefes del ejército, la marina y la aviación.

- *Creo, Guillermo, que ha llegado la hora de renunciar.*

- *Yo no he venido a renunciar, señor Presidente. Pido autorización para resolver este problema en media hora.*

- *No, hay que pensar en la Revolución.*

En la noche, por los canales de televisión se dio a conocer un comunicado oficial breve, casi rutinario. El ministro de marina, vicealmirante Faura Gaig, había solicitado su pase a la situación de retiro; para reemplazarlo, el Presidente Velasco había escogido al vicealmirante Augusto Gálvez Velarde.

Jefe de Estado Mayor de la Marina, con la retención de su cargo de jefe de la Oficina Nacional de Integración, fue nombrado el contraalmirante Jorge Parodi Galliani.

Dos días después, el ministro del Interior, general Pedro Rícher Prada, dijo a los periodistas: *El ministro Faura renunció por un motivo exclusivamente institucional y de ninguna manera político.*

El avión comenzó a descender. A través de las ventanillas se observaban las luces de tierra. ¿Dónde estamos? Los prisioneros hablaban, en voz alta, entre sí. Los investigadores se movían. El avión aterrizó, alguien dijo que en La Joya, en una base de la Fuerza Aérea del Perú, en Arequipa. Se abrió una puerta, próxima a la cabina del piloto, y bajaron varios detectives.

- *¿Vamos a quedarnos aquí?, pregunté.*

- *No, vamos a recoger a más detenidos.*

- *¿Se sabe cuál es nuestro destino final?*

- *Sí, vamos a Jujuy, en el norte de Argentina. Allí se quedarán todos ustedes.*

- *¿ Y los pasaportes que nos han ofrecido?*

- *El piloto tiene las instrucciones.* El policía tenía instrucciones para proporcionar esa información. Nada más.

Pedí un vaso de agua. Eran casi las 8 de la mañana. Hacía veintidós horas que me había declarado en huelga de hambre. No había probado alimento alguno. Me sentía muy bien, pero con mucho frío.

- *Lamentablemente, no podemos ofrecerle nada. Aquí no tenemos nada de nada.*

Subieron al avión los investigadores. Traían a dos personas, esposadas con las manos delante. Los prisioneros eran morenos, grueso uno, y delgado, el otro. Sin corbata, con los vestidos arrugados, cabizbajos, como abatidos, no miraron a nadie. Parecían sonámbulos. Fueron engrilletados a los asientos en la parte delantera del avión, uno detrás de mi asiento, y el otro, a la derecha. Éramos 13 los prisioneros; 39 los investigadores, a razón de tres por cada deportado; y uno, que era el jefe de todos, el gordito, el señor Rodríguez. Se cerró la puerta, y el avión partió.

Me acerqué al hombre grueso que había sido engrilletado al lado izquierdo.

- *¿Cómo se llama usted?*, Pregunté. Me miró en forma inexpresiva. Tenía los ojos grandes, inyectados; el rostro cobrizo, grasiento. Sus zapatos llenos de barro, un terno gris, barato, de *La Parada*.

- *Apaza.*

- *Soy periodista; sólo quiero hacerle un par de preguntas.* Continuó mirándome en forma inexpresiva. Había una tristeza de siglos en su cara. Más tarde, me confirmó todo esto pero, además, tenía desconfianza. Creía que yo era otro miembro de la PIP.

- *Señor Apaza, ¿sabe usted a dónde vamos?*

- *No, señor, nadie nos ha dicho nada. No tengo la menor idea.*

- *Estamos viajando a la Argentina. Nos deportan; yo también estoy deportado.*

La cabeza de Apaza cayó abatida, apoplética; el mentón sobre el pecho. Tomé asiento a su lado. Le observé con atención. Tenía las manos fuertes, las muñecas gruesas, las uñas ennegrecidas.

- *Amigo Apaza, ¿por qué le han detenido a usted? ¿Cuál es su nombre completo?*

- *Justiniano Apaza Ordóñez. Soy el secretario general de la Federación de Choferes del Sur.*

- *¿Usted es arequipeño?*

- *Si, pero de origen puneño. Me detuvieron el viernes 19. Arequipa está en huelga, desde hace varios días, porque la gente no tiene qué comer. Los choferes también estamos en huelga. Hace una hora, me despertaron. "Saca tus cosas", me dijeron. Sólo un atado de ropa. Y ahora, estamos viajando, ¿a la Argentina dice usted?*

Sus manos morenas se amorataban bajo la presión de las esposas. Volvió a sumirse en el silencio. Me acerqué al otro recién llegado. Delgado, de facciones angulosas, resultó el más joven de todos los exiliados. Me miró rápidamente con sus ojos pequeños, y luego volvió a bajar la cabeza.

- *Valentín Pachó...*

- *¿Le han deportado anteriormente?*

- *No. Es la primera vez.*

- *¿Tiene usted alguna función política o sindical?*

- *Soy el secretario general de la Federación de Trabajadores de Arequipa. No tengo partido, soy independiente.*

- *¿Sabe usted que vamos deportados a Argentina?*

Levantó la cabeza con rapidez. Sus ojos pequeños volvieron a fijarse en mí y, en su boca de labios delgados, pareció diluirse una mueca. No era una sonrisa. Era un rictus de odio. Vestía casaca marrón, de lana gruesa, común en los obreros.

- *¿Es usted casado? ¿Tiene usted familiares?*

- *Sólo mi mamá; soy soltero, arequipeño.*

Me miró furtivamente y calló. No quiso contestar ninguna pregunta más. Sus muñecas bailaban en las esposas.

- *Obséquame un cigarrillo, dijo Humberto Damonte.*

- *Te lo cambio por un pan, le contesté. Prendí el cigarrillo, lo puse en los labios y me dirigí a la parte posterior del avión, a buscar el pequeño maletín de mano de Damonte. Encontré un bizcocho grande. Lo comí con gula.*

- *Ustedes son testigos: acabo de levantar la huelga de hambre porque calculo que ya debemos estar fuera de territorio peruano, le dije a los investigadores que, en fila, ocupaban la parte posterior de la aeronave.*

Letts me llamó, en voz baja. No podía disimular la conversación porque el investigador, que iba junto a él, escuchaba todo lo que podía decir.

- *Tu situación es diferente a la nuestra. En cuanto nos desembarquen en la Argentina, es posible que nos separen. A ti no te van a tocar; pero a nosotros sí nos van a asesinar. ¿Puedes hacerme un favor?*

- *Claro que sí.*

- *Entonces anota este teléfono. Es de París. Llamas, preguntas por fulano de tal y le dices dónde y cómo estamos.*

Napurí, me hizo un encargo semejante. Me dio el número telefónico de una hermana suya que vive en París.

- *¿Quieres pan?, pregunté.*

- *No, lo que quiero es orinar, estoy que me meo en el pantalón, dijo Napurí.*

Un PIP me pidió que me retirara. En la parte delantera del avión se había formado un grupo alrededor de los almirantes. Conversaban animadamente con los investigadores. Uno de ellos me llamó, y, en voz baja, me dijo:

- *Acérquese, que hay una taza de té para usted.*

Todos tenían un vaso de papel en la mano. Jamás me pareció una bebida tan deliciosa. Un calor maravilloso se difundió por todo el cuerpo, hasta los dedos de los pies. El sol entraba por las ventanillas del avión y los almirantes iban de un lado a otro explicando lo que podría ser el paisaje agreste que se veía desde arriba.

- *¿Habrán té para los chicos de atrás?*

- *Sí, les llevarán a todos. Poco a poco, no hay vasos suficientes.*

- *¿Les quitarán las esposas?*

- *No es necesario. Nosotros les daremos de beber.*

- *¿Y los pasaportes?*

- *De eso no sabemos nada. El piloto es el único que tiene las instrucciones. Pero ya falta poco. Hace seis horas que estamos volando.*

Alguien me llamó. No podría precisar exactamente quién.

- *Baella, vete atrás. Letts tiene un problema.*

La muerte ronda en Jujuy

Fui rápidamente al otro extremo del avión. Letts, con los ojos cerrados y la cabeza echada atrás, parecía dormido. Tenía las facciones duras, el semblante desencajado. Recordé que alguien me había dicho, en el Grupo 8, que Letts tenía úlceras. Le puse la mano sobre el hombro.

- *¿Te sientes enfermo? ¿Te ocurre algo?*

- *No, no tengo nada. Estoy bien,* contestó. Pero los labios le temblaban.

- *¿Te sirvieron el té?*

- *Sí. Sí, nos han traído el té. Pero nos cagamos en nuestros pantalones y no nos dejan orinar. ¿Te das cuenta, carajo? ¡No podemos ni siquiera orinar! ¡Nos han sacado el pájaro para orinar en los mismos vasos del té!*

Sus palabras, dramáticas, repercutieron como latigazos humillantes, siniestros. Napurí y Díaz Chávez habían pasado por idéntico trance. Miré a los investigadores. Sus ojos y sus rostros impasibles. Sin duda alguna, hay deberes que hieren, que duelen profundamente, a quienes los cumplen. En esos momentos, la PIP sufría tanto como sus prisioneros. Eso creo yo.

- *El que ha organizado todo esto es verdaderamente un hijo de puta,* pensé.

El avión aterrizó. Los investigadores se pusieron en acción. Primero los vicealmirantes, correctamente uniformados. Adelante, Faura; luego, Arce Larco. Sus maletas, sus maletines, todo les alcanzaron. Transcurría el tiempo, sin prisa. Quince o veinte minutos después me tocó el turno. También estaban en pie, sin esposas, los dos dirigentes sindicales de Arequipa.

El aeropuerto es moderno. *El Cadillal*, se leía con letras muy grandes. Al pie del avión, media docena de PIPs. No estaban los vicealmirantes. Varios soldados, con ametralladoras, nos vigilaban de cerca. El cielo azul, con cirros y nimbos, se vía bellissimo. ¡Qué claridad tan diáfana! El frío era intenso.

- *De aquí, no se muevan. Uno detrás del otro.*

Arriba, en el avión, uno a uno, desesposados, los políticos. Recogían sus cosas, avanzaban vacilantes, estirando las piernas, desentumeciendo los músculos. Con muchos minutos de intervalo, entre uno y otro. fueron descendiendo del avión.

- Así, uno detrás de otro, con sus cosas. Esperen que se les llame.

Los PIPs formaron un grupo compacto frente a los once civiles. Los soldados argentinos, jujeños, bajos de estatura, con sus rostros morenos, con sus armas de largos cañones, probablemente ametralladoras, nos rodeaban. Los peruanos se frotaban las muñecas. El viaje había durado más de siete horas, quizás más.

El jefe de los investigadores, el señor Rodríguez, el gordito canoso, que anunció con buen humor *el viaje para ver el Mundial*, dirigía las operaciones. Ordenó que los prisioneros avanzaran. Así lo hicimos. Yo iba a la cabeza. Ingresamos a un extremo del edificio del aeropuerto donde nos esperaba un oficial del Ejército Argentino, muy alto, un tanto desgarrado. Alguien dijo que era coronel, después afirmaron que era mayor.

- Bueno señores, conocemos los temores expresados por ustedes al llegar a este país. El ejército de la república argentina responde por la seguridad de ustedes. Van a ser alojados en una unidad militar mientras se resuelve su situación en Buenos Aires.

- ¿Y los pasaportes? ¿Nuestros documentos?, todos miramos al gordito, al jefe de la PIP. Éste esbozó una sonrisa amplia, estrechó las manos del militar argentino y luego nos dijo:

- Bueno, les deseo buena suerte. Que tengan un buen viaje.

Evidentemente, el jefe de la PIP vivía en un mundo diferente. ¿Desearnos buena suerte? Me desplazé rápidamente. En una habitación, los vicealmirantes Arce y Faura tomaban café. Me aproximé al jefe de la PIP, antes que abandonara el edificio:

- Oiga usted: ¿no hay pasaportes? ¿Nos entregan indocumentados a un ejército extranjero?

- Sí, doctor Baella. Parece que el piloto no traía nada. Eso lo arreglan aquí. ¡Hasta la vista!

Pocos minutos después, el avión *Hércules*, con sus cuarenta PIPs a bordo, manejado por un piloto cuyo rostro nunca vimos, se perdía en el firmamento. ¡Qué tal hazaña!

Los trece peruanos habíamos sido entregados, sin documentos de identidad, sin dinero, con sólo la ropa puesta, al Ejército Argentino, en el aeropuerto de San Salvador de Jujuy, a 1,600 kilómetros de Buenos Aires.

Los peruanos no ingresaron por el sector comercial del moderno y amplio aeropuerto de *El Cadillal*. Lo hicieron por el extremo opuesto que parecía estar fuera de servicio, o quizás se utilizaba para fines exclusivamente militares.

Los once civiles a duras penas pudieron escuchar al militar argentino. Diez-Canseco descubrió una pequeña habitación que tenía habitaciones higiénicas. Ingresó rápidamente; los otros hicieron cola.

- Dos minutos por cabeza, después damos la vuelta.

Varios exiliados había preferido orinarse en sus pantalones antes que dejarse sacar el pipí por mano ajena. Con la barba crecida, los cabellos revueltos por la gresca nocturna y el viaje prolongado; los rostros llenos de sudor y de polvo; los cuerpos golpeados y, en algunos casos, llenos de moretones; las muñecas hinchadas y, en los casos de Napurí y Blanco, sangrantes; el aspecto de los políticos era verdaderamente deplorable. En el Grupo 8, en Lima, los pequeños atados de ropa, los maletines de mano, habían sido cuidadosamente revisados por la policía, que retuvo cualquier cosa metálica de apariencia peligrosa. A mí me quitaron un abridor de botellas. Felizmente, las maquinitas de afeitar, de plástico, fueron respetadas. Cuando el reloj del aeropuerto señalaba las 11 de la mañana (9, en Lima), los políticos de extrema izquierda había recobrado el mínimo de higiene y de buena presentación.

Pacho y Apaza tomaron asiento en unas sillas de plástico y, abstraídos, no cruzaron palabra alguna con nadie.

- Aquí todos somos una misma cosa, estamos juntos y corremos la misma suerte, dijo Arce Larco; luego, dirigiéndose a mí, agregó:

*- ¡Contigo también! Comenzamos a tutearnos. Con excepción de Alvarado Bravo, a quien sus camaradas llamaban *Pepelucho*, ninguno de los políticos había tratado anteriormente a los marinos.*

- Tienes una oportunidad para demostrar que somos la misma cosa –dije a Arce Larco- gestiona que a los civiles nos proporcionen una taza de café semejante a la que han tomado ustedes.

Fue inmediatamente a hablar con el militar Argentino y, a los pocos minutos, nos sirvieron sendas tazas de café, que bebimos con ostensible deleite. Una robusta aeromoza, descendiente de yugoslavos, según dijo, proporcionó a todos, paquetes de galletas.

- Ustedes son huéspedes del Ejército Argentino, que velará por su seguridad. Los soldados que van a ver son para protegerlos. No hay razón para el temor que algunos han manifestado, dijo nuestro anfitrión uniformado.

No disponía ni siquiera de una relación con los nombres de los prisioneros. Las autoridades peruanas no tuvieron ni siquiera ese cuidado elemental que tienen los transportadores de ganado, de llenar una guía enumerando las reses que remiten para el matadero, y las señas para identificarlas.

- *¿Nadie tiene algún documento, una tarjeta o cualquier cosa?*

Arce Larco tenía su Libreta Electoral; yo, una tarjeta de visita. Un soldado se puso frente a una máquina de escribir, y tecleó los nombres que cada cual dictaba. Seguramente para llenar un poco más de papel, el militar argentino ordenó que, además, se consignara el nombre del padre y de la madre de cada prisionero.

A pesar de todo, después de este trámite, un vago sentimiento de confianza se retrató en el rostro de los prisioneros. Habían dejado el limbo del anonimato; recobraban, aunque fuese precariamente, el principio de la personalidad humana, que es el nombre. Cada cual volvió a ser hijo de zutano y de mengana, recobraba el "yo" nominativo que le había expropiado el gobierno humanista y cristiano del Perú, cuyos líderes, a esas horas, se desperezaban soñolientos, en sus tibios lechos, a orillas del Rímac.

- *Levanten las manos y separen las piernas.*

Comenzó esta especie de rito, que se repitió muchas veces durante el exilio. Un soldado, con manos expertas, palpaba bolsillos, brazos, antebrazos, espaldas, piernas, entrepiernas y tobillos, para asegurarse de que no portábamos armas.

Otra vez, en columna, subimos a un camión militar. Adelante, iba otro camión lleno de soldados con ametralladoras al ristre. Atrás, una camioneta militar donde viajaban el coronel argentino y los dos vicealmirantes del Perú. Más atrás, otro camión militar lleno de soldados armados. Viajamos alrededor de media hora. Apenas si veíamos la carretera, de buen aspecto, y poco de suelo fértil, con tierra rojiza. El toldo del camión sólo dejó abierta la parte posterior.

Los vehículos se detuvieron en un cuartel. Tan pronto pusimos pie en tierra, el coronel condujo a los once civiles a un edificio viejo pero limpio. Resultó ser la enfermería para los soldados del regimiento.

Como si fuera el técnico de un equipo de fútbol, el coronel, rodeado por los once civiles, dijo:

- *Muy bien señores, aquí van a permanecer hasta que las autoridades de Buenos Aires decidan lo que van a hacer con ustedes. Deberán mantenerse dentro de esta sala porque ésta es una instalación militar.*

- *¿Podemos hablar por teléfono?* pregunté.

- Por el momento, no. Como ustedes saben, hoy es el aniversario nacional de Argentina y no funcionan las oficinas del Estado. Hay que resignarse a pasar unos días, hasta que en Buenos Aires se resuelva el caso.

Luego, recorriendo a grandes trancos el pasadizo central de la sala y señalando los cuadrángulos que, con delgados tabiques de un metro de altura, había a ambos lados, dijo:

- Aquí se pueden acomodar ustedes con toda tranquilidad. Señores, que lo pasen bien y hasta luego.

La enfermería tenía unos cuarenta metros de largo por doce de ancho. En cada cuadrángulo, habían dos camas, muy bien arregladas, con sábanas, almohadas y frazadas limpias. Además, un ropero de madera y una mesita de noche metálica de las que suelen usarse en los hospitales de beneficencia. Como construcción antigua, tenía el cielorraso alto, de por lo menos cuatro metros de altura. A ambos lados, numerosas ventanas, con lunas, bloqueadas con malla metálica. Para entrar a la enfermería, había una pequeña sala de espera a la cual tenían acceso los consultorios del médico y del dentista, según lo indicaban los letreros hechos sobre rústicas cartulinas. Tenía un baño muy viejo, cuyas llaves de las duchas solían quedarse entre las manos; pero los servicios funcionaban muy bien y tenían agua caliente. En el pasillo central, estaban instaladas tres estufas a gas, antiguas, que proporcionaban un calor muy agradable. El invierno de Jujuy es severo y la temperatura suele descender hasta cero grados en esa época del año. Una mesa grande, con dos bancas largas, nos serviría de comedor.

Hugo Blanco entró rápidamente y se acomodó en el primer cuadrilátero. Yo entré tras él.

- ¿Me permites, Hugo, que te haga compañía en este dormitorio?

- No, prefiero compartirlo con un camarada ideológicamente más próximo a mi persona. Con un compañero de clase.

Tuve que agarrar mi maletín y caminar por el pasillo, lamentando este revés periodístico. Los políticos se acomodaban, de dos en dos, en sus dormitorios. Uno de éstos tenía una sola cama. Allí entré. Tuve suerte, porque resultó ser el dormitorio del médico y tenía, por este motivo, un catre de madera, colchón y almohada de espuma, y frazadas a discreción para abrigarse a gusto. Estaba próxima a una estufa. En síntesis, era el mejor dormitorio de la enfermería.

- El trotskismo vela por la comodidad del capitalismo. Ya caerás en mis manos, para hacerte un reportaje, me dije, para consolarme del desaire del líder guerrillero.

Los huéspedes del Ejército Argentino, se acomodaron en un santiamén. Entrando, a la mano derecha, Hugo Blanco con Diez-Canseco; luego, Díaz

Chávez con Ledesma; y más allá, Pacho con Apaza. A la mano izquierda, el primer cuadrángulo estaba ocupado por una mesita y varios sillones de caña, toscos y viejos. Sirvió para las interminables partidas de ajedrez que organizó Blanco. En el siguiente box, Letts con Damonte; en seguida, mi dormitorio, y por último, Napurí con Alvarado Bravo.

A las trece horas, un soldado nos sirvió el almuerzo, que era el rancho de la tropa: un pedazo de pan, una sopa aguada de tallarines y un plato de porotos con pequeños trozos de carne y papas, y una naranja. Los platos quedaron limpios. Los exiliados teníamos un hambre canina. La dieta supo deliciosa.

Un oficial, gordito, muy simpático, nos dijo que podíamos salir a caminar en un cuadrilátero del jardín que quedaba frente a la puerta de la enfermería, señalándonos un límite de troncos del cual no podíamos pasar. Soldados, con ametralladoras, nos vigilaban. Resultó muy agradable estirar las piernas.

- *¡Esto está bueno! Ojalá se prolongue algunos días*, dijo Hugo Blanco cuando salimos a pasear. Pero, el frío era intenso. A los pocos minutos, todos estuvimos de vuelta en la enfermería donde las estufas brindaban un ambiente agradable.

Al promediar la tarde llegaron los almirantes, vestidos de civil: Arce Larco con su abrigo de marino, y Faura con un sobretodo negro, en compañía de un coronel del ejército, éste armado con pistolas. Los marinos parecían muy contentos, hasta se diría que alegres.

El militar argentino repitió lo que nos dijo el oficial que nos condujo desde el aeropuerto. Pregunté si podíamos llamar por teléfono al Perú.

- *Por el momento, no. Pero, después, en cuanto se arregle la situación de ustedes, sí.*

Faura monologó un rato. Repitió que todos estábamos unidos, que corríamos la misma suerte, como había dicho Arce en la mañana. Se esforzaba por contagiar su optimismo. Ellos estaban alojados en el Casino de Oficiales y parecía que recibían un trato diferente. Nos ofrecieron mantenerse en contacto con nosotros. Acompañados del coronel, se retiraron.

- *El Ejército Peruano nos han entregado al Ejército Argentino mediante un operativo militar, dentro de un cuadro de compromisos cuyos alcances desconocemos. Nuestro caso está fuera del ámbito de las relaciones diplomáticas entre dos países. No somos, técnicamente hablando, deportados ni refugiados, ni siquiera de guerra. ¿Qué cosa somos?*

Caía la tarde. Algunos rayos de sol huían por las paredes. A través de las ventanas se veía a los soldados, con sus uniformes verdes, con sus ametralladoras en la mano, patrullando alrededor de la enfermería. De talla pequeña, de color cetrino, el soldado raso de Jujuy, se parece mucho, físicamente hablando, a los campesinos del altiplano peruano y boliviano. Los ocho líderes marxistas,

sentados alrededor de la mesa de comedor, hacían un análisis de la situación. Letts, con convicción, había iniciado el diálogo. Todo giraba en torno a la proposición que acabo de resumir.

Pacho y Apaza se habían apartado del grupo. El primero, se sacó los zapatos y, sentado en una butaca, había extendido los pies sobre una silla. Con el mentón hundido sobre el pecho, con los brazos cruzados y la mirada en el suelo, permaneció mucho tiempo, por lo menos tres horas, en silencio, junto a una de las estufas. Apaza, también en silencio, se sentaba a su lado, por ratos y, también, por horas, caminaba de un extremo a otro del corredor, con las manos sujetas a la espalda, cabizbajo. Se diría que ambos vivían en mundo aparte, hecho de sus recuerdos, de sus preocupaciones, de su asombro frente a todo lo que les había ocurrido. Entre ellos, obreros y provincianos, de rostros campesinos; y los políticos profesionales, blanquitos y mundanos, había, al iniciarse esta etapa de la prisión militar, una gran distancia.

- Nadie sabe dónde estamos. Se nos ha sacado de la prisión de la prefectura, deliberadamente, durante el toque de queda. Nadie ha visto la caravana de vehículos que cruzaba la ciudad. Nos condujeron a una base de la Fuerza Aérea y nos han traído en un avión militar, sin documentos. Nadie ha firmado ni siquiera un recibo por nosotros. Estamos en un campo de concentración, prohibidos de hacer una llamada telefónica, comentaba Napurí.

Por las ventanas se veía pasar a los soldados, con los cañones de sus armas apuntando a la enfermería, con sus blancos ojos, bien abiertos, en sus rostros morenos, escrutadores.

- ¿Puedo participar de la reunión?, pregunté.

- Sí, sí. No hay ningún secreto, contestaron varios, a la vez.

Cada uno exponía, en medio de un clima de creciente ansiedad, su opinión en torno a las circunstancias de la deportación. El más vehemente era Letts; pero quien caldeaba el ambiente creando, un clima de doloroso nerviosismo, era Napurí. Discurría con lógica, hasta arribar a una conclusión: la vida de todos y cada uno de los presentes pendía de un hilo. Genaro Ledesma se paseaba, a ratos, con los brazos en cruz sobre el pecho, con su chompa raída, como si fuese un santo serrano de yeso, imagen de la crucifixión. Hugo Blanco, exponía el fruto de su experiencia vivida en muchos años, en la universidad y en las cárceles de Argentina, y relataba los casos interminables de políticos de todos los sectores que habían desaparecido en este país. Díaz Chávez, en voz baja, con acento grave, añadía razones para incrementar la desconfianza. Diez-Canseco y Damonte, eran los más serenos; mientras Pepelucho Alvarado Bravo, se mostraba cazurro, astuto, más político.

A las 7:30 de la noche, el análisis había conducido a los ocho políticos comunistas a una conclusión espantosa: la vida de todos, inclusive la mía, estaba

amenazada. En cualquier momento, probablemente cuando los prisioneros estuvieran durmiendo, entrarían los soldados y llenarían nuestros cuerpos de metralla. Luego, seríamos arrojados en una fosa común desconocida. Nunca sabrían nuestros compatriotas ni nuestros familiares, qué suerte habíamos corrido. Nadie en el mundo tenía idea de dónde estábamos.

Las citas de hechos concretos para fundamentar la argumentación, fueron abundantes. El operativo militar peruano-argentino era consecuencia, dijeron, de la reunión de los jefes de inteligencia militar del Perú y Argentina que se había realizado hacía muy poco tiempo con la participación del general Velit, el flamante ministro del Interior del Perú. No se trataba, pues, de un exilio de políticos ni del envío de prisioneros de guerra. Era un operativo militar ultra-secreto para eliminar físicamente a políticos enemigos del gobierno peruano.

- Es un intercambio de favores; el Perú eliminó al argentino Naguib, y sabe Dios a cuántos más, que nosotros desconocemos, sentenció Blanco.

Yo me levanté de la mesa. Salí junto con Ledesma, a dar una vuelta por el jardín. En la puerta de la enfermería encontramos, aguaitando, al vicealmirante Arce Larco.

- He venido a buscar un enfermero para que me mida la presión; no me siento bien. He estado tomando unos tragos con los oficiales. He estado escribiendo cartas, he mandado una de ellas por intermedio de una estafeta.

Caminamos un buen trecho, los tres conversando sobre los perjuicios económicos que nos causaba el exilio; y sobre la imposibilidad de pagar impuestos por el año 1978. Un oficial se acercó rápidamente hacia nosotros.

- ¿Quién les ha autorizado a salir? ¡Regresen inmediatamente a su cuadra, está prohibido transitar por aquí!

Arce cruzó algunos jardines para dirigirse al Casino donde se alojaba. Nosotros, regresamos a la enfermería. Yo no participaba de la aprehensión de mis compañeros de exilio. Reflexionaba, más bien, en torno a algunos hechos. ¿Hasta qué punto era auténtico el nerviosismo de algunos de estos políticos? ¿Se buscaba, con fines particulares, crear un clima de excitación y de desconfianza? De otro lado, era una oportunidad interesante ver hasta qué extremos podía llegar una histeria colectiva. Pero, también, era evidente que Argentina no vivía un clima paradisíaco de respeto a la vida ajena. En todo caso, la *inteligencia peruana* que había organizado este operativo, seguramente estaba al tanto de todo lo que podía ocurrir con prisioneros nerviosos, indocumentados, de cuyo paradero nadie podía proporcionar información alguna.

- El autor de todo esto es un auténtico hijo de puta, volví a decirme.

La información que proporcionó Ledesma, sobre nuestro encuentro con el oficial argentino, añadió leña a la hoguera.

Dos soldados ingresaron con ollas metálicas y una bolsa de pan. Había llegado la hora de comer. Pacho y Apaza lo hicieron en silencio, sin levantar los ojos. Tan pronto terminaron, se fueron a dormir. La charla de sobremesa volvió a girar sobre la inminencia de la muerte.

- Si no nos asesina el Ejército Argentino, nos asesina cualquier otra organización de derecha. En este país, hay docenas de escuadrones de la muerte que matan por decisión propia o por encargo.

Habíamos vivido veinticuatro horas dramáticas, desde el momento en que las autoridades peruanas nos hicieron subir a los vehículos militares para enviarnos al Grupo 8. La fatiga física, la excitación nerviosa, continua y creciente; la incertidumbre, el violento esfuerzo físico realizado por los políticos en su gresca contra la Policía de Investigaciones del Perú, todo esto terminó por doblegar la resistencia de los exiliados.

Uno a uno se fueron retirando a dormir. Díaz Chávez y Ledesma lavaron sus ropas, con esmero, con resignación.

A las 10 de la noche, los ocho condenados a muerte, los dos sindicalistas y el periodista, dormían a pierna suelta.

Abrí los ojos y paré las orejas. Vi mi reloj: 2 de la madrugada. Sentí que alguien abría, suavemente, la puerta de la enfermería. Pude sentir las respiraciones acezantes de quienes, furtivamente, ingresaban a la cuadra. Me incorporé y miré con cautela. Dos soldados, con sus ametralladoras en la mano y con cascos de acero, entraron a la enfermería y, caminando quedamente, se dirigieron a los dormitorios de los peruanos. Se asomaron al dormitorio de Hugo Blanco y Diez-Canseco. ¿Habría llegado la hora?

Secuestrado o asesinado

- No sabemos nada del doctor Baella, dijo, huraño, el inspector Ibarra, de la PIP, en cuya oficina yo había permanecido detenido.

- ¿Y quién sabe dónde está?, preguntó Alicia, mi esposa. Eran las 8 de la mañana de viernes 25 de Mayo. Como lo había hecho durante una semana, ese día llegó a la prefectura muy temprano, a visitarme.

El inspector Ibarra se encogió de hombros. En ese momento ingresó un detective que invitó a mi esposa a pasar al despacho del inspector Walter Rodríguez.

Moreno, calvo y achinado, el inspector Walter Rodríguez Hidalgo parecía ser el directamente responsable de los detenidos políticos.

- *Tengo instrucciones de entregarle un inventario de las cosas que ha dejado su esposo, porque el doctor Baella ya no se encuentra aquí.*

- *¿Cómo que no se encuentra aquí! ¿Y dónde está?*

- *Yo no lo sé.*

- *Pero usted es el encargado o el jefe de este departamento.*

- *Así es señora, pero nada sé del paradero del doctor Baella.*

- *¿Ha sido secuestrado?*

- *Yo sólo tengo instrucciones de entregarle este inventario. Puede usted recoger sus cosas en la oficina del señor Ibarra.*

- *Mi esposo tuvo ayer un incidente con alguna autoridad, aquí. Usted sabe que se declaró ayer en huelga de hambre. Alguien lo amenazó con enviarle a un calabozo común junto con los narcotraficantes. ¿Estará acaso allí?*

- *Fui yo quien lo amenazó. Pero lo tuve que hacer porque me estaba creando un problema: yo había cedido mi oficina para que él permaneciera aquí.*

- *Entonces, ¿usted es el famoso amigo de la infancia?*

- *Sí, nos conocemos desde niños.*

Mi esposa pasó por la oficina del señor Ibarra, y, después de firmar un papel, recibió un receptor de televisión, la ropa de cama y algunos libros. Dos detectives le ayudaron a llevar todo eso a su automóvil.

Una hora más tarde, mi esposa volvió a la prefectura. Pidió hablar con el director de Seguridad del Estado, inspector mayor Luis Lombardi, pero le dijeron que éste había salido.

Mi esposa sacó una tarjeta de visita, y en ella escribió:

- *He venido, como una persona educada, a saber dónde está mi marido. Al negarse usted a responderme, confirma usted mis peores sospechas.*

Estaba a punto de abandonar la prefectura cuando una secretaria la detuvo. El señor Lombardi acababa de llegar y la recibiría.

- *Soy la señora de Baella. Quiero que me diga usted dónde está mi marido.*

- *Señora, yo no sé dónde está.*

- *¿Cómo? ¿Usted, siendo el director de esta dependencia, no sabe dónde está mi marido? ¿Ha sido secuestrado o ha sido asesinado?*

Lombardi se amoscó. Su rostro moreno se contrajo; oculta su mirada, tras de los anteojos oscuros, se mostró incómodo:

- *Ha sido puesto en un aeropuerto.*

- *Aquí hay muchos aeropuertos. ¿Nacional o extranjero?*

- *Usted tendrá en algún momento noticias de su esposo.*

A las 11:30 de la mañana, mi esposa entregaba a todas las agencias de noticias de los países occidentales y a la oficina de informaciones de la embajada de los Estados Unidos, USIS, la siguiente declaración escrita:

Yo, Alicia Herrera de Baella, me he constituido a las 8:30 de la mañana de hoy, 25 de mayo al Departamento de Seguridad del Estado para ver a mi esposo Alfonso Baella Tuesta, director del semanario EL TIEMPO, y me he dado con la ingrata noticia de que los responsables de esa dependencia desconocen su paradero.

Yo emplazo al gobierno que preside el general Morales Bermúdez y al gabinete en pleno para que dé un comunicado en el término de 24 horas para saber qué han hecho con él. Si han aprovechado de la suspensión de garantías, del estado de emergencia y del toque de queda para perpetrar un secuestro o un asesinato.

Los teletipos de las agencias de noticias comenzaron a funcionar instantáneamente. En cuestión de minutos, mi desaparición del Departamento de Seguridad del Estado, es decir, de manos de la policía política del gobierno peruano, fue conocida en todos los medios informativos del mundo.

No existe la censura de las informaciones cablegráficas que envían los periodistas extranjeros desde el Perú. Pero el gobierno dispone de los medios adecuados para enterarse de su contenido, tan pronto como los despachos noticiosos salen de Lima.

El escándalo que provocaría la declaración de mi esposa tenía que dar resultados inmediatos. Felizmente, el teléfono de mi casa no había sido interrumpido, como suelen hacerlo las autoridades cuando desean aislar a alguien.

Un cuarto de hora después, distribuida su declaración, mi esposa recibió la primera llamada anónima:

- El doctor Baella está en Argentina. Fue deportado esta madrugada.

Llamó inmediatamente a las agencias noticiosas. Todas habían recibido mensajes idénticos.

El teléfono comenzó a funcionar en forma continua.

El primer político que llamó, para comunicar la insólita noticia que había recibido sobre mi paradero, fue el ex presidente Fernando Belaunde Terry.

Inmediatamente después, lo hizo Javier Alva Orlandini, secretario general de Acción Popular. Estaba verdaderamente indignado. Pronunció prácticamente una arenga de protesta.

"!Que me escuchen los miserables: sé que están grabando esta conversación, que sepan lo que el Perú dice de los atropellos incalificables que están cometiendo los militares!"

A mediodía, se recibió en mi casa el siguiente télex, procedente de Buenos Aires. Lo firmaba el jefe de la Agencia Alemana de Prensa en esta ciudad.

Estamos al tanto de la posible llegada de Alfonso a Buenos Aires. Lo buscamos a toda hora. Lo recibiremos en casa y le daremos todo el apoyo necesario. Tenga la plena seguridad y tranquilidad de que aquí estará entre amigos. Werner Kroll.

Dos horas después, llegó otro télex:

Alfonso está alojado en el Regimiento 20 de Jujuy, junto con los demás peruanos deportados. No nos pudieron comunicar con Alfonso por una razón técnica, según dijeron. Nos informan que Alfonso y los demás peruanos se encuentran bien y que no hay motivo para preocuparse. Nos ocupamos de Alfonso, que tiene todo nuestro apoyo. Nuestra solidaridad con usted y con sus hijos. Werner Kroll.

Una hora más tarde, en un sobre cerrado, se recibió el texto del siguiente Comunicado Oficial:

El Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada pone en conocimiento de la ciudadanía haber decidido extrañar a las

personas que a continuación se indica, por la participación que les cupo en recientes actividades subversivas y de violencia:

a. DE LA FUERZA ARMADA:

- *Vicealmirante AP (r) José Arce Larco*
- *Vicealmirante AP (r) Guillermo Faura Gaig*
- *General de División EP (r) Leonidas Rodríguez Figueroa*
- *General de Brigada EP (r) Arturo Valdez Palacio*
- *Mayor EP (r) José Fernández Salvatecci*
- *Capitán EP (r) Eloy Villacrez Riquelme*

a. CIVILES:

- *José Luis Alvarado Bravo*
- *Justiniano Apaiza Ordóñez*
- *Alfonso Baella Tuesta*
- *Hugo Blanco Galdós*
- *Humberto Damonte Larrain*
- *Ricardo Díaz Chávez*
- *Javier Diez Canseco Cisneros*
- *Genaro Ledesma Izquieta*
- *Ricardo Letts Colmenares*
- *Ricardo Napurí Chapiro*
- *Valentín Pacho Quispe*

Institucionalmente, se ha hecho necesario el extrañamiento de los mencionados oficiales en situación de retiro. Asimismo, el de los civiles indicados en la relación anterior, en resguardo del orden y de la tranquilidad públicos.

La decisión ha sido ejecutada en la madrugada de hoy, embarcando a las personas detenidas rumbo a la República Argentina, a excepción de los miembros del Ejército quienes no son habidos, razón por la que han sido impartidas las órdenes pertinentes para su cumplimiento.

Lima, 25 de mayo de 1978

Oficinas de Relaciones Públicas

Ministerio del Interior

No fue fácil obtener la declaración oficial sobre la suerte de los prisioneros. Cuando el Gobierno Humanista y Cristiano de Lima pone entre rejas a un *enemigo de la revolución*, la suerte de éste resulta impredecible.

La noticia de mi prisión se propaló rápidamente el mismo 20 de mayo. El gobierno había clausurado en la víspera todas las revistas y publicaciones independientes, y los diarios jamás recogerían una información desagradable para el régimen. Pero, el país está preparado para estas emergencias. Funciona una gigantesca cadena informativa que, de boca en boca, difunde las noticias con la velocidad de un rayo. Los hechos suelen sufrir, de este modo, deformaciones que siempre perjudican el mellado prestigio del gobierno. Ese fin de semana, todo se prestaba para la exageración antioficialista.

El gobierno había sufrido otra crisis ministerial. Fue nombrado un nuevo ministro de Economía, Javier Silva Ruete, quien debutó encareciendo en más del ciento por ciento los artículos de primera necesidad. Gordo, como si personificara la buena mesa, el aspecto del ministro contrastaba con los rostros enflaquecidos de millones de niños y trabajadores que, de un día para otro, apenas tenían qué comer.

La ola de repudio popular contra las autoridades crecía minuto a minuto.

Las organizaciones comunistas habían anunciado un paro nacional para los días 22 y 23, es decir, para el lunes y el martes. El gobierno respondió suspendiendo las garantías constitucionales, decretando el estado de sitio e implantando el toque de queda.

La noticia de mi prisión llegó el mismo sábado a las agencias de noticias. Mi mujer confirmó el hecho.

La prisión de un periodista siempre es una noticia de primera página.

Los corresponsales de las agencias noticiosas acreditados en Lima, coincidieron en describirme como un *periodista conservador* que, además de director de *El Tiempo*, era corresponsal en el Perú de la Agencia Alemana de Prensa, DPA.

El domingo 21, en los principales diarios del mundo, se publicó la noticia de mi prisión; pero no se trataba de un hecho aislado. El nuevo ministro del Interior, general Velit Sabbattini, había iniciado una gigantesca redada contra los dirigentes sindicales de la izquierda. Los comunistas, cualquiera sea la facción a la que

pertenecen, son sumamente hábiles en la explotación publicitaria de sus prisioneros.

En el extranjero, especialmente en los países acreedores del Perú, se tuvo la impresión de que el gobierno de Lima se derrumbaba. Su enfrentamiento con la izquierda resultaba, hasta cierto punto, explicable. Pero, ¿qué justificación tenía la prisión del director de un periódico conservador y corresponsal de una agencia de peso mundial de la DPA? Todo esto, dentro del marco del estado de sitio y del toque de queda, generó una imagen de catástrofe.

Yo permanecí aislado en el cuarto piso de la prefectura. Los detectives, que entraban y salían, no podían guardar el secreto: en el mismo piso, muy cerca, separados por algunos tabiques, permanecían primero decenas, y luego centenares, de prisioneros comunistas.

El domingo pude hablar por algunos minutos con mi esposa. Decidimos guardar silencio mientras se llevaba a cabo el paro general. De ninguna manera daríamos motivo para que las autoridades, acosadas por el repudio popular, me encontraran coincidiendo con los extremistas que aprovechaban, con fines políticos, lo que era una gran movimiento nacional que rechazaba el gobierno.

El lunes y el martes fueron dos días de actividad frenética en Seguridad del Estado. Los detenidos llegaban por cientos. Yo no los veía. Lo sabía por mi diálogo con los detectives. Éstos eran llamados en cualquier momento, y salían disparados a cumplir sus misiones. Camiones de la policía llegaban a cualquier hora del día y de la noche con su cargamento humano, con frecuencia, menores de edad. Los PIPs trabajaban sin descanso, fichando a los detenidos, distribuyéndolos en otros penales, buscando los antecedentes de algunos para demostrar que existía una subversión organizada por la extrema derecha y por la extrema izquierda.

En horas de la madrugada, se escuchaba un coro energético; como si fuesen los boteros de Volga. Voces guturales. De pronto, el coro aceleraba su ritmo. Parecían seres desesperados que se resistían ir a las galeras. Los gritos eran tan ensordecedores, que una noche creí que los comunistas se habían apoderado del edificio y seguramente organizarían una revuelta. Pero luego, todo se sumía en el silencio. El ronquido de motores ponía el colofón a la vocinglería. Me enteré de qué se trataba: Los guardias uniformados salían a cumplir con su servicio represivo muy temprano. Sus jefes, antes del desayuno y como parte de su entrenamiento, les hacían cantar, a voz en cuello, canciones guerreras, agresivas, hasta entonces para mí desconocidas. Suelen tener, me dijeron, un efecto notable sobre la psicología del hombre armado: lo vuelven agresivo.

El miércoles 24, el gobierno anunció el término del paro general y la normalización de las actividades en todo el territorio peruano.

No tenía objeto esperar por más tiempo. El gobierno debería ordenar mi libertad.

En las primeras horas de la mañana de ese día, mi esposa Alicia dirigió un cable a la Sociedad Interamericana de Prensa, SIP:

Mr. James Canel. Sociedad Interamericana de Prensa, 2911 N.W. 30 th St. Miami, Fla 33142.

*El sábado 20 de mayo, a las 7 de la mañana, fue detenido sin mandato judicial mi esposo Alfonso Baella Tuesta, director del semanario **El Tiempo**. Ni la policía de Seguridad del Estado, ni otra autoridad proporcionan información alguna, ni diarios peruanos dan cuenta de esta detención.*

*La edición de **El Tiempo** ha sido suspendida por disposición del gobierno. Denuncio este hecho violatorio de los derechos humanos contra un periodista independiente. Alicia de Baella.*

Envió el mismo mensaje a la Oficina de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, con sede en Suiza.

Incrementé la presión, como he relatado, declarándome en huelga de hambre y denunciando el hecho por intermedio de la prensa extranjera.

En horas de la tarde de ese día, las agencias de noticias, la SIP y las Naciones Unidas recibieron otro mensaje:

Habiendo sido detenido, el sábado 20 de mayo a las 7 de la mañana, el periodista Alfonso Baella Tuesta, sin que hasta el momento no se le haya formulado acusación alguna por la autoridad pertinente, hoy se ha declarado en Huelga de Hambre.

*Yo, Alicia Herrera de Baella, su esposa y nosotros, Gina, Pilar, Milagros, Cecilia, Claudia y Alfonso Baella Herrera, sus hijos, acusamos al Gobierno Revolucionario en pleno por las consecuencias que puedan derivarse del secuestro que sufre el director de **El Tiempo** y de la medida de protesta que ha adoptado.*

Denunciamos ante la prensa mundial la violación de los derechos humanos que se perpetra en agravio de un periodista independiente.

Lo firmaban mi esposa y mis seis hijos.

Ese mismo día, la agencia italiana ANSA distribuyó el siguiente despacho, remitido por Luciano Seno:

*Lima, 24 mayo. ANSA. El detenido director del semanario conservador **El Tiempo**, Alfonso Baella Tuesta, que también es corresponsal de la Agencia DPA de Alemania Occidental, reclamó hoy a las autoridades peruanas su inmediata libertad y anunció que iniciará una huelga de hambre, "como protesta y única medida a mi alcance".*

Baella, quien en las últimas semanas ha editorializado duramente contra la política económica del gobierno del general Francisco Morales Bermúdez, dice en un comunicado manuscrito que "no probaré bocado ni tomaré una gota de agua hasta recuperar mi libertad".

Sostiene que permanece detenido e incomunicado en las oficinas de Seguridad del Estado (policía política) y que hasta el momento "no se ha formulado cargo alguno en contra mía" y que su situación legal parece depender del Presidente Morales Bermúdez y del Consejo de Ministros.

Baella fue visitado esta tarde por su médico personal, Dr. Uriel García Cáceres, quien manifestó al salir de la dependencia policial, haberlo encontrado en óptimas condiciones y comprobado el trato humano otorgado a su cliente.

*Se observó también que en dicha dependencia policial estaba el periodista Humberto Damonte Larraín, presidente del directorio de la revista izquierdista local, **Marka**, así como de Antonio Zúñiga, secretario general de la combativa Federación de Empleados Bancarios del Perú.*

Todas las agencias noticiosas proporcionaban una abundante información, inclusive los corresponsales de los países comunistas, puesto que también habían caído en prisión líderes marxistas.

El ministro del Interior parecía empeñado en terminar con el poco prestigio, si le quedaba alguno, del gobierno militar.

En medio de este ajeteo, mi mujer me hizo llegar en horas de la tarde un mensaje cablegráfico que me remitió la DPA de Hamburgo.

La revista semanal **Somos**, de la poderosa editorial argentina Atlántida, me solicitaba un artículo sobre la situación que prevalecía en el Perú. Me ofrecían "honorarios especiales".

Me dediqué, pues, a redactar el artículo de inmediato y a estudiar la forma de hacerlo llegar a su destinatario lo antes posible. Mi cotización, como periodista profesional, mejoraba rápidamente. Así nomás nadie escribe, desde dentro de

una cárcel, sobre la situación política de su país. No sospechaba la utilidad que, dentro de algunas horas, tendría este trabajo.

Cuando el 25 de mayo, mi esposa denunció mi desaparición, responsabilizando de este hecho al gobierno y al gabinete, la prensa mundial estaba lo adecuadamente excitada sobre mi caso. La prensa argentina se había ocupado con sumo interés de mi situación.

En Buenos Aires tienen sus oficinas prácticamente todas las agencias noticiosas del mundo. Existe una eficiente red de información oficial, TELAM, que cubre todo el territorio argentino. Además, había una circunstancia singular: comenzaban a llegar a Buenos Aires los periodistas, camarógrafos, fotógrafos y comentaristas que, en número de cuatro mil, cubrirían las incidencias del Campeonato Mundial de Fútbol.

La denuncia de mi desaparición llegó a la prensa argentina en la mañana del 25 de mayo. Una hora después, se supo que probablemente había sido deportado a Argentina.

Si en algún momento, el operativo militar peruano tuvo la intención de ocultar nuestro destino ese proyecto había sido totalmente desbaratado gracias al periodismo mundial.

Los fotógrafos de los diarios de Jujuy, destacados en el aeropuerto de El Cadillal vieron, con sorpresa, llegar un avión peruano que aparcaba en una zona reservada, rodeado por soldados armados hasta los dientes.

Desde lejos, con sus teleobjetivos, tomaron fotografías. En la tarde, pudieron componer el rompecabezas: ese avión Hércules era el que había llevado a los prisioneros peruanos. Pero, ¿por qué los habían entregado al Ejército Argentino? ¿Dónde estaban?

Werner Kroll e Ignacio Mazzitelli, periodistas de la dpa en Buenos Aires habían llamado a los diarios de San José de Jujuy, a las autoridades policiales y a las autoridades militares, preguntando por mí. Esas llamadas se repitieron en la tarde y en la noche.

Todo esto ocurría; pero quienes estábamos en la enfermería del cuartel no lo sabíamos.

Nos encontrábamos técnicamente secuestrados.

Los periodistas ubican a los secuestrados

Me levanté muy temprano, como de costumbre. Dos hechos me preocupaban: la tensión creciente entre los candidatos comunistas, ante la inminencia de su asesinato, y la amenaza de expropiación que se abatía sobre los soles peruanos, que constituían mi capital.

Pepelucho, al concluir la comida de la víspera, hizo aprobar un temperamento ciento por ciento socialista.

- Vamos a hacer un pozo o fondo común con el dinero que tiene cada uno de nosotros. Lo haremos cambiar por pesos argentinos, para adquirir las cosas que necesitamos. Entre nosotros llegamos a 900 soles más o menos, pero con los siete mil soles de Baella la cosa mejora, había dicho. Nadie le contradijo.

Pepelucho jamás pudo haber visto mi billetera. La precisión de su cálculo revela la experiencia que adquirió cuando fue empleado de banco y esa intuición maravillosa que tiene un socialista para saber dónde hay dinero expropiable. Un verdadero zahorí. A mí me repugnaba el principio de la división del dinero, que nada resolvía, y sólo iba a provocar la desaparición de mi diminuta reserva. Consideraba, además, un revés permitir que alguien me despojara de mi dinero, echando por la borda la fama bien adquirida que tengo como hombre de bolsa cerrada. Inmediatamente después del desayuno (infusión de mate con un pan), llevé a Alvarado Bravo a la antesala de la enfermería para hablar a solas, confidencialmente.

- El miedo al asesinato puede generar una psicosis peligrosa que debemos evitar, y la falta de dinero no se resuelve con el "pozo". Tengo un plan para encarar ambas cosas. Parto del hecho de que los dos vicealmirantes tienen un status diferente al nuestro, circunstancia que debemos aprovechar para romper nuestro aislamiento y lograr un contacto con el exterior.

Alvarado me escuchaba con atención y me pidió una aclaración sobre mis sospechas acerca de la situación de los marinos.

- Ellos no han estado en la condición de prisioneros. Fueron conducidos de sus casas al Grupo 8, acompañados por sus esposas. Sus familiares saben dónde y cómo están. Presumo que tienen pasaportes y dinero, puesto que es absurdo que, estando en sus casas y notificados de su deportación, no se hayan premunido de ambos elementos. Han viajado uniformados, lo que quiere decir que van a ser tratados conforme a su jerarquía y grado. Bajaron primero del avión y fueron atendidos en una oficina privada del aeropuerto. Fueron conducidos al cuartel en un vehículo especial y han sido alojados en el Casino de Oficiales con un trato deferente. Podría ocurrir que los marinos tengan el encargo de vigilarnos a los civiles.

Alvado Bravo seguía escuchando con interés. Es un hombre inteligente, negociador como buen dirigente sindical. Goza con las maniobras políticas.

- ¡No creo tanto, pero está interesante!

- Creo, pues, que debemos utilizar a los marinos para presionar un poco y obtener dinero y una comunicación con el exterior. Vamos a plantear un financiamiento práctico.

En ese momento ingresaban, repartiendo saludos ruidosamente, los vicealmirantes Arce Larco y Faura. Resultaba imposible continuar la conversación con Alvarado. Nos sentamos alrededor de la mesa del comedor.

- Hemos venido temprano para pedirles que hagamos un análisis de la situación, para ver cómo se interpretan los hechos, dijo Faura.

- Propongo que Arce Larco presida la sesión y dirija el debate para que se lleve a cabo con orden, dije. Se aprobó. Inmediatamente, pedí la palabra.

- Tenemos necesidades personales que atender, en forma inmediata, y no disponemos de dinero en efectivo. Hay que comprar jabón, dentífricos, navajas de afeitar y detergente para lavar la ropa. Les pedimos que ustedes hablen, en nombre nuestro, con el coronel, para proponerle la siguiente alternativa: entregaremos nuestros relojes para que los vendan o empeñen o nos faciliten un préstamo en pesos argentinos equivalente a 10 dólares por persona. El otro pedido consiste en que permitan que uno solo de los presentes haga una llamada telefónica a Lima, para avisar a nuestros familiares dónde estamos.

- Nosotros ya hablamos con nuestras esposas anoche, por teléfono, desde la oficina del coronel, informaron los vicealmirantes. No hubo comentario alguno, pero sí miradas significativas entre los candidatos.

Cada uno de los presentes, con excepción de Pacho, Apaza y yo, hizo a continuación una exposición sobre la forma como veían la situación de los detenidos.

Coincidieron en dramatizar la situación en forma superlativa. Hugo Blanco, Napurí y Letts llevaron a sus amigos a la antesala misma de la muerte.

- El peligro será mucho mayor desde el momento en que nos separen, los marinos y Baella, por un lado, y nosotros, por el otro. La liquidación será más fácil, para nosotros y para ustedes, afirmó Letts.

Los marinos, con excelente humor al comenzar la reunión, terminaron preocupados. Arce lucía camisa Christian Dior con una corbata Pierre Cardin, terno americano y zapatos negros de 50 dólares por lo menos. Faura, vestía ropas seriadas, de confección peruana.

- ¡Estamos secuestrados y ustedes también!, insistían unos y otros, en sus largas intervenciones.

Letts reunió a los prisioneros. Algo serio había ocurrido, poco después de la visita de los Marineros.

- Las cosas son graves, ya no podemos salir al jardín. Hay un soldado en la puerta de la enfermería que me ha prohibido salir: "Es orden del coronel", le dije, pero no quiso entenderme. Simplemente, me apuntó con su metralleta. ¿Puedo salir?" "No", me dijo. Tuve que entrar. Como ven, empeoramos.

Continuaron los comentarios por quince minutos, aproximadamente, cuando Napurí, con los brazos en alto, los ojos muy abiertos y el pelo revuelto, murmuró con tono conspirativo:

- Nos jodimos; ya no se puede ni siquiera salir de esta habitación al vestíbulo. Aquí dentro, tras la puerta, hay un soldado con su ametralladora.

- El próximo paso será prohibirnos que salgamos de los dormitorios. Parece que se acerca la hora cero, acotó Letts.

Los políticos continuaron discutiendo alrededor de la mesa de comedor. Alvarado Bravo, sentado sobre la mesa, hablaba en voz baja:

- Hay que tener cuidado que no nos escuche Baella.

Acababa de pronunciar estas palabras cuando yo me incorporaba al grupo. Todos me vieron, menos Pepelucho.

- Perdón, expresé, yo me retiro. Volvamos a nuestras reglas del Grupo 8. Yo estaré en el extremo opuesto de esta sala, en el último box que nadie ocupa. Deliberen sin temor. Cuando sea posible un diálogo conmigo, avisan y seguiremos adelante.

- Quiero explicarte de qué se trata, insistió Letts. El camarada Alvarado Bravo nos ha informado sobre la conversación que ha tenido esta mañana contigo y que fue interrumpida por la llegada de los Almirantes. Nos ha transmitido tus observaciones en el sentido de que ellos no están al mismo nivel que nosotros. Esto plantea un problema de ética revolucionaria para nosotros. Creo que ellos son nuestros aliados en este momento. Si hay hechos que fundamenten nuestra desconfianza, yo planteo que los llamemos y les digamos: "Por esto desconfiamos de ustedes". No es lógico que los aceptemos como aliados si tenemos desconfianza.

- Es cosa de ustedes, les dije, y me retiré.

Justiniano Apaza Ordóñez, el líder de los choferes del sur del país, me visitó a mi dormitorio para conversar un rato.

- Nosotros estamos en una posición parecida a la de usted, doctor Baella. No somos políticos, no estamos afiliados a ningún partido, nuestra labor es exclusivamente sindical. Hemos colaborado con la huelga de Arequipa, porque este fue el mandato de nuestras bases y de todas

las organizaciones del departamento. Yo no creo que por eso nos vayan a asesinar. ¿Qué dice usted?

- Yo creí que ustedes pertenecían al Partido Comunista o a alguna agrupación de los políticos aquí presentes.

- No, nosotros no somos políticos ni somos candidatos. Nos aconsejan que nos vayamos a Suecia, a París. Pero, ¿qué hacemos nosotros en esos lugares lejanos cuando no hablamos esos idiomas? Lo que nosotros queremos es regresar a Arequipa, tenemos nuestras cosas abandonadas.

- Yo creo que ustedes deben pensar con mucha frialdad, con serenidad. Yo tampoco creo que nadie nos vaya a asesinar. Pero no quisiera influir en el ánimo de ustedes; aquí soy considerado un reaccionario, derechista, capitalista, enemigo del pueblo, todas las cosas que usted ha oído.

*Están discutiendo tonterías. Son alocados. Son cojudos. ¡Por eso iba a dejar yo la Presidencia de **Marka**, para dedicarme de pleno a mi trabajo editorial, pero ahora ya no se puede por esta deportación. Estoy de acuerdo contigo, hay que empujar a los marinos para que hagan algo, dijo Humberto Damonte, que dejó la reunión del comedor para reunirse conmigo en mi "departamento".*

- Creo que se exagera el peligro de muerte. ¿No te parece?, le pregunté.

- Estoy de acuerdo, hay una tendencia al drama, ratificó Damonte.

- Hay algunas cosas que se ignoran. Por ejemplo, esta madrugada entraron a la enfermería dos soldados con sus fusiles en la mano y metieron la cabeza en cada uno de los dormitorios, como si estuvieran buscando a alguien. Yo no he comentado esto con nadie, le dije.

- Yo también me desperté y los vi. Parece que pasan una especie de revista, para ver que todos duermen o que cada cual está en su sitio. No sabemos cuáles serán sus reglamentos.

Llegó Hugo Blanco y calificó de ridícula la discusión. No tiene nada que ver con la ética revolucionaria, afirmó sonriente.

Finalmente, llegó Letts. Nos quedamos los dos solos. Volvió a explicarme la razón de su planteamiento y me dijo que se había quedado sólo, que todos desecharon su propuesta de llamar a los marinos para interpellarlos.

Me sorprende gratamente tu extraordinaria sensibilidad moral, le dije. De acuerdo con los análisis de ustedes, todos corremos peligro inminente de muerte, aquí, dentro de las paredes de la enfermería. Si esto es así, el primer objetivo que tenemos es luchar por la supervivencia. Todo lo que se haga en este camino está justificado. Si logramos que alguien hable por teléfono con Lima, habremos roto el aislamiento y esto sólo lo pueden lograr los marinos, que son los únicos que hablan con el coronel. Para nosotros, el coronel es inaccesible. Si logramos que vendan nuestros relojes, o nos hagan el préstamo, estamos rompiendo el aislamiento. Si tuvieran el

propósito de liquidarnos, no aceptarían nuestra proposición. Es un hecho que los marinos tienen una situación de privilegio, puesto que han hablado por teléfono, han enviado cartas y no se quejan en ningún momento de falta de dinero. Letts pareció aceptar mi razonamiento.

- ¡Almirantes a la vista!

Yo permanecía en mi dormitorio y los políticos alrededor de la mesa del comedor o jugando ajedrez. Por eso, yo era el primero en ver cuando los almirantes se acercaban a la enfermería. Entonces, solía dar la voz.

Entraron Arce Larco y Faura Gaig, visiblemente satisfechos.

- Traemos muy buenas noticias: Ha sido aceptado el préstamo de diez dólares por cabeza. Más tarde, vendrá el sargento con el dinero. Pero hay algo más importante: ¡a ver, explícales!

*- Lean este periódico. Es el diario de San José de Jujuy, **El Tribuno**.*

Yo leí la información: daba cuenta de la presencia, en el Grupo de Infantería N° 2, de trece políticos peruanos, que habían llegado en un transporte peruano, y cuya situación estaba pendiente de una decisión de las autoridades de Buenos Aires. Publicaba los nombres de la mayoría de los presentes.

*- ¡Esto significa que el mundo ya sabe que estamos aquí! Ahora, lean esta otra noticia. Es el diario **La Nación**, de Buenos Aires, que tiene una importancia internacional.*

Leyó Alvarado Bravo.

- Ya no existe el peligro de ser asesinados: el mundo sabe dónde nos encontramos, dijo Faura, con ostensible satisfacción.

Una hora más tarde, llegó el sargento con una bolsa de plástico.

- Aquí les traigo estos obsequios. El dinero lo traeré mañana, porque han ido a cambiar.

Dejó sobre la mesa cepillos para dientes, tubos de dentífricos y de crema para afeitar, navajitas, jabones, peines, galletas y chocolates. Todo para once personas.

A la hora de comer, todos estuvieron conversadores. Los arequipeños participaron de la conversación de sobremesa. El menú tenía muy pocas variantes pero, entre deportados y guardianes, había surgido vínculos de diálogo, lo que se tradujo en un hecho práctico: podían repetirse los platos hasta agotar el contenido de las ollas. El apetito iba en aumento.

Se restableció el clima de serenidad. Me llamó la atención la facilidad con que podía cambiar el estado de ánimo de un grupo de personas privadas de su libertad. Esta prisión resultaba mi primera experiencia de este tipo. Mis

compañeros, más experimentados, fácilmente pasaban de la depresión al optimismo, del terror a la confianza, del drama a la frivolidad.

- *Te espero mañana a las 9 de la mañana*, le dije a Díaz Chávez.

- *Estaré en la sala de prensa, puntual*, contestó El Charro.

Mi dormitorio se había convertido en una rústica cabina de redacción. El velador metálico me servía de escritorio. Tenía una buena provisión de cuartillas, que había llevado desde Lima.

Mis compañeros aceptaron concurrir, uno por uno, para ser reporteados. Por fin iba a tenerlos, sin límites de tiempo, frente a mí.

Cómo se organiza una deportación

Sábado 27 de mayo:

El sargento llegó poco después del desayuno con once sobres, cada uno con el nombre de igual número de los exiliados. Firmamos un papel y recibimos siete mil quinientos pesos por cabeza.

A los pocos minutos, se hizo presente el mayor de la policía que nos había recibido en el aeropuerto. Explicó que el dinero era un préstamo simbólico del Ejército Argentino. Estuvo de muy buen humor. Para adelantar los trámites, dijo, deberíamos llenar un documento muy simple, consignando los siguientes datos: nombres y apellidos de cada uno de nosotros; nombres y apellidos de los padres, esposa e hijos; dirección en Lima; profesión y ocupación; si desea quedarse en Argentina o prefiere irse a otro país; partido político al que pertenece y, finalmente, una apreciación personal sobre el motivo por el cual suponía que el gobierno peruano lo había deportado.

Dejó una hoja de papel y un sobre a cada uno.

Pepelucho Alvarado, con la satisfacción dibujada en el rostro, pronunció un breve discurso dirigido al mayor: *Los peruanos*, dijo, *tenían deseos de saborear la carne argentina. Sabemos*, afirmó en medio de las demostraciones de aprobación de todos los políticos, *que hay aquí un restaurante donde preparan parrilladas; podríamos ir un rato para almorzar hoy o mañana; o, en su defecto, mandar comprar la carne y preparar aquí la parrillada.*

Napurí intervino. Hizo una exhibición de sus amplios conocimientos sobre cocina, especialmente referidos a la preparación de carnes al aire libre.

- También queremos una botellitas de vino. Y queso. Hemos visto que las cosas aquí son muy baratas. Tenemos 750,000 pesos cada uno, y la parrillada nos saldría como a mil pesos por persona, según los precios de hoy. El litro de vino está por los mil pesos, dijo Alvarado con la fruición del hombre acaudalado.

Con poco disimulo, el mayor descartó la posibilidad de ir al restaurante. En cuanto a los precios, recomendó prudencia,

- *Ustedes no tienen mucho dinero. Hay que distinguir entre pesos viejos y nuevos. Ustedes tienen 7,500 pesos nuevos, que equivalen a 750,000 pesos viejos. Una botella de vino cuesta 1,000 pesos nuevos equivalentes a 100,000 pesos viejos.*

Llegaron los almirantes. Traían buenas noticias. Podríamos escribir cartas, que ellos despacharían desde el Casino de Oficiales. Esa noche, estaban autorizados para hablar por teléfono con sus esposas. Pidieron el número telefónico de cada uno de los presentes para que las señoras de Arce y de Larco comunicaran a sus familiares, en Lima, dónde y cómo se encontraban los deportados.

Se abrió luego, un amplio debate -al cual asistimos como testigos Pacho, Apaza y yo-, sobre cómo contestar las preguntas formuladas por el mayor, especialmente sobre el lugar de residencia.

Hugo Blanco aconsejaba, a todos, viajar a Suecia. Él tenía su visa de residente en ese país y, con sus vinculaciones, podía conseguir, poco a poco, pasajes para todos. Repitió su amplia argumentación sobre los peligros que se corría en territorio argentino.

- Yo me voy a Suecia, dijo Arce Larco. Y dirigiéndose a mí, rotundo, me recomendó: *Y tú también, te conviene.*

- Yo me quedo en Argentina, repliqué.

- Debemos unificar los criterios para contestar las preguntas, dijo Letts.

Yo me retiré. Mi posición era singular.

La redacción del documento entretuvo a todos hasta bien avanzado el día. El almuerzo trajo una novedad: un pedazo de carne asada, que los políticos identificaron como carne de carnero, acompañado de una papa cocida grande. El cuchillo nunca formó parte de nuestros utensilios. Había, pues que agarrar la carne, rebelde pero sabrosa, con ambas manos e hincarle el diente, con fuerza canina, como probablemente lo hacían nuestros antepasados de edades remotas.

De la carne, no quedó ni el recuerdo, y de ella, lamentablemente, no hubo repetición.

Un viejo vendedor de periódicos llegaba puntual con los diarios de Buenos Aires. La información sobre los peruanos deportados aparecía en forma destacada. La solución del problema originado por nuestra deportación no podía demorar mucho. La tercera noche en Jujuy no tuvo las tensiones y angustias de las dos primeras. A las 10, los once exiliados, entre un coro de ronquidos, dormían a pierna suelta.

El pasillo central de la enfermería era un tendedero de ropa. Medias, la mayoría con huecos a la vista; calzoncillos, algunos de colores comprados en Harrods, en Londres; los otros, blancos, anónimos, adquiridos en cualquier tienda Tía; camisetas con mangas largas, camisas viejas, una de marca extranjera; *jeans* y dos pijamas se alineaban, colgados de los brazos de las sillas y sillones, junto a las estufas. En las mañanas, cada cual recogía lo suyo, camino a las duchas con agua caliente.

Yo, fiel a una vieja costumbre, me solía levantar a las 5 de la mañana (3 de la mañana, hora de Lima). Cuando regresaba, invariablemente, Blanco o Letts solían gritar a voz en cuello:

- *¿Quién camina por ahí?*

- *El capitalismo trabaja, mientras el socialismo duerme*, contestaba. Risas.

En algunos momentos parecía que la rutina -cierto aire de normalidad, si se quiere-, llegaba a imponerse. A las 7 llegaba puntual, el soldado con el desayuno. El mate, puro o con leche, era recibido como una bendición. A pesar de la calefacción, el frío era intenso, especialmente en las primeras horas de la mañana.

Ese día, el teniente del ejército, gordito y con bigotes, dijo que el servicio médico y dental estaba a nuestras órdenes desde el día siguiente.

- *Tengo un puente que se me ha malogrado, quizás me lo puedan hacer de nuevo*, dijo Díaz Chávez.

- *El Charro es un conchudo; es capaz de pedir dentadura nueva*, acotó Ledesma.

En realidad, nadie utilizó estos servicios. Los once huéspedes de la enfermería gozaban de muy buena salud.

¡Domingo 28 de mayo!:

A mitad de la mañana tuvo lugar la sesión de información y análisis, con la presencia de los marinos. El comedor había sido desdeñado por sospechoso, en vista de su proximidad a las habitaciones que, durante el día, ocupaban el

Sargento y el Teniente, quienes podían escuchar las lucubraciones de sus prisioneros. Fue elegido el último dormitorio desocupado, en el extremo opuesto de la enfermería.

- *El camarada Blanco estuvo muy mal ayer cuando, en voz alta, hizo comentarios políticos inconvenientes para oídos argentinos; pudo ser escuchado por los militares y crear problemas innecesarios*, dijo Diez- Canseco.

- *Como revolucionario, debo aceptar la autocrítica, reconocer mi error, pedir disculpas y prometer no incurrir otra vez en esta falta*, dijo Hugo Blanco, con lo que quedó zanjada la situación.

Las noticias aparecidas en los periódicos argentinos revelaban, en opinión de los candidatos, que las autoridades peruanas no habían proporcionado aún la relación completa de los detenidos. *La razón* de Buenos Aires, por ejemplo, decía: *"Las informaciones llegadas a nuestro país no incluyen la identidad de las otras cinco personas del contingente"*.

Este hecho fue vinculado a otros que resultaban notorios: las autoridades argentinas, en *El Cadillal*, no llenaron ninguna formalidad con respecto al número de identidad de los prisioneros, lo que explicaba que solicitaran, días después, una declaración individual, para conocer datos elementales de sus cautivos. Todo esto revelaba que, en Buenos Aires, las autoridades argentinas demoraban su decisión final porque carecían de los antecedentes civiles, políticos y penales de los prisioneros. Las informaciones cablegráficas, a su vez revelaban que las autoridades de Lima demoraron, deliberadamente, hasta la noche del 25 de mayo, la entrega de un comunicado oficial, incompleto, sobre los deportados.

Era evidente, pues, la intención del gobierno del Perú de entregar a los prisioneros a las autoridades militares argentinas, sin elemento alguno de identidad, sin testigos y, por tanto, eximiéndolas de cualquier responsabilidad por la muerte o desaparición de sus irónicamente llamados "huéspedes".

El ambiente iba caldeándose; otra vez se respiraba desconfianza.

Napurí habló largamente. Impresionó a los marinos, a sus camaradas.

- *Está muy bien, me gusta tu planteamiento, es una pena que no te haya conocido antes*, dijo Faura Gaig, dirigiéndose al líder trotskista.

- *Lo llevas como tu asesor la próxima vez que seas ministro*, exclamó Pepelucho Alvarado. Napurí se sonrojó, con deleite, mientras sus camaradas festejaban la ocurrencia.

- *Ustedes son los expertos en política, por eso me interesa mucho escuchar sus opiniones*, añadió Arce.

Faura pidió una opinión legal a los abogados, sobre la situación en que se encontraban los prisioneros frente a los compromisos internacionales vigentes entre Perú y Argentina.

Ledesma y Díaz Chávez disertaron, sin convicción, con flojedad jurídica. Predominó, finalmente, el criterio político.

El día domingo, día del Señor, amenazaba en convertirse en "Día del Terror".

Los políticos se convencieron, fácilmente, de la inminencia de su internamiento, como prisioneros de guerra, en un campo de concentración donde permanecerían por tiempo indefinido, con la amenaza de desaparecer o morir en cualquier momento. En el hipotético caso de que las autoridades argentinas otorgaran el asilo político, tampoco mejoraría la situación. Por el contrario, la vida de los prisioneros corría más riesgo en la calle que dentro de los muros de la prisión o detrás de las alambradas de los campos de concentración.

Menudearon los relatos sobre asesinatos, desapariciones, secuestros, mutilaciones y agresiones, cuyo origen jamás se llegó a esclarecer, pero que, naturalmente, procedían de las fuerzas armadas argentinas, de las organizaciones clandestinas fascistas y de la derecha, cuyas víctimas eran, invariablemente, los inocentes políticos marxistas.

Cuando los marinos se despidieron, la muerte había vuelto a rondar, siniestra, alrededor de la enfermería, y parecía que por las paredes del viejo edificio chorreaba la sangre, y que se escuchaba, junto a nosotros, los gritos de los moribundos abatidos por las balas y bayonetas de los soldados de Jujuy.

Éstos, en la vida real, de carne y hueso, caminaban alrededor de nuestra prisión con sus largas metrallas; con sus ponchos verdes, que les caían hasta las rodillas, para protegerse del frío; y con las cabezas cubiertas por cascos de acero, que parecían muy grandes para sus testas jujeñas.

El reloj señaló la 1 de la tarde.

El sargento, alto, desgarbado, con el pistolón que le colgaba sobre la pierna, entró a la cuadra portando una enorme fuente de madera. Con su dejo provinciano, alargando las sílabas con gracia, exclamó:

- Aquí les traigo ocho kilos de carne para que preparen su asado.

El rostro de Pepelucho se iluminó. En su cuerpo pequeño parecía ocultarse un gargantúa socialista.

- ¿Puede conseguirnos unas botellitas de buen vino argentino?

El sargento, vencido, dijo que sí. Se enfrascaron, entonces, en un diálogo sobre las marcas, las edades y los colores de los vinos. Terció Blanco para pedir quesos, sobre cuyas cualidades disertó con indudable sapiencia. Letts interrumpió las cartas interminables que escribía noche y día y procedió a recoger las cuotas con que cada uno de los prisioneros contribuía al pago del banquete.

Napurí practicaba una curiosa manía: expropiaba con avaricia cuanto diario llegaba a la enfermería. Los acaparaba. Junto a la ventana, arrimado a las estufas, en su lecho, o donde fuese, leía una y mil veces las noticias que, sobre los prisioneros, aparecían invariablemente en los periódicos de Jujuy y de Buenos Aires. Periódico que caía en sus manos, difícilmente llegaba a otro destinatario. Ese día, cuando vio la carne, se olvidó de los diarios.

- *¿Está lista la parrilla? ¿Hay carbón?*

El sargento dijo que sí, que todo había sido previsto. Napurí, con la fuente en alto, abandonó la enfermería, y seguido por Letts y Blanco, se dirigió al jardín. Con verdadera euforia, se dedicaron a preparar el asado dominical de los desterrados.

No fueron, a mi juicio, afortunados. Atizaba Pepelucho el fuego; chirriaba, rojinegro, el carbón de conutillo; mientras se asaba la carne, el ambiente se llenó del incitante olor del asado, y Letts, Napurí y Blanco, como sacerdotes de un nuevo culto, giraban en torno a la parrilla, volteaban los trozos de carne, giraban entre sí miradas de inteligencia, y llevaban las piezas a la altura de sus narices para dar el punto justo a la preparación virtuosa del asado. El sargento, desgarrado, tendido en tierra cuan largo era, junto a sus prisioneros, escanciaba el vino para sus amigos.

- *¡Salud! ¡Salud!*

- *¿Puedes traernos, viejo, otro par de botellitas?*

Se incorporó el sargento. No podía oponerse. Pepelucho convence al más duro de los humanos. Se fue el sargento, y volvió, no sabemos de dónde, con dos botellas más de rojo vino argentino.

Llegó la hora de la prueba. El que parte y reparte se queda con la mejor parte, parecían decir los líderes extremistas. Los prisioneros rodearon, nivelados en su apetito humanista, el fuego y la carne.

Letts, sentado sobre unos ladrillos, apoyando sus espaldas contra un muro, luchó denodadamente con un pedazo de carne que resistió, incólume, entre su implacable dentellada, de un lado, y la fuerza de sus manos, de otro, que la jalaban en sentido contrario. Venció la carne; se rindió el político:

- *Le hace falta más fuego*, dijo, depositando la presa sobre el fogón.

- *Se acabó el vino. ¡Que Baella invite más vino!*, planteó Pepelucho Alvarado con la aprobación ruidosa de los demás.

- Me viene la expropiación, pensé. Salí del paso, fácilmente:

- *¡Soy abstemio! por razones de orden religioso, yo no bebo ni una gota de licor y, por eso mismo, no puedo facilitar bebidas alcohólicas a los demás. Para mí, eso es pecado.*

Los marxistas se quedaron sorprendidos, pero no hicieron comentario alguno. Llegó más vino, pero no por cuenta mía. Estaba cierto de mi victoria. Podría enorgullecerme en el futuro, de haber convivido con los más representativos líderes del comunismo peruano, de haber pasado con ellos muchos días, incrementando mi dinero en vez de perderlo. Indudablemente, esto tenía que constituir una hazaña. Me retiré para anotar en mi cuaderno una reflexión. Había percibido, en todos los políticos, con excepción de Pacho y Apaza, una prisa, casi una desesperación, por gastar su dinero. Teóricamente, eran enemigos de la sociedad de consumo, pero al momento de gastar eran decididamente consumistas. No practicaban la virtud burguesa del ahorro. ¡Cuán grande sería el riesgo para un país cuyas empresas estatales estuviesen en manos de jóvenes tan alegres y precipitados en el gasto del dinero público!

Anotaba estas preocupaciones, cuando sentí que retornaban a la cuadra todos los exiliados. Les corrió el frío y el hambre. Ésta no había sido satisfecha con el asado. Felizmente, el sargento no había cancelado la orden para el almuerzo. Llegaron, pues, como de costumbre, los fideos, los porotos y las papas, con los minúsculos pedazos de carne, naranja de postre y, finalmente, mate con leche.

Entrada la tarde, volvió el sol y retornamos al jardín.

La aventura culinaria, el vino generosamente bebido por varios de los contertulios, el prolongado paseo que emprendimos al aire libre, hablando de política y episodios del pasado; todo esto sirvió para relajar las tensiones y devolver cierta tranquilidad a los políticos, que sufrían las consecuencias de su prolongado aislamiento.

Echados sobre el grass, Damonte y Blanco, en la paz bucólica, bajo un precioso cielo azul con cirros y cúmulos de aspecto bellissimo, abordaron la crítica al sistema capitalista, culpable de todos los males, inclusive de los que allí estábamos padeciendo.

- *Hay un sistema capitalista concreto. ¿Cuál es la realidad que tú le ofreces?*, pregunté a Hugo Blanco.

El líder guerrillero se mostraba en desacuerdo con el sistema ruso, con el cubano, con el chino y con el albanés. Naturalmente, era opuesto a todos y cada uno de los regímenes económicos que imperan en occidente.

- *Lo que hemos realizado nosotros en el valle de La Convención. Tenemos una organización cooperativa.*

- *¿Cuáles son los resultados de los balances de esas cooperativas?, le pregunté.*

- *Todavía no tenemos balances.*

- *¿Cuántos años tienen las cooperativas?*

No estoy seguro, pero creo que dijo algo así como diez años.

En ese momento, Arce Larco y Faura Gaig asomaron por el corredor y nos llamaron a una cita. Apenas tuvimos tiempo para seguir conversando sobre los esquemas económicos.

- *Podríamos escoger dos sectores del Perú; el más pobre e inhóspito me lo dan a mí, como Madre de Dios, con libertad de aplicar allí las reglas del capitalismo más ortodoxo; y otro departamento, se lo damos a Hugo Blanco para que allí aplique sus experiencias. Estoy seguro que en un plazo muy corto, Madre de Dios se podría convertir en una potencia financiera, afirmé.*

Pepelucho Alvarado se había sumado al grupo; contestó:

- *Es que así no es la cosa. Los dos sistemas no pueden coexistir, qué ocurrencia, el socialismo necesita primero destruir al capitalismo; si no, no vale.*

Los diarios de Buenos Aires hacían conjeturas sobre la suerte de los peruanos enviados por el Gobierno Revolucionario del Rímac. Recogiendo noticias de Jujuy, revelaron que el avión presidencial estuvo en el aeropuerto de *El Cadillal*, lo que se vinculaba con el probable viaje de una comisión de funcionarios de alto nivel del gobierno argentino. También recogían un rumor en el sentido que los trece peruanos viajarían a Buenos Aires en un avión de itinerario de Aerolíneas Argentinas.

La charla discurrió extensa, en torno a una cuestión:

- *¿Cuáles fueron los motivos que tuvo el gobierno de Lima para llevar adelante una deportación como ésta?*

- *Este es un acto irreflexivo; ha sido adoptado sin medir las consecuencias, lo que es muy grave, porque revela la improvisación con que se actúa en los más elevados niveles del gobierno, dijo Arce Larco. El ex ministro hablaba como reflexionando en voz alta.*

- *El paro general; la huelga de los maestros; el descontento causado por la crisis económica; todo esto ha generado un clima de excitación, de nerviosismo en el gobierno. Entonces, surge el complejo militar: hay que derrotar al adversario, hay que hacerlo mierda, como si fuera una guerra. En la sombra, hay intrigantes que aprovechan el momento para ejercitar pequeñas venganzas; ellos recomiendan: éste sí, este otro también; hay que joder, hay que sentarles la mano, qué se han creído, cuando vean que somos machos, los demás se van a chupar. Así es hermanitos, así es. ¿Por qué estoy aquí? Porque lo ha pedido el ministro de Marina. Lo estoy oyendo: "Jódanlo a ese cholo de mierda".*

- *¿Y tú Willie, por qué estas aquí?, le pregunté.*

- *Por culpa de El Miserable. Me pidieron los del PSR que fuera a Tarma, a pronunciar un discurso, como parte de la campaña electoral. Mi familia es de allí y los estrategas del partido creyeron que yo podía influir en la votación. Allí relaté mi anécdota del General Rodilleras. Creo que ahí me jodí.*

- *Cuente, cuente, cómo es eso.*

Afuera, el sol jujeño calienta, derrama sus chorros de luz color de oro sobre los corredores de la enfermería. Los soldados, con sus armas listas, siguen dando vueltas alrededor de nuestro aposento. Adentro, la temperatura es tibia, hay optimismo, buen humor. La conversación discurre tranquila, política, matizada de anécdotas y de recuerdos.

- *Un operativo de esta naturaleza, que compromete el prestigio del Ejército del Perú y del Ejército de Argentina, no puede ser decidido por impulsos caprichosos. Presumo que han opinado los servicios de inteligencia, el Estado Mayor del Ejército, el consejo de ministros. ¿En la época de Velasco, cuando ustedes fueron ministros, también se decidían las deportaciones por impulsos impremeditados?, pregunté.*

Arce Larco me mira con rencor.

- *Hay factores extraños, hay presiones. Por ejemplo, yo no regresaré al Perú de inmediato, aunque me lo autorizara hoy el gobierno. Yo sé que mi vida corre peligro, pero por razones muy diferentes a las que ustedes pueden imaginarse. Cuando yo fui ministro desbaraté un operativo de espionaje que había montado la CIA en el Perú.*

- *¿Dónde funcionaba? ¿Cómo fue eso?, le pregunto.*

- *En el quinto piso del Centro Cívico. Ahí operaba un grupo de peruanos y norteamericanos. Yo les llamé por teléfono y les dije: Les doy cinco minutos para que se vayan. Si los encuentro los saco a balazos. Fui, y ahí estaban los equipos de grabación de las conversaciones de Velasco, desde Palacio de Gobierno.*

- *¿Grabaron todas las conversaciones del Presidente?*

- Hermanito, todititas. Hasta las conversaciones de El Chino con Fidel, ¡qué carajo!, nada se les escapó.

- ¿Era un grupo de espionaje con la colaboración de miembros de la Fuerza Armada?, sigo preguntando.

- Yo no sé, yo no sé. Me estás queriendo hacer hablar demasiado.

- Desde ese quinto piso se transmitían mensajes a una embajada, por medio de señales luminosas que sólo eran visibles para algunas personas que utilizaban unos anteojos especiales, acota Faura.

- Chappers, ese personaje al que tanto defiende **El Tiempo**, también formaba parte del operativo de espionaje de la CIA en el Perú, dijo Letts con convicción. Esta afirmación fue ratificada por Faura.

- ¿Por qué no se le procesó a Chappers? ¿Por qué no se le detuvo y se le echó inmediatamente del país, sin someterlo a la justicia ordinaria, para que el país conociera el grado de su responsabilidad?, pregunto.

- Por falta de conciencia revolucionaria, porque el gobierno peruano no quería un enfrentamiento con los Estados Unidos, replica Letts.

- ¡Curiosa ausencia de conciencia revolucionaria! Chappers no es norteamericano, es peruano, está casado con peruana y tiene hijos y nietos peruanos. No se le enjuicia, pero se echa mano a sus bienes, a su casa, a sus empresas, y se distribuye todo esto entre amigos de Velasco.

Faura se muestra sorprendido por lo que digo.

- Yo no sabía esto, dice.

Pero, ¿por qué han deportado a Baella? Yo creo que para promoverlo políticamente, el gobierno debe estar interesado en hacer una promoción a favor de Baella, dijo Díaz Chávez.

- Yo, cuando leí en **El Tiempo** la noticia sobre las casas de Washington, dije: "Esto el Gobierno no lo aguanta, aquí le cayó la quincha a Baella", y así fue. Estas cosas fastidian mucho. Por ejemplo, a mi y a Willie nos dicen: "Aquí están sus cupones para que recojan 150 galones de gasolina por mes". ¿Qué galones?, Decimos nosotros. ¿Por qué vamos a recoger gasolina? ¡Nos negamos!. Por esto, nos odian. Hace años, cuando recién comenzaba el gobierno de Velasco, en la Marina dijeron que era necesario comprar una casa para que sirviera de residencia para el ministro. ¿Qué necesidad tiene el ministro de una residencia? ¿Acaso es el Cardenal? ¿No tiene su casa para vivir con su familia?, le pregunté. Pero erre que erre, el proyecto siguió adelante. Trece millones de soles de entonces para comprar una residencia en San Isidro. Ahora, imagínese, cuánto costará. ¿Para qué ese gasto? ¿Qué justificación tiene ante el país? ¡Ninguna! Pero ahí comenzaron mis problemas, se fueron donde Velasco y le dijeron:

Arce es enemigo de la Revolución, está fregando. No hermanito, esas cosas personales son muy jodidas, no hay que meterse, comentaba Arce Larco.

- Pero te viviste en la residencia, tú también fuiste ministro, le pregunto.

- No señor. Yo nunca viví en esa casa. Yo no me moví de mi casa nunca.

La conversación gira, otra vez, en torno al asilo, a las posibles soluciones que el gobierno argentino encuentre al caso de los trece peruanos.

- De ninguna manera debemos aceptar la hospitalidad argentina. Eso significaría, por nuestra parte, conceder un aval al gobierno de este país. Equivaldría a decir que los revolucionarios del Perú confiamos en las garantías, en el asilo de un gobierno que es combatido por la izquierda en todas las partes del mundo. Como hombres revolucionarios, no podemos hacer esto, expresa Díaz Chávez en un monólogo.

- ¡Ni de vainas!, dicen varios, al unísono.

Hugo Blanco insiste en sus puntos de vista sobre los riesgos materiales que corre cada uno de los asilados, en el caso de quedarse en Argentina. Habla de su experiencia en las cárceles de este país. Concluye recomendando que se pida asilo en Suecia.

- ¿Cómo se puede conseguir los pasajes para Suecia?, le pregunta Arce Larco.

Hugo Blanco pasea los ojos entre los presentes, se rasca la barba y murmura, confidencialmente:

- Eso no lo puedo decir delante de Baella.

Me retiro. La charla entre los políticos se prolongó un largo rato. Yo aproveché para ordenar mis apuntes. Mis notas taquigráficas pasaban ya de las 50 carillas.

El caso de la presencia de la CIA en el Perú me interesó mucho. Algo había oído sobre este tema. Me pareció fascinante.

El Perú se había convertido, para nadie era un secreto, en un centro de espionaje mundial. Así ocurre en todo país tercemundista, cuando de pronto se inician las relaciones diplomáticas y comerciales con todos los países del mundo. Los países se espían unos a otros; y los burócratas, infiltrados en las embajadas, en los servicios de inteligencia, tienen que ocuparse en algo, espionando de verdad o inventando.

¿Intrigaban ya los agentes del servicio soviético en el Perú?

El material sobre este tema era aún pequeño. Ordené mis notas. Volví a abordar a los marinos. Nos tuteábamos y nos tratábamos de usted, alternativamente. Les

costó vencer su resistencia, para hablar conmigo a solas. Pero algo obtuve de valor periodístico. Cada cual puede dar a estas versiones el valor que le parezca.

Una hazaña de la CIA

El Chino se puso pálido. Su rostro, usualmente amarillento, ajado por sus dolencias físicas, pareció hincharse. Su respiración entrecortada, sus labios apretados, todo él parecía a punto de estallar.

- *Hijos de Puta. ¡No puede ser!*, gritó. Sus dos manos cayeron, violentamente, sobre la mesa. El Presidente de la República del Perú, general Juan Velasco Alvarado, dueño absoluto de vidas y haciendas de su patria, parecía a punto de sufrir un colapso. Frente a él, el vicealmirante José Arce Larco lo miraba lleno de asombro, de temor. Jamás en su larga vida de lobo de mar había visto a una persona ponerse de este modo.

- *¿Estás seguro de lo que están diciendo?*

- *Sí, señor. El sistema ha sido desmontado; pero consideraré mi deber poner en su conocimiento lo que hemos descubierto*, contestó Arce Larco, casi arrepentido de haber relatado al Presidente todo lo que había averiguado.

- *¿Lo han interceptado todo? ¿Lo han oído todo, todo?, preguntó, incrédulo, Velasco.*

El jefe de la Casa Militar, general Ibáñez Burga, escuchaba, el rostro imperturbable. Sólo sus ojos delataban su estupefacción.

- *¿Desde cuándo existía este sistema de espionaje?*

Arce Larco explicó largamente lo que había averiguado, todo lo que se había hablado desde Palacio, a lo largo de los años de la revolución, lo había escuchado y grabado el servicio secreto de los Estados Unidos. Velasco dejó caer los brazos, como vencido. Su ira no pareció tener límites.

El vicealmirante José Arce Larco había asumido las funciones de ministro de Marina el 31 de mayo de 1974. Lo hizo en circunstancias dramáticas. Su predecesor, el vicealmirante Luis Vargas Caballero, su compañero de promoción, había renunciado después de un enfrentamiento con Velasco que, en la práctica, había sido un enfrentamiento de la Marina con el Ejército. Arce Larco se movía con mucha cautela. Algunos días después de haber iniciado sus labores, conversaba con el contraalmirante Bernós, de la Inteligencia Naval.

- *Debo darle cuenta que en el Centro Cívico, junto al hotel Sheraton, funciona una oficina de información donde trabajan oficiales de la Marina y personal norteamericano.*

- *¿Sobre qué bases funciona ese servicio?*

- *Les entregamos información a cambio de equipos sofisticados. Es un convenio que ha existido desde antes, entre la Armada Peruana y la Marina de los Estados Unidos.*

Arce escuchó, con atención creciente, el relato del contraalmirante Bernós. Tomó nota de los nombres de los oficiales peruanos allí destacados, del tipo de equipo que manejaban, de la ayuda económica que recibían, de las informaciones que recogían y, el punto más interesante, del sistema de interceptación de las comunicaciones telefónicas de Palacio de Gobierno.

En el Palacio de Gobierno, o Casa de Pizarro, en la Plaza de Armas, trabaja el Presidente de la República. Allí se realizan las sesiones del Consejo de Ministros y se llevan adelante las conversaciones decisivas para la marcha de la política, la seguridad y la economía del país. Tiene tres sistemas telefónicos: uno interno de tres cifras; otro, también de tres cifras, que comunica al Presidente de la República directamente con sus ministros, los jefes militares de importancia clave y algunas dependencias decisivas como el Servicio de Inteligencia Nacional, por ejemplo; y, el sistema convencional de teléfonos, de seis cifras. La oficina del Centro Cívico tenía equipos modernos que le permitían escuchar y grabar todas las conversaciones que se hacían a través de los teléfonos de Palacio con preferencia, naturalmente, a las conversaciones del Presidente Velasco. El único sistema no interferido era el interno, que carecía de interés práctico. El sistema

de control funcionaba noche y día. El material era clasificado y, aquel considerado importante, utilizado por la CIA. Esta agencia dispuso, pues, durante seis años, de la versión instantánea y completa de todas las conversaciones del Presidente de la República, de sus ministros y principales colaboradores. La CIA había grabado las conversaciones de Velasco con Fidel Castro, con Allende y con otros políticos; tenía, lo que resultaba más preocupante, las conversaciones amorosas de todos los prohombres de Palacio.

Cuando terminó Bernós, Arce ordenó que llamara por teléfono a la Oficina del Centro Cívico.

- Aquí, habla el vicealmirante Arce Larco, ministro de Marina. Acabo de enterarme del funcionamiento de esta oficina de espionaje que funciona con personal peruano y norteamericano. Quiero que tome nota de lo siguiente: dentro de una hora estaré allí, personalmente. Si encuentro a alguna persona de nacionalidad norteamericana, lo haré detener inmediatamente y lo enviaré a El Sepa. Notifiquenles: en una hora deben trasladarse a su embajada, y en el primer avión que salga para Estados Unidos, abandonar el país. Ustedes se responsabilizan por la clausura de esa oficina. Todos los equipos, bajo inventario, deben ser entregados a la persona que yo indicaré.

Los norteamericanos viajaron esa misma noche a su país; la embajada jamás se refirió a este incidente, y el personal peruano, fue reubicado, advirtiéndoles que habían sido utilizados en forma indebida.

¿Son personal de la CIA?, preguntó Velasco una y otra vez.

Sí, positivamente, son de la CIA, respondió Arce Larco.

Ese día, personal técnico del Ejército, de la Marina y de la Aviación, hizo una revisión minuciosa de las instalaciones de Palacio de Gobierno. Fue cambiado todo el sistema de cables y se revisó, uno por uno, todos los aparatos telefónicos, intercomunicadores y hasta ventiladores que había en las oficinas del Presidente.

El hecho fue guardado en reserva. Su divulgación habría causado una ola de pánico en la cúpula del gobierno. Si la CIA había logrado interceptar toda la actividad telefónica del Presidente, de sus ministros y de sus más connotados colaboradores, era posible que hubiera hecho lo mismo con personal clave de otros niveles.

El 5 de marzo de 1976, a las pocas horas de haberse producido el ametrallamiento de mi casa, me dirigí, por medio de una carta, al Presidente de la República, general Francisco Morales Bermúdez.

En ese documento, le relaté lo ocurrido: le manifesté que era la segunda vez de que era víctima de un ataque criminal. La primera vez, en octubre de 1975, lo callé porque así me lo aconsejaron prominentes miembros del gobierno y porque

consideré que una publicidad sobre un hecho de tal naturaleza podría causar daño a la imagen del gobierno en momentos que trataba de consolidarse.

Relaté al Presidente que, personalmente, había capturado al chofer que tomó parte en el atentado, así como el vehículo, y que ellos pertenecían al Servicio de Inteligencia de la Marina.

Desconozco, le dije textualmente, si el ministro de Marina habrá castigado a los responsables.

La policía no dio más señales de vida. No obtuve respuesta a mi carta al Jefe del Estado.

(Arce Larco habla con lentitud, poniendo énfasis en sus palabras, cauteloso por cada cosa que dice. Evita los calificativos y los juicios sobre la conducta de sus compañeros de institución).

Cinco días después, el 10 de marzo, recibí un documento, calificado de secreto, firmado por 26 contraalmirantes y dos vicealmirantes, miembros del Consejo Superior de la Marina, organismo asesor del ministro, que lo preside el mismo ministro.

El Consejo, según este documento insólito, había tenido una sesión "secreta", y actuando como tribunal, sin ninguna ley o precedente que le facultara, sin escucharme, había "juzgado" la labor que realicé durante siete meses como Comandante General de la Marina y ministro de Marina. En un par de horas, había llegado a la conclusión de que mi proceder fue arbitrario, falto de lealtad y personalista. Yo había actuado, según ellos, mal, y por eso, me declaraban culpable de haber ocasionado grave daño moral a la institución naval.

- *¿El ministro Parodi tuvo alguna enemistad con usted?*

- Jamás. Aprobó y respaldó todos mis actos como ministro. Se consideraba un amigo de mi casa. Llegaba casi a diario. Decía tener adoración por mi suegra, a la que llamaba *La Nana*. Cuando terminé mi gestión, me obsequió, con dinero del ministerio, un ánfora de plata que conservo en mi casa. Me ofreció un banquete de despedida cuando fui a Washington, a hacerme cargo de la embajada.

¿Qué efectos tenía la sanción?

- Me declararon indigno de vestir el uniforme naval, de lucir las condecoraciones de la Orden Gran Almirante Grau y de la Cruz Peruana al Mérito Naval, y de figurar en la galería de ministros.

¿Cómo se explica esas 28 firmas?

Están allí las firmas de Alfredo Parodi, persona a la cual yo responsabilizaba del atentado; y la de Jorge Parodi, el ministro y hermano del anterior. Los demás que también firmaron son contralmirantes subordinados al ministro.

¿Usted vincula, directamente, este acuerdo con el atentado?

El atentado ocurrió el 5 de marzo; este mismo día, denuncié el hecho ante el Presidente de la República y acusé al hermano del ministro, como jefe de Inteligencia Naval, de conocer a los responsables. El 10, se reunieron los 26 contraalmirantes, bajo la presidencia del ministro de Marina y, en sesión secreta, sin escucharme, y sin facultad legal para hacerlo, adoptaron ese acuerdo. Además, ordenaron leer el documento secreto en los barcos y bases de la Armada. ¿Qué le parece a usted? ¿Hay o no hay relación?

¿Qué hizo usted?

Estudí muy bien el oficio secreto: con fecha 15 de marzo, lo devolví por impertinente. Es un documento que no vale ni el papel en que está escrito. Me servirá, oportunamente, ante el Poder Judicial.

Copia de este documento envié a todos los diarios de Lima. Yo no sé si este hecho tiene relación con este otro: al día siguiente, o sea el 16 de marzo, todos los directores de los diarios fueron cambiados. Como usted dice, le relato simplemente un "hecho".

- *¿Y después? ¿Todo se mantuvo en secreto?*

- No, el diario Expreso publicó una nota corta que terminaba con esta pregunta: "*¿Se conocerá esta vez a los autores del hecho?*" La revista **Marka** y el Semanario **El Tiempo** publicaron el documento del Consejo de Almirantes; la primera, con un comentario desfavorable al documento; el segundo, no opinó; posteriormente, editorializó a favor de esta medida. Poco después se produjo un operativo contra **Marka** y el 24 de ese mes, el ministro del Interior anunciaba que el Consejo de Guerra Permanente de Marina había abierto instrucción contra Carlos Urrutia Boloña, director de **Marka**, por el delito de ultraje a los institutos armados, y contra Luis García Céspedes, redactor, por el delito de infidencia. En el mismo documento se decía que el 18 de marzo (o sea, tres días después de que devolví el documento írrito) el Juez Instructor de la Marina había solicitado, al Departamento de Seguridad del Estado de la PIP, la captura de esos periodistas. El ministro decía que se había autorizado el "allanamiento" de los domicilios si fuese necesario.

- *¿Abí terminó la cosa?*

- No, esto no termina. Inmediatamente, el gobierno dio disposiciones prohibiendo la salida de nuevas revistas, por la "falta de divisas" para comprar

papel, según dijo. En la práctica, lo que el gobierno quiso impedir que los ex directores de los diarios, y los redactores que se encontraban cesantes, editaran revistas o periódicos independientes, y tomaran mi caso como motivo de escándalo. Los ejemplares del número subsiguiente de **Marka** fueron requisados por la policía. Ésta, los devolvió cuando vio que nada habían publicado sobre mi caso; hubo intervención policial en varias imprentas y censura contra los originales de la revista **Momento**.

A fines de abril, preparé una carta abierta dirigida al presidente de la República. La entregué en Palacio de Gobierno, y luego acudí a **El Comercio** y a **La Prensa** para publicarla como aviso pagado. Aboné el importe de los avisos y tengo los recibos en mi poder. Pero, con sorpresa, advertí que los avisos no aparecían. Hablé con Luis Jaime Cisneros, de **La Prensa**. "*Pepe, me dijo, no vamos a publicar tu carta. Pasa por la Caja y recoge el valor del aviso. Hay orden superior para aguantar la cosa...*" Lo mismo ocurrió en **El Comercio**. Hablé con un amigo del gobierno, que me transmitió la opinión del Gobierno. "*No conviene, Pepe, que publiques esa carta. El Presidente Morales va a viajar a Trujillo, donde pronunciará un discurso político muy importante. Esta carta puede perjudicar a la Fuerza Armada*". Lo acepté.

- Pero, ¿qué decía usted en su carta?

Le decía que la publicidad dada al documento "secreto", lesionaba mi dignidad y mi buen nombre; y que yo había remitido al Consejo de Almirantes un oficio devolviendo el documento secreto, que consideraba írrito, y que había exigido que ese documento fuese divulgado, en la misma forma y lugar como fue difundido el acuerdo del Consejo injurioso a mi persona. Sólo en el caso de obtener esta publicidad, dije, yo daría por archivado el caso.

Algunos días después recibí un documento firmado por el jefe de la Casa Militar, quien me decía que el punto tercero de mi carta, o sea el que se refiere a la publicidad de mi protesta, había sido aceptado plenamente por el Jefe del Estado. Con esto, para mí quedó cerrado el incidente.

Hay que matar a un ministro

El *Lung Fung* es, sin lugar a dudas, el restaurante chino más grande de América Latina. Es, también, el más lujoso. Millonarios de nacionalidad china juntaron sus recuerdos e inauguraron este palacio de Oriente en Lima, en 1967. Tiene capacidad para dos mil comensales, y sus jardines, construidos por arquitectos chinos, tienen surtidores de agua, cascadas artificiales y réplicas de pagodas y de puentes orientales. Los mejores platos de chifa, como se conoce en el Perú a la

cocina y a los restaurantes de origen chino, se preparan allí. Como que se trajo un maestro de cocina, con título universitario, de China continental, para que enseñara su arte y su ciencia en el Perú.

El 30 de noviembre de 1974, en uno de los salones reservados del Lung Fung, saboreaban los exquisitos potajes, alrededor de una mesa redonda, un grupo de caballeros y damas de gran importancia y significado en el espectro político, económico, social y militar del Perú de entonces. En otras palabras, allí estaban, con los palitos de marfil en mano, nada menos que el Primer Ministro y ministro de Guerra, general Edgardo Mercado Jarrín, y esposa, Gladys Neumann de Mercado; el ministro de Pesquería, general Javier Tantaleán Vanini y su esposa, Margarita Arbulú de Tantaleán; el general Guillermo Arbulú Galliani, cuñado del general Tantaleán y su esposa Teresa Tanaka de Arbulú; el prominente financista Gilberto Neumann y su esposa; Luciano Cúneo, Alberto Facioli y otros más, cuyos nombres, se dispuso después, debían ser mantenidos en el ámbito de la discreción.

La comida no había sido planeada con anticipación; fue una humorada, un gesto de munificencia del ministro de Pesquería.

El general Mercado Jarrín acababa de llegar de un viaje a los Estados Unidos de América. Ese día, había llamado por teléfono al general Tantaleán, con quien le unía una estrecha amistad. Habían sido soldados rasos en el Ejército: tres años el ministro de Pesquería, y dos, el elegante Primer Ministro, antes de ingresar a la escuela de oficiales. Desde esos lejanos días, sus vidas habían marchado paralelas. Jugaban juntos, *tennis* y *bridge*, almorzaban y comían con frecuencia en restaurantes exclusivos, y la política los llevó hasta las responsabilidades ministeriales y revolucionarias. La vida había sido pródiga en beneficios para ambos.

- *¿Por qué no vienes con Gladys a comer?*, había dicho Tantaleán.

Vivían muy cerca uno del otro, en el exclusivo barrio de Chacarilla del Estanque. Allí habían construido sus residencias, en la paz y el silencio de una urbanización oligárquica, los prohombres de la Revolución. Los enemigos del régimen habían rebautizado el barrio con el nombre irreverente de *Cachaquería del Estanque*.

Mercado Jarrín llegó a los pocos minutos en compañía de su esposa. La reunión era informal, vestían traje *sport*.

- *Me ha traído Gilberto Neumann. Ya se fue.*

- *¿Por qué se fue? Vamos a invitarlo, que venga con su mujer.*

Tantaleán era un anfitrión de primera clase. Campeón de caza submarina, no era aficionado al cigarrillo, pero los demás placeres los cultivaba con deleite.

Al poco rato, llegó a su casa, sin invitación, su cuñado, el general Arbulú Galliani.

- *Vamos a chifear, ¿qué te parece?*

El Padrino, como le decían al general Arbulú, por lo consecuente y cordial que era con sus amigos, lo aceptó. El grupo fue creciendo. A las 10 y 30 de la noche salieron seis personas de la residencia de Tantaleán, en la calle Riva Agüero. Una docena más de amigos esperaban en el Lung Fung, frente a la avenida Panamá.

Contra su costumbre, decidieron ir en dos automóviles: las señoras en un vehículo, y los caballeros en el Mercedes Benz, de Neumann.

Gilberto Neumann tenía la obsesión por la velocidad. Era capaz de dejar atrás a cualquiera. Decían que, en el campo de los negocios, especialmente en la importación de ganado, tampoco permitía que alguien lo superara. Pero, esta es otra historia.

Los militares no pueden con su genio. Hasta cuando van a *chifear* prevalece la jerarquía. Junto a Neumann, el único civil que iba al volante, tomó asiento Arbulú Galliani, el "menos antiguo"; atrás, a la derecha, Mercado Jarrín, y a su izquierda, Tantaleán.

Mercado, como Primer Ministro, tenía un automóvil era escoltado por elementos escogidos del Ejército.

Neumann ingresó a la avenida Primavera, y dejó atrás el carro de su selecta escolta.

- *Está corriendo mucho*, le dijo Mercado, prudente, a su cuñado.

Neumann contestó con una sonrisa. Se divertía de lo lindo. El carro escolta, viejo, con un chofer igualmente maduro, quedó humillado sin remedio.

Llegaron al chifa. Todo fue alegría y contento. A la 1 de la mañana llegó la hora de la despedida. Tomaron los vehículos en el mismo orden que observaron al llegar.

Neumann ingresó a la avenida Panamá y enrumbó hacia el sur hasta encontrar la avenida Primavera.

- *No corras tanto, Gilberto*, advirtió Mercado.

Una vez más, Neumann gozaba corriendo como un bólido.

- *Esa carcocha que te han puesto de escolta quedó botada*, replicó.

Lentamente, arribaron a la calle Riva Agüero. En la puerta, los esperaba el automóvil de las señoras. Ellas conversaban animadamente. El automóvil de escolta también había llegado.

- *¡Guillermo, por Dios! ¿Qué te ha pasado?*, gritó la señora Tanaka de Arbulú.

- *¡Javier! ¡Javier!*, exclamó la señora Tantaleán.

El aspecto de ambos era impresionante. Arbulú tenía la cara y el pecho bañados en sangre; mientras su cuñado Tantaleán, se había manchado las manos y el pantalón.

- *No es nada. No es nada. ¡Llaman a la Policía!*, ordenó Mercado Jarrín.

- *Me han clavado tres balazos en las llantas posteriores*, dijo Neumann después de examinar atentamente su vehículo. Se puso a comentar el asunto con su cuñado Mercado Jarrín:

- *He venido a 120 kilómetros por hora. ¿Qué te parece?*

- *Tres tiros en las llantas y tres tiros a través de la ventana posterior del carro. Es una puntería de un campeón*, dijo Mercado Jarrín. Todos estaban muy preocupados.

Llegaron los automóviles de la policía y, pocos minutos después, dos ambulancias del Hospital Militar. Descendieron, a la carrera, los médicos, los enfermeros, los camilleros. La calle, habitualmente desierta, cobró animación.

- *Los disparos fueron hechos desde un automóvil Toyota*, dijo alguien.

La versión se repitió con insistencia. Las señoras, que vinieron siguiendo al Mercedes Benz, la hicieron suya.

- *Sí, nosotras también lo vimos, fue un Toyota*.

Las ambulancias partieron raudas, quejumbrosas, con dirección al Hospital Militar. En la puerta, ansiosos, esperaban los doctores Tello y Tanaka. Todo el establecimiento se había puesto en estado de alerta para recibir a los accidentados. También llegaron Mercado Jarrín y Neumann; por si acaso, también serían examinados. Uno no sabe; en este tipo de atentados, es posible que alguien logre colocar una bala sin que el abaleado se dé cuenta.

Los cirujanos y los traumatólogos trabajaron con esmero. El doctor Tanaka, hermano de la esposa del general Arbulú Galliani, dirigió el equipo.

El general Tantaleán había sufrido el impacto de una bala en el brazo, que le había llegado hasta el hueso, pero, felizmente, no comprometió la arteria. No fue posible extraer el proyectil. El brazo fue enfundado, para inmovilizarlo.

El general Arbulú había sufrido una herida superficial en la sien izquierda. Había sangrado profusamente. Su aspecto era impresionante. Le habían colocado una gasa y, por encima, cintas adhesivas y un vendaje. ¡A simple vista, cualquiera diría que el general había sobrevivido a alguna sangrienta batalla!

Mercado Jarrín había resultado ileso. Fue examinado de la cintura para arriba; los médicos consideraron que, examinarlo de la cintura para abajo, resultaba una exageración.

La noticia se difundió con la velocidad de un rayo. El Presidente Velasco telefoneó muy temprano a cada uno de sus amigos para preguntar qué es lo que había ocurrido, cómo se sentían. La policía comenzó una gigantesca cacería de sospechosos. Abaleó, la noche siguiente, a dos jóvenes que en un Volkswagen querían comprar licor. Los propietarios de los 14,000 automóviles Toyota existentes en Lima recibieron la orden terminante de presentarse ante la policía. Todos eran sospechosos mientras no probaran su inocencia.

Poco después, con el brazo en cabrestillo, viajaba a los Estados Unidos el general Tantaleán. En Walter Reed le examinaron el brazo, aprobaron el tratamiento hecho por los esculapios limeños y se negaron a extraer el proyectil. Allí permanece, según las versiones que corrieron en Lima, como testigo inanimado a la extraña aventura que vivió este general, sindicado como el *Benjamín* del régimen, y que fuera abaleado cuando salía del restaurante chino *Lung Fung*, cuyo nombre en español significa *El Dragón y la Serpiente*.

El Chino se amoscó. Comenzó a tamborilear con los dedos sobre la mesa. Solía hacerlo cuando algo le intrigaba. Sobre su escritorio estaba la prueba espionaje. Otra vez, alguien escuchaba y grababa sus conversaciones. Se le subió la mostaza. Convocó de inmediato, a una reunión urgente de sus hombres de confianza. Estos llegaron como una exhalación: Graham, Mercado Jarrín, Gallegos, Hoyos Rubio. Con Velasco, los recibió el jefe de la Casa Militar, general Ibáñez Burga.

- *Lean esto...*

El papel pasó de mano en mano. El asombro, la indignación, el estupor, se dibujaban, sucesivamente, en el rostro de cada uno de los revolucionarios. Era una copia xerográfica de la transcripción de una conversación telefónica del Presidente Velasco con el embajador de Cuba, comandante Núñez Jiménez.

Fidel Castro había invitado, en forma especial, para que visitara La Habana, al Jefe del Estado Mayor del Ejército Peruano, general Francisco Morales Bermúdez. Con elegancia, éste había aplazado, en dos oportunidades, la fecha de su viaje. El fino olfato del diplomático cubano le hacía sospechar cierto desdén por parte del futuro Primer Ministro. Llamó al Presidente Velasco.

- *Mi embajador, Pancho viajará inmediatamente. Dígale a Fidel que no se preocupe. ¿Acaso duda de nuestra amistad? Vea, mi embajador.*

Los confidentes de Velasco le habían hecho llegar la copia xerográfica que circulaba, según decían, con profusión, en la Armada y también en el Ejército. La frase *mi embajador* aparecía subrayada.

Algunos meses antes, gracias a la decisión del ministro de Marina Arce Larco, había desmontado la red de espionaje telefónico que había tendido la CIA. Entonces, se revisó todo el sistema de comunicaciones de Palacio. Los informes técnicos revelaban que había desaparecido todo peligro. Pero, por lo visto, el espionaje continuaba. No podía ser, en este caso, la Marina.

- *¿Será el mismo embajador de Cuba el que está jugando sucio? Es capaz, nunca se sabe. Los comunistas son unos jodidos.*

Los ojillos de *El Chino* iban de general en general.

- *¿Quién es el jefe del Servicio de Inteligencia del Ejército?*

- *Juanito Sánchez. Su segundo es el coronel Juan Schroth.*

- *¿Y quién se encarga del control telefónico?*

- *El coronel Edgar Koester Jansen.*

- *¿El gringo? ¡Qué venga en este momento!, ordenó El Chino.*

El coronel Koester, intrigado por la llamada conminatoria del jefe de la Casa Militar, se puso en contacto con su superior, el general Sánchez. No podía ir a Palacio, así como así, saltando la rígida jerarquía castrense. Juanito Sánchez le autorizó ir a Palacio, de inmediato, con cargo a informarle. Según las instrucciones recibidas, Koester ingresó por la puerta de Desamparados, donde ya le esperaba un oficial.

- *Entra, gringo, siéntate.*

El coronel Koester había sido introducido directamente al despacho del Presidente. Se quedó sorprendido al ver a los generales más importantes del régimen, todos sentados, en media luna, mirando a Velasco Alvarado. Retiró su silla hacía atrás para no quedar a la altura de sus superiores.

- *No, gringo: acércate, cuéntanos ¿cómo anda tu trabajo?, ¿siempre te dedicas a interceptar los teléfonos?* Confianzudo, *El Chino* Velasco parecía el gato jugando con el ratón. El coronel Koester era un militar de inteligencia rápida. Comprendió que asistía a un juego peligroso, interesante.

- *Sí, mi general, la labor técnica de la cual soy responsable.*
- *Cuéntanos, gringo, se escuchan cosas interesantes. ¿Algunos plancitos amorosos?*
- *Con frecuencia, mi general, dijo, sonriendo.*
- *¿También de maricas?*
- *A veces, mi general. Por teléfono habla todo el mundo.*
- *Pero, ¿se está trabajando bien? ¿Tienes los elementos necesarios?*
- *Sí, mi general.*

El Chino tomó un sobre de su escritorio. Se lo entregó al coronel Koester.

- *Ábrelo, lee ese papel.*

El coronel Koester abrió el sobre, extrajo el pliego y lo leyó con atención. Sabía que sobre él estaban puestos los ojos escrutadores de todos los presentes.

- *¿Qué me dices de esto? ¿Qué cosa puede ser?, preguntó *El Chino*.*
- *Es la versión escrita de una conversación telefónica que ha sido grabada. Esto es lo que me parece.*
- *¿Tienes una idea, gringo, de quién puede haber hecho esta grabación? *El Chino* hablaba paternalmente, con voz suave, fingidamente amistosa. Seguía el juego del gato con el ratón.*
- *No, mi general; pero puedo asegurarle que no ha sido por nuestro servicio. El coronel Koester había dado en el blanco, era la respuesta precisa para poner fin al juego. Ahora se habían invertido los papeles. ¿Quién era el gato y quién el ratón?*
- *¿Estás seguro? ¿No será alguien, cuando tú sales a cumplir algún compromiso?*
- *Mi general, respondo de la seriedad de mi trabajo.*
- *Muy bien. Entonces, vas a ir en este mismo momento, con los generales Gallegos y Hoyos a Las Palmas. Sin avisar a nadie, ¿me entienden? Harán una inspección minuciosa, personal, a ver qué cosa encuentran.*

En el automóvil del general Hoyos Rubio, los tres fueron, velozmente, hasta Las Palmas, donde el Servicio de Inteligencia del Ejército tiene montadas las instalaciones de seguimiento de las conversaciones telefónicas. Llamaron al capitán Giles, jefe de la sección Electrónica. ¿Cuánto rato pasaron allí? Todo lo revisaron: el archivo de las cintas magnetofónicas con conversaciones

importantes; el archivo con las versiones mecanografiadas de las charlas; los cuadros diarios con instrucciones para intervenir determinados números; las órdenes para suspender o cancelar las intervenciones; una revisión completa de varios meses de espionaje. Si algo encontraron, jamás se supo.

Espionaje, amor y cocaína

Esta historia empieza el 26 de agosto de 1976, a las 17 horas, en el edificio *La Costa d'Oro*, en la séptima cuadra de la Avenida Dos de Mayo, en San Isidro, en la capital del Perú.

Se trata de una construcción de doce pisos, destinada a viviendas de alto precio. La puerta principal, de cristales, permanece cerrada de día y de noche; y sólo pueden ingresar los propietarios que tienen seudas llaves; los visitantes, después de identificarse por medio de un parlante, pueden franquear el ingreso cuando las puertas se abren, accionadas desde cada departamento, mediante un circuito eléctrico. Cada propietario dispone de un lugar para guardar su automóvil, en la parte posterior del edificio. Todo aquí es exclusivo.

Hay dos versiones sobre la forma cómo el destino jugó ese día, zurciendo vidas dispares, hasta formar un complicado drama, en el cual se mezclan el espionaje, la política, la diplomacia, el tráfico de drogas, el contrabando, el amor clandestino y los reglamentos militares.

Aquí hay de todo, como en botica.

El comisario Germán Ruiz Trigo tocó, con insistencia, el timbre correspondiente al piso 9 de *La Costa d'Oro*. Contestó una voz masculina.

- *Deseo hablar con el señor Alfonso Rivera Llorente.*

- *No está.*

- *¿Quién es usted?*

- *Un amigo. ¿Y usted quién es?*

- *También un amigo del señor Rivera Llorente. Abra la puerta, por favor.*

- *No puedo abrirla.*

El comisario no se dio por vencido. Seis de sus hombres estaban estratégicamente apostados. Nadie podía salir ni entrar del edificio sin que ellos no lo vieran. Como viejos sabuesos del Servicio de Inteligencia Nacional, SIN, conocían muy bien su trabajo.

El SIN, réplica local de la CIA de los Estados Unidos, de la KGB soviética o de la Mossad de Israel, está preparado para defender al Perú de cualquier conjura tramada por potencias extranjeras. Semanas atrás había recibido un *soplo*: en el noveno piso de *La Costa d'Oro* se tramaba algo que podía comprometer la seguridad de la Revolución Peruana.

El jefe del SIN era el general Juan Schroth Carlín, del Ejército Peruano, hombre de prestigio en la Fuerza Armada. Un hermano suyo, Enrique, general de la Fuerza Aérea, fue pasado al retiro cuando se descubrió que preparaba un golpe de Estado contra el ex presidente Velasco; y otro hermano, Guillermo, jefe de la famosa División Aerotransportada del Ejército, rodeó el Centro de Instrucción Militar del Perú, en julio de 1976, en los días dramáticos cuando el general Carlos Bobbio Centurión se rebeló contra el gobierno del general Morales Bermúdez.

Los hermanos Schroth Carlín habían ganado fama de inteligentes y honestos, y gozaban de la confianza del nuevo jefe de la Revolución Peruana, el general Francisco Morales Bermúdez. Por eso, uno de ellos era jefe de la poderosa Región Militar de Arequipa y el otro, del SIN.

El general Juan Schroth había comisionado a sus mejores hombres para el "*Operativo Costa d'Oro*". En las proximidades de este edificio, está la residencia privada del general Morales Bermúdez, razón de sobra para extremar las precauciones.

Los hombres del SIN actuaron con método, con paciencia.

Día y noche vigilaron el ingreso al edificio, y por medio del Servicio de Inteligencia del Ejército, de Las Palmas, habían intervenido y grabado todas las conversaciones telefónicas del abonado 40-7323.

El comisario Ruiz Trigo volvió a pulsar el timbre.

- *Vea Whittembury, abra la puerta Voy a perder la paciencia.*

Desde el noveno piso cortaron la comunicación. El comisario se retiró. Aparentemente, abandonó su proyecto.

Un joven, con jeans y chompa, se detuvo frente al edificio; vagabundó por la parte posterior, como si buscara algún automóvil; miró con cautela a su alrededor, y metió la llave en la cerradura de la puerta de lunas.

Apenas abrió la puerta, se sintió empujado hacia delante. El comisario Ruiz Trigo y media docena de sus hombres lo llevaron casi en vilo, hasta el ascensor.

- *Abre la puerta, tú tienes las llaves*, le dijeron, sin contemplaciones, frente al departamento del noveno piso.

Alfonso Rivera Revilla, de 18 años de edad, hijo de Alfonso Rivera Llorente, el dueño del piso, obedeció. Vestido de civil, en el centro de la habitación principal, se encontraba el teniente coronel Jorge Whittembury Rebaza, jefe del departamento de Relaciones Públicas, de la Oficina de Información y Educación del Ejército.

El comisario Trigo y sus hombres guardaron sus armas.

Hay otra versión de esta misma escena.

Whittembury abandonó, ese 26 de agosto a las 16 horas, su oficina en el complejo militar de Monterrico, gigantesca construcción de acero y hormigón que simbolizaba el poderío bélico y político del Ejército Peruano.

Divorciado, con tres hijos, próximo a los 50 años, Whittembury veía el mundo color de rosa. Desde hacía tiempo, venía ganando una serie de batallas de alcoba. Alfonso Rivera Llorente, financista de grandes recursos, con intereses en la industria de la harina de pescado, en construcciones y en inversiones internacionales, le dispensaba una amistad que le resultaba muy útil para sus aventuras. Rivera Llorente le había facilitado una llave del departamento de su propiedad, en el piso 9 de *La Costa d'Oro*. Discreto, enclavado en una zona residencial regimiento amoblado, tenía música, espejos, licores, cigarrillos y, si hacía falta, también mujeres. Whittembury estaba allí como pez en el agua. En la tarde del día en que comienza nuestra historia, el teniente coronel, desde su oficina en el ministerio de Guerra, había doblegado, telefónicamente, la resistencia de una dama, casada, apetitosa, influyente y, aparentemente, propiedad, hasta ese momento, de un solo marido. Cuando ella aceptó concurrir a una cita, Whittembury se sintió halagado y seductor. Se dispuso a inspeccionar el departamento, ya preparado como es debido, para recibir, uno o dos días después, a la más reciente y más valiosa de sus conquistas. El lobo se relamía, con anticipación, del sabor de su presa.

Dejó el automóvil en el lugar donde solía guardar el suyo el dueño del departamento. Nada irregular percibió a su alrededor. Ingresó al ascensor y, junto con él, lo hicieron varias personas en las cuales no reparó. Se detuvo en el piso 9 y se preparaba a abrir la puerta cuando se vio rodeado. Los hombres tenían las manos sobre sus armas, pero no se sintió amedrentado. Era, al fin y al cabo, un guerrero.

- *Abra usted la puerta*, le dijo el hombre que, después lo supo, era el comisario Germán Ruiz Trigo.

Whittembury quiso protestar, pero advirtió con sorpresa que, entre quienes lo conminaban, se encontraba Alfonso Rivera Revilla, el joven hijo del dueño de casa. Éste le sonrió.

- *Pasaba por aquí, vi tu carro y subía a verte, casi pisándote los talones. Fue entonces, cuando me encontré en el ascensor con estos señores.*

Ingresaron todos al departamento.

De aquí en adelante la historia tiene hilos comunes.

Con el comisario Ruiz Trigo estuvieron en el departamento los agentes de la PIP Félix López Jimenes, Julio César Alva Regino, el teniente de la Guardia Civil René Torres Flores, el investigador Raúl Mejía Ulfe y el guardia Roberto Arcos Manco. Este último, quedó vigilando la puerta.

Whittembury enseñó la cama elegante, con edredones de color subido. El baño, con lociones importadas, para caballeros; y perfumes franceses, para las damas. Jabones y toallas en desorden. Aquí está el barcito.

- *¿Se toman un trago?*

Los agentes no contestaron. Seguían mirándolo todo, husmeando con método, con paciencia. El chico Rivera, absorto, atemorizado, en el centro de la habitación, fumaba.

- *¿Muchas mujeres, mi coronel?*

- *Se hace lo que se puede.*

- *¿Pichicata, mi coronel?* Los PIP olían los vasos, miraban las lunas, como de reojo y recogían las colillas de los cigarrillos.

- *No, no se necesitan esas cosas. Pero, ¿tienen una orden de allanamiento? ¿De qué se trata?*

- *Somos del SIN. Sabe usted que las garantías están suspendidas. ¿No es verdad, coronel? De modo que éste es un javecito, una garzonier, en un edificio residencial, y a pocas cuerdas de la casa del Presidente. ¡Uhhmm!*

El teniente coronel vio las credenciales de sus visitantes. Miró su reloj, el tiempo volaba.

- *Bueno, les dejo, yo me voy, puesto que no está mi amigo Rivera Llorente.*

- No, mi teniente coronel, usted no se va; todos nos vamos a quedar aquí un buen rato.

- Voy a llamar al general Schroth, jefe del SIN; hemos trabajado juntos.

Después, después llamará. ¿Y estos aparatos?

Esto es un equipo estéreo, de alta fidelidad, para escuchar música. Las chicas quieren bailar. ¿Quieren oír?

Dígame, coronel, detrás de esas puertas, ¿qué hay?

No sé; son habitaciones privadas del dueño de casa; yo no me meto en sus cosas. Yo vengo aquí para lo que usted sabe, y después... ¡chau! Si te he visto, no me acuerdo.

¿Y estos uniformes, mi coronel? ¿Sus libros?

Vea, mi amigo, a algunas mujeres les gusta que uno esté uniformado. Sólo gozan haciendo el amor con un hombre uniformado: les gusta tocar galones, los botones amarillos... Los libros son para estudiar. Después de todo, uno no se puede pasar toda la noche en una sola cosa; ni que fuera perro. Hay que aprovechar el tiempo para estudiar.

Los agentes del SIN abrieron las puertas que permanecían con llave. Abrieron closets; sacaron paquetes, que iban acumulando en el centro de la habitación principal; rompieron cajones y violaron bolsas de viaje. El teniente coronel, el hijo del dueño de casa, tenían los ojos abiertos en redondo. Los PIP daban, de rato en rato, silbidos de asombro.

- Bueno, vamos a hacer un inventario, ordenó el Comisario Ruiz Trigo. Usted, mi teniente coronel, y usted jovencito, serán los testigos. A ver, comisario Félix López, anote usted.

- 24 filmadoras marca Halina.

- 43 cámaras fotográficas de bolsillo Halina.

- 525 relojes de cuarzo Start Track.

- 60 relojes calendario Seiko.

- 100 manteles importados Motta.

- 25 minicalculadoras electrónicas Casio.

- Una sortija de platino con brillante grande al centro, y 36 brillantes de corona.

La labor de inventario continuó, monótona, tediosa, hasta las 2:30 de la madrugada del día siguiente. Firmaron el acta todos los presentes, dejando

constancia que la mercadería era incautada por ser de procedencia extranjera y no existir la documentación que justificara su existencia en ese inmueble.

En el mismo documento, se anotó que el acceso a la habitación -que resultó ser la oficina de Alfonso Rivera Llorente-, le fue facilitado por el hijo de éste; y que, en la habitación que ocupaba el teniente coronel Whittembury, como lugar de citas amorosas, no se encontró mercadería alguna de contrabando.

Terminaban la diligencia, cuando sonó el teléfono.

Whittembury, veloz, levantó el aparato.

- *¿Quién habla?*

- *El general Juan Schroth.*

- *Mi general, buenos días, habla el teniente coronel Jorge Whittembury. Déjeme explicarle lo que ha pasado. Aquí me encontraba yo, de visita; vine a ver este departamento, que es de un amigo quien me lo presta para entrevistarme con una mujer.*

Whittembury había trabajado, en años anteriores, como subalterno del general Schroth, también en la oficina de Relaciones Públicas del Ejército, cuando esta dependencia funcionaba en la avenida Arequipa, en un viejo y destartado local, en los primeros años de la Revolución. El general escuchó con paciencia, habló luego con el comisario Ruiz Trigo. El teniente coronel era un testigo del operativo. Nada más.

A las 4 de la mañana del viernes 17 de agosto, Whittembury se retiraba del departamento, cansado, no por el agotamiento de Eros; sino por la desagradable diligencia de descubrimiento de un contrabando cuya valorización posterior resultó arrojando una cifra bastante gorda: 32 millones de soles.

Esto sólo fue el principio.

Dieciocho meses después...

Lo ocurrido en *La Costa dÓro* se guardó en secreto.

El calor era intenso un día del verano de 1978. Sonó el timbre del teléfono de mi escritorio.

- *¿Aló? ¿Alfonso Baella? ¡Soy Jorge Whittembury! ¿Te acuerdas de mí?*

- *¿El Popular Pinga Loca? Sí, hombre, ¿cómo estás?*

¿Qué ha sido de tu vida? ¡Esta sí es una sorpresa!

Había conocido a este oficial del Ejército muchos años atrás. La última vez que lo vi, a principios de la Revolución, parecía encaminarse decididamente hacia el éxito. Alegre, inteligente, ambicioso, con gran facilidad para hacer amigos, Whittembury gustaba de la política, del trago, de la diversión y, principalmente, de las mujeres. Alto, delgado, prematuramente calvo, tan bien sabía contar un buen chiste colorado, como analizar con brillantez una situación política. Pero perdía los papeles cuando veía una falda. Descendiente de alemanes, que fueron a trabajar en el norte del Perú. Whittembury no se arredraba jamás frente a una hembra. Como un buen torero, para quien no hay toro malo ni plaza chica, para este militar ninguna mujer era desdeñable, bizca y tuerta o hermosa y flexible, cada cual podía tener sorpresas como para cortar orejas, pata y hasta rabo.

Una noche, en el Country Club, lo habíamos rodeado varias parejas. Contó, con gracia, sin excederse en las palabras, pero sí en la intención, varios chistes japoneses subidos de color.

Su esposa, bastante guapa, le dio un golpe en su cabeza, reluciente como bola de billar, y le dijo:

- Los calvos son impotentes.

Todos rieron. Un diplomático japonés provocó una última carcajada cuando, inocentemente, le espetó:

- Jorge, eres una pinga loca.

No lo volví a ver. Lo sabía embarcado en la Revolución, nave en la cual yo no tenía ticket. Vi, en el diario oficial, su ascenso a teniente coronel. Para mí, estaba llamado a ser un conductor, a corto plazo, de la Revolución.

- Alfonso, necesito hablar contigo, con urgencia. Tengo una noticia de primera página, sólo para tí.

Me dio la dirección de un cuartel, en San Miguel. Tomé mi furgoneta Honda y volé a verlo.

El silencio envolvía a la enfermería, que nos servía de prisión en Jujuy. Por entre las mallas metálicas de las ventanas, podía ver el cielo azul, serrano, del norte argentino. Con horas de intervalo, se oían los sonos metálicos de las cornetas, la percusión de los tambores, las ininteligibles voces marciales de mando. Las horas, para mí, no transcurrían en blanco. Debía llenar los papeles, que me entregaron las autoridades militares para explicar por qué me habían deportado. Era un auténtico examen de conciencia, para identificar mis pecados, y acusarme ante mi confesor, como me habían enseñado, en mi niñez, que debería hacer sólo ante un sacerdote.

- *Me acuso, padre, de haber pecado contra la pureza. Miré las hermosas piernas de la Madre Rosalía.*

- *¿Dijiste de la Madre Rosalía? Cuatro credos y dos salves, muchacho. Mejor añade diez avemarías. Y... ¿qué viste?*

Además, estaban pendientes los reportajes a mis compañeros de exilio. Mis apuntes taquigráficos se acumulaban desordenados. No había tiempo que perder; en el campamento de Jujuy, la prisa por vivir, parecía hacerse presente. ¿Hasta qué punto pudo haber influido en mi deportación el "caso Whittembury"?

El SIN es un organismo que funciona a órdenes directas del Presidente de la República. El jefe del SIN tiene su oficina en un edificio próximo al Palacio de Gobierno, y puede ingresar al despacho del Jefe del Estado a cualquier hora del día o de la noche. En su domicilio, en su automóvil, en su casa, de día o de noche, está al alcance del primer ciudadano de la República. Suele decir la última palabra cuando se trata de conspiraciones, de conjuras y de traiciones; de descubrir complots montados por el imperialismo, por la oligarquía nativa o por los países interesados en aprovechar cualquier debilidad para hacerle la guerra al Perú. El SIN son los ojos y los oídos por los cuales el Estado, en su cúpula, se entera de todo lo que le amenaza, y que el país ignora. El brazo poderoso e invisible del SIN ¿Actúa también más allá del bien y del mal?

Pocas horas antes de que la policía me apresara, el 20 de mayo, había estado en una recepción ofrecida por Mr. Lorenzo Wang, jefe de la oficina comercial de la embajada de la República de China (Taiwan). Al ingresar a la residencia, saludé, entre la primeras, a la señora Celia de Schroth, esposa del jefe del SIN.

- *Vamos a saludar al general Schroth, insistía Mr. Wang, el dueño de casa.*

- *Dejémoslo para otro día; hoy no, respondía. Allí estaba el jefe del SIN y el vice ministro del Interior, general Zegarra.*

- *Ellos saben, seguramente, que la policía va a detenerme, le dije a mi esposa.*

- *Voy a averiguar qué dicen, se ofreció Juan Carlos Muñoz, el corresponsal en Lima de la agencia EFE. Regresó al poco rato, satisfecho, sonriente.*

- *No saben nada de nuevo; pero estoy seguro que no hay nada contra ningún periodista.*

En ese momento, nosotros ni lo sospechábamos, se transmitía por televisión la orden de clausura de todas las revistas independientes.

¿Qué tiene que ver todo esto con el caso Whittembury? Los recuerdos volaron a esos días del marzo veraniego.

- Soy víctima de una conjura del "poder invisible", del SIN, cuyo personal quiere beneficiarse con 16 millones de soles en forma indebida, y de jueces prevaricadores que han sido coimados. Yo soy inocente. Estoy detenido desde setiembre del año pasado; se me ha denegado la libertad provisional; apelé ante el Tribunal Correccional, y éste confirmó lo resuelto por el juez. ¡Todo está amarrado! He presentado un recurso de queja a la Corte Suprema. ¡Esto es atroz! Puedo ver truncada mi carrera militar.

Su calvicie era avanzada. El poco pelo que le quedaba, estaba encanecido, blanco. Mal rasurado, se le notaba gordo y fofo. Tenía en las manos una gorra militar de color verde, y las ropas que llevaba estaban lejos de la pulcritud que le era usual cuando asistía a una recepción diplomática. El teniente coronel Whittembury estaba, sin duda alguna, en un aprieto.

Hablábamos en una vieja habitación del Batallón Militar N° 501, de Pueblo Libre, que servía, a pesar de su nombre, como prisión para oficiales del Ejército. Comencé a preguntarle. Tomé, rutinariamente, algunas notas.

- ¿Qué hiciste al salir del departamento, en la madrugada del 27 de agosto de 1976?

- Terminamos de firmar las actas de incautación, poco antes de las 4 de la mañana. La mercadería está detallada en 122 ítems. Fue como inventariar una tienda. Hubo, además, la incautación de dinero en efectivo, 135 mil soles; de joyas, de una máscara ceremonial de oro, antigua, con ojos en alto relieve. Era una reliquia arqueológica que yo jamás había imaginado. ¡Como un tesoro faraónico! Además, los agentes del SIN se llevaron más de una docena de libretas de cheques, letras de cambio y medio centenar de archivadores con documentos privados. No quedó nada, ni un milímetro del departamento que no fuera objeto de la más minuciosa revisión. Se trataba de personal altamente especializado en estas misiones.

Pedí, en el acto, copia de todos los documentos de incautación. A las 7 de la mañana, fui a la casa del general Schroth para comunicarle mi decisión de poner los hechos en conocimiento del Comandante General del Ejército. Me indicó que no comentara el asunto hasta que él tratase el punto con el general jefe del Estado Mayor del Ejército.

Regresé a mi casa en San Roque y luego me fui a mi oficina en el ministerio de Guerra. A las 11 de la mañana, por teléfono, el general Schroth me dijo que no había ubicado al jefe de Estado Mayor; pero que, en cambio, trató con el Inspector del Ejército. "No te preocupes, quédate tranquilo", me dijo el general jefe del SIN.

- ¿Y después?

- Decidí informar al Comandante General del Ejército, general Guillermo Arbulú Galliani. Mi jerarquía dentro de la Fuerza Armada, y el cargo que ocupaba en el ministerio de Guerra, me ponían en una situación delicada. Ese mismo día, escribí una carta al ministro de Guerra, y la copia la entregué al general Schroth.

- ¿Te cambiaron de colocación?

- No. Al comenzar el nuevo año, fui destacado al cuartel general de la Tercera Región Militar, en Arequipa. En abril, recibí una comunicación del director superior del SIN, coronel César Betalleluz, quien me pedía la devolución de un teléfono y enseres del departamento en San Isidro. Yo le contesté que jamás había retirado esas cosas; el día de la incautación entregué las llaves del departamento a la policía y no volví más por allá.

- ¿Cuál fue el destino de la mercadería, del dinero?

- Según documentos judiciales, la mercadería de contrabando fue enviada a la aduana del Callao, el departamento quedó en manos del SIN, lo mismo que un automóvil Pontiac, Grand Prix, de Rivera Llorente; el dinero en efectivo, en el Banco de la Nación.

- ¿Qué hizo el SIN?

- Denunció el contrabando ante el juez instructor y presentó, como única prueba material, un maletín de cuero de color amarillo.

- ¿Qué interés puede tener el SIN en truncar tu carrera militar, e involucrarte en un hecho delictuoso? ¿Acaso no eras amigo del general Schroth? Al contrario, yo creo que el Ejército hubiera querido evitar que uno de sus miembros, de alta graduación, apareciera comprometido en la comisión de delitos comunes.

- Es que denuncié los hechos al ministro de Guerra, por escrito, apenas ocurrieron las incautaciones. Eso puso en evidencia que yo no participaba del plan de beneficiar a los miembros del SIN con el 50 por ciento del valor de la mercadería incautada.

- Según tú, el SIN está animado de un interés económico. ¿Hay alguna prueba de lo que estás diciendo?

- El SIN denunció ante el juez instructor, doctor Betancourt, el delito de contrabando, y pidió, por escrito, que los jefes y el personal del SIN fueran considerados como denunciantes y aprehensores, "para los fines de ley". Es decir, para que les premie con el 50 por ciento del valor de toda la mercadería, o sea, 16 millones de soles. A los precios actuales, pueden ser como 60 u 80 millones de soles. Esto, según todos los Abogados que he consultado, constituye un delito; es ilegal.

- Estás, pues, dispuesto a estrellarte contra el SIN y contra el Poder Judicial.

- Sí, de cabeza, hasta el fin.

- Y quieres que **El Tiempo** te acompañe en la estrellada.

- Me tienes que ayudar. ¿O tienes miedo?

- Por ese lado no me vas a trabajar. Si **El Tiempo** se ocupa del asunto, lo haré a sabiendas del piso sobre el cual camino. ¿Tienes algunos documentos?

Whittembury me proporcionó una buena cantidad de papeles.

El caso Whittembury era dinamita pura. Lo que, periodísticamente, se llama *una bomba*. Alfonso Rivera Llorente, el personaje principal de esta trama, era el *capo* de una mafia que movía muchos millones de dólares - ¿Cientos de millones? ¿Miles de millones? ¡Vaya uno a saberlo!- dentro y fuera del país, dedicada, como estaba, al tráfico de drogas, contrabando de mercaderías y negocios lícitos; empresas de construcciones e inmobiliarias, y a la industria pesquera; probablemente, como pantalla para sus operaciones delictuosas.

La organización actuaba en el Perú, Ecuador, Colombia, Venezuela, Panamá y Estados Unidos. Tenía flotas de aviones, avionetas, automóviles y camionetas, y un aeropuerto clandestino, en el kilómetro 459 de la carretera Panamericana Norte. En las afueras de la ciudad, disponía de inmuebles donde funcionaban laboratorios para la elaboración de pasta de cocaína. Estas construcciones tenían cuerpos de vigilantes, especialmente adiestrados para evitar visitas indiscretas.

Las declaraciones de algunos colaboradores de Rivera Llorente permitieron, al juez y al fiscal, estimar que ciertas transacciones llegaron a los 380 millones de soles.

Alfonso Rivera Llorente, el *capo*, nunca fue ubicado. Se encontraba prófugo. Desde la fecha de la incursión del SIN en el departamento de La Costa d'Oro, en agosto de 1976, habían transcurrido dieciocho meses, y el proceso judicial se encontraba recién en su primera etapa, en el juzgado de instrucción.

El asunto debería ser estudiado teniendo en cuenta lo que aparecía en el expediente, lo que decía el teniente coronel Whittembury, lo que éste callaba y lo que la experiencia aconsejaba sospechar en casos como este.

El tráfico de drogas y el contrabando, son dos negocios ilícitos cuyo volumen se ha incrementado en los últimos años hasta alcanzar cifras fabulosas. El Perú es el principal proveedor de pasta de cocaína para el mercado mundial; la droga sale con destino a Ecuador y Colombia, principalmente.

El contrabando de mercaderías se ha perfeccionado en tal medida, que es posible hacer "pedidos directos", en Lima, con catálogos a la vista, de vehículos, equipos domésticos, vestidos de las mejores casas de París y New York; cigarrillos, bebidas alcohólicas y hasta medicinas especiales. En los primeros meses de 1978, se estimaba que habían ingresado al país 150,000 receptores de televisión en colores y algunos miles de vehículos de lujo.

Los exportadores de narcóticos reciben, en el exterior, dólares por su producto, y parte de esos dólares los invierten en Miami y Panamá, y en la adquisición de mercaderías que luego introducen de contrabando al Perú.

El negocio es redondo y deja fabulosas utilidades. El consumo de drogas no necesita estímulo; y el contrabando, está incentivado por una barrera arancelaria exorbitante que hace imposible la importación lícita de manufacturas extranjeras. Todo está, pues, preparado para que hombres como Rivera Llorente prosperen a pasos agigantados.

Según el expediente judicial, la organización empezó a trabajar en mayo de 1974. Había desarrollado sus actividades, pues, durante veintisiete meses, sin haber sido molestada por la policía. Había sido descubierta por agentes del Servicio de Inteligencia, que no son numerosos y están dedicados a recabar información sobre la seguridad exterior del país.

Había, pues, razón para formularse algunas preguntas.

¿Pudo trabajar Alfonso Rivera Llorente sin un *padrino*?

¡Imposible!

Un comercio ilícito tan grande, en dos direcciones: de exportación de drogas e importación de mercaderías; con sistemas de transportes tan bien montados, era imposible que funcionara sin un apoyo poderoso dentro de la estructura del Estado.

Hay que tener en cuenta que existe, en el mundo de la delincuencia, la rivalidad que lleva a la delación. Ésta es la forma más efectiva como la Policía descubre a los delincuentes.

El *padrino* de Rivera Llorente debió disponer de un poder muy grande, tanto como para haberle extendido una patente de corso durante más de dos años.

¿Por qué intervino el SIN y no la policía especializada?

La pregunta me preocupaba. Fácil me hubiese resultado pedir una entrevista al general Schroth, a quien lo conocía, para enterarme de su versión. Pero, abrigaba la sospecha de que el jefe del SIN hubiese solicitado mi colaboración, por razones de seguridad, comprometiéndome a guardar silencio. Las autoridades militares prefieren que el periodismo calle, que guarde silencio sobre temas escabrosos.

El *padrino*, ¿tendría una gran influencia como para impedir que la policía ordinaria echara mano a Rivera Llorente? Si contestaba afirmativamente a esta pregunta, tenía sentido esta otra: ¿actuó el SIN para desbaratar el negocio del *padrino*? Si *El Padrino* de Rivera Llorente era un personaje encumbrado en altos niveles oficiales, para evitar un escándalo, era también posible que el general Schroth, militar de honestidad conocida, hubiese recibido instrucciones de actuar con discreción para destruir a la mafia, pero sin provocar un escándalo

comprometedor. Por eso el pájaro principal, Alfonso Rivera Llorente, había volado de su jaula en el momento preciso.

Pero, ¿por qué incursionar cuando Whittembury se encontraba en el Departamento? ¿Podía ser Whittembury aquel *Padrino*?

¡Imposible! Un teniente coronel es muy vulnerable, por su grado, para proteger un negocio de tal magnitud. Tal vez podía ser un enlace. Es posible, imaginaba, que para paralizar a *El Padrino*, y demostrarle que su juego había sido descubierto, se buscó la oportunidad de dar el golpe cuando Whittembury estuvieron en el lugar más comprometedor: en el local donde Rivera Llorente tenía su oficina.

El SIN sostenía que allanó el departamento de *La Costa d'Oro* porque sospechaba que allí se tramaba algo contra la soberanía del Perú.

Esta hipótesis hay que descartarla. El SIN sabía, con exactitud, a quién iba a encontrar en el departamento y de qué negocio se trataba. En efecto, el SIN dispone de una tecnología avanzada para el control de cualquier teléfono. Hay personal especializado en grabar todas las conversaciones que pueda tener un abonado, si es necesario durante meses. Las cintas se guardan, cuando es necesario, en instalaciones especiales de Las Palmas. Hay que aceptar, pues, como un hecho cierto, que el SIN conocía al detalle todo lo que en *La Costa d'Oro* ocurría. Por otro lado, el SIN dispone de los elementos adecuados para intervenir en inmuebles sin dejar la más mínima huella de su presencia. Esto no constituye ningún descubrimiento. Es el abc de todo servicio de inteligencia de un Estado moderno.

Hay, pues, razones más que suficientes para suponer que el SIN cayó en el departamento de Rivera Llorente sabiendo que allí estaba Whittembury y que existía mercadería de contrabando.

¿Por qué el general Schroth y el coronel Edgar Koster Jansen, su segundo, hombres de gran porvenir profesional dentro de la Revolución, se presentaron como denunciantes del delito de contrabando? ¿Buscaban, en realidad, un beneficio económico?

Esta era la pregunta más difícil de contestar. Era el talón de Aquiles de toda esta trama. Lo que pudo ser un operativo destinado a destruir una mafia poderosa, en un ambiente de discreción, ofrecía aquí un flanco de vulnerabilidad increíble.

Whittembury, y sus abogados, lo habían entendido así. Por eso, su defensa consistía en trucar los papeles, y convertirse de acusado en acusador.

El SIN había incurrido en la figura penal llamada usurpación de funciones; hizo lo que por ley sólo correspondía hacer a la Policía de Investigaciones. ¡Y había dejado pruebas plenas, en documentos públicos, de su infracción!

Decidí hablar, otra vez, con Whittembury.

- *¿Por qué callaste un asunto tan importante como es el tráfico de drogas? Tienes que contarme todo lo que sepas.*

- *Yo no estoy procesado por los narcóticos. A mí me han denunciado sólo por el caso del contrabando, replicó Whittembury.*

- *¿Qué otro general está involucrado en este asunto?*

- *El general Arbulú Galliani. He ofrecido su declaración como testigo. El sabe que denuncié los hechos el mismo día que ocurrieron. El Juez concurre a su despacho y el general ya declaró. Ha admitido que me conoce y que replicó, el 26 de agosto de 1976, el informe detallado que yo le presenté sobre la incursión del Servicio de Inteligencia en el departamento de Rivera Llorente.*

- *¿El ministro de Guerra firmó su declaración? ¿Estuvo acompañado de su abogado? ¿Hay copia de esa diligencia?*

- *El ministro Arbulú estuvo acompañado del Procurador General de la República, el Dr. Nelson Díaz Pomar. Aquí está la copia del acta respectiva. Whittembury me entregó el documento. Lo examiné con cuidado. El Ministro había admitido todo pero había dicho, además, que había dado a la denuncia la tramitación legal correspondiente.*

- *Pero, el ministro ¿cumplió efectivamente con adoptar alguna medida?*

- *No, no hizo nada. El ministro ocultó mi denuncia.*

- *En otras palabras, el Primer Ministro y ministro de Guerra encubrió la realización de un delito perseguible de oficio. Esto lo ha admitido en presencia del procurador y ante el juez. ¡Asombroso! Ahora resulta cómplice del SIN.*

- *¿Hay otros generales comprometidos?*

- *He denunciado el hecho ante el nuevo Primer Ministro y ministro de Guerra, el general Molina Pallocchia; ante el ministro del Interior, general Cisneros, y ante el procurador de este último portafolio, doctor Portocarrero Olave. Todos han recibido mi denuncia, han firmado los cargos respectivos y todos guardan absoluto silencio. Todos han incurrido en el delito de encubrimiento severamente penado por la ley.*

- *Esto ya no es dinamita, es la bomba atómica. ¿En qué momento han planeado, tus abogados y tú, lanzar las bombas devastadoras?*

- *Aquí hay algo muy raro. Las autoridades militares y los jueces están inmobilizados, como para echarle tierra al asunto. He recusado al juez instructor, al agente fiscal, a los miembros del Tribunal Correccional. Legalmente mi posición es muy firme; pero, como todo se lleva en secreto, todas las resoluciones son desfavorables a mi causa.*

- ¿Cuándo se inician las audiencias en el tribunal?

- En cualquier momento. He recibido la visita de dos abogados que me proponen un arreglo a condición de que siga sus instrucciones...

- ¿Por qué no reúnes a varios periodistas y revelas el asunto? ¿Por qué no buscas a otra revista? Tú eres amigo de todos los periodistas.

- ¡Tiene que ser **El Tiempo**!

- Tan pronto como **El Tiempo** publique esta noticia, se va a formar un frente muy poderoso contra el periódico. Los generales amenazados van a unirse. El Padrino de Rivera Llorente; las otras mafias dedicadas a los negocios sucios, van a sentirse amenazados por el escándalo. ¡Nos hacen mierda, Pinga Loca. **El Tiempo**, es muy pequeño, tiene abiertos demasiados frentes. Sinceramente, no me gusta el asunto.

- ¿No te ocuparás de mi caso?

- No quiero asumir un compromiso en forma precipitada. Quiero darle vueltas a la noticia. Mientras tanto, si quieres entregar la primicia a otra publicación, por mi parte tienes luz verde.

Pasaron varias semanas. Un día, recibí un brevísimo mensaje de un amigo que había sido puesto en alerta en el Palacio de Justicia. Se había fijado la fecha para la iniciación del proceso oral: el miércoles 19 de abril de 1978.

Ese día **El Tiempo** apareció con la historia completa del caso Whitttembury.

A las 2 de la tarde ingresó Jorge Whitttembury, escoltado por un Coronel del Ejército, a la Sala de Audiencias del Segundo Tribunal. Allí, en el banquillo, se encontraban sus coacusados. En total, dieciocho personas.

En la mesa del Tribunal, en el asiento del fiscal, en los bolsillos de los inculcados, se veía **El Tiempo** con la versión de la situación de Whitttembury. El Tribunal deliberó, durante tres minutos.

- Se suspende la audiencia.

Margarita Donayre Morales, secretaria del Tribunal, suscribió una notificación: *En la fecha compareció el acusado Jorge Whitttembury Rebazza, en la instrucción por delito de tráfico ilícito de estupefacientes y contrabando en agravio del Estado; proceso oral que debió iniciarse en la fecha y que no se lleva a cabo, precisamente, porque el acusado en mención ha presentado un recurso por el que recusa a todos los miembros del Segundo Tribunal Correccional de Lima.*

El judío errante

Dicen que el Judío Errante, aquél que fue condenado por Jesús a viajar sin rumbo ni descanso por toda la eternidad, en su caminata interminable llegó a un lugar donde se enamoró, fundó una familia y dejó descendencia. Así se pobló la comarca llamada Celendín, en el departamento de Cajamarca, en el norte del Perú. Trotamundos y comerciante, el celendino jamás será ni pobre, ni tonto.

Allí, hace medio siglo nació Ricardo Díaz Chávez quien, después de estudiar en el colegio "San Ramón" de Cajamarca se graduó de abogado en la Universidad de San Marcos, con una tesis sobre "La situación legal de la Brea y Pariñas". Desde sus días de estudiante, el joven celendino apuntaba alto, le preocupaban los problemas sociales del Perú y, en particular, el Derecho Laboral.

En 1960, cetrino, de pelo azambado, cauteloso pero decidido, se destetó políticamente. Abandonó bruscamente el despacho del ministro de Justicia, doctor Merino Reyna, y dio por terminada una entrevista dando un sonoro portazo. El Director de Gobierno, el *Chino Guerinoni*, salió detrás del discípulo celendino, y le dijo:

- *No te molestes, zambo, vamos a arreglar este asunto como buenos amigos.*

Díaz Chávez era entonces abogado de los tres mil invasores de los terrenos de propiedad de la señora Adela Vda. de Nicolini. Las familias sin casa, habían constituido, de la noche a la mañana, una asociación fantasma denominada *Pampa de Cuevas*. El Presidente de la República, Dr. Manuel Prado quiso detener, en su origen, la oleada de invasiones y comisionó a su Ministro Elías Aparicio para que encontrara una solución. Éste planteó el desalojo. Díaz Chávez discutió y salió con su gusto. La asociación fantasma se convirtió en lo que hoy es el distrito de Independencia, de Lima.

Díaz Chávez no era, solía decir, un "comunista científico". Siguió cursos de marxismo y fundó, con otros, la Juventud Comunista del partido de Jorge del Prado. Fue secretario general del Centro Federado de Letras, de San Marcos, entre 1954 y 1955. Ingresó formalmente al Partido Comunista en 1960. En 1973 fue expulsado. Es decir, en diecinueve años siguió el obligado itinerario de los rabanitos peruanos.

Pero, entre ambas fechas, el trotamundos dio grandes pasos en el terreno político.

En 1961, apareció en el Frente de Liberación Nacional, como secretario de Barriadas, luchando en una misma trinchera con el general Pando Egúsqiza, el Padre Bolo y el "Negro" Genaro Carnero Checa. El Frente lo lanzó como candidato a una representación por Cajamarca, en las elecciones de 1962, con resultados negativos. Díaz Chávez nunca fue profeta en su tierra.

En los años 1964 y 1965, figuró como asesor de la Federación de Campesinos del Centro, entidad organizada inicialmente por Acción Popular, pero que finalmente cayó en manos del Partido Comunista, gracias a los golpes de timón que imprimió el flamante asesor legal.

Los guerrilleros estuvieron de moda. Pero a Díaz Chávez nunca le gustaron, como escenarios políticos, ni la selva, ni las cañadas andinas. Escogió el complicado mundo de la actividad sindical, de los tugurios donde atienden los escribanos o secretarios de los jueces. Brilló en los tribunales y en las oficinas del ministerio de Trabajo, donde discutía con los representantes de las empresas bajo la somnoliente dirección de algún burócrata. Se fundó el comité reorganizador de la Confederación General de Trabajadores del Perú, organismo de fachada que el comunismo montó para combatir la influencia del APRA en el campo obrero. En setiembre de 1966, dicho comité adquirió personería, y en 1969, gracias a la oportuna ayuda de *El Chino Velasco*, a quien los comunistas juraron lealtad hasta la muerte, nació la Confederación General de Trabajadores del Perú, la CGTP, que tuvo como primer secretario General a Isidoro Gamarra y, como asesor legal... ¿a quién? ¡A Ricardo Díaz Chávez!

El Partido Comunista no encontró acogida de parte de los obreros. Isidoro Gamarra sólo tenía ascendiente sobre los trabajadores de construcción civil. Fue Díaz Chávez quien, siguiendo los pasos del Judío Errante, trotó por los extremos del país: asumió la asesoría legal de los trabajadores; luchó, incansable, por obtener mejores salarios, mejores condiciones. Pedía, siempre, más y más. El abogado logró que los distintos sindicatos mineros suscribieran un pacto de ayuda mutua y defensa recíproca. Cuando un sindicato se declarara en huelga, los otros, por solidaridad, también paralizarían sus labores.

En 1970, el pacto de ayuda mutua dio su fruto maduro: se constituyó la Federación Nacional de Trabajadores Mineros y Metalúrgicos, cuyo asesor legal, fue... Ricardo Díaz Chávez.

Comenzó a hablar en forma más cautelosa. Pero su influencia era mayor.

Díaz Chávez exponía con lentitud deliberada, tratando de convencer, de ganar a su adversario. No es dueño de un verbo arrebatador. No gusta de la espectacularidad en el gesto. Prefiere la conversación a media voz, el razonamiento. Entre exaltar pasiones y zurcir intereses, prefiere esto último.

- Mi éxito no es consecuencia sólo de mi labor legal frente a los poderosos estudios de abogados de las empresas. Es fruto de la educación política, en que estoy empeñado procurando formar dirigentes de primera clase. Por eso chocó con Jorge del Prado, un comunista desvinculado de las masas que, como burócrata, quiso controlar el movimiento comunista desde un escritorio. La crisis en el seno de la CGTP fue inevitable. En 1970, fue derribado Isidoro Gamarra, y en su lugar, fue nombrado Gustavo Espinoza Montesinos, ex estudiante de la Universidad de La Cantuta, que jamás había dirigido un organismo obrero.

Díaz Chávez no está entre los exaltados del Grupo Aéreo N° 8 que quisieron secuestrar el avión, en la noche de nuestra deportación a Jujuy. No es partidario de las actitudes de violencia inútil. Pero, adoptada una decisión, la cumplía con disciplina ejemplar. Esto lo demostró en el Grupo 8, cuando la mayoría de comunistas decidió resistir con los puños. Soportó la golpiza, a pie firme. En Jujuy escuchaba, aconsejaba al oído, no se exaltaba jamás. No era un hombre elegante. Sus ropas, probablemente, las compraba en un mercado cualquiera. Para él, el comunismo era una técnica para lograr la destrucción de la empresa privada que debía ser pulverizada a través de un permanente enfrentamiento con la organización sindical.

En 1972, el entonces poderosísimo jefe de Sinamos, Leonidas Rodríguez, concurrió a la Conferencia Anual de Ejecutivos CADE-72, en Paracas, y pronunció un extraño discurso en el que atacó frontalmente al Partido Comunista y al Partido Demócrata Cristiano. Ambas agrupaciones, firmemente adheridas a las ubres presupuestales, trataron, por todos los medios, desde 1969, de congraciarse con *El Chino Velasco*. Jorge del Prado, el "Papá Viejo" del Partido

Comunista Peruano, decidió sacrificar a Díaz Chávez. En enero de 1973, en una sesión ordinaria de líderes, sin observarse los estatutos del Partido, Díaz Chávez fue expulsado. Leonidas Rodríguez se sintió satisfecho; el Partido Comunista seguía siendo el socio del Gobierno.

Díaz Chávez, por primera vez, calculó mal. Renunció a la asesoría legal de la CGTP.

El celendino se repuso y pasó a la ofensiva. Los líderes comunistas fueron rechazados, gracias a su labor de zapa en las bases de trabajadores, y los sindicatos mineros se desafilieron de la CGTP. Se solidarizaron con su asesor legal.

Los hombres de Jorge del Prado, los que demostraban su lealtad con el saludo "*Chino, contigo hasta la muerte*", lanzaron un S.O.S. El gobierno organizó desde el ministerio del Interior, entonces a cargo del general Pedro Ritcher Prada, uno de sus "paquetes" de deportados. En setiembre de 1973 salieron exiliados a Argentina, Díaz Chávez, Luis Felipe Angell Sofocleto, Francisco Beláunde Terry y Julio Vargas Prada; y a México, los sociólogos Quijano y Cotler.

Díaz Chávez se dirigió a México, y transitó por los amplios caminos que suele ofrecer el movimiento marxista mundial; mientras en Lima, su esposa, tramitaba un recurso de hábeas corpus, que fue declarado procedente.

Díaz Chávez se reunió con su familia en Huaquillas, Ecuador. En el puesto fronterizo, leyó a la PIP la resolución judicial que lo declaraba expedito para retornar al Perú, y de este modo el asesor legal volvió a ponerse en contacto con sus bases.

Una semana después, el gobierno recibió el aviso. Díaz Chávez afirmó en un diálogo en Jujuy, que los delatores fueron los dirigentes del PCP. La policía lo apresó y lo deportó, esta vez, al Ecuador. El celendino viajó una vez más a su base de México.

En abril de 1974, la Universidad de México abrió sus puertas al abogado peruano y éste debutó como catedrático de Derecho Laboral. Producida la caída de Velasco, en agosto de 1975, Díaz Chávez volvió al amparo de la amnistía declarada por el nuevo régimen.

El 4 de diciembre de ese año, fue detenido y, junto con Genaro Ledesma, Oña Meoño y Arturo Salas, fue enviado a El Sepa, una prisión tenebrosa en la selva central del Perú.

Díaz Chávez evocaba, en la prisión militar jujeña, sus días de confinamiento en el infierno verde del Perú.

- Nunca hubo acusación alguna contra nosotros. Fue un acto de fuerza sin disimulo. Inicé un juicio contra Campos Quesada, y la Corte Suprema, en una resolución que debería figurar en los anales de los disparates jurídicos, dijo que no procedía la acusación contra un ministro, porque solo la Cámara de Diputados podía acusarlo. ¡Y como no había Parlamento, el ministro podía hacer lo que le viniera en gana! Vinieron dos juristas de las Naciones Unidas para estudiar nuestro caso. También otros prisioneros, como Hernán Cuentas, de Cujone; Víctor Cuadros, de la Federación Nacional de Trabajadores Mineros y Metalúrgicos. La alimentación era nauseabunda, ¡Después de cinco meses nos pusieron en libertad!

El 5 de junio de 1975 se produjo un enfrentamiento entre los trabajadores de Manufacturas Nylon, en Vitarte, en las afueras de Lima, y la policía. Fue una refriega violentísima. ¿Quién era el asesor del sindicato, desde 1970? Díaz Chávez. La policía lo detuvo, como autor intelectual de los desmanes, y fue deportado a Madrid.

El trotamundos se fue a París, y de allí voló a su base de México.

El 10 de marzo de 1978, ingresó clandestinamente al Perú. Cuatro días después, se publicó la amnistía general. Candidato a un escaño de la Constituyente, en la fórmula de la UDP, fue deportado el 25 de mayo a Jujuy.

Díaz Chávez, casado con Olimpia Morales, es padre de cinco hijos. Ha estado en dos oportunidades en la Unión Soviética, y es un ferviente comunista a quien las expulsiones de Jorge del Prado le tienen sin cuidado.

Está en la UDP, porque esta agrupación es un frente y la Federación Minera lo autorizó para participar como candidato e intervenir en la Constituyente, con Víctor Cuadros y otros.

¿Fue la Federación Nacional de Trabajadores Mineros y Metalúrgicos la que se expresaba a través de Díaz Chávez? ¿Fue Díaz Chávez, el veterano abogado, fiel a las convicciones marxistas del estudiante de San Ramón de Cajamarca y de la Universidad de San Marcos, quien imponía sus ideas y su estrategia política utilizando hábilmente a la Federación?

El lector es dueño de escoger la respuesta que le plazca. Pero hay una cosa cierta: Díaz Chávez fue un comunista que sabía lo que quería y se empeñó en conseguirlo.

Yo nací agitador rojo

Lenín viajó de Suiza a Rusia en un tren cerrado, gracias a la protección de los militantes al servicio del Káiser de Alemania. Hizo, de ese modo, la revolución comunista.

Genaro Ledesma Izquieta viajó al Perú, desde Mongolia, gracias a la protección de las princesas de Holanda. Su carrera política está llena de incidentes trágicos, inesperados, en ocasiones cómicos, siempre sorprendentes. Al verlo caminar, con los brazos en cruz, como si estuviese tiritando de frío, se diría que no mata una mosca. Pero, al revés, Ledesma, nacido en los cálidos valles de Cajabamba, en la sierra norte del Perú, hace medio siglo, era capaz de prender un incendio en las gélidas punas de los Andes.

Hijo de obreros, cuando ingresó a la Universidad de Trujillo, ya tenía, en su cerebro y en su corazón, la semilla comunista. Dominaban los apristas en la universidad de la tierra de Haya de la Torre. Era un coto cerrado para Luis de la Puente Uceda, Gonzalo Fernández Gasco y otros activistas, que controlaban el 90 por ciento del alumnado. Los comunistas, con Ledesma, iban a escondidas, a las playas, para leer sus textos de marxismo.

En 1956 el Apra pactó con el candidato conservador Manuel Prado. La fe de Luis de la Puente, y de muchos jóvenes apristas, vaciló. Finalmente, brotó el Apra Rebelde y las distancias entre los antiguos seguidores de Haya y los amigos de Ledesma se acortaron.

Ledesma terminó sus estudios de Pedagogía y de Derecho en 1957. Retornó a los asientos mineros de Quiruvilca, Parcoy y Pataz, en los Andes norteños, deseoso de dedicarse a la prédica marxista. Decidido a establecerse en el Norte, viajó a Lima para gestionar, en el ministerio de Educación, el nombramiento a que tenía derecho como flamante graduado de Pedagogía. Era un normalista diplomado en busca de colocación.

Diariamente, iba a las oficinas del Parque Universitario, durante meses, en pos de una vacante. Pero, para conquistar un ingreso a la burocracia rentada, le hacía falta un padrino, y Ledesma no lo tenía. Tampoco lo quería buscar. Finalmente, un día, el encargado de los nombramientos le hizo pasar a su despacho:

- *Joven, tengo un puesto para usted, de director de un colegio secundario.*

Ledesma, que comenzaba a perder el pelo pero nunca la paciencia, creyó estar soñando. Despertó muy pronto a la realidad: le ofrecían el único puesto, en todo el Perú, que nadie quería ocupar. Director de un Colegio nocturno, para mineros analfabetos e hijos de mineros, en La Oroya, a 3,780 metros sobre el nivel del mar.

La necesidad tiene cara de hereje; pero, para un comunista, la necesidad es también la oportunidad soñada para agitar. Ledesma viajó a La Oroya. El clima era hostil, sufría lo indecible con las temperaturas heladas, con el aire frío que como cuchillas le abrían sus carnes escuálidas. Pero trabajó feliz. El Estado le pagaba para enseñar los cursos aprobados por el gobierno, pero su convicción política le llevó mucho más lejos: a predicar la lucha de clases, la guerra a muerte

contra la oligarquía y el imperialismo, precisamente allí, donde estaban los grandes inversionistas norteamericanos, en la zona minera más alta del mundo.

En 1958 bajó el precio del cobre en los Estados Unidos. La Cerro de Pasco disminuyó el ritmo de su producción y, por tanto, las planillas de los trabajadores también se redujeron. Los hombres de los Andes emigraban, y el colegio "Daniel Alcides Carrión" se despobló.

- *El Perú debe vender su cobre a la Unión Soviética*, empezó a predicar Ledesma Izquieta. El profesor se convirtió en líder, y centenares de mineros y de campesinos, en pie sobre la nieve, comenzaron a aplaudirlo.

En 1959, la Cerro de Pasco, gigantesco emporio minero, ganadero y comercial, inició el cercado, con alambradas, de lo que consideraba "su" "propiedad".

Las comunidades campesinas de Yanacancha, Villa de Pasco y Rancas, invocaron títulos ancestrales y reclamaban la propiedad de las haciendas Paria y Carmen Alto. La Comunidad más afectada fue la de Yanacancha. Los obreros, cesantes de las minas, volvían a sus comunidades. Los esperaban Ledesma y sus discípulos:

- *Han perdido el trabajo en las minas y han perdido las tierras de sus comunidades*, les decían.

Se produjo la explosión, el drama. En 1959 renunció el alcalde de Cerro de Pasco. Una masa de mineros y campesinos, enfervorizada, llevó en hombros a Ledesma Izquieta y lo sentó en el sillón municipal.

- *Eres la autoridad del pueblo*, le dijeron los campesinos.

El ministro Elías Aparicio, hombre fuerte del gobierno de Prado, en un momento de debilidad, aprobó lo que pedían los mineros.

El abogado Ledesma trabajaba de noche; mientras el alcalde Ledesma gobernaba de día. La comunidad de Yanacancha planteó un recurso judicial, denominado interdicto de recobrar y, pasando del dicho al hecho, sus integrantes destruyeron las alambradas de la Cerro de Pasco. La policía miró y no actuó. Desde Lima, Elías Aparicio, el hombre fuerte, había aconsejado prudencia y tolerancia: los comuneros se contentarían con muy poco.

La Cerro de Pasco ordenó a sus hombres colocar sus alambradas en la zona de Rancas.

Rancas es un escenario bello, lunar, histórico. Allí formaron las tropas de Simón Bolívar, que después se cubrieron de gloria derrotando a las fuerzas realistas, en Junín y Ayacucho, en la guerra contra España.

Los comuneros de Rancas fueron a ver a su alcalde y decidieron aplicar la fórmula de Yanacancha, es decir, destruir, durante la noche, las alambradas de la empresa norteamericana. Esta vez, la policía no tuvo paciencia: disparó y dio muerte al presidente de la comunidad y a dos comuneros más. Los heridos llegaron a varias decenas.

Ledesma, alcalde, maestro, abogado y agitador, se metió en una camioneta y apareció en el centro mismo de la balacera. La masa se excitó y, armada con cartuchos de dinamita, se desplazó hasta la ciudad de Cerro, rodeó el edificio de la prefectura y exigió la cabeza del prefecto Figueroa. Los dinamitazos siniestros estremecieron la ciudad.

Ledesma apareció en el balcón.

- Soy su alcalde, vamos al Palacio Municipal, ordenó.

La masa se movió, dócil, tras del líder de peso mínimo. Era más flaco de lo que es aún ahora. El Prefecto aprovechó esta tregua y huyó. Se evitó, de este modo, un hecho de sangre que hubiese tenido resultados contraproducentes.

Ledesma Izquieta y otros dirigentes fueron detenidos, enviados a la cárcel de Huánuco y procesados por los delitos de ataque a la Fuerza Armada y atentado contra la tranquilidad pública. El alcalde salió en libertad, a los 15 días, previo pago de un depósito de 300 soles.

El ministro de Gobierno lo destituyó del cargo de alcalde y el ministerio de Educación lo echó de las filas del magisterio. Los mineros acordaron pagarle sus sueldos con los fondos del sindicato, a condición de que siguiera enseñando a sus hijos.

Ledesma quiso tomarse un respiro. Viajó a Trujillo para obtener su título de Abogado. En diciembre de 1960 presentó su tesis sobre *Cerro de Pasco*, y después rindió sus exámenes profesionales. Al concluir, encontró su telegrama:

- "Reciba 5,000 soles para una champañada en honor de sus catedráticos y amigos. Los mineros de Cerro".

De vuelta a La Oroya, Ledesma fue transportado en hombros por las calles. Los manifestantes se detuvieron, y el minero más viejo pronunció un brevísimo discurso:

- Genaro, te entregamos las llaves de tu estudio de abogado. Te lo paga el pueblo porque, desde este momento, tú eres nuestro abogado para toda la vida.

Genaro, el inexpresivo y frío marxista, de rostro amarillento, ojos de pez y aspecto de santo de yeso, lloró por primera vez, de emoción, de gratitud. El hijo

de obreros, que había pasado por la universidad, volvía al seno de los suyos. Fue, desde entonces, el doctor-obrero. En su placa, debió ponerse otro título: *agitador comunista*.

El abogado multiplicó los recursos y empantanó a la Cerro de Pasco Corporation en la maraña del procedimiento judicial. Donde la Cerro clavaba una estaca, surgía automáticamente un proceso judicial.

En 1961, Ledesma ingresó a la Penitenciaría de Lima, acusado de promover invasiones. Salió tres meses después e ingresó al Frente de Liberación Nacional, y gozó, de este modo, del padrino del general Pando Egúsqiza y ganó cierta notoriedad al amparo de la lucha por la reivindicación de La Brea y Pariñas.

En la década de los años 60, la Unión Soviética dirigió su mirada al Perú. El gobierno de Prado había prohibido los viajes a los países socialistas. La URSS invitó a visitar el "Paraíso Socialista" a Salomón Bolo, Maruja Roque de Carnero, Azpicueta y, naturalmente, Genaro Ledesma. Para burlar la prohibición peruana, los invitados viajarían primero a Chile, de allí a México y después a Rusia. Genaro siempre fue prudente, habló con el canciller Alvarado Garrido y le pidió consejo sobre su proyectado *tour*. El ministro, diplomático al fin, dio su consentimiento.

- El viaje me pareció que lo hacía sobre alfombra mágica. Tenía la impresión de ser dueño de la Lámpara Maravillosa; todos mis deseos se cumplían. Pedimos visitar Mongolia, en el corazón de Asia, llena de misterio y leyenda. Allí fuimos. Una mañana, nuestro guía nos interrumpió con un mensaje de la agencia Tass. "Golpe de Estado en el Perú, cayó Prado y los militares están en el poder". "¿Se terminó la gira", exclamamos, y pedimos retornar, sobre la marcha, al Perú.

Ledesma llegó a París. Los peruanos invitados de la URSS, pidieron viajar a México, pero la visa no llegó. Tomaron el vuelo de Air France para el Perú, y llegaron a Lima. La PIP los esperó en el aeropuerto y los encerró en una oficina. El ministro de Gobierno, el poderoso general Juan Bossio Collas, les prohibía ingresar al Perú. Se resistieron. A puntapiés, fueron expulsados con destino al Ecuador. De Guayaquil, los peruanos viajaron a Panamá, Colombia y Venezuela. La Habana era el refugio salvador. Antes, hicieron escala en Curazao, donde las autoridades los retuvieron para estudiar sus papeles.

Las princesas de la casa real de Holanda viajaban, un día de esos, de Curazao a Amsterdam. Genaro y el Cura Bolo hicieron las gestiones del caso y fueron embarcados, con sus compatriotas, en el principesco avión, pero en el compartimento de carga, con los perritos y los canarios de las herederas del trono del imperio de los tulipanes. Al llegar a territorio holandés, en el aeropuerto, y después de despedirse de los canes, papagayos y canarios, Genaro pidió una entrevista con las princesas, por intermedio de los periodistas que habían acudido al aeropuerto. Las altezas reales, muy altas de cuerpo al lado del

esmirriado político peruano, accedieron, entretenidas, y proporcionaron alojamiento en un bonito hotel de la ciudad a los marxistas peruanos. La noticia dio la vuelta al mundo entero: políticos peruanos viajaron en la panza del avión de las princesas de Holanda, entre perros y papagayos, y llegaron refugiados a Amsterdam.

Ledesma, el silencioso Ledesma, posó junto a las princesas. Su foto dio la vuelta al mundo entero. Una dama peruana, casada con holandés, se convirtió en guía de los deportados, que pasaron quince días durmiendo, comiendo y paseando a sus anchas, al amparo de la corona que ceñía la madura testa de la reina Juliana.

El gobierno de Lima, cedió: giró los pasajes y los deportados viajaron a Lima, en primera clase, vía Roma. Genaro, Bolo y compañía, saborearon el placer de la popularidad en el aeropuerto. Su recibimiento fue bullicioso.

Poco les duró la paz. El 5 de enero de 1963, el gobierno militar ordenó una redada y mandó a decenas de políticos de izquierda a la prisión de El Sepa. A Ledesma le tocó el Frontón, el islote ubicado frente al Callao.

Los sindicatos mineros del centro formaron el FOCEP, Frente Obrero, Campesino y Estudiantil del Perú, que postuló la candidatura de Ledesma para un escaño parlamentario. No hizo campaña, no gastó un centavo, ni pronunció un discurso. Un día llegó al penal un funcionario del Jurado Nacional de Elecciones y le entregó su credencial: había ganado las elecciones.

Ledesma llegó, de este modo, aureolado por la represión oficial, al Parlamento de 1963.

Pero, algún estratega del gobierno había planeado impedir el ingreso de Ledesma al palacio legislativo. El sainete tenía que cumplirse.

Tan pronto desembarcó en el Callao, con su paquete de ropa sucia bajo el brazo, y su credencial de diputado en el bolsillo, Ledesma recibió de manos de un sargento, una notificación para que compareciera, en el día, a Huánuco, para asistir a la audiencia en el juicio que se le seguía por los sucesos de Rancas. Si no se presentaba, la justicia militar lo condenaría a prisión, frustándose de este modo su incorporación al Parlamento. Y si se presentaba, ¿sería absuelto?

La masacre de Cobriza

Ledesma se internó en la clínica Miró Quesada, alegando grave dolencia a las amígdalas, para ser sometido de urgencia a una intervención quirúrgica. La justicia ciega lo perseguía. La policía recibió órdenes de conducirlo, por la fuerza si fuese necesario, a Huánuco. Los patrulleros bloquearon la clínica; los PIP

ingresaron con sus ametralladoras en las manos. El cirujano aplicó la anestesia y, en presencia de los policías, comenzó a operar. Llegaron los fotógrafos y cronistas de El Comercio, cuyo edificio está a pocos metros de la clínica, y Ledesma apareció en primera página del diario. Desde ese momento, comenzó a gozar de inmunidad parlamentaria.

- La operación, dadas las circunstancias, fue deficiente. Me dejaron un pedazo de amígdala, que me incomoda de vez en cuando. ¡Perdí mis amígdalas en buen estado, pero gané la curul por seis años, hasta el 3 de octubre de 1968, cuando los tanques de Velasco cerraron el Parlamento!

La revolución celebraba sus goles de media cancha. Ledesma, con los brazos en cruz, retornó a Huánuco. Miles de indios analfabetos, mineros y campesinos sin tierra, comenzaron a ser enrolados en las filas de otra revolución, hecha de impaciencia, de lucha de clases, de enfrentamientos raciales, de revancha inmediata, de odio y de cundería.

El general Armando Artola, el poderoso y mítico ministro del Interior de Velasco, cuya cabeza de huevo, a lo "Timoskenko", inspiraba miedo a sus adversarios, lo hizo detener, junto con Ricardo Díaz Chávez. Un día, a las 5 de la madrugada, fueron introducidos al despacho del ministro quien, paseándose con las manos en la espalda, les hizo escuchar un comunicado oficial que comenzaría a transmitirse en breve. El Gobierno Revolucionario acusaba a los dos abogados de ser los inspiradores de cuatro huelgas mineras. Quisieron explicar algo al ministro, pero Artola gritó:

- ¡Silencio! ¡Aquí, el único que habla soy yo!

- Poco faltó para que nos mentara la madre, dice Ledesma. De allí, más tarde nos enviaron a hablar, en el despacho del ministro de Trabajo, con una comisión de alto nivel, constituida por los generales Sala, Fernández Maldonado y Morales Bermúdez.

- Cuando los números fallan, falla la revolución, comentó el general Morales Bermúdez, al analizar los aumentos que exigían los trabajadores mineros.

Los abogados regatearon, con la paciencia con que un celendino es capaz de hacerlo, horas y días enteros si hace falta, y con la astucia que sólo Ledesma ha sabido cultivar. A regañadientes, aceptaron la propuesta final del ministro de Trabajo, general de aviación, Sala Orosco.

- Sólo por hacerle un favor a usted, señor Ministro. A nosotros, los trabajadores mineros nos van a colgar.

Esa noche, el general Sala anunció al general Velasco una victoria total: había derrotado a los dos abogados, serranitos, buenos peruanos, que habían ido a discutir el pliego de los mineros.

A esa misma hora, Ledesma, Díaz Chávez y los dirigentes sindicales de los trabajadores mineros, celebraban el aumento más grande logrado en toda la historia de la minería peruana: 32 soles diarios de aumento a cada trabajador.

- *¿Hizo algún cálculo el Ministro?*

- *No, tenía su propio sistema: el tun-tun: Estaba totalmente en la luna sobre costos de producción de minería. El año siguiente, en 1971, pedimos un aumento mayor, el precedente nos amparaba. La Cerro de Pasco trabajaba a pérdida. Sala Orosco nos aconsejó hablar con El Chino. Nos recibió, hablamos durante cuatro horas. Otra vez, el método científico del tun-tun. Nos hacíamos los cojudos, pero nos divertíamos de lo lindo.*

- *Sean buenos peruanos, la revolución es de ustedes, ¡carajo!, yo soy como ustedes, somos del pueblo... y El Chino concedió otro aumento. La minería se iba al diablo, pero qué importaba, nosotros ganábamos.*

Pero, faltaba un capítulo de la tragedia.

Los trabajadores de la yacimiento minero de Cobriza se habían declarado en huelga. Un gerente, de nacionalidad norteamericana, comenzó a enviar los vehículos y algunos equipos de la unidad a otros lugares. Cundió la alarma entre los huelgistas, y éstos denunciaron que los gringos estaban desmantelando la mina.

La mina Cobriza, ubicada en el departamento de Huancavelica, en la zona más agreste de los Andes peruanos, era propiedad de la Cerro de Pasco Corporation, y allí se producía el cobre más puro del mundo. Hubo una refriega entre la policía y los huelguistas; los mineros arrebataron una ametralladora y la llevaron al local del sindicato, cuyo secretario general era Pablo Inza.

Corría el mes de noviembre de 1971. Mientras se producía ese enfrentamiento en la unidad minera, viajaron a Lima los dirigentes mineros, 39 en total, acompañados de los abogados Ledesma y Díaz Chávez, para negociar con las autoridades la solución del conflicto.

Los abogados y los dirigentes fueron llamados, con urgencia, por el ministro de Trabajo, general Sala Orosco:

- *Devuelvan inmediatamente la ametralladora; el Consejo de Ministros encontrará, después de esta devolución, una solución al problema, dijo Sala Orosco.*

Los abogados se pusieron en contacto telefónico con Pablo Inza.

- *La ametralladora fue entregada al sindicato; y la asamblea, por unanimidad, acordó que permaneciera en nuestro local. Para devolverla, tengo que citar a otra asamblea. No puedo decidir a título personal, contestó Inza.*

- Pero la comisión, aquí en Lima, se ha comprometido a devolver la ametralladora, replicaron los abogados.

- Lo siento, sin consentimiento de la asamblea nada se puede hacer. Es la democracia, replicó Inza.

Los abogados y los comisionados, presentían una tragedia. Pidieron una comunicación urgente con el ministro, quien se encontraba en Palacio de Gobierno, con Velasco y otros ministros. Habló el coronel Carrión, el vice ministro, quien les transmitió un mensaje del general Sala Orosco:

- Que vayan al despacho del ministro del Interior, general Ritcher. El problema ya ha sido resuelto.

Los 39 dirigentes y los dos abogados salieron velozmente del ministerio de Trabajo y, en varios taxis, llegaron al ministerio del Interior. Fueron conducidos al quinto piso, a una habitación próxima al despacho del Ministro. Pasaron varias horas; los mineros y los abogados, se miraban preocupados.

- Voy a hacer una diligencia y regreso, dijo Ledesma.

- Lo siento, no pueden abandonar el edificio; el ministro ya los va a recibir, le dijo un oficial de policía. La preocupación se acentuó en todos los rostros.

Ingresó, después, un comandante del Ejército.

- A ver, póngase de pie. Seis por aquí, seis por allí. Hagan grupos de seis. De seis en seis, vamos al ascensor.

Los mineros, y sus abogados presintieron una celada. El general Ritcher, el ministro del Interior, brillaba por su ausencia. ¿Les habría engañado el ministro Sala Orosco? Descendieron hasta el sótano del ministerio. Allí aguardaban varias camionetas con los motores encendidos; los PIP estaban por todos lados, y también la policía uniformada de la Guardia de Asalto.

Los dirigentes mineros y los abogados fueron llevados a las Comisarías de Breña y de Magdalena. Ledesma estuvo en la primera de ellas.

- Te vamos a colgar de los huevos; a ti te liquidamos aquí, le dijeron. Tú eres el agitador principal y el culpable de lo que ha ocurrido en Cobriza.

Ledesma miró, silencioso, con sus ojos de pez. ¿Qué ha ocurrido en Cobriza?

- El Consejo de Ministros, aprobó esa mañana un plan, elaborado sabe Dios por quién, para resolver el problema de Cobriza. Doscientos hombres de la Guardia de Asalto, disfrazados de obreros mineros, salieron muy temprano del Callao con destino a Cobriza. Asaltaron, a sangre y fuego, el local del sindicato, que estaba lleno de obreros, sin aviso previo, sin compasión. Cayó

el secretario general del sindicato, Pablo Inza, con sesenta balas en el cuerpo. Hubo más muertos, nunca se sabrá cuantos... Hay heridos como cancha. Los cadáveres desaparecieron, se amenazó a los deudos con eliminarlos, si hacían preguntas. A los sobrevivientes, mujeres inclusive, se les dio una pateadura de padre y señor mío, como si fueran ganado, se les apaleó sin compasión. Esa era la solución aprobada por los ministros, que ya estaba en marcha cuando conversábamos con el ministro Sala Orosco. Ledesma recordaba los hechos con voz monótona, sin emoción. Hacía frío en la enfermería de Jujuy. El abogado continuó su relato.

La noche avanzó, lúgubre, amenazante. Los treintinueve dirigentes y los dos abogados fueron conducidos al Grupo N° 8 de la Fuerza Aérea, esposados, unos a otros, formando una columna engrillada, una cadena humana.

- Bajen la cabeza, nos decía la Guardia de Asalto, y, para hacerse obedecer, a los olvidadizos los golpeaban en la cabeza con una vara. No sólo era necesaria la humillación de los grilletes: había que hundir las cabezas, no mirar a nadie; habíamos perdido nuestra dignidad humana. Éramos mierdas bípedos, recuerda Ledesma, con voz entristecida, por momentos inaudible. ¿Es un actor? No lo creo.

Subieron los prisioneros a un avión Hércules. Se cerró la plataforma gigante. Estuvieron allí mucho rato, de pie, encerrados. De pronto, bajó la plataforma. Varios camiones se habían estacionado junto al avión, y de ellos comenzaron a descender decenas y decenas de trabajadores mineros, todos esposados, muchos con sus ropas ensangrentadas, hechas jirones; los rostros tumefactos y los ojos enrojecidos por los gases. Eran obreros de Cobriza, que habían sido traidor, en avión, desde Ayacucho, después que la *solución* del Consejo de Ministros se había ejecutado.

El Hércules, con más de cien pasajeros engrillados y con las cabezas hundidas, voló hasta Jauja. Allí subieron más detenidos, obreros de La Oroya y Cerro de Pasco. El avión iba repleto de hombres esposados entre sí, que se meaban en sus ropas; que no podían sentarse; muchos de ellos heridos. Por fin, casi al mediodía, el avión llegó al aeropuerto de *El Sepa*. Recién se enteraron que su destino era el Penal siniestro, en plena selva del Perú, un presidio en pleno infierno verde del cual nadie ha podido huir jamás. Quien se escapaba de los vigilantes, moría devorado por las fieras, comido por las alimañas, envenenado por las víboras.

En un rincón de su casa, Ledesma conserva, enmarcado protegido con vidrio, pedazos de un tejido de color indefinido, manchado y hecho jirones. ¿Algún testimonio de la textilera precolombina? No. Son los restos de la camisa que usó durante seis meses de su prisión en El Sepa. Los doscientos obreros mineros y sus dos abogados permanecieron incomunicados, no se les entregaba las cartas ni encomiendas de sus familiares. No conocieron un jabón o detergente, ni cepillos ni dentífricos, muchos menos navajas de afeitar. Tenían que internarse diariamente en la selva, vigilados por los guardias, en busca de yucas, plátanos y frutas silvestres para sobrevivir. De no hacerlo, hubiesen tenido que consumir

exclusivamente la comida común, que era impasable. Se agruparon, dictaron sus propias reglas para sobrevivir en el *infierno* de los vivos y mantenerse al margen de los delincuentes comunes.

Más tarde, en grupos, fueron conducidos a Lima, para ser sometidos a juicio. Fueron confinados en el penal de Lurigancho. Recién entonces, Ledesma pudo ver a sus familiares, cambiarse de ropa, afeitarse y retornar a algunas formas de vida civilizada. Sesenta trabajadores quedaron en *El Sapa*.

Varios obreros salieron en libertad; retornaron a sus centros de trabajo convertidos en héroes del proletariado. El martirologio es un gran capital político. En las frías noches andinas, en los socavones de las minas, en los túneles profundos, se repetía el nombre de cada uno de los prisioneros. Se decía que habían quedado sin trabajo, se exageraba sus torturas, y sus nombres aparecían grabados en las piedras como símbolos de una lucha contra... ¡la empresa minera y el imperialismo!

El odio, diestramente canalizado, se acrecentaba contra los inversionistas de pelo rubio y acento extranjero; contra los técnicos y ejecutivos de mando medio, que tenían ropa limpia y usaban corbata; contra la Guardia de Asalto que cumplía órdenes; contra los PIP, que sólo se obedecían lo que sus superiores disponían.

Los sindicatos mineros se declararon en huelga, exigiendo la libertad de los detenidos. *El Chino Velasco* recibió a los dirigentes, se fueron con la esposa de Ledesma a Palacio de Gobierno. Hubo diálogo. *El Chino* se chancó con los trabajadores, hizo bromas; les hablaba de "tú", y despotricaban contra el imperialismo y la oligarquía. Los dirigentes escuchaban, aplaudían. Para ellos, resultaba fácil reír mientras tenían un infierno en el corazón. *El Chino* firmó, dos días después, un decreto ley que cortaba todos los juicios.

Los doscientos mineros y los dos abogados, fueron paseados en hombros, de mina en mina, de pueblo en pueblo. Nadie habló de Marx ni de Engels. Nadie había leído *Das Kapital* ni el *Manifiesto*, de 1848. Pero el marxismo crecía, cosechaba nuevos adeptos; porque comunismo era luchar contra el policía, contra el PIP que disparaban las metralletas, contra las autoridades que secuestraban a sus hijos para hundirlos, mes tras mes, en *El Sapa*. Comunismo, más que lucha por la justicia social, era la palabra tras la cual se escondía una vieja ansia revanchista de una raza disminuida.

Esa amnistía fue declarada en las Fiestas Patrias de 1972. *El Chino*, tan inteligente y tan político, dictó una norma mediante la cual que a los trabajadores detenidos se les pagara sus haberes por los meses que habían estado en la cárcel, y congeló los pliegos de reclamos por cinco años.

Las *ollas comunes* se prendieron en los Andes para dar de comer a los que padecían hambre y sed en su lucha por la justicia. Día y noche, los líderes y los dos abogados, convertidos en héroes, preparaban el próximo pliego de reclamos.

El 18 de octubre de 1975, cientos de miles de personas, entonando cánticos religiosos y agitando sahumeros, llenaban las calles de Lima. Iban en procesión detrás de la imagen del Señor de los Milagros. El Presidente Morales Bermúdez, acompañado por sus ministros, desde el balcón de Palacio, rindió homenaje al Cristo de los antiguos esclavos de color del Perú. El general de aviación Dante Poggi, ministro de Trabajo, imploró la gracia de Dios para arreglar un conflicto que le tenía preocupado: los mineros de la región andina central, se habían declarado en huelga. La paralización era lo de menos; lo que indignaba al gobierno, a los revolucionarios, era que las huelgas continuaran pese a que el imperialismo yanqui había sido *expulsado* de esos yacimientos. La Cerro de Pasco ya no existía; ahora se llamaba Centromín Perú. Los *gringos* se fueron, y después cobraron millones de dólares como "indemnización" por sus viejos equipos.

- *Dios me hizo el milagro*, dijo el general Dante Poggi, a media noche, cuando llegó a su casa después de una agotadora jornada en el ministerio de Trabajo. El Sindicato de Trabajadores de Centromín Perú acordó levantar la huelga. Al día siguiente, los diarios del gobierno festejarían el triunfo del ministro.

- *¡Que buena cojudeada que hemos hecho al ministro!*, dijeron en Lima, Ledesma, los dirigentes mineros y sus amigos. Consiguieron 70 soles de aumento diario, cinco mil soles de asignación por vacaciones, y otras cosas menores. La solución del pliego de reclamos significó un mayor egreso de casi 900 millones de soles anuales para la empresa estatizada, que técnicamente se encontraba en quiebra.

El 5 de diciembre de ese año, la PIP detuvo a Ricardo Díaz Chávez, Genaro Ledesma Izquieta, José Oña Meoño y Arturo Salas, todos ellos abogados; y a los dirigentes sindicales Hernán Cuentas, Juan Francia y Guido del Carpio. Varios días después, también fue capturado Víctor Cuadros. Las detenciones se hacían en Lima, en Arequipa, en La Oroya, en Cerro de Pasco. El gobierno humanista trabajaba con método.

- *¡Qué es esto! ¿Cuánto rato van a conversar ustedes? No me parece correcto que escuches solamente a Ledesma.*

Napurí, rondaba alrededor de mi "*oficina*", en Jujuy, donde Ledesma me relataba sus aventuras sindicales. Más allá, Letts insistía:

- *Ledesma se entregó a la derecha; hace más de tres horas que está conversando con Baella*, reclamaba con vozarrón de protesta.

El líder del FOCEP sonreía, con su chompa verde, y su integridad inexplicable. Narraba con amenidad, pero con una entonación monótona. Utilizaba los

contrastes, la ironía. Sospecho que acomodó, a veces, su versión de los sucesos, de acuerdo a sus intereses políticos.

Aquel 5 de diciembre, los abogados y los líderes gremialistas, fueron encerrados en los calabozos del departamento de Seguridad del Estado, en la Prefectura de Lima. Después, viajaron a la Colonia Penal de El Sepa donde permanecieron cinco meses, hasta mayo de 1976. Sus guardianes les explicaron que su prisión era preventiva, en vista de las medidas de reactivación económica que el gobierno se proponía implantar, para lograr la felicidad de los peruanos. Con los comunistas secuestrados, aislados de sus familiares y del mundo, la revolución humanista podía dormir en paz.

Los agitadores de los sindicatos sabían, por sus correos clandestinos, dónde estaban sus amigos. En las paredes de las fábricas de la avenida Argentina, de la avenida Colonial, de la Carretera Central, en los muros de las universidades y en los baños públicos de la ciudad, escribían los nombres de los prisioneros del gobierno. ¡Guerra a muerte a los militares al servicio del Imperialismo!

Los mismos agitadores, bien organizados, recaudaban en Lima, en provincias, en los parques industriales, en las minas y en las haciendas, cuotas voluntarias, de uno a diez soles, para la *olla común*, de la cual se nutrían las esposas, hijos, y familiares de los detenidos; y las viudas y los huérfanos de los dirigentes muertos y desaparecidos.

Recién, a mediados de enero, el ministro del Interior, general Campos Quesada, dijo a los periodistas que los abogados y los líderes sindicales se encontraban en *El Sepa*, acusados de atentar contra la economía del país. Este delito no existía en el Código Penal Peruano, pero eso poco importaba al régimen militar.

El ministro no habló porque sí. Los abogados, tan pronto como fueron detenidos, presentaron una demanda ante la Corte Suprema de la República acusando al ministro del Interior de los delitos de abuso de autoridad, con los agravantes de premeditación, alevosía, ventaja y ensañamiento.

Los vocales de la Corte Suprema, en una revolución digna de Pilatos, dijeron que la demanda era inadmisibile. ¿Por qué? Porque, de acuerdo con la Constitución, un ministro sólo podía ser procesado cuando la Cámara de Diputados lo acusara previo el consentimiento del Senado, ¡Como este trámite no se había cumplido, la Corte Suprema no podía admitir la denuncia!

Los abogados presos conocían su oficio. El papel sellado existe para ser gastado. Se dirigieron al Consejo Nacional de Justicia. *Expreso*, periódico del Gobierno, era manejado por periodistas comprometidos con los comunistas. Apareció una amplia información sobre el caso *Ledesma, Díaz Chávez y otros*. La resolución, decían los amigos de los abogados, deviene en una aberración jurídica; es una ejecutoria absurda y un hecho delictuoso.

Los abogados consideraron que su caso estaba maduro. Decidieron declararse en huelga de hambre. Al día siguiente, *Expreso* publicó un aviso de página demandando la libertad de los detenidos. Firmaban el aviso organizaciones sindicales, estudiantiles, comunidades industriales y entidades campesinas. Jamás pagaron un centavo por el aviso: los comunistas manejaban la contabilidad de *Expreso*.

A fines de Abril, el gobierno decidió poner en libertad a sus prisioneros. Ledesma publicó una carta en *Correo*, para decir que había sido puesto en libertad por orden del Consejo de Ministros, porque no fue encontrado culpable. Sólo había cumplido con sus deberes profesionales al servicio de los trabajadores.

Víctor Cuadros, el dirigente minero, fue liberado una semana después. Por presión del ministerio del Interior, la Southern Perú había despedido a este dirigente a fines de diciembre. ¡Quién entiende a los militares! Una vez puesto en libertad, Cuadros exigió ser repuesto en su trabajo. Terminaba un conflicto y empezaba otro.

Pero, sigamos las huellas de Ledesma.

La central trotskista de París tomó a su cargo la propaganda a favor de los prisioneros peruanos, tan pronto como el ministro Campos Quesada los secuestró para enviarlos a El Sepa. Automáticamente, en forma rutinaria, salían los comunicados de protesta para los periódicos de todo el mundo. El caso de los peruanos interesó a más de uno. Fueron invitados a Francia para dar conferencias en un circuito de universidades.

Ledesma, Díaz Chávez y otros, viajaron en cuanto estuvieron en libertad. Salir de *El Sepa* y llegar a *Lurigancho*, después de varios meses; caminar otra vez por el jirón de la Unión, y luego volar a Francia, era una merecida compensación.

Como el talento político es un valor escaso en la revolución, el gobierno peruano se hizo presente, a su modo, en París. El embajador del Perú en Francia notificó a Ledesma, después de la primera conferencia, que no podía regresar al Perú. ¡Había sido deportado, en ausencia!

Ledesma explotó al máximo la situación. Fue invitado a dar más conferencias en España, en Bélgica, en Holanda, con todos los gastos pagados, naturalmente. El agitador de los Andes, feliz, descubrió que las mujeres de pelo rubio, lo encontraban atractivo.

En diciembre de 1976, decidió regresar al Perú. Abordó un avión en Madrid y llegó a Quito. Se presentó en la embajada peruana. Le informaron que subsistía el veto para su retorno al Perú.

Ledesma decidió hacerlo en forma clandestina.

En febrero de 1977, muy tranquilo, atendía a los dirigentes de los sindicatos mineros en su estudio del jirón de la Unión. Una noche, agentes de gobierno, vestidos de civil, asaltaron su domicilio. Afirma Ledesma que los sicarios se encontraban en evidente estado de ebriedad.

- Tenían la consigna de liquidarme físicamente. Todo parece indicar que existía esta intención criminal. Mi experiencia, que suma varios años, en los penales y cárceles del Perú, me ha enseñado una cosa: un policía, con uniforme o sin él, para agredir físicamente a un político, tiene que beber licor. No agrede en estado de ecuanimidad; que los psicólogos se encarguen de aclarar este hecho, dice Ledesma.

Fue en esa oportunidad cuando *Chumbeque*, el perro fiel que lo acompaña, se hizo famoso dando dentelladas en los traseros de los policías. Ledesma se escapaba, cuando uno de sus raptos lo atrapó. Lo iba a esposar, cuando *Chumbeque* se avalanzó, una vez más, atacando directamente a las nalgas del agente. El abogado escapó. Vagabundó por la ciudad, llegó, al amanecer, a Yerbateros, lugar populoso en las afueras de Lima, central de toda suerte de vehículos provincianos. Subió a un camión, y horas después se echó en brazos de los trabajadores mineros. La policía lo buscó por todas partes, en Lima, en La Oroya, en Cerro de Pasco, en Ayacucho, en las ciudades serranas y en las minas de los Andes. Ledesma se refugió en las comunidades indígenas, vivió como pastor de ovejas y vicuñas, por encima de los 4,000 metros de altura, y durmió en los huecos bajo tierra, en las chozas de los indios, calentado de día y de noche por el fuego de la bosta.

Después, Jujuy.

Las casitas de Bethesda

El miércoles 26 de abril de 1978 fue, para mí, un día inolvidable. Seis semanas después, en el campo de concentración de Jujuy, rememoraba los detalles de esa jornada. ¿Existiría una relación de casualidad entre lo que ocurrió en abril y mi deportación de mayo?

Ese día de abril, desde muy temprano se sucedieron las llamadas telefónicas, de amigos y lectores anónimos, que me felicitaban por la edición de ***El Tiempo***. El impacto de mi semanario en la opinión pública fue notable.

- Si quieres venir a casa, a pasar aquí unos días, las puertas están abiertas.

Sabían mis amigos que las represalias del gobierno serían violentas, inmediatas. Por lo menos, merecía la prisión militar. Había incurrido en el peor pecado que podía cometer un civil: tocar los privilegios castrenses.

No había, empero, lugar para preocupaciones. Ese día debía que cumplir un compromiso inaplazable: Gonzalo Ortíz de Zevallos Roedel había concluido la impresión de su libro, *Entreguismo*, sobre los contratos petroleros entre el Perú y Japón. Yo tenía el encargo de escribir el prólogo. Gonzalo, hombre que exhibe un manojito de virtudes, entre las que destaca la tenacidad, tomó asiento en mi casa, y dijo: *De aquí nadie me mueve; sólo me iré con el prólogo bajo el brazo.*

El 19 de abril, *The Washington Post* había dedicado una página al Perú. El encabezamiento, con grandes letras, a lo ancho de la página, decía: *A pesar de sus aprietos financieros, el Perú gasta 700 mil Dólares en tres casas en Bethesda.*

El artículo aparecía firmado por Teri Shaw, e ilustrado con tres buenas fotografías de Margaret Thomas.

Se relataba la compra que había hecho el gobierno peruano de tres residencias, en el exclusivo distrito de Bethesda, en Washington, por las cuales había pagado al *cash* la suma de 700 mil dólares.

Los detalles eran precisos. Las casas habían sido compradas entre mayo de 1976 y setiembre de 1977, a precios que oscilaban entre 160 mil dólares, la ubicada en 6025 Robinwood Rd., 235 mil dólares, la situada en 8517 Thorndern Ter., y la tercera, en 6513 Kenhill Rd., por 300 mil dólares.

Los datos sobre precios, fechas de adquisición y condiciones de venta habían sido tomados de las oficinas de registro inmobiliario de Rockville.

Las compras, según la periodista, habían causado asombro en los medios peruanos de Washington, y hecho enarcar las cejas a los expertos en finanzas que sabían que el Perú necesitaba todo su dinero para comprar vitales insumos en el extranjero.

Los bancos norteamericanos habían rechazado los pedidos del Perú para refinanciar sus deudas, y los expertos predecían que el Perú no podría cumplir con sus pagos fijados para el uno de junio.

En algunos medios se había justificado las adquisiciones inmobiliarias, diciendo que resultaba más económico comprar que alquilar estas residencias. Una fuente americana había dicho que la inversión inmobiliaria en Washington era muy aconsejable.

Sin embargo, se dudaba que la compra impresionara bien a los expertos del Fondo Monetario Internacional, que gestionaban un programa de austeridad por parte del gobierno peruano.

Las casas fueron adjudicadas al agregado aéreo, general Hernán Boluarte; al agregado militar, general Atilio López Ameri, y al agregado naval, almirante Arturo Calisto.

El nombre del Perú había sido mencionado mucho porque, por un lado solicitaba préstamos hasta por 400 millones de dólares para financiar sus deudas de 1976; y, por el otro, había decidido adquirir aviones militares por 250 millones de dólares en la Unión Soviética.

Según el Post, las tres residencias no eran las únicas costosas del gobierno peruano en Washington. Se mencionaba el caso de la embajada peruana ubicada en el 3001 Garrison St. NW, Cheve Chase, construida sobre 25 acres de terreno con un costo estimado de entre 5 y 7 millones de dólares.

Irónicamente, la articulista terminaba diciendo que la adquisición de aviones soviéticos se hacía en vista de la tradicional rivalidad peruano-chilena, y que, cuatro meses después de la compra peruana, en Bethesda, el gobierno chileno había adquirido una residencia, para su agregado aéreo, frente a la residencia del general Boluarte. Chile había pagado 10,000 mil dólares más para la casa de su militar-diplomático.

La publicación de *The Washington Post* no era un hecho aislado. Diarios y revistas de las principales ciudades del mundo se ocupaban, con grandes caracteres, no sólo del despilfarro del régimen revolucionario, sino de los niveles de corrupción, nunca vistos, a que habían llegado las cosas bajo la administración revolucionaria peruana.

En esa misma edición de ***El Tiempo***, en la página octava, reproduce una información aparecida en *The Miami Herald*, de los Estados Unidos con el siguiente encabezamiento: *El Perú se encuentra indeciso en su batalla para pagar su enorme deuda exterior.*

El articulista, James Neilson, concluía de la siguiente manera: *El Gobierno peruano ha demostrado su incapacidad para gobernar, su falta de condiciones para superar la crisis, con el agravante que, como muchas otras instituciones militares latinoamericanas, está sorprendentemente corrupto.*

La denuncia de *The Washington Post*, resultaba verdaderamente repugnante. Yo medité bien el encabezamiento de la información de ***El Tiempo***. Sabía el riesgo que corría. Pero había que decirlo:

- *Una bofetada para el Perú:*

¡Basta ya de despilfarro!

En los primeros días de abril de 1978, el director del Hospital Obrero de Lima, propiedad del Seguro Social, convocó a los médicos y cirujanos que trabajaban en ese nosocomio. Fue una reunión reservada. Les transmitió las instrucciones que había recibido: era indispensable ahorrar materiales, como placas para radiografías, reactivos para análisis y medicinas de fabricación extranjera. Se había paralizado la importación de estos productos por falta de dólares. *Hay que volver a los métodos de principios de siglo*, les dijo, *utilicen sus sentidos, lo que se llaman los procedimientos organolépticos, para diagnosticar las dolencias. Nada de análisis ni de radiografías.*

Los médicos se quedaron de una pieza. Se pusieron en contacto conmigo. Lo que ocurría resultaba espantoso.

- No hay medicinas para los enfermos, no hay placas para radiografías, pero las calles están llenas de Mercedes Benz; y los aviones viajan llenos de militares y sus familiares a todas partes del mundo. Jamás el contrabando había llegado a niveles como los de ahora, decían los médicos.

Por esos días, recibí la visita de un abogado, acompañado de su cliente:

- El esposo de esta señora fue llevado a la sala de operaciones del hospital. Media hora después, lo regresaron a su habitación. Los cirujanos no pudieron intervenir, porque no había anestesia.

Yo hablé con los cirujanos. El hecho era exacto y me pidieron silenciarlo. El paciente fue operado un día después. Igual hubiese ocurrido sin mi gestión. La clínica Americana, una institución privada, les había proporcionado la anestesia.

Muchas fábricas estaban paralizadas por falta de insumos, repuestos, y pequeños implementos, que no llegaban por la escasez de divisas. Las compañías de aviación confrontaban problemas por falta de repuestos. En Arequipa, un avión comercial no pudo salir porque no había una pieza de recambio de fabricación extranjera, de recambio. Miles de estudiantes peruanos en el extranjero, no recibían sus remesas con puntualidad. Hombres de negocios, científicos, enfermos y turistas, que querían viajar al extranjero con su dinero, no podían hacerlo porque el Banco de la Nación no tenía dólares.

Esto era sólo un pálido reflejo de la realidad.

El crédito externo del sector privado, consolidado después de medio siglo de esfuerzos, había sido destruido bruscamente como si hubiese existido un sádico propósito de dañar al país. El ministro de Economía, general Sáenz Barsallo, más conocido con el nombre de *Caballococha*, había ordenado que toda importación del sector privado fuese financiada a 180 días. Es decir, una deuda obligatoria de seis meses. Los plazos vencieron, los importadores entregaron a los bancos la

cantidad de soles necesaria para cancelar sus deudas. El Banco recibía la moneda peruana, pero no cancelaba la obligación porque no tenía dólares. Los importadores aparecían como tramposos y se veían obligados a pagar intereses, sabía Dios hasta cuándo. Todo esto llevaba al país, irremediablemente, a la quiebra. Pero el mundo oficial vivía el paraíso artificial de la abundancia, del lujo, del despilfarro. La burocracia disfrutaba de la vida, con el placer y la lujuria de los jeques petroleros.

La respuesta del gobierno se produjo veinticuatro horas después.

En la noche del 27 de abril, los canales de televisión transmitieron, en forma preferencial, el siguiente comunicado oficial:

Comando Conjunto de la Fuerza Armada

Comunicado 01-78

*Habiendo publicado el semanario **El Tiempo** el 26 de abril de 1978, un artículo en el que se acusa de despilfarro a los institutos armados por haber adquirido viviendas para uso de los agregados militares a la embajada del Perú en Washington, EE.UU., basándose en informaciones de un diario extranjero; el Comando Conjunto de la Fuerza Armada, en resguardo de la verdad, pone en conocimiento de la opinión pública, lo siguiente:*

- 1. Es totalmente falso que las mencionadas viviendas hayan sido adquiridas al contado, pues han sido compradas con hipoteca redimible en 30 años.*
- 2. La amortización de las cuotas correspondientes al pago de dichos inmuebles, se realiza mediante el cobro de alquiler que cada instituto efectúa al agregado respectivo, y que es deducido de las remuneraciones que percibe de acuerdo a ley. Por lo expuesto, la compra realizada bajo esta modalidad, constituye un evidente beneficio, por tratarse de una inversión y no de un irre recuperable gasto de alquileres.*
- 3. Resulta muy claro que la equivocada información de un diario extranjero ha sido utilizada, sin la debida comprobación, por personas interesadas en continuar, a través de este semanario, con su campaña de desprestigio de las instituciones castrenses, por lo cual el Comando Conjunto de la Fuerza Armada la rechaza en forma enérgica y terminante.*

Lima, 27 de abril de 1978

Departamento de Relaciones Públicas del

Comando Conjunto de la Fuerza Armada

Simultáneamente, el ministro de Relaciones Exteriores, a cargo del doctor José de la Puente Rabdill, publicó otro comunicado oficial, que decía:

*En el semanario **El Tiempo** N° 89, de fecha de ayer, aparece una información que, por ser tendenciosamente incompleta, llama necesariamente a engaño a la opinión pública.*

Se afirma en dicha publicación que el valor de la residencia de la embajada del Perú en los Estados Unidos de América "se estima que varía entre 5 y 7 millones de dólares", sin establecer que ella fue adquirida por el gobierno peruano en 1944, por la suma de US\$ 292,500.00

No es, pues, como podría inferirse de la referida publicación, una compra efectuada recientemente, y, en todo caso, esta es una clara muestra de que una política de adquisiciones de inmuebles para uso de nuestras misiones en el exterior, es altamente conveniente.

Los diarios, manejados por el gobierno desde la OCI (Oficina Central de Información), dedicaron artículos y comentarios editoriales para justificar las adquisiciones militares y para acusar a **El Tiempo** de hacer una campaña contrarrevolucionaria y de ataque a las Fuerzas Armadas.

El sábado, en las primeras horas de la mañana, fui invitado a la casa de un amigo, que me merece un gran deferencia, general retirado del Ejército y ex ministro de Estado.

- *El miércoles en la noche estuvieron aquí en mi casa, invitados a comer el presidente Morales Bermúdez y varios de los ex primeros ministros.*

- *¿Se trató de **El Tiempo**?, le pregunté interesado.*

- *Sí, naturalmente, en forma preferencial.*

- *¿Está resentido el Presidente?*

- *No. Más bien, sorprendido. Es una información que desagrada porque no guarda armonía con la seriedad que se atribuye a **El Tiempo**. Revela que has sido sorprendido, reproduciendo una información de un periódico que es enemigo de la Revolución Peruana.*

Mi amigo hablaba con convicción. Medité un momento, y le dije:

- *Es muy importante lo que estás diciendo. Pero quiero hacerte una pregunta cuya respuesta es fundamental: ¿me estás hablando por encargo del Presidente y de los ex ministros o por decisión tuya? ¿Hablas por el Gobierno o hablas por ti mismo?*

- *Es una decisión exclusivamente personal, por el aprecio que te tengo y para que enmiendes un error.*

- *¿Cómo podría enmendarlo?*

- Diciendo que la publicación constituye un error: porque *The Washington Post* es un enemigo del gobierno, de la revolución. Porque la información es equivocada, de mala fe, puesto que las adquisiciones son enormemente ventajosas para el país. Se paga con lo que los agregados pagan como alquiler.

- Eso no lo puedo hacer, porque todo el mundo sabe que el periódico lo hago yo sólo; por lo tanto, no puedo decir "me sorprendieron", porque estaría haciendo el papel de un idiota, o pensando que mis lectores son torpes para hacerles creer una mentira de tal tamaño; y, en segundo lugar, porque considero que he hecho bien, y que *The Washington Post* no es un enemigo del gobierno peruano. Por el contrario, voy a publicar una respuesta a los comunicados del gobierno, ratificándome en mis puntos de vista y rebatiendo los del Gobierno.

Mi amigo me escuchó con atención, con paciencia. Lo sabía honestamente preocupado por el buen nombre del Ejército, institución a la que había consagrado su vida; y, probablemente, por qué dudarlo, por evitar problemas a ***El Tiempo***. Hice una exposición que escuchó sin interrumpirme:

- El país, los civiles del Perú, han padecido, desde hace diez años, la vigencia de increíbles medidas orientadas todas a aborrazar dólares. Se dio una ley creando el delito de tener moneda extranjera, sin señalar el monto. Bastaba un dólar para ir a la cárcel por diez años, y para perder todos los bienes. La policía ingresó, con pistolas y ametralladoras, a violar las cajas fuertes de los clientes privados de los bancos comerciales para buscar dólares y valores. Viajaron al extranjero comisiones de funcionarios especializados para ver qué peruano tenía alguna cuenta en dólares. Están prohibidas por ley las compras de inmuebles en el extranjero. Aquí, en el aeropuerto, hombres y mujeres civiles han sido desnudados por la policía para buscar, hasta en los órganos íntimos de las damas, los dólares que pretendían llevar al extranjero. Hay decenas de peruanos que se pudren en las cárceles, que están en la miseria, porque la policía encontró en su poder mil o diez mil dólares. Todos los dólares los tiene el gobierno. Ahora, la escasez es tan grande que no hay dólares para hacer funcionar las fábricas ni para traer medicinas. Para nada. Esto está viviendo el país, y súbitamente, nos enteramos que los señores agregados militares viven en casas en cuya adquisición el gobierno ha gastado 700 mil dólares. ¡Eso es una bofetada para el país! Porque es un privilegio; porque si un civil hubiese hecho esta adquisición, en este momento estaría hundido en una cárcel para toda la vida, y su nombre escarnecido por la prensa parametrada.

- Estas adquisiciones las ha hecho el Estado. No son de propiedad privada, ésta es la diferencia. Además, es un gran negocio, porque la propiedad se revalorariza constantemente. Es lo que se llama una buena inversión, repitió mi amigo.

- Este razonamiento resulta contradictorio para el gobierno. La revolución ha recusado, por igual, al capitalismo y al comunismo. La sociedad humanista es la ideal. Pero, al momento de hacer un negocio, el gobierno consideró que es mejor comprar mansiones de lujo en la meca del capitalismo privado, en Washington. El Perú necesita dólares, atraer inversiones; pero el gobierno saca dólares para hacer inversiones en Washington, es decir, se porta tan despilfarradoramente como los jeques petroleros. El gobierno peruano hace una revolución para

los pobres; pero sus generales van a vivir en el distrito más delicioso y en el de los diplomáticos de los países más ricos del mundo.

- El Post es enemigo de la revolución, hace tiempo que ataca a la revolución, afirmó el dueño de casa.

- Es un error, mi querido amigo. The Washington Post es, en estos momentos, uno de los grandes diarios independientes del mundo. El gobierno peruano lo tiene entre cejas por otros motivos. El Post, con informaciones como la aparecida sobre el Perú, no tiene prisa. Verifica los datos antes de publicarlos. Cuando ha dicho que la compra es al cash, es porque en el registro de propiedad le han proporcionado esa información. No puedo creer que el gobierno peruano vaya a adquirir mansiones, acogiéndose a las facilidades hipotecarias que ofrece el capitalismo americano para su clase media y su sector obrero. Hay que dudar de las afirmaciones del gobierno. Entre The Washington Post y la OCI, yo me quedo con el Post.

El miércoles 3 de mayo, **El Tiempo** apareció con su editorial dedicado a "las casas de Washington". Me ratificaba en todo lo dicho y refutaba el comunicado del Comando Conjunto:

*- **El Tiempo** no pretende, como sostiene el Comando Conjunto, desprestigiar a las instituciones castrenses. Por una razón muy sencilla: porque el prestigio de la Fuerza Armada del Perú no pasa por Bethesda ni menos por el Registro de Propiedad Inmueble de esa circunscripción.*

El prestigio de la Fuerza Armada está aquí, en el corazón del soldado, en el pundonor de sus jefes, en los valores morales que se cultivan en el cuartel, en la fe que la juventud debe tener en los hombres de uniforme.

En el mismo número, revelaba que las deudas de las empresas estatales superaban los 700 mil millones de soles. ¡Una cifra exorbitante! El experimento socialista del gobierno había llevado al país a la quiebra, a la ruina completa.

Publiqué, en primera página, otra noticia: Gonzalo Ortiz de Zevallos, en su libro *Entreguismo*, hacía una denuncia escalofriante: Héctor Cornejo Chávez, ex miembro del Consejo Nacional de Justicia; José Graham Hurtado, general del Ejército, retirado, ex jefe del Comité de Asesoramiento de la Presidencia de la República, y Guillermo Marcó del Pont, también general del Ejército, retirado, ex jefe del Instituto Nacional de Planificación, participaron, entre 1973 y 1974, en una conspiración legal contra el Perú, para permitir la violación por parte de la burocracia revolucionaria, del Art. 17 de la Constitución del Estado. Esa decisión permitía que el Perú renunciara a la soberanía del Estado, en forma expresa, sometiéndose a los tribunales de justicia del Japón, de Inglaterra o de cualquier país extranjero, a voluntad del prestamista, a cambio de obtener un préstamo de varios cientos de millones de dólares para construir el famoso Oleoducto Nor Peruano.

El oleoducto se había inaugurado, con una inversión de más de mil millones de dólares, pero... ¡no había petróleo! Los revolucionarios habían ofrecido un millón de barriles diarios de petróleo para 1978; sólo había 100 mil.

- *Papá, la devolución del periódico es casi nula. Parece que ya van a clausurar **El Tiempo**.*

Mi hija Milagros registraba las planillas de ventas enviadas por el distribuidor de nuestro semanario. Las ediciones se agotaban, cuando éste mantenía una actitud crítica con el gobierno. Entonces, la respuesta oficial no se dejaba esperar. Desde hacía varias semanas, **El Tiempo** luchaba con denuedo. El gobierno se iba por una pendiente de desprestigio arrastrando, lo que resultaba peligroso, a la Fuerza Armada.

Los hombres del gobierno, desde los días de Velasco, adoptaban una posición muy cómoda. No eran ellos los que gobernaban, sino la institución. Como la Fuerza Armada tenía como misión fundamental defender al país de la agresión externa, entonces... ¡todo ataque al gobierno resultaba una traición a la Patria!

Estos sofismas eran estimulados por el Partido Comunista (moscovita) y por el Partido Demócrata Cristiano.

En el país se incubaba un hondo resentimiento contra la Fuerza Armada, lo que resultaba preocupante en vista de la situación del Cono Sur, del conflicto Chileno-Argentino.

En **El Tiempo** yo quería revivir el viejo culto que los peruanos han tenido siempre a las virtudes militares.

De las actividades humanas, el ejercicio de las armas es tal vez la más noble a la que puede dedicarse la juventud. El militar consagra su vida, por vocación y por juramento, al cumplimiento del deber en su grado heroico: hasta el sacrificio de su vida por el honor de su bandera, por la integridad del suelo patrio, por la libertad de sus conciudadanos y por el cumplimiento de la orden superior.

Este sentido del deber se traduce en la severidad y en la austeridad de la vida del cuartel. Hay un bello ritual que simboliza la renovación de un compromiso. Cuando el soldado recibe, de manos de su madre, el fusil que la Patria le entrega para defenderla; cuando el oficial recibe la espada con que se inicia en la jerarquía del mando; y cuando todos, el 7 de junio, prestan el juramento a la bandera están reiterando su promesa de ser Soldados, así, con mayúscula.

Diariamente, en los cuarteles, en los barcos, en las bases aéreas, en todo lugar donde hay un hombre con el uniforme de la Patria, se reitera este compromiso de honor: cuando se sobrellevan, con orgullo, la soledad de la selva, el frío de las punas, la inmensidad del firmamento y la encrespada turbulencia del mar. En todos los sitios donde hay peligro, donde la Patria se siente tal vez con la mayor

angustia, allí está el militar para ocupar su puesto de riesgo sin temor a la muerte.

Duele a los peruanos profundamente que, por motivos de orden político, se haya llegado, en el presente, a un deterioro de la imagen castrense, y a un enfrentamiento entre la población y los institutos armados militares.

Hagamos votos para que mañana, cuando se escriba la historia política y militar de 1978, el cronista pueda decir con orgullo: hubo entonces, en vísperas del centenario de la infausta Guerra con Chile, generales herederos de las virtudes de Grau y Bolognesi, que dieron espartano ejemplo de austeridad y sacrificio, desdeñaron los bienes materiales; arrojaron el lastre de la frivolidad política; y retornaron, severos y llenos de honor, a la austeridad del cuartel, al impío y heroico ejercicio de las armas.

Este editorial de ***El Tiempo***, de fines de abril, dedicado a exaltar las virtudes castrenses, ¿cómo podía constituir un intento subversivo de dividir a la Fuerza Armada?

Hugo Blanco condenado a muerte

Todo en él, es contradictorio.

Quiere ser el líder del proletariado, pero nació en un hogar burgués. Su padre, abogado, trabajó para la gente adinerada del Cuzco.

Le conocen como guerrillero. Tiene fama de ser un hombre sanguinario y cruel. Se dijo que asesinó a varios policías, con ensañamiento, en las montañas del Cusco. Pero él se proclama pacifista, y su credo político se fundamenta en la no violencia.

Denuncia la discriminación racial que existe en el Perú contra los indios, contra los negros, contra los mestizos. Pero ama a una mujer nórdica, y la hija que tiene con ella es el amor de su vida. Otras mujeres nativas hay en su existencia, y hay también otros hijos, con acento quechua. Pero amor, amor, sólo por la chica sueca, Gunilla Berglund, y por su vástago, Mariacha.

Sus anatemas contra los militares, contra los burgueses, contra los enemigos de clase; su barba revolucionaria y su gesto altivo, contrastan con su voz de suave entonación, su risa fácil y su actitud aniñada.

Los años que ha pasado en la cárcel, fugitivo, desterrado, son muchos. Su vida, en libertad, en el Perú, es relativamente breve. Pero goza de gran popularidad y difícilmente hay alguien que no haya oído hablar de él.

Odia a la prensa burguesa; pero él es una creación del diario La Prensa, que lo convirtió en un mito, en un tiempo en que este periódico era bastante reaccionario.

Es político, a tiempo completo, en el Perú y en Suecia, donde se siente a sus anchas. Es vendedor ambulante y trabajador eventual en las fábricas de dulces de Estocolmo.

Es el marxista más popular del país; pero no ha leído El Capital. Prefiere las novelas policiales. Juega bastante bien el ajedrez; pero no juega bien en política. Carece de la muñeca criolla para salir a flote en un proceso con gente experimentada, o para lucirse en un parlamento.

Su formación política es elemental, casi artesanal. No ha sido, como Napurí, alumno de viejos zorros experimentados; ni como Ledesma, una autodidacta marxista; ni como Díaz Chávez, un astuto manejador de códigos y recursos. Pero el marxismo peruano tiene en él a una de sus figuras más importantes.

Cree en la lucha de clases; pero no le gusta la lucha física.

Muchas horas lo observé con atención, en la noche del secuestro, en los días que estuvimos en Jujuy. No lo vi lanzarse con ardor a la lucha cuerpo a cuerpo, con la policía. En cambio, soportó estoico los golpes, las injurias, las esposas, la prisión, ¿Oculta el dolor de los vejámenes; se niega a recordar las humillaciones y los castigos padecidos en sus años de prisión en las cárceles del Cusco, de Arequipa, de Tacna, de Lima?

Para los burgueses peruanos, para los militares, es un verdadero demonio, pero se llama... Angel Hugo Blanco Galdós, hombre antielegante, que nació en el Cusco el 15 de noviembre de 1934. Estudió en esa ciudad y, obediente al impulso de una clase media ambiciosa y aspirante, viajó a Argentina para ser ingeniero agrónomo. Un hermano suyo también se preparaba para ser profesional en la Universidad de La Plata.

Hugo Blanco se vió inmerso en la lucha política de las universidades argentinas de la década de los años 50. El peronismo estaba en su mejor época; Blanco se ubicó en las filas del comunismo. No terminó el primer año de estudios; prefirió la lucha social, y se convirtió en un obrero más de los frigoríferos argentinos.

En 1957, retornó a Lima y trabajó como obrero en fábricas textiles, y luego se enroló como minero. No buscaba el trabajo para ganar un salario y vivir; lo que quería era el contacto con los trabajadores para compulsar su pensamiento político.

Apareció después en la Universidad de San Marcos, no como alumno ni como maestro. Estuvo entre los revoltosos que organizaron una manifestación contra el vicepresidente de los Estados Unidos, Richard Nixon, a quien escupieron e insultaron.

Regresó al Cusco, alegando la persecución contra los grupos de izquierda en Lima, y se acercó, como campesino en el Valle de La Convención.

Hugo Blanco celebró el 30 de junio de 1978, prisionero del Ejército Argentino, el décimo quinto aniversario de un suceso fundamental de su existencia: en esa misma fecha, en 1963, fue hecho prisionero en el Valle de La Convención. La policía lo perseguía como jefe de una banda de guerrilleros que, a semejanza de lo que había hecho Fidel Castro en Cuba, quería instaurar un régimen comunista en el Perú. Hugo Blanco, enfermo, solo, abandonado, sin municiones y sin barba, sintió el frío cañón de una pistola en la sien. Abrió bien los ojos y respiró tranquilo. Su captor era un hombre civil, de la Policía de Investigaciones del Perú, la famosa PIP.

- Tenía un miedo terrible a caer en manos de la Guardia Civil. A mí me acusaban de haber dado muerte a los policías uniformados que cayeron en la lucha contra los campesinos. Si la Guardia Civil me capturaba, iba a ser torturado. Probablemente, me hubieran asesinado. Pero, cuando vi que eran PIP mis captores, respiré tranquilo. La PIP jamás va a vengar a un Guardia Civil.

Blanco estuvo en la cárcel, en Lima, hasta fines de 1970 en que fue amnistiado por Velasco Alvarado. Pero se negó a apoyar al gobierno de *El Chino*. Éste se vengó prohibiéndole salir de Lima; y, nueve meses después, cuando se produjo una huelga magisterial, la policía lo detuvo y fue deportado a México.

Viajó a la Argentina, donde fue capturado por la policía en 1972.

- Me tomaron preso por gusto, sólo me interrogaron sobre problemas políticos peruanos, jamás sobre asunto alguno relativo a Argentina. Después de permanecer tres meses y medio en un calabozo, fui deportado a México y posteriormente a Suecia, para enrolarme en una campaña sobre los Derechos humanos en América Latina.

Derrocado el Presidente Velasco, Hugo Blanco retornó a Lima, al amparo de la amnistía que se declaró en los primeros meses de la administración de Morales Bermúdez. Viajó al Cusco, y allí fue detenido y acusado de haber intervenido en los desórdenes ocurridos en el distrito de Comas, en julio de 1976. Fue deportado a Suecia. De allí, viajó a Estados Unidos y Canadá, para dictar conferencias sobre los derechos humanos en el Perú, en cuarenta Universidades.

- En Suecia, trabajo como obrero. Vivo en un departamento, cuyo alquiler pago a medias con mi compañera, una joven sueca, psicóloga, con quien tengo un hijo. En Suecia, también vive otra hija mía, habida con mi esposa, Wilma Valer, cusqueña, de quien estoy separado, pero no divorciado, por las complicadas leyes peruanas sobre la materia. En Suecia, pertenezco a una organización que lucha por los derechos humanos en América Latina. He escrito un libro, "Tierra o muerte", del cual se han hecho ediciones en español, inglés, japonés y sueco. Mis derechos de autor, estimado en 10 mil dólares, fueron donados a la organización con los detenidos políticos de América Latina. He realizado trabajos muy variados. En la cárcel, aprendí a hacer juguetes, especialmente camiones de madera; soy experto en la confección de postales y en pirograbado. En México he sido profesor de quechua y en Argentina y Chile, corresponsal de una revista norteamericana. En Suecia, fui obrero en una empresa distribuidora de chocolates. Me gusta trabajar en lo que sea. En la cárcel, aprendí a jugar ajedrez, como una forma de entrenar la mente en los largos períodos de confinamiento. Regresé al Perú al amparo de la amnistía política decretada por el Gobierno de Morales Bermúdez; antes de los 40 días, fui detenido y ahora deportado a Argentina.

- ¿Eres un guerrillero?

- No me puedo reputar como un guerrillero. Yo dirigí en La Convención un comité de defensa de origen sindical, que no fue lo que se llamó el MIR o el Ejército de Liberación Nacional.

Se ha deformado mucho lo que ocurrió en el Cusco. Se formaron varios sindicatos campesinos, algunos reconocidos por los patrones y por el Estado y otros no. La resistencia patronal era muy fuerte porque este tipo de lucha sindical resultaba inusitada. Sebastián Pancorvo y otro apellidado Álamo, murieron de infartos al corazón por los disgustos que les dio la sindicalización de sus campesinos. Esto sólo se entiende si se tiene en cuenta que en el Cusco existía una relación de tipo auténticamente feudal entre el patrón y el campesino. Este último no recibía dinero a cambio de su trabajo, sino especies. El patrón echaba, cuando quería, a los cultivadores de café y se quedaba con el cafetal. Las tensiones, en algunos casos, fueron violentas como el caso del hacendado Luque, de la hacienda San Pedro, que fue asesinado. Al principio, se hicieron reclamaciones encuadradas dentro de las disposiciones legales vigentes. Terminó el diálogo. Los dirigentes, los hombres más activos fueron reducidos a prisión. Allí, comenzaron

los mítines y los paros. Tres sindicatos se declararon en huelga, yo fui el más decidido agitador de uno de ellos. El paro se extendió a todo el Valle de La Convención. Cientocincuenta sindicatos se declararon en huelga y el fenómeno conmovió a todo el Cusco. Nació la Federación Departamental de Trabajadores y Campesinos del Cusco.

Existían grandes extensiones de tierras sin cultivar de propiedad de los hacendados. Los sindicatos comenzaron a distribuir estas tierras entre los campesinos pobres. Intervine activamente en esta fase, como delegado del sindicato de Chaupimayo y secretario de Prensa de la Federación Provincial. Luego fui promovido a la función de secretario de Reforma Agraria de la Federación Departamental de Trabajadores y Campesinos del Cusco.

En los años 60 y 61 se logró una notable mejora en la situación de los campesinos, a la vez que aumentaba la desesperación de los hacendados y la represión de la policía. La asamblea acordó pedir protección a la policía; ésta nos mandó a la mierda.

La Federación decidió organizar la defensa armada de sus miembros, y hacer frente a la agresión de los propietarios y de la policía. Me eligió para ejercer esta defensa, junto con un grupo de dirigentes sindicales. Todos éramos dirigentes. Aprendimos el manejo de armas de fuego, teniendo como instructores a licenciados del Ejército. Las armas las robamos, mejor dicho, las tomábamos de las casas de los patrones; otras veces, se vendía el ganado de los hacendados, y con ese dinero se compraron armas y municiones.

En 1962, se presentó un reclamo en la hacienda de los Romainville. Los patrones acusaban a los campesinos de haberse apropiado de tierras y de ganado. Hubo la apropiación, pero no para provecho individual; fue, repito, para adquirir armas y dinamita. Compramos 20 carabinas. Yo encabezé la delegación que fue a tratar con los patrones, pues un niño campesino de 11 años había sido herido en un brazo. Las cosas se fueron agravando, eludimos un puesto policial, hubo una refriega a balazos y murió un guardia civil. Tomamos las armas del puesto de la Guardia Civil de Pijuura.

La policía inició una sistemática persecución. Nuestro grupo se redujo de 30 hombres a 12. Nuestra retirada fue ordenada; hubo otro encuentro, y murieron dos guardias, en Mesacanchi. Un tercer combate ocurrió en Itma. En este último lugar nos sorprendieron y dispersaron. La policía actuó con violencia; hubo una masacre en Chaullay sobre la cual hay muchas versiones. Se dice que murieron 100 campesinos. Se acabó la lucha armada. Esto ocurrió en 1963. Desde entonces, viví a salto de mata, escondido en las montañas, hasta que fui capturado. Los sindicatos fueron declarados ilegales, pero se había logrado un salto considerable en la formación de la conciencia de lucha de las masas campesinas.

- ¿Tuviste alguna relación con Luis de la Puente Uceda?

- Nosotros sabemos que Luis de la Puente cayó vivo en manos del Ejército. Fue liquidado, fusilado seguramente. Hay testigos de estos hechos. Yo conocí las fortalezas y debilidades del movimiento de De la Puente. Sé que se portó en forma muy valiente frente al pelotón de fusilamiento.

Se me abrió instrucción en la Zona de Guerra de Arequipa. Permanecí preso tres años sin que el proceso se pusiera en marcha, incomunicado. Las autoridades tuvieron problemas para mi juicio; no podían hacerlo ni en Cusco ni en Arequipa, por el apoyo que me prestaba el público. Finalmente, en 1966 me mandaron a Tacna. Allí el auditor de guerra pidió para mí la pena de muerte.

Para mí, la labor sindical tuvo un éxito extraordinario, gracias a la represión oficial. Mi caso personal, mi experiencia, demuestra la eficacia de mi procedimiento, mejor que el tipo de guerrillas de De la Puente.

En el curso del proceso, los campesinos, llamados como testigos, no se amilanaron. Relataron los abusos de que habían sido víctimas por parte de los patrones y de los guardias, al extremo que el Consejo de Guerra se vio precisado a ordenar que se abriera instrucción contra los policías causantes de tamaños atropellos.

El proceso estuvo lleno de vicios. No hubo testigos de cargo, no se practicó la diligencia de reconstrucción de los delitos, de cuya comisión se me acusaba, ni hubo careos con mis acusadores. Se me mantuvo incomunicado durante tres años. No se ejerció violencia física en mi contra; pero, contra otros campesinos, sí, como es el caso de Fortunato Torres, a quien lo torturaron cuando rendía su instrucción ante el juez, en presencia de su abogado. Le dieron puntapiés hasta romperle el brazo.

El fiscal, llamado a acusar, dijo que no podía variar el texto de su requisitoria porque lo impedía la ley; pero, añadió, no puedo menos que llamar la atención de los magistrados sobre los hechos cuyo relato hemos escuchado en este proceso.

Mi proceso constituyó un espectáculo en Tacna. Había dos cuadras de gente, algunos guardias civiles entre ellos, que hacían cola para saludarme en la cárcel. Me llevaban leche, frutas, panes, ropa; todo lo repartíamos entre los 80 acusados y el resto de los prisioneros del penal. La prensa y la radio estuvieron en contra nuestra, al principio, después salió en nuestra defensa. La mayor parte de los procesados salió en libertad. Ocho fueron condenados a cinco años de cárcel; para mí, veinticinco años. Me enviaron a El Frontón.

Mi caso despertó gran interés, dentro y fuera del país; vinieron muchos pedidos de clemencia, inclusive del presidente Illía, de Argentina. Apelé ante el Consejo Supremo de Justicia Militar, que funcionaba en Lima. El fiscal pidió pena de muerte para mí. El tribunal ratificó la sentencia de 25 años de internamiento.

Salí en libertad en diciembre de 1970. Había terminado, para mí, la lucha sindical armada y se iniciaba la acción política. Fundé el Partido Socialista de Trabajadores, trotskista. El partido existe; no puedo determinar el número de sus miembros. Ahora estamos agrupados en el FOCEP.

- ¿Tu esposa habla español?

- Si, es psicóloga con título universitario. Nuestra hija cumplirá un año el 7 de junio.

- *¿Crees en Dios?*
- *Soy un ateo decidido. Si existiera un Dios, no permitiría la existencia de tantas injusticias en el mundo.*
- *¿Practicas algún deporte?*
- *La natación. Aprendí a nadar en El Frontón.*
- *¿Tienes alguna dolencia física que te obliga a torcer el cuerpo?*
- *Un dolor a la espalda que cuando camino desaparece. Gozo de buena salud.*
- *¿Hay alguna discrepancia tuya con el uso del agua y jabón?*
- *(Sorprendido) No. Ninguna. No he usado la ducha aquí, en Jujuy, porque estuve resfriado.*
- *¿Tienes alguna predilección para dormir en el suelo? Me parece haberte visto durmiendo en el piso, boca abajo, con los brazos estirados.*
- *(Más sorprendido aún) Si es necesario, puedo dormir en el suelo, sentado o de pie. Pero, yo no me he acostado aquí a dormir en el suelo. Me parece que es Letts quien tiene esa costumbre.*
- *¿Por qué te disgusta el régimen militar peruano?*
- *Me disgusta la falta de libertades públicas. Soy partidario de la existencia de un Parlamento de tipo soviético, en el cual estén representados todos, inclusive los sectores capitalistas.*

Hugo mantiene reserva en torno a su vida amorosa. Pero, por los procesos judiciales en que anda envuelto, parece que sus momentos de libertad, que resultan breves, los ha aprovechado en el Cusco en forma intensa.

Blanca La Barrera Plasencia fue su amante y tiene un hijo suyo, Chaupimayo, de 15 años de edad. Elegido miembro de la Asamblea Constituyente y, por tanto, con sueldo fijo hasta el 28 de julio de 1979, ha sido procesado, para exigírsele, por la vía judicial, el pago de un subsidio a su menor hijo. La señora La Barrera ha pedido que el juez prohíba que Blanco abandone el país. ¡Curiosa situación para un político que, con tanta frecuencia, abandona el país contra su voluntad!

!Péguese un balazo, señor Belaunde !

- *Letts quiere decir "hombre de Letonia". En el siglo XIII, cuando los Caballeros de la Orden Teutónica sometieron al pueblo letón, mi familia llegó a Inglaterra. Fueron los primeros Letts; después emigraron a Chile y, por último, al Perú.*

Ricardo Letts Colmenares comía con apetito. Servicial, comedido, no sólo ayudaba a poner la mesa, a colocar las cucharas y los tenedores en su lugar, sino también a llenar los platos. Solía agarrar el cucharón y, con destreza, lo servía con generosidad a sus compañeros de prisión, como si quisiera hacer menos dura la vida de los exiliados; como para probar, con hechos, que era un demócrata, un descendiente de letones medioevales, llenándole el plato a un proletario puneño, por cuyas venas circulaba solitaria la sangre del Altiplano.

- *He tenido la oportunidad de conocer a mis parientes de Inglaterra. También a los de Chile. Eduardo Colmenares, propietario en Chile, fue Cónsul de este país en Lima. Roberto Letts, mi padre, contrajo matrimonio con la hija del cónsul, mi madre. Somos nueve hermanos; el cuarto soy yo.*

Ricardo Napurí, sentado junto a él, sonreía y miraba con insistencia un afiche de propaganda turística, colocado, como muchos, en la parte alta de la pared. Mostraba un bello rincón de París.

- *¿Parlez vous francais?*, preguntó por enésima vez.

Valentín Pacho se escarbaba los dientes con vigor. Miraba inexpresivo, los rostros de sus compañeros de lucha proletaria sentados frente a él. Al otro extremo de la mesa, Hugo Blanco, con la melena desgredada, comía aspirando sonoramente la sopa, sin hablar.

Pálido, silencioso, sonriendo con ganas ante las ocurrencias de sus contertulios, Diez-Canseco no parecía interesarse por la heráldica. Él, tenía la suya.

Los revolucionarios, aunque nunca lo dijeron, se enorgullecían de su origen europeo, de sus entroncamientos burgueses, de su *savior vivre*. Tenían, sin duda, mundo. Chávez Díaz y Ledesma Izquieta observaban a sus amigos con evidente curiosidad, como divertidos.

- *¿Cuál es el origen del apellido Damonte?*, le pregunté.

- *Italiano.*

- *¿No es lusitano?*

- *No, italiano.*

- *¿Tu padre vino de Italia?*, insisto.

- *No, mi bisabuelo.*

Pepelucho Alvarado Bravo, siempre de buen humor, sonríe una vez más. Es la oveja negra de su familia burguesa. Me lo había advertido en más de una oportunidad.

- Mi hermano es vocal de la Corte Superior de Lima, pero no piensa como yo; es un hombre conservador, como toda mi familia, discrepa de mis ideas políticas.

Letts era, sin duda, un hombre metódico, disciplinado. Se levantaba entre los primeros, hacía gimnasia, cuidaba el físico; era el más fuerte, el más decidido de los exiliados; parecía ser también el más susceptible para descubrir las amenazas que pendían sobre los prisioneros. Cuando se trataba de hablar en nombre del grupo, él figuraba en primer lugar. Las narraciones de sus aventuras político-policiales, de la forma cómo fue deportado a Panamá, por ejemplo, resultaban cinematográficas. Los demás lo escuchaban con admiración, tal vez con envidia.

En el mundo de la izquierda, cuenta mucho el currículum hecho sobre la base de prisiones, torturas, humillaciones, exilios, golpizas, y cosas por el estilo.

En este punto, Blanco se mostraba desdeñoso. Desdeñaba hablar en público sobre sus hazañas. Parecía estar convencido de que todo eso pertenecía ya a la literatura. De sus peripecias, otros se encargaban de hablar. Se levantaba de la mesa y se hundía, solitario, en la lectura de sus novelas policiales.

Reinicié mi diálogo con Letts. Es prudente. Habla calculadamente; sospecho que ha meditado bien sobre lo que va a decirme y lo que va a callar. Si alguien hizo algunos apuntes, antes de conversar conmigo, estoy seguro que fue Letts. Pero es precipitado en su narración; hay que fijarlo con frecuencia para mantener cierto orden cronológico. En este sentido, es diferente de Ledesma, de Díaz Chávez. Éstos tienen la formación legalista que les hace relatar con método, sistemáticamente, hasta llegar a donde quieren.

- Roberto Letts, mi padre, fue sucesivamente empleado de la firma inglesa Duncan Fox, corredor de algodón, explorador minero con Fuchs, hasta descubrir los yacimientos de Marcona, y finalmente, agricultor, con tierras propias y con fundos alquilados, al norte y al sur de Lima.

Los Letts-Colmenares estudiaron, los varones en el colegio Santa María; las mujeres, en Villa María. Como quien dice, en los establecimientos reservados a la *creme de la creme* de la burguesía peruana.

Letts fue basquetbolista; en los campeonatos inter-escolares jugaba por el Santa María. Por el colegio San Agustín jugaba un joven alto, desgarrado, pero muy circunspecto. Se llamaba José Pérez Pinedo, hijo de español. Una vez, Letts y Pérez Pinedo se trompearon. Al fin de cuentas, ni siquiera supieron porqué. Cuando terminó el campeonato, se abrazaron. Siempre se distinguieron como amigos. En la noche del 24 de mayo, cuando Letts y sus compañeros de prisión

llegaron al Grupo N° 8, el ex jugador de básquet del Colegio Santa María se quedó estupefacto.

- *¿Quién es ese oficial?*, preguntó incrédulo a un PIP. Éste, como es natural, dijo que nada sabía. El oficial, con un saco sport, también se fijó en el más alto, en el más musculoso de los detenidos.

- *Ese es el loco de Ricardo Letts. Se ha vuelto comunista, jugábamos juntos básquet*, comentó con sus subalternos. El coronel Pérez era el jefe del Grupo N° 8 de la Fuerza Aérea.

Al colegio Santa María iban los hijos de las familias bien, de los ministros, de los gerentes de las grandes compañías nacionales y extranjeras; de los agricultores prósperos de la costa; de los mineros, médicos y abogados con éxito. En Villa María, estaban las niñas que, a través de matrimonios consagrados con la bendición papal, seguirían proporcionando al país generaciones de niños y niñas parecidas a los Letts, aunque no fuesen descendientes de los refugiados de Letonia. Así lo había querido Letts, el padre, quien fuera amigo de Leguía y también de Haya de la Torre.

Ricardo Letts Colmenares estudió agronomía en la Escuela de La Molina. A fines de 1959, terminó una tesis titulada *Justificación económica y política de la Reforma Agraria*.

El trabajo del joven estudiante trajo cola. Había leído mucho los planteamientos de los apristas, de los revolucionarios mexicanos y de los comunistas partidarios de Mariátegui, sobre el problema de la tenencia de la tierra. En su tesis sostuvo, audaz, que el único camino que quedaba a los campesinos era la toma de poder por la vía armada. En Letts, aunque no lo dice, había causado un gran impacto la gesta de los hombres de la Sierra Maestra cubana; y negativamente, le había impactado el entendimiento del Apra con el Presidente Prado, acuerdo del cual había resultado el gobierno conservador que, inaugurado en 1956, debería terminar en 1962.

Letts se había convertido en uno de los más entusiastas activistas de Acción Popular, el nuevo partido que fundó Fernando Belaunde Terry, un carismático arquitecto que se enfrentó, con audacia, a la unión de Prado y Haya de la Torre, en 1956. Desde entonces, Belaunde Terry recorría el Perú, pueblo por pueblo, denunciando la convivencia apradista, prometiendo una revolución sin balas y asegurando que llegaría al poder sin camiones, sin matones y sin millones.

Letts, en 1962, antes de las elecciones, presentó su tesis de grado. Presidía el jurado Carlos Derteano, presidente, al mismo tiempo de la poderosa Sociedad Nacional Agraria, que congregaba a los propietarios grandes y medianos de las tierras mejor trabajadas del Perú.

El examinador Derteano enarcó las cejas, hizo un mohín de disgusto, y dijo:

- *¿Qué le pasa a este muchacho loco, hijo de Roberto? Ha dedicado su tesis "a los campesinos muertos en la lucha por la tierra". Espero que le pase la ventolera y siente cabeza. Yo no presido el jurado.*

Un rayo de luz jujeña caía sobre la calva incipiente de Letts. Sin duda, le gusta hablar:

- *Mi padre vive, tiene fortuna, sus tierras fueron expropiadas por la Reforma Agraria. Es un burgués medio, explotado por los que están arriba de él y explotador de quienes están por debajo de él.*

- *¿Quiénes explotaban a tu padre?*

- *El banco de Crédito, el banco Wiese. Esta es la cúpula del sistema.*

- *¿A quiénes explotaba él?*

- *A los campesinos, a los trabajadores. Este es el sistema injusto que vive el Perú. Mi padre es ingeniero de minas, y se educó en Alemania; mi madre, viajó a Europa a los 15 años de edad, a concluir allá su educación.*

- *Háblame de tu vida de estudiante.*

- *En 1958, yo era el presidente de la Federación de Estudiantes de Agronomía. Tomamos la universidad y dimos un vuelco a las cosas, pues, hasta ese momento, el centro de estudios se dedicaba a formar a los hacendados y a los administradores de las grandes haciendas. Expulsamos por la fuerza a quien cumplían esta misión. Imagínate, en la universidad no había cursos de Humanidades ni de Ciencias Sociales. Hicimos la vida imposible a los viejos; tuvieron que renunciar el Dr. Germán García Rada y catedráticos como Jacobo Zender y Boza Barducci. Abracé, para toda mi vida, la causa de los deposedos.*

A partir de 1960 comencé a leer la literatura marxista.

Al finalizar mis estudios, terminé también con los vínculos que aún me ligaban a una Hacienda de mi padre. Comencé a leer y también a escribir sobre los mecanismos de explotación que había conocido, precisamente, a través de mi experiencia como trabajador en la hacienda de mi padre.

- *¿Cuántos trabajadores explotados había?*

- *Ciento ochenta. Leí el Manifiesto Comunista y el Capital, obras fundamentales del marxismo.*

- *¿Cuándo ingresaste a Acción Popular?*

- En 1960. En 1961, viajé a México a participar en un congreso de economistas, y de allí viajé a Cuba, conocí a Osman Cienfuegos. Me impresionó el proceso cubano. Comencé a preocuparme por las calumnias que se lanzaban contra Cuba y contra Fidel.

De vuelta al Perú, asistí al congreso de Acción Popular, en Iquitos. Yo formaba parte de la izquierda del populismo. Por fuera, con ocasión de mi actividad sindical, conocí a Napurí, a Frías y a Damonte. Yo, en realidad, nunca creí en Belaunde pero sí en el movimiento populista.

El almuerzo no admite demoras. Estamos bajo un régimen militar. Interrumpimos nuestro diálogo. Pero, en la mesa, para amenizar, pregunto.

- Hay una versión de tus relaciones con Belaunde que quisiera comentar. ¿Puedo contar las cosas como me han dicho?, le pregunto.

- Cuéntalas, dice Letts, con su sonrisa de desconfiado, de niño que teme alguna trastada. Al frente, Diez-Canseco almuerza en silencio. Es un joven de pocas palabras; da la impresión de vivir, con imaginación, muy lejos de sus camaradas.

- El 29 de julio de 1962, once días después del golpe de Estado, llegaste a la casa del arquitecto Belaunde en Inca Rípac. Te recibió; le pediste hablar a solas, de manera urgente. Él accedió. Como había otras personas en la planta baja, Belaunde te hizo pasar al segundo piso, donde se encerraron en una habitación. ¿Es correcta la versión?

Letts sonríe, mueve la cabeza, importante, no dice ni sí, ni no. Continúa:

- Belaunde, en el curso de su campaña, había dicho que el 28 de julio de 1962, estaría en Palacio, como presidente muerto o prisionero. Tú, le dijiste: "Fernando, no estás en la presidencia y tampoco estás prisionero. Para cumplir con la palabra, debes estar muerto. Aquí te he traído esta pistola para que te mates". ¿Es verdad?

Todos ríen. Letts también. Mueve la cabeza, de arriba abajo, con solemnidad. Guarda silencio, como para darse mayor importancia.

- Belaunde tomó la pistola —continúa mi versión—, y la guardó en un escritorio. Luego, palmeándote la espalda, paternalmente, te dijo: Ricardo, tú tienes una excelente memoria. Es cierto que dije todo lo que dije, pero nunca precisé que era para el 28 de julio de 1962. No he fijado aún el año en que voy a suicidarme.

- Definitivamente, es un cuento, dice Letts.

- ¿En qué momento se produce tu rompimiento con Belaunde?

- En 1962, fracasada la vía electoral, resultaba indispensable empujar a la Fuerzas Armadas a dar el golpe. Se constituyó un Comando Revolucionario, con los elementos más decididos de Acción Popular. Yo, Luzquiños y Orrego, entre otros. Hicimos algunas acciones, como volar

cables de las comunicaciones telefónicas. En la víspera de su viaje a Arequipa, Belaunde habló conmigo; luego, vinieron las barricadas: un fiasco. Mi desilusión política fue muy grande.

A fines de 1962, cuando se planteó la necesidad de una alianza, yo y muchos más fuimos partidarios de un pacto con los social-progresistas, con la izquierda, y no con la democracia cristiana. Viajé al extranjero, a Chile y Bolivia, a comienzos de 1963. Conversé con Napurí, otra vez, y traté de ponerme en contacto con Héctor Béjar, comandante del Ejército de Liberación Nacional. Hice el intento de ubicarlos por Madre de Dios; y busqué a Blanco, en La Convención. Llegué a Lima en vísperas de la victoria electoral de Belaunde .

Fui elegido miembro del plenario de Acción Popular como secretario general de Asuntos Campesinos. Hablé con Belaunde cuando pensé que me encargarían los proyectos de Reforma Agraria. Pero no fue así, comprendí que el partido y el gobierno se habían amarrado con la Democracia Cristiana, y que ésta no quería la Reforma Agraria como yo la entendía.

Se convocó de inmediato, al Congreso de Juventudes, y un sector me propuso como candidato frente a la candidatura del arquitecto Cruchaga, sobrino del Presidente de la República. Se planteó una situación difícil para mí y para el gobierno, puesto que a los dos meses de haberse iniciado el régimen aparecí derrotando al candidato oficial.

El arquitecto Eduardo Orrego, muy político, me ofreció trabajar en Cooperación Popular. Acepté y entré sin cargo alguno. Asistí a un entretenido juego de los políticos. Orrego, por cuestiones internas, había hecho volar a Luzquiños. Pero, poco después, el Parlamento censuró al arquitecto Pestana, ministro de Fomento, y voló también Orreguito. De este modo, llegué yo a la secretaría general, por la involuntaria, pero oportuna, ayuda de la censura parlamentaria.

Simultáneamente con mi trabajo en Cooperación Popular, intensificaba mi labor organizadora de Vanguardia Revolucionaria y estrechaba relaciones con las guerrillas del MIR. Les proporcioné una valiosa ayuda. El diputado aprista Temoche tuvo razón cuando formuló serias acusaciones, en este sentido, en la Cámara Baja.

Cada quince días almorzaba en Palacio de Gobierno, con el Presidente Belaunde, con otros líderes del gobierno y del partido. Se armaban unas peleas tremendas. Belaunde era un megalómano, egocéntrico, comenzó a presionarme para renunciar a Cooperación Popular. Viajé a Chile, a una reunión de la Cepal, y allí se armó el relajo cuando pedí la presencia de Cuba en este organismo.

El tema del petróleo fue otro punto de erosión interna en Acción Popular. Yo coincidía con la posición de Mario Villarán. En 1964 viajé a Washington, donde funcionaban las oficinas de la FAO, para hacer un trabajo sobre tenencia de la tierra.

Vanguardia Revolucionario era una organización que existía clandestinamente. Yo estaba vinculado a esta tendencia. La cuestión del petróleo seguía perturbando al gobierno. Fue entonces cuando Belaunde mandó a la PIP a Cooperación Popular, violaron mis oficinas, se llevaron mis papeles y fui sometido a disciplina por Acción Popular. Yo pedí que se reuniera el plenario del partido para juzgar a Belaunde Terry, no a mí. Terminé con el populismo.

En mayo de 1965, se fundó, formalmente, Vanguardia Revolucionaria. Napurí fue designado el primer secretario general; yo, el secretario de Defensa.

Me casé ese año en Lima, con María Luisa Raygada, militante de Vanguardia Revolucionaria, con un cargo secundario.

El movimiento guerrillero estalló el 9 de junio de 1965. Las garantías fueron suspendidas el 4 de julio. El 18 del mismo mes se produjo el asalto al banco de La Molina, y la policía pretendió comprometernos en este hecho.

- ¿Quiénes fueron los asaltantes entonces?

- Creo que, muy indirectamente, un grupo vinculado a Fonkén. El 11 de agosto me agarró a balazos la PIP, cuando trataba de ingresar a un local partidario para recuperar papeles que eran de Vanguardia Revolucionaria. Caí preso y, por primera vez, fui incomunicado. Permanecí encarcelado hasta el mes de noviembre. En octubre había muerto Luis de la Puente Uceda; el movimiento guerrillero había sido aparentemente vencido. Se restablecieron las garantías constitucionales. Vanguardia Revolucionaria, que tenía alrededor de cien miembros, dispersos, fue desintegrada.

No llegué a concretar un contacto con De la Puente. Él había invitado a VR, para formar una alianza. Nosotros, por nuestra parte, habíamos decidido aceptar. Estábamos dispuestos a ayudarlo aun cuando discrepábamos de su solución. Mantuvimos contactos más estrechos con Paúl Escobar, que murió junto con De la Puente. El hombre de enlace fue Cordero.

Cuando salí de la prisión, VR había quedado reducido a tres personas: Murrugarra, Napurí y yo.

Consideré que uno de los aspectos deficientes de nuestra organización era su aislamiento internacional. En febrero de 1966 viajé a Francia. Entre 1966 y 1968, estuve moviéndome entre Europa y Cuba. Los compañeros de Lima continuaban sus trabajos.

Yo asistí a los cursos de formación guerrillera en Cuba y, en Europa, seguí estudios de Economía. De este modo conocí personalmente a Fidel Castro, Dorticós y a Carlos Rafael Rodríguez, entre otros. También trabé conocimiento con Debray.

El "Che" Guevara preparaba su guerrilla en Bolivia; yo no lo conocía personalmente. Por esa época, escribí un libro: "Perú: revolución, insurrección y guerrillas", criticando la teoría del foquismo. Lo publicaron los cubanos y creo que alcanzó 10 ó 12 ediciones. Hasta hoy se hacen ediciones en varios idiomas.

- ¿Tienes un ejemplar?

- No.

En 1968, habíamos decidido reunir un congreso de Vanguardia Revolucionaria. Para este suceso, regresé al Perú y resulté elegido secretario General de este movimiento. El golpe de

Velasco no fue previsto; nos creó dificultades. Se precipitaron tres tendencias dentro de nuestro movimiento, encabezadas por Napurí, Murrugarra y por mí. Luego, Murrugarra fue desplazado por la presencia de Javier Diez-Canseco. Esta situación se prolongó hasta 1970 y, a pesar de todo, el partido crecía. No acertamos una línea concreta; apareció una tendencia trotskista. En esa oportunidad, me deportaron. Fui el primer hombre de izquierda deportado por la revolución de Velasco. Fue espectacular: me había invitado a dar una conferencia sobre la Ley de Industrias del ministro Dellepiani, en la Universidad San Martín de Porres. Yo iba a hacer leña de la ley; pero, cuando me disponía a hablar, irrumpió la PIP violentamente, me esposó y me sacó en vilo.

A fines de diciembre de 1970, el general Velasco se hizo eco de una campaña de semanario Unidad, del PCP, e indultó a los guerrilleros que fueron juzgados y sentenciados por los tribunales militares antes de la revolución de octubre de 1968. Salieron en libertad Hugo Blanco, Héctor Béjar, Elio Portocarrero, Pedro Candela, José Fonquén, Ricardo Gadea, Antonio Meza, Mario Calle, Abelardo Collas, Ernesto Mendoza, José Galindo, Alfonso Calderón, Lorenzo y Oscar Benavides.

Dos días después, en la Navidad de ese año, Velasco deportó al ex presidente Fernando Belaunde, quien había llegado a principios de mes, por el fallecimiento de su madre.

En mayo, Ricardo Letts regresó a Lima.

- Las tendencias de VR se habían transformado en facciones de ruptura. Se retiró un sector, el POMR. Dos meses más tarde, se retiró VR – PM (Vanguardia Revolucionaria-Político Militar). Estas facciones se negaban a obedecer las decisiones del partido. Pero, para la policía política, encargada de la represión, no se había producido esta división. Fui yo quien sufrió los asaltos de la fuerza. Me vigilaban y me perseguían constantemente. Apresaron a mi esposa. Pusieron el cadáver de un político en la puerta de mi casa. Todo esto es siniestro. Simultáneamente, se dio una lucha de posiciones dentro del VR, con Murrunaga. Ganó éste, en su propósito de destruir a VR.

Entre 1971 y 1972, en un certamen, se declaró un suspenso la secretaría general de VR, fueron disueltos los organismos directivos y se congeló el programa. Después de seis años de lucha, pese a mis esfuerzos, el partido fue hecho pedazos. Fui derrotado. Se formó una comisión de coordinación, presidida por Dammert, hoy del PSR. Desde 1972 hasta 1976, libré una batalla en minoría, incomprensido, contra las tendencias internas nocivas. Fueron cuatro años sin dirección, sin estatutos; una pelea de camarillas. Yo, en vista de los intereses del proletariado, concilié, para dedicarme a la construcción de la Central Campesina del Perú, CCP; dirigimos las miradas al campo.

Entre 1973 y 1974, formulé mis tesis sobre la situación política peruana para posibilitar la organización del partido. Pedí que se reconocieran las contradicciones entre el Gobierno Revolucionario y el capital monopolista, lo que, necesariamente, hacía variar nuestra posición,

con respecto del gobierno, de la alianza y de la lucha. Todos estos puntos de vista eran expuestos desde nuestra Revista Crítica Marxista Lenista.

Dentro de VR, se dieron dos tendencias: la primera nos llevaba a la reconstrucción de la CCP, a la lucha contra el ultrazquierdismo y a la derrota del Sinamos; y la otra, de alianza y lucha con el gobierno. Cada vez que los militares golpeaban a la reacción, lo que estaban haciendo, en realidad, era ayudarnos; pero no podíamos renunciar a la lucha contra el gobierno, porque los militares no representaban los intereses populares.

En 1974, la Reforma Agraria del gobierno había fracasado. El intento de movilización de las masas en torno a los líderes militares, por medio del SINAMOS, tampoco tuvo éxito. La producción agropecuaria disminuía aceleradamente y las masas campesinas, empobrecidas y desengañadas, eran lanzadas a la lucha por agitadores comunistas de distintas facciones. En la costa, los campesinos sin tierra y sin trabajo, eran empujados a la invasión de fundos. La CCP había realizado su IV Congreso y estimulaba las invasiones en la región costeña del Norte, en la provincia de Sullana, por medio de las comunidades de Querocotillo y Salitral. Andrés Luna Vargas, secretario de la CCP, se encontraba preso. Los agitadores apoyaban al gobierno cuando éste dictaba alguna disposición contra los pequeños y medianos propietarios; pero luego, atacaban a los militares en cuanto el SINAMOS asomaba las narices. Se levantó, como bandera, el "no pago de la deuda agraria". Esta posición no tenía posibilidad de perder: equivalía a obsequiar las mejores tierras a los agitadores. Otra exigencia consistía en el reconocimiento de los sindicatos dentro de las CAP (Cooperativas Agrarias de Producción), actitud que contradecía totalmente a los deseos militares que consideraban desaparecidas las condiciones que hacían necesaria la organización sindical. (Nada de esto es objeto del relato de Letts.)

- En 1974 se produce la toma de tierras en Andahuaylas. Asumo plenamente mi responsabilidad, hasta que se me saca con una fórmula tramposa. Se me dio otra misión, hasta que vino la represión y el fracaso del movimiento, que contaba con la adhesión de 30,000 campesinos. Nosotros habíamos tomado 38 haciendas y teníamos milicias armadas con picas. Se firmaron actas y el gobierno aceptó entrar en negociaciones con nosotros. Expulsó a los terratenientes. Los gamonales organizaron grupos de choque; hubo enfrentamientos y muertos. Murió Humberto Vargas. ¡El Gobierno. se declaró neutral por 30 días! El segundo muerto cayó en mi ausencia. Me sacaron de la región con un pretexto fútil: se me encargó, junto con Dammert, la organización de una marcha de adhesión a Chile.

En octubre de ese año, los campesinos de Andahuaylas se declararon en huelga, como protesta por la detención de sus dirigentes. Según los agitadores, hubo un muerto. La represión policial fue violenta. Denunciaron la prisión de decenas de campesinos que fueron llevados a Abancay, Cusco y Lima. Viajó a Lima una comisión que se entrevistó con el general Valdez Palacio, del COAP. En Lima, se produjo un movimiento de solidaridad con los campesinos, por parte de los estudiantes y trabajadores mineros. Se anunció la prisión de Laura Caller, abogada. La presencia de agentes del SINAMOS, que pretendían capitalizar a

favor del gobierno la efervescencia campesina, complicó la situación, estimulando la violencia. (Letts omite, en su relato, la referencias a otros líderes. Tampoco se refiere a otro, inclusive, que debió ser para él inolvidable: un intento de asesinato.)

El 9 de diciembre de 1974, seis días después del atentado contra los generales Mercado Jarrín, Tantaleán, Arbulú y el civil Neumann, se había producido un atentado contra la vida de Ricardo Letts, oficialmente asesor de la CCP. Le dispararon varios balazos, en la puerta de su casa, en Miraflores. La denuncia apareció en La Crónica dirigida entonces por el escritor Guillermo Thorndike.

El diario descartó dos posibilidades: que el atentado fuera consecuencia de un enfrentamiento entre facciones rivales de VR, y que hubiera sido la policía.

Para La Crónica sólo había una posibilidad: Letts había sido víctima de la misma organización que había atentado contra los ministros Tantaleán y Mercado Jarrín. La Prensa, dirigida por el ex embajador del Perú en Alemania, Walter Peñaloza, coincidió con las apreciaciones de La Crónica.

Según Letts, en declaraciones para Caretas, el atentado fue hecho por miembros de la Guardia Civil que trabajaban a órdenes de la CIA y no del gobierno. No se trató, simplemente, de un intento de amedrentarlo con disparos de armas de fuego. Fue un secuestro frustrado.

- Ninguna bala hizo blanco. Sostengo que fue un atentado criminal. Como se sabe el asesinato del general Schneider en Chile fue un intento de secuestro que le costó la vida por la resistencia que opuso. He sentado la denuncia ante el ministro del Interior, general Richter; personalmente, ante muy altas autoridades del Gobierno; por escrito y a través de declaraciones en los periódicos, declaró Letts a Caretas.

Letts, en Jujuy, no se refiere para nada al atentado contra su vida. En esos días, se denunció otro atentado contra el médico Asunción Caballero Méndez, alto miembro del Partido Comunista Peruano; y, finalmente, uno más contra un periodista de Correo, Lombardi, izquierdista.

¿Qué ocurría en esos días en el Perú?

El Gobierno Revolucionario enfrentaba una serie de problemas. En julio, se había apoderado de los diarios; inmediatamente después, suscribió el famoso convenio con el Japón, para la construcción del oleoducto, el mismo que había sido sensacionalmente denunciado por los abogados Ortiz de Zevallos, Balarezo, Changanquí, Basombrío y otros. Velasco se vio obligado a clausurar las revistas independientes y a deportar una docena de periodistas de filiación no comunista. La CIA había sufrido una espectacular derrota con la acción emprendida por el ministro Arce Larco, y el vacío que dejó fue probablemente reemplazado por

otra organización. ¿Actuó la inteligencia soviética, la KGB, o los organismos especializados de Cuba?

Salta nuestra conversación al 5 de febrero de 1975, cuando se produjo el saqueo de Lima, la capital del Perú, por las masas que, excitadas por el asalto al cuartel de la Guardia Civil, por efectivos de la División Blindada, desencadenaron una ola salvaje de vandalismo. Letts se refiere a estos hechos:

- *El 5 de febrero teníamos la dirección de VR Javier Diez-Canseco y yo.*

- *Le había dicho a Leonidas Rodríguez, por escrito, a comienzos del mes de enero, que veía venir algo muy peligroso contra la revolución. Le aconsejé actuar en forma preventiva, pero no tomó decisión alguna. El ala izquierda del gobierno se mostró inmobilizada, paralizada. Velasco y sus amigos cayeron y permanecieron indecisos.*

- *¿Qué podían hacer?*

- *Ilegalizar al APRA, deportar a sus líderes, descabezar a los elementos derechistas de la Fuerza Armada, radicalmente, del Ejército, la Marina y la Fuerza Aérea.*

- *¿Qué pasó después?*

- *En 1975 y 1976 no hubo forma de ganar la batalla dentro del VR. No había estatutos, ni había actividad. Propuse la formación del Partido Vanguardia Revolucionaria, PVR; Diez-Canseco insistía en VR solamente. Posteriormente, se reabrió Marka y me aseguré de su composición y orientación. Fui nombrado subdirector y promoví la tesis de la unidad del movimiento izquierdista. Es muy difícil promover la unidad. El PSR mostró desprecio por este movimiento unitario. El PC tenía una representación de segundo orden. La UDP rechazó al PC y al PSR, por considerarlos burgueses. Se formó la UDP-I, de la cual salió el FOCEP. Dentro de la izquierda hubo reticencia a construir un movimiento amplio, verdaderamente unitario. El PSR, la DC, ARS son considerados movimientos meramente reformistas; el PC-U, revisionista; el FOCEP, trotskista, formado por el POMR y PST.*

Posteriormente, se produjo el desdoblamiento de UDP-I: la UDP, que conservaba los planillones, logró su inscripción.

Letts hizo una minuciosa descripción de lo que representaban los candidatos de la UDP para la Constituyente, y de las tendencias dentro de VR. Había quienes creían que el Perú vivía una situación revolucionaria, en la cual el asalto al poder del Estado debería estar en la orden del día; mientras otros, estimaban que la situación era aún prerrevolucionaria.

Despierta el león arequipeño

- *Los compañeros Apaza y Pacho representan un tipo de mestizo común en el sur del Perú y muy parecido al poblador del norte argentino.*

Las miradas del oficial argentino, que participaba de la tertulia nocturna, la sobremesa de los prisioneros peruanos, se dirigieron hacia los dos líderes sindicales aludidos. El autor de la descripción fue Ricardo Napurí Schiapiro, el candidato del FOCEP. Los demás contertulios callaron.

Desde un comienzo, cuando descendimos del Hércules en Jujuy, se hizo visible una diferenciación en la composición racial del ejército que nos custodiaba. Los oficiales, con el dejo jujeño en el hablar bastante acentuado, eran invariablemente de tez blanca y estatura elevada. A veces rubios, se les notaba físicamente más fuertes. En cambio, los soldados, de talla pequeña, con sus rostros cetrinos, hablaban un español dulce, prolongado algunas sílabas, como suelen hacerlo los habitantes de la selva peruana, pero que resultaba casi ininteligible para nosotros. Las ametralladoras, los cascos de acero y los uniformes verde oscuro, parecían muy grandes para los soldados. En Jujuy, a semejanza de lo que ocurre en el Perú, los indios hacían las labores manuales, lo que podríamos llamar el trabajo servil. Rápidamente, Napurí enderezó la conversación sobre otro punto: la vinculación idiomática entre el quechua y el aimara del sudeste peruano, con el habla del altiplano boliviano y del norte argentino.

Al principio, Justiniano Apaza Ordóñez y Valentín Pacho se mostraron reservados, como si estuviesen aturdidos por la magnitud de la violencia que se había ejercido contra ellos. Después, les molestó el nerviosismo de los comunistas. Por último, les ganó el asombro frente al itinerario que querían recorrer sus compañeros de prisión: Estocolmo, París y México. En ningún momento demostraron temor. La actitud de ambos era cautelosa en extremo, hablaban muy poco, y sus rostros se mostraban impasibles, a ratos inexpresivos. Pacho, de labios finos, solía esbozar una sonrisa sardónica, fugaz, y sus ojillos razgados parecían iluminarse de ironía.

- *Yo no creo que corramos tanto peligro. No veo qué ganarían con asesinarnos,* comentó Justiniano Apaza, al comenzar el segundo día de nuestra reclusión en Jujuy. Hablaba con convicción, como quien expone la conclusión de un razonamiento. Comprendí que estaba frente a dos hombres experimentados, inteligentes, tal vez con más recursos tácticos que los líderes leídos y escribientes que nos acompañaban.

El viernes 12 de mayo hubo una crisis ministerial provocada simple y llanamente por la voluntad del Presidente de la República quien consideraba que había llegado el momento de cambiar algunos ministros. El titular de Economía, general Alcibíades Sáenz Barsallo, *Caballococha*, dejaba su lugar al Dr. Javier Silva Ruete; el de Industrias, general Ibáñez O'Brien era reemplazado por Gabriel Lanatta Piaggio; y el general Luis Cisneros Vizquerra, *El Gaucho*, ministro del Interior, fue sustituido reemplazado por el general Fernando Velit Sabbattini.

Como es tradición del Gobierno Revolucionario, jamás se dice al país por qué unos ministros se van, otros vienen y los demás permanecen en sus cargos. Los dieciséis millones de civiles deben aceptar los hechos con resignación, en silencio, con mansedumbre.

Pero, el país sabía, con maravillosa exactitud, por qué se producía este ir y venir de ministros.

El general Sáenz había perdido prestigio, si alguna vez lo tuvo. La economía nacional; las finanzas públicas, bajo su política hacendaria, se había hundido. No quedaba otro camino que el aumento del precio de la gasolina, la supresión de los subsidios a los alimentos de consumo popular y el alza de los impuestos. *Caballococha* estaba quemado; políticamente terminado, aceptó desempeñar un último y triste papel: firmar los documentos que aumentaban los precios. Para recompensar su sacrificio, se le premió nombrándole delegado del Perú ante la Junta Interamericana de Defensa, cargo rentado con un haber mensual que, según el "Correo de Brujas", están entre los 3,500 y 4,500 dólares. El nuevo ministro Silva Ruete podía decir, como Poncio Pilatos: "Soy inocente de la sangre derramada". Él no firmó el aumento del precio del aceite comestible, por ejemplo, que subió, en un solo día, al doble de su precio.

El general Ibáñez O'Brien, ministro de Industria y Comercio, se iba porque ya estaba quemado en su portafolio. La producción fabril se había venido por los suelos bajo su gestión. Estaba decidido, por otro lado, *in pectore*, su pase a la situación de retiro, a fines de año, por invitación del gobierno, poniendo fin, prematuramente, a su carrera militar. También se le ofreció un asiento en la Junta Interamericana de Defensa, lo que aceptó gustoso.

El general Cisneros Vizquerra estaba en la línea de mira del Partido Socialista Revolucionario, PSR, albacea de un sector de velasquismo; del Partido Demócrata Cristiano, del Partido Comunista, de la Confederación Nacional Agraria y de otras instituciones llamadas "de base", que habían pedido su cabeza. *El Gaucho* desarrolló una firme política anticomunista y en el Consejo de ministros, en más de una oportunidad, se opuso, con el respaldo de los ministros de Trabajo, general García Calderón, y de Industria, Ibáñez O'Brien, a las famosas concesiones a favor de los extremistas, que pedían la reposición de los agitadores en las empresas.

Cisneros, se decía, había constituido un grupo de poder dentro del poder. Tuvo, en su mejor momento, a su hermano Jaime, como Director de La Prensa, quien, desde sus columnas, sermoneaba al gobierno; y al general César Vinatea Montenegro, como director del Sistema Nacional de Información, a través del cual controlaba todos los medios de comunicación en manos del Estado: los diarios de Lima, la Televisión, la radiodifusión comercial, la distribución de las noticias estatales y la publicidad comercial del sector público.

Luis Jaime Cisneros, profesor de Filología, solía usar el retruécano lógico y lingüístico; gustaba de los jeroglíficos y de los acertijos. Dominaba el diálogo enigmático. Pero, poco antes de la crisis ministerial, escribió o dejó escribir en lenguaje muy claro como para que lo entendiera el menos avisado. Un día se refirió a la necesidad de mantener las decisiones políticas y a los riesgos que acarrea una voluntad débil. Todo esto, cuando los obispos visitaron Palacio de Gobierno y lograron, sorpresivamente, concesiones del general Morales. Después, La Prensa dijo que el Jefe del Estado jugaba *frontón* en Palacio. Por último, en un momento de austeridad, se supo, a través del mismo diario, que en la sede del gobierno se habían hecho instalaciones de telemúsica para que se trabajara con alegría. El doctor Cisneros fue invitado a renunciar, sin contemplaciones; ni siquiera se informó, por cortesía, de ese hecho, al ministro Cisneros.

Luego, se produjo la renuncia del director del SINADI. El general Estrada Bracamonte, llamado para reemplazar al general Vinatea, gauchista, asistió a una ceremonia pública en el Cusco, donde trabajaba, cuando recibió la orden de viajar a Lima para ocupar su nuevo puesto.

El 12 de mayo de 1978 circuló en Lima una bola impresionante: se había producido un golpe de Estado; el general Ritcher era el nuevo Presidente de la República. El asunto se precipitó, decía la versión que corría de boca en boca, de teléfono en teléfono, porque el Presidente Morales había destituido al ministro Cisneros. El Gaucho se dirigió a la División Blindada, en el distrito del Rímac, donde recibió el respaldo del general Soriano, jefe de esa unidad.

Ante la insistencia de la bola, me dirigí al ministerio del Interior. Fue fácil transitar por las distintas oficinas, signo inequívoco de que algo raro ocurría. La noticia de la renuncia del ministro, parecía ser cierta. Se confirmó, en fuente fidedigna, que El Gaucho se había dirigido a Palacio, y de allí a la División Blindada.

Fui a otro ministerio en busca de un amigo en el más alto nivel. Era viernes, nos acercábamos al mediodía. En el viejo edificio reinaba un clima de desconcierto. Mi amigo me llevó a su oficina, cerró la puerta con cuidado, sacó de un pequeño armario una botella de whisky, sirvió dos vasos y, con los ojos empañados por las lágrimas, me dijo:

- ¡Salud! ¡Por Pancho, mi hermano!

- ¿Cayó? Entonces, ¿es verdad? ¡Cálmate, serénate!, dije mirando el teléfono.

- ¡Aequo animo!, comentó resignado. Saboreó el escocés y, haciendo honor al latinajo, añadió:

- ¡Tenía que suceder...! La política, como el amor, no tolera el vacío del poder. La presidencia, Alfonso, es como una real hembra. Hay que amarla, hay que poseerla con frenesí, con desesperación; si la dejas abandonada, llega otro y se la lleva.

Pedí un automóvil urgentemente. Salí por una puerta reservada, dejando mi carnet de corresponsal de la DPA, en la portería. Regresaría más tarde a recogerlo. ¡No sospechaba que recuperaría mi carnet recién cuatro meses después!

Cuando llegué a mi oficina me encontré con una llamada femenina, urgente. Llamé. Escuché con suma atención:

- Los tanques están en la calle, con los motores encendidos. Hay como treinta. Los soldados, armados, bloquean las calles. Se han escuchado disparos potentes en el interior del cuartel.

Mi informante era una señora que vivía muy cerca del edificio de la División Blindada. Para cerciorarme a plenitud de los hechos volví al ministerio del Interior. Manejaba mi furgoneta Honda, repartidora de pan, con la cual pasaba inadvertido para los ojos y oídos que deberían rondar los puntos claves del gobierno. El edificio del ministerio era un hervidero de rumores. En una oficina vi a una dama con los ojos enrojecidos por el llanto.

- Lloro por lo que Pancho le ha hecho a El Gaucho.

- Y El Gaucho, ¿dónde está?

- Sólo sabemos que está en la Blindada.

- Pero, ¿hay golpe?

- No lo sabemos. La última información que tenemos dice que el general Ritcher también entró a la Blindada.

Volé al distrito del Rímac. Los soldados no sabían nada de nada. Sólo que no se podía transitar. Los tanques estaban, efectivamente, en la calle.

Preparé una información para la Agencia Alemana de Prensa Hamburgo:

Lima, 12 dpa. 78.- El ministro del Interior, general Cisneros Vizquerra, renunció esta mañana.

Una veintena de tanques, con los motores encendidos, permanecen estacionados, frente al edificio de la División Blindada, a mil quinientos metros del Palacio de Gobierno.

El ministro del Interior se dirigió alrededor de las 11:30 de la mañana (16.30 gmt), desde Palacio de Gobierno hasta el edificio de la División Blindada.

También se registró el ingreso del jefe de Estado Mayor del Ejército, general Ritcher Prada, a la División Blindada.

Oficiales de la División Blindada, que se encontraban de licencia, han sido llamados urgentemente a su cuartel. Los jefes de las regiones militares, cuatro sobre un total de cinco, llegaron esta mañana a Lima, convocados en forma urgente.

Desde hace días circulaban insistentes rumores sobre una crisis política que afectaría al gobierno militar, que se acerca al décimo año de su existencia y confronta una grave situación económica.

Terminé de redactar el despacho, cuando recibí una nueva llamada telefónica de mi amiga, la señora del distrito del Rímac.

- Ha comenzado el cañoneo. Escuché los estampidos.

- Si hay cañoneo, no hay golpe de Estado, comenté. Los blindados se exhiben, pero no se usan. De todos modos, escéptico, decidí enviar mi noticia. Leído y releído el texto, no había una sola línea que no fuese cierta.

La información causó impacto en el mundo entero. Cualquiera podría interpretarla a su modo. Sé que causé molestias a mis colegas de otras agencias que, más prudentes, prefirieron esperar algunas horas antes de ponerse frente a los télex.

A las 15 horas se despejó la duda.

El Presidente de la República, después de pedir la renuncia de sus ministros, y anunciar a sus íntimos el nombramiento de sus reemplazantes, decidió reunir a los altos mandos de la Fuerza Armada y de las fuerzas policiales en un acto de solidaridad en la División Blindada. La decisión presidencial constituyó sólo un parte, una sorpresa para el general Soriano, jefe de esta unidad. Hacía tiempo que el edificio había sido pintado y acondicionado para recibir al Presidente en una reunión de camaradería. La ceremonia fue impresionante.

Los tanques salieron a la calle, para formar un arco con sus gigantescos cañones. Las tropas se desplegaron a dos kilómetros a la redonda, con sus trajes de campaña. Los helicópteros del Ejército, de la Armada y de la Fuerza Aérea, revoloteaban sobre la ciudad conduciendo a los más altos jefes de los institutos militares a la cita de urgencia. Desde el Pentagonito, el impresionante edificio del ministerio de Guerra, en Monterrico, se llamó por teléfono a los jefes de las regiones, quienes, raudos y en poderosísimos aviones, estuvieron en cuestión de minutos en la capital. Los ministros renunciantes, que no habían firmado aún los textos de sus respectivas renuncias, ni sabían qué pasaba, se dirigieron de Palacio de Gobierno a donde habían sido llamados, a la División Blindada, para asistir a

la ceremonia de solidaridad institucional. Cuando el Presidente Morales entró, a las 13 horas en su Mercedes Benz blindado, los cañones empezaron a rugir, conforme lo ordena el reglamento. Mientras duró la ceremonia, los cerros vecinos al cuartel y las calles aledañas, estuvieron custodiados por soldados en traje de combate, armados hasta los dientes.

El Presidente dijo que una democracia no se construye con la opresión y la tiranía. No debemos tener temor a las minorías extremas; ellas tienen el derecho de expresarse.

Aludió a posibles discrepancias entre los jefes militares. Pero antes, había dicho que debía existir, en la nueva Constitución, alguna fórmula viable y práctica que permitiera que las instituciones castrenses, sin estar presentes en el quehacer político del país, estuvieran presentes en la política, con mayúsculas, de la vida de la patria, que es soberanía y que es desarrollo.

En la noche, el ministro Cisneros firmó su renuncia. Fue consolado como es debido: se le envió a cumplir una misión como agregado en la embajada del Perú en Francia, con una remuneración igual a la de los generales Sáenz e Ibáñez.

Horas después, cayó sobre el país el alud de los aumentos de precios.

El 14 de mayo de 1978 fue el "domingo negro" de los peruanos.

Con espanto, se enteraron que, por disposición del gobierno, desde el día siguiente, tenían pagar 50 por ciento más por los pasajes. La gasolina aumentó de precio en forma exorbitante. En Lima, los automóviles formaban interminables columnas frente a los grifos, para llenar sus tanques. En las carreteras, en los pueblos del interior, camiones, omnibuses y vehículos destartados, llenaban sus depósitos. Se registraron violentos incidentes cuando los griferos se negaban a vender, porque querían beneficiarse con los nuevos precios, o porque no tenían qué vender. El público, después de horas de espera, gritaba y protestaba. La policía hizo uso de sus armas de fuego. La Guardia Republicana, normalmente encargada de la vigilancia de los penales, reforzó a la policía.

La leche, el aceite, todo subía de precio por lo menos en un 50%.

La indignación popular crecía incontenible.

Los hombres de negocios estaban estupefactos.

¡El Gobierno está loco!, exclamaban.

Se estableció un impuesto del 10 por ciento sobre el valor de todas las importaciones. El impuesto sobre los bienes de capital importados, se elevó entre 18 y 150 por ciento. La importación de insumos, fue castigada con un impuesto

desde 15 hasta 100 por ciento. Se incrementó el impuesto a los vehículos, automóviles, camiones, ómnibus y microbuses. El impuesto sobre bienes y servicios, llegaba hasta 42 por ciento. Los pasajes aéreos, pagarían un 10 por ciento sobre su valor; además de los impuestos a los viajes y otros. Los bancos, debían abonar 10 por ciento sobre el valor de los intereses que cobraban. Los restaurantes, 18 por ciento sobre el consumo, y las tenduchas modestas, donde se expendían comidas en condiciones precarias de higiene y calidad, 10 por ciento. Los servicios de télex y teléfono internacional, 15 por ciento; y el servicio telefónico local, 10 por ciento.

El aumento de impuestos parecía un verdadero aluvión. Nada se libraba de la voracidad fiscal. Todo peruano que viajara al extranjero, por cualquier motivo, con excepción de militares y burócratas, pagaría 3,000 soles por los primeros cinco días. Además, 300 soles diarios por cada día adicional que permaneciera fuera del país. Es decir, el equivalente de dos dólares diarios, por *estar ausente del Perú*.

Los apostadores debían pagar el 36 por ciento sobre los boletos. Se fijó una tasa del 17.5 por ciento sobre las exportaciones tradicionales; y se emitió, ese mismo día, 1,500 soles en bonos de la deuda interna.

La indignación, el asombro, crecía minuto a minuto.

El gobierno había actuado con ventaja.

Aprovechó un fin de semana para oficializar los cambios en el gabinete; y el sábado y domingo, cuando no funcionaban las oficinas ni los colegios, para anunciar los aumentos de precios.

En las provincias, donde la situación que se vivía bordeaba la miseria, la consternación era mayor.

El gobierno se preparó para la lucha.

Ejército, marina, aviación, policía, todos armados hasta los dientes, fueron acuartelados, listos para meter bala donde y cuando fuera necesario.

En la noche del domingo, se informó que las clases en colegios y universidades, de toda la República, quedaban suspendidas hasta nuevo aviso.

En Arequipa, en el sur del Perú, había un clima de efervescencia.

El lunes en la noche, el Sindicato de Choferes tuvo una asamblea convocada por su presidente, Saturnino Apaza Ordóñez. Si no lo hubiera convocado, igual se hubiesen reunido los conductores de camiones, taxis y ómnibus. Todos llegaron indignados. Propietarios de vehículos, casi todos ellos con letras pendientes de

pago, enfrentaban desde hacía tiempo una situación crítica, como consecuencia de la disminución del movimiento económico. Con las alzas, llegaban a la desesperación. Escolares universitarios, descargarían su cólera apedreando vehículos. El público, furioso por el encarecimiento del costo de vida, asaltaría los camiones que los transportaban víveres.

- Hay que hacer una marcha de protesta, que los militares vean que el pueblo no acepta esta imposición.

El acuerdo fue unánime. Pero las cosas tomaron un cariz imprevisto. Mientras los choferes deliberaban, fueron llegando, sin previa cita, sin acuerdo alguno, delegados de otros sindicatos ferroviarios, empleados bancarios, maestros, trabajadores del parque industrial. También se hicieron presentes comerciantes, empresarios y profesionales. El día lunes transcurrió tenso, lleno de incidentes; tiendas y mercados, habían cerrado sus puertas ante la inminencia de desórdenes. ¿Sería posible que el gobierno enmendara su conducta?

El martes amaneció presagioso.

En la madrugada, se supo que los bancos no atenderían al público. La Federación de Empleados Bancarios, comunista, había decretado un paro de veinticuatro horas como protesta por la política hambreadora del gobierno.

Ningún periódico consignó la noticia. Ni la radio ni la televisión se dieron por enterados del hecho. Antes de las 9 de la mañana, en el Sindicato de Choferes, se supo que en Huánuco habían muerto cinco personas en enfrentamientos con la policía. También murió un guardia civil.

Desde diferentes lugares del departamento, la gente se dirigía a la Plaza de Armas de Arequipa. Estudiantes, obreros, comerciantes y choferes, sin distinción de partidos, todos los arequipeños, como en las grandes jornadas cívicas, salían otra vez a protestar contra la tiranía, contra el abuso, cansados de la miseria y de la opresión.

Salió también la policía, el carro rompemanifestaciones, cargado de agua, para lanzar manguerazos contra el pueblo. Las tropas del Ejército, listas para actuar, patrullaban en los pueblos jóvenes.

Al mediodía, estallaron las primeras bombas lacrimógenas. Se iniciaron las escaramuzas.

El general Enrique Schrotch, jefe de la poderosa Quinta Región Militar, el hombre que tenía en sus manos todo el poder político y militar del Sur, estaba en su escritorio, con el teléfono que lo comunicaba directamente con el Pentagonito, en la mano. Él sabía que bastaba una chispa para prender la hoguera.

Habló, reflexionó, recibió explicaciones; dio la orden: la policía debe retirarse a sus cuarteles. Las calles quedaron abandonadas. La multitud era dueña de la ciudad.

Algunos exaltados comenzaron a desadoquinar el pavimento. Antes, se levantaban los adoquines con facilidad, y con ellos se formaban barricadas para bloquear las calles y resistir a la fuerza pública con la fuerza popular. El gobierno tomó las medidas del caso con anticipación. Con el pretexto de mejorar la pavimentación de Arequipa, reemplazó los adoquines por una compacta capa de cemento y asfalto. Ese día, existía pocos los tramos donde se podía desadoquinar.

Los arequipeños están hechos para la revuelta popular. Ellos lo saben y lo sabe el Ejército. Ese día faltó el verbo, el orador enardecido que levantara los corazones: el tañido de las campanas de la catedral llamando a somatén. Se improvisó una guardia cívica, conformada por obreros, estudiantes y empleados, encargada de evitar que alguien atentara contra la propiedad privada. Revoltosos, rabiosos, dispuestos a batirse pecho a pecho contra tanques y bombas, sí; pero saqueadores y ladrones, no.

La furia arequipeña encontró su forma de expresión. Se rompieron botellas y las calles se llenaron de vidrios; otras, eran lanzadas como bombas, como un deporte, contra cualquier cosa. Se estrellaron muchas contra el cuartel de la policía. La fuerza pública no respondió a la provocación; la prudencia fue su consigna.

Los arequipeños, como todos los peruanos, se enteraron de la juramentación de los nuevos ministros.

- Soy social-cristiano por formación y convicción. Estamos apoyados por el pueblo de mi patria, había dicho el ministro Silva Ruete, gordo, feo, a través de la televisión.

Los arequipeños decían, en calles y plazas, que Silva Ruete era el protegido de Héctor Cornejo Chávez, líder de los demócrata cristianos, nativo de Arequipa, pero uno de los hombres más odiados en esa ciudad.

- ¿Cuál es el pueblo que te respalda? ¿Este que ésta rompiendo vidrios en las calles de Arequipa?, gritaban, hombres y mujeres.

El pueblo rompió los diarios, todos controlados por el gobierno, que publicaban las promesas de los ministros.

- Pasada esta racha, tengo la plena seguridad que nos vamos arriba, había dicho el ministro de Transportes, general Elivio Vannini, al comentar sobre el aumento de los pasajes.

- *Estos aumentos han sido hecho después de grandes estudios*, afirmó el mismo ministro. Su foto ilustraba las portadas de los diarios.

Sin embargo, en la Universidad de Arequipa se leía, con asombro, El Peruano, el diario oficial, donde se publican las disposiciones económicas del gobierno. El sábado apareció un decreto; y el domingo, volvía a publicarse el mismo decreto con la explicación que el de la víspera había sido publicado con errores. El lunes, se repetía el mismo fenómeno y se hacía otras publicaciones. Los anteriores *tenían errores*.

En la noche del martes se confirmó, oficialmente, el número de muertos producidos en Huánuco. A los cinco muertos del lunes, había que agregar otro, el de un joven caído en la mañana de ese mismo martes.

El miércoles, la ciudad amaneció silenciosa, más presagiosa aún.

Se oficializó la existencia de un organismo nuevo, el Frente de Defensa del Pueblo de Arequipa, a cuya cabeza se puso un obrero joven, decidido; de pocas palabras, pero muy activo: Valentín Pachó.

Los establecimientos comerciales cerraron sus puertas; mercados, colegios, universidades, oficinas públicas y privadas, todos a una, amanecieron paralizados; como en las grandes jornadas, los arequipeños abandonaron sus centros de trabajo para salir a las calles y demostrar, una vez más, que la voz del pueblo es la voz de Dios.

Valentín Pachó llegó hasta la Tercera Región Militar. Como no lo recibió el general Schroth, le dejó un documento: El Frente de Defensa del Pueblo de Arequipa pone en conocimiento de la autoridad que la ciudad ha declarado, desde el lunes, un paro general de protesta por el aumento de los precios decretado por el gobierno.

El Frente contaba con la adhesión del Colegio de Abogados y del Colegio de Ingenieros de Arequipa; de los trabajadores de hospitales y sindicatos; de la Federación de Empleados Bancarios y comerciantes; industriales y agricultores. El Frente era Arequipa, y pedía, en nombre del pueblo, la derogatoria del aumento de los combustibles y un reajuste general de sueldos y salarios. El paro general era pacífico, ordenado.

Comenzaron a llegar informaciones a la Federación de Choferes. Durante la noche, el Ejército había tomado posiciones inusuales. La ciudad había sido rodeada. Los pueblos jóvenes eran patrullados por tanquetas con soldados que, sin dejarse ver, apuntaban con sus cañones.

La huelga era total.

El jueves transcurrió silencioso, siniestro, tenso. En las calles se acumulaba la basura. En los locales sindicales, en las plazas y en las esquinas, jóvenes y viejos, comentaban a viva voz los sucesos de todo el país. Los diarios que llegaban de Lima, eran arrojados a las calles, despedazados. Expresión del desprecio que merecía la mentira oficial.

Desde el mediodía, la ciudad empezó a oír algo inusitado. Al comienzo, fue como un juego de niños. Pero luego, la cosa fue tomando cuerpo, entre carcajadas de los hombres. Como si, de pronto, la fiesta sucediera a la protesta. En las calles, más soldados del Ejército, con sus cascos ametralladoras; más tanques y tanquetas, en las avenidas de acceso, con sus grandes cañones apuntando a todos lados.

Desde las puertas y ventanas de las casas, y en los pueblos jóvenes, las mujeres comenzaron a golpear cacerolas, ollas, cualquier lata. La ciudad parecía llenarse de un gigantesco golpeteo de ollas vacías. Las arequipeñas no se resignaban a un papel pasivo, querían participar de la protesta.

El viernes, continuó el cacerolazo.

Pasaban los tanques y los soldados; la ciudad respondía con las cacerolas. La chiquillería tomaba la iniciativa, con alegría.

- ¡Pam, pam, pam!... ¡Pam, pam, pam!

Era peor que las balas. Y más efectivo que romper botellas, que costaban dinero. Golpear las cacerolas era lo correcto. En lugar de tirar piedras a los ómnibus, o poner clavos en las carreteras contra los camiones. Los choferes no tenían la culpa. Cesaba el caceroleo en una calle, se reiniciaba en otra. El silencio envolvía el centro de la Ciudad Blanca, el ruido ganaba las barriadas, y viceversa. La protesta consistía en golpear el humilde, democrático, infaltable cacharro vacío de latón. ¡Realmente, el pueblo no tenía con qué llenar sus ollas! Por fin, el hambre había encontrado su forma de protesta.

El Frente de Defensa del Pueblo de Arequipa sesionaba en el local de la Federación de Empleados Bancarios, en la calle Santo Domingo.

Las tanquetas recorrían las calles. Cualquiera pudo haber dicho que tenían predilección por patrullar, esa tarde, la calle Santo Domingo. De pronto, varios vehículos se estacionaron, unos detrás de otros. Camionetas de color plomo, desde las cuales descendieron a la carrera decenas de personas con dirección al local de los bancarios. Llegaron los camiones, llenos de policías, de los Servicios Especiales, con cascos y mascarillas metálicas para protegerse de las piedras; con sus largas varas, dotación de bombas y metralletas cortas.

- Todos quietos, están detenidos. En orden, no creen problemas.

- ¡A dónde quieres correr, cholo de mierda, tenemos todo rodeado!

- Así patita, mansito, no pasa nada. Todos al camión. Tranquilo, chino.

En menos de lo que canta un gallo, fueron detenidos, y enviados al cuartel del Ejército, Valentín Pacho, Justiniano Apaza, Roque Murillo y Edgardo Cuba, estos dos últimos de la Federación de Empleados Bancarios. Julio Miranda, secretario general de los ferrocarrileros fue detenido cuando ingresaba a la Federación. Traía informaciones importantes: la huelga de los transportistas se había extendido y era total en Cusco, Puno, Tacna, Moquegua, Nasca, Ica y, naturalmente, Arequipa. El Sur se mostraba unido, sólido, aleonado.

Se miraron las caras, asombrados. Iban llegando más detenidos. El cuartel de Tiabaya, que ocupa el local del antiguo convento del Padre Mojica, abrió sus puertas para recibir prisioneros en lugar de almas consagradas a Dios. Los vigilaban tenientes y capitanes del Ejército. Les dijeron que estaban incomunicados. No podían salir ni al patio para conversar. Tampoco podían conversar en el interior de la habitación donde se encontraban. Les pusieron cara a la pared, uno lejos del otro. Hasta donde era posible, pues en total llegaron a veinte. El Frente estaba, casi íntegro, sometido a prisión.

Se morían de frío. Por fin, en la tarde, les trajeron un colchón y una frazada, para cada preso. A dormir. A las cinco de la mañana comenzaba la actividad militar; les quitaron los colchones. Otra vez, cara a la pared.

- A ver, cholitos de mierda. ¿Así que defensores de los intereses populares? A ver, digan algo.

Valentín Pacho miraba, irónico, amansado. Los detenidos se miraban entre ellos. ¿Qué podían contestar al joven teniente, tan hablador? ¿Qué pasaría en la ciudad, en el resto del Perú? Ni radio, ni periódicos, ni revistas. Nada de nada.

El domingo fueron puestos en libertad nueve de los veinte detenidos. Pacho y Apaza continuaron en prisión.

- El acuerdo es seguir con la huelga indefinida hasta el fin. Si seguimos presos, es porque la huelga continúa, razonaban, en voz baja, en los momentos en que aflojaba la vigilancia. Ninguna noticia se filtraba; les daban la comida del cuartel; en las noches, dormían sobre los colchones que, en la madrugada, eran retirados. De este modo, transcurrieron lunes, martes, miércoles y jueves.

- ¿Qué estará pasando, allá afuera?, preguntaron una y otra vez.

El general Fernando Velit Sabattini era el jefe de Inteligencia del Ejército. Viajó a Buenos Aires para participar en una reunión de su especialidad, la inteligencia militar, con sus colegas argentinos. Cuando se produjo la caída del ministro Cisneros, Velit Sabattini se enteró, en Buenos Aires, de su nombramiento como

su sucesor. Llegó a Lima el sábado en la noche, la víspera del famoso "domingo negro" de las alzas. Lo acompañaba su esposa, Eloísa Palacios de Velit. En el aeropuerto lo recibió, entre otros, el coronel Luis Sánchez Obregón, su segundo en Inteligencia del Ejército.

Los hechos se precipitaron. Había que encarar la delicada y grave situación nacional. Los desórdenes parecían extenderse desde las provincias a Lima. La protesta se encendía.

Comenzó a funcionar el plan.

El viernes 19 se declaró el estado de emergencia en todo el territorio nacional. Fueron suspendidas las garantías constitucionales. Los comunistas habían decretado un paro nacional para los días 22 y 23 de mayo. Sabían que el clima de protesta se generalizaba y, de acuerdo a su experiencia, tenían que aprovechar las circunstancias para capitalizar, en su favor, la ola de impopularidad del gobierno. Los partidos Aprista, Popular Cristiano y otros, que participaban en las elecciones, no atinaban a definir una estrategia frente a las alzas. Los contactos del Apra con el general Morales Bermúdez iban viento en popa, de modo que era inútil esperar que Haya de la Torre quisiera encauzar la ola de protesta popular.

El viernes, el gobierno clausuró todos los diarios y publicaciones eventuales. Se prohibió la transmisión de propaganda política por televisión y radio; comandos militares asumieron el control político y militar del territorio nacional.

En Lima, en Arequipa, en Chiclayo, en todas las ciudades, se inició la captura de elementos considerados peligrosos por el Gobierno.

Los diarios, la televisión, las estaciones de radio repetían, noche y día: *En todo el territorio nacional reina la tranquilidad; el gobierno recibe muestras de aprobación por su política; sólo algunos agitadores quieren crear el desorden.*

El ministro de Relaciones Exteriores, doctor José de la Puente Rabdill, se acarició la barbilla. Sonrió. Su actitud mefistofélica contagió a sus inmediatos colaboradores. Los asientos de cuero, ya viejos, resultaban incómodos. Pero nadie los cambiaría jamás. Todo eso forma parte de la tradición de Torre Tagle. Desde sus muros, los cancilleres que pasaron por el sillón acariciado, meta, destino y gloria de todo diplomático de carrera, miraban a don José. Diabólico él. Todos sonrieron. Eran también unos diablillos.

- *Se va a anunciar la nueva ley sobre el servicio diplomático...*

Sin la incomodidad fiscalizadora de las revistas independientes, sin testigos incómodos, en pleno estado de emergencia se daría a conocer la existencia de la nueva ley; pero no se publicaría el texto de la misma.

- *El ministro tiene una muñeca endiablada.*

Muchos meses pasaron antes de que el país se enterara, con asombro, que en la nueva ley se garantizaba, para el ministro, cuando dejase el ministerio, automóvil, gasolina, mantenimiento y chofer, para toda su vida. Además de una serie de ventajas para los diplomáticos. No sólo los generales y coroneles serían dueños de los privilegios. También los civiles que colaboraban, como él, con la revolución.

Algunas semanas antes, cristiano, buen padre, con el corazón tierno, había nombrado a su hijo político, miembro de la delegación del Perú en la UNESCO, con residencia en París y sueldo en dólares. Fue su regalo de bodas. Para no aparecer como egoísta, nombró al hermano de su esposa, a su cuñado, como agregado deportivo a la embajada del Perú en Washington.

- *Ah, Pepito.*

Nació diplomático. Siempre cordial, fino, al lado del Presidente era como el recuerdo permanente de los años juveniles. Ambos habían estudiado juntos en el colegio de la Inmaculada de Lima.

- *Clausuraron las revistas y hay estado de sitio, con toque de queda y suspensión de garantías. Es el mejor momento.*

- *¿Lo hacemos?* Los burócratas se entendieron.

En EPCHAP, Empresa de Comercialización de Harina y Aceite de Pescado, se tomó una decisión importante. Hacía rato que, conforme al reglamento, debió publicarse el balance anual de EPCHAP. Pero, hubiese llamado la atención de los periodistas contrarrevolucionarios. Ese día, en vista de la clausura, los funcionarios tomaron coraje. Se publicó el balance en *El Peruano*. EPCHAP no sólo vendía en el exterior harina y aceite de pescado. Con excepción de minerales, vendía todo. Tenía una red de oficinas en las principales ciudades del mundo donde ganaban, en dólares, un buen número de ahijados y protegidos de los prohombres de la revolución.

EPCHAP había cerrado su balance con un pasivo impresionante: 43 mil millones de soles. Sobregiros en los bancos, por siete mil millones de soles; cuentas por pagar, por más de veintiún mil millones de soles; deudas a largo plazo, por más de once mil millones de soles.

EPCHAP, como todas las empresas estatales, acumulaba, hora a hora, una impresionante pila de deudas.

Para pagar a sus servidores, los niños de todo el Perú tenían que abonar más por su pasajes; obreros y modestos empleados, debían pagar el doble por el aceite: los

indios, en las punas, pagarían más por las hojas de coca que seguían mascando para engañar su hambre.

Valentín Pacho sintió que alguien le hincaba una bota en las costillas. Se despertó. Había estado soñando, libidinoso, con una real hembra arequipeña, hermana de un amigo. ¡Qué vainas, interrumpirle en un momento así!

- *¡Levántate, ven con tus cosas!*

- *¿Cosas? ¿Qué cosas? ¡No tengo nada, sólo mi saco y mi pantalón!*

Justiniano Apaza estaba en la puerta, vestido. Un Oficial estaba junto a él.

- *Nos vamos. ¿No tienen nada que sacar?*

- *No, no tenemos nada ¿Nos ponen en libertad?*

- *No sé, solo sé que nos vamos.*

No tuvieron tiempo para despedirse de ninguno de sus compañeros de prisión. No les dejaron hablar con ellos. Tenían que salir silenciosos, sin despertar a la gente.

Les esperaba una camioneta. Subieron a ella, con los labios sellados. Se sentaron en la parte posterior. Adelante, dos hombres de la PIP, caras conocidas. El frío era endiablado. Salieron del cuartel; les seguía otra camioneta llena de PIP.

- *¿A dónde vamos, patita?*, preguntó Apaza.

- *No lo sé, viejo*, dijo el PIP.

- *¿Qué hora tienes?* preguntó Pacho.

- *La una y media de la madrugada.*

Un patrullero se puso por delante. La otra camioneta les seguía. Salieron de la ciudad. Viajaban por la carretera, hacia el Sur. Se detuvieron. Del patrullero bajó un oficial y, acercándose al PIP que manejaba la camioneta de los prisioneros, le entregó un sobre blanco. El investigador abrió el sobre, sacó un papel y lo leyó. Luego arrancó. Ahora corría veloz. Adelante, el patrullero; atrás, la otra camioneta.

- *¿A dónde vamos, patita?*

- *Al Sur, a Tacna.*

Pacho y Apaza se miraron. La caravana seguía, a regular velocidad. Quizás habían viajado media hora, cuando el patrullero se detuvo. También se detuvo la camioneta con los prisioneros; y atrás, el otro vehículo. Se pusieron a un lado de la carretera. Nadie se movió.

- *¿Qué pasa patita?*, inquirió Pacho.

- *Tenemos que esperar órdenes.*

Pacho y Apaza se miraron. El frío era recio. Mejor se estaba en la prisión. Pensaron que los pondrían en libertad. Ahora, definitivamente, sabía que no era así. Conversaron un rato, cosas sin importancia; los PIP no quisieron hablar sobre la huelga, sobre la reacción del pueblo frente a la prisión de los líderes obreros. Entonces, decidieron dormir.

Se prendieron los motores. El conductor abrió otro sobre que acababan de entregarle. Dio marcha atrás. La caravana completa retornaba sobre sus pasos.

- *¿A dónde vamos, patita?*, preguntó Justiniano.

- *Ahora sí lo sé. No nos vamos a Tacna. Tengo órdenes de llevarlos a La Joya.*

- *¿Para qué? ¿Qué vamos a hacer en La Joya?*, preguntaba dijo Valentín.

- *Mira, Apaza, nosotros tampoco los sabemos. Cumpló las órdenes de que me entregan por escrito los oficiales que van en el patrullero. Ellos tampoco lo saben; tienen varios sobres y por radio les ordenan el que deben entregarme. Aquí nadie sabe de qué se trata. Sólo cumplimos órdenes. Yo debo ir a La Joya. Un kilómetro antes, debo abrir otro sobre. Si lo abro antes, me cagan.*

La caravana ingresó a la base aérea de La Joya. Los vehículos se ubicaron en una zona apartada. Nadie podía bajar. Las órdenes se cumplen. Aquí debemos permanecer, quietecitos, no importa hasta cuándo.

Apaza y Pacho se miraron, en la oscuridad, muertos de frío, de cansancio. Quisieron dormir. De pronto se escuchó el ronquido de un avión. Corrían hombres, de un lado para otro, en la base. Sí, se acercaba un avión. Aterrizó. Era muy grande.

- *¿Nos van a meter en ese avión?*, preguntó Pacho.

- *No sé; quizás.*

- *Están recogiendo presos de todas partes. Nos llevan a Lima o a El Sepa. Nos jodimos*, dijo Pacho.

Apaza, conductor de camiones pesados, solía viajar de noche. A veces desde Arequipa a Puno, su ciudad natal. Sabía orientarse bien.

- Ese avión viene del Norte; viene de Lima. No va a venir sólo para llevar a dos pasajeros. Esto huele muy feo.

La caravana se acercó al avión. La camioneta con los prisioneros se detuvo a unos diez metros. Se acercaron seis civiles, PIP con toda seguridad. Se les veía muertos de frío.

- Como están, ultras. ¿Son éstos?, preguntaron a sus colegas.

Apaza y Pacho, juntos, miraban a los recién llegados. Fueron tomados por los brazos, y antes de que se dieran cuenta de lo que ocurría, sintieron sus manos dobladas, por delante, y sus muñecas atrapadas. Los habían esposado.

- ¡Muévanse rápido, vamos al avión, aquí nos congelamos!

Las piernas no les respondieron como para correr; casi caen de bruces. Los policías los cogieron de los codos. Fueron llevados casi en vilo. Los empujaron hacia la escalerilla del avión. Arriba los esperaban otros hombres. No pudieron ver nada. La luz del avión resultaba muy intensa para ellos, que había estado en la oscuridad desde las 7 de la noche. Tropezaron en el piso del avión. Había mucha gente. A la entrada, sintieron murmullos. Otra vez los empujaron; la luz les enceguecía.

- Siéntate, aquí.

Les tomaron de las manos. No podían moverse. Por medio de las esposas estaban encadenados a los asientos del avión. La máquina despegó. Habían sido separados. Se buscaron con la mirada. Descubrieron a dos hombres uniformados, de azul, con grandes galones dorados, en la primera fila. El avión estaba volando desde hacía rato.

- Soy periodista, también estoy detenido como ustedes. ¿Sabe usted que nos deportan a Argentina?

Justiniano Apaza Ordóñez sintió como si le hubiesen dado un golpe en el estómago. Se olvidó de todo, cerró los ojos y sólo pensó en María Antonieta, su mujer y en sus cuatro hijos. ¿Quién pagaría las letras del camión, que se vencían dentro de una semana? ¿Qué Chucha! Si no pago el camión, me lo quitan. ¿A Argentina nos echan? ¿Y el paro indefinido de Arequipa? ¿Y si esta hombre de abrigo, que dice ser periodista, es otro hombre de la PIP? Justiniano miró a Valentín. Pacho también había hablado con el periodista.

- Nos jodieron los hijos de puta, se dijeron, con las miradas.

Amigos, compañeros de muchas jornadas de lucha, coincidieron en el pensamiento, en la misma frase reivindicadora. Sus muñecas empezaron a torturarles. Sintieron unas terribles ganas de orinar...

Bancarios en la Vanguardia Clasista

- Yo nací en Chiclayo, a 780 kilómetros al norte de Lima. Pero, legalmente, soy limeño. Mis padres llegaron a Lima, a poco de mi venida al mundo, y me inscribieron en la capital.

José Luis Alvarado Bravo, *Pepelucho* para sus amigos, andariego, trashumante, aventurero desde la cuna, es tal vez el más alegre de los huéspedes involuntarios del Ejército Argentino, en Jujuy. Confiesa 44 años y parece estar en lo cierto.

- ¡Pertenezco, por familia, a la clase media baja! Mi madre fue maestra de alumnos de primaria; mi padre trabajó como obrero, y después como empleado de la Compañía de Teléfonos. Mi abuelo también fue maestro, director de un colegio de Chosica y de otro en Barranco. De los míos, nadie se ha metido jamás en política. Tengo un hermano que ha seguido la carrera judicial. Soy la oveja negra.

- Mejor diremos, la oveja roja... por lo "colorao", interrumpo.

Alvarado Bravo ríe con ganas. Se mueve constantemente, de un lado a otro, como Hugo Blanco; es metódico en su relato, como los abogados Ledesma y Díaz Chávez; pero destaca por su sentido práctico, por su precisión casi matemática. No cabe duda que su actividad bancaria le proporciona facilidad para el cálculo rápido del debe y del haber.

- ¿Algún alumno importante de tu mamá como para recordar?

- Muchos. El general Sala Orosco fue alumno de mi mamá. Ella le enseñó a leer.

- Tengo entendido que la familia Sala Orosco viene del valle del Mantaro.
- No. De más acá. Pedro Sala es de Pomaticlio. Bajó a Chosica y allí estuvo en la Escuela...
- No debe ser tu familia de la clase media baja cuando pudo matricularse en el colegio San Luis de Barranco, donde estudian los hijos de la alta burguesía; allí estudió, por ejemplo, Mercado Jarrín.
- Yo estudié primaria en una escuela fiscal. Gané una beca e ingresé a San Luis; egresé a los 15 años. En 1951 ingresé a la Universidad de San Marcos. Eran los años de la dictadura del general Odría. El APRA estaba perseguido pero, en la universidad, se formaba un fuerte movimiento anti-aprista. La juventud estaba decepcionada de ese partido. Comencé a actuar activamente en la masa estudiantil. Me acusaron de comunista, y un buen día fui apresado y deportado a Buenos Aires. Fue mi primera salida al exilio. No tenía ni Libreta Electoral; nunca había votado en unas elecciones, pero ya era un deportado político.
- ¿Cuáles fueron tus estudios?

- Un año de Letras y un año de Ciencias Económicas, en Lima. Dos años en Argentina. Cayó Perón, y decidí regresar a Lima. En Buenos Aires, la política me interesó, me gustó el peronismo. Cuando llegué a Lima, ingresé a trabajar en los almacenes de la Compañía de Teléfonos. En esta empresa, un tío mío ocupaba un cargo gerencial. Había existido un sindicato, pero permaneció inactivo desde los días de José Carlos Mariátegui. Comencé a agitar el ambiente a favor del sindicato. Me convertí en un problema para la Compañía y para mi tío.

En 1955, el banco Continental contratava personal. Me presenté, e ingresé a trabajar en la sección Contabilidad. La dirección alemana del banco patrocinaba la formación de una asociación de empleados, de tal modo que los trabajadores del Continental se desafiliaron de la Federación de Empleados Bancarios. En 1956, trabajando con varios compañeros de manera clandestina, con Ramiro Ortíz, hermano de Ortiz Acha; y con Velásquez, reorganizamos el Centro Federado del Banco Continental y lo afiliamos a la Federación. Promovimos una huelga en el Banco Continental que mereció el apoyo de la Federación.

La policía me detuvo. Fue la primera vez que entré a un presidio por motivos sindicales. Me enviaron al penal de El Sexto, con los presos comunes. Finalmente, hubo una transacción con el Banco, retorné a mi trabajo y continúe como secretario general del Centro Federado del Banco Continental.

En esa época era secretario general de la Federación, Galván, aprista; su táctica, por tanto, era conciliadora. Por ahí, conocí a Humberto Damonte y a Ugarte, y formamos un grupo que lo bautizamos con el nombre de "tendencia clasista". Comenzamos a buscar adherentes; nuestra posición era marxista.

Yo había estudiado periodismo en la Universidad Católica, bajo la dirección de la doctora Matilde Pérez Palacio. Ella fue el vínculo que nos condujo a apoyar la candidatura de Belaunde Terry, en 1956. Se constituyó el Frente de Juventudes, con Javier Alva Orlandini,

quien determinó el lanzamiento de esa candidatura presidencial. Con Damonte y otros, constituimos el Frente Democrático de los Trabajadores y logramos que la lista de diputados de Belaunde la encabezara un obrero gráfico, Juan Miranda.

Concluido el proceso electoral, y fundado el Partido Acción Popular, nos separamos del belaundismo.

En 1958, los bancarios nos lanzamos a una huelga general, que fue traicionada por el APRA y por Galván. Decidimos tomar la FEB. Así se hizo.

Viajé a La Habana, en 1960. La revolución cubana constituía el fenómeno político de mayor trascendencia en esta parte del mundo. Yo era entonces subsecretario general de la Federación de Empleados Bancarios. Conocí a Fidel Castro; estuve con el "Che" Guevara conversando hasta las cuatro de la madrugada. Me impresionó por muchas razones, entre otras, por el asma que lo ahogaba. Se veía cosas increíbles.

En 1962, fui elegido secretario general de la FEB. Viajé dos veces más a Cuba.

El 5 de enero de 1963, se produjo la gran redada contra la izquierda ordenada por el Gobierno de Pérez Godoy. Yo me encontraba en Piura, cuando me enteré de los nombres de los compañeros que habían sido enviados a la cárcel. Me entrevisté con el general Italo Arbulú. Me salvé con las justas; cuando yo salí de la conversación con Arbulú, éste recibía la orden de detenerme.

- Pero la izquierda había apoyado al golpe de Estado contra Prado.

- En 1962, cuando el golpe de Estado de Pérez Godoy, la Confederación de Trabajadores del Perú, controlada por Sabroso Montoya, del Apra, ordenó una huelga general contra el gobierno militar. El golpe contra Prado fue, en realidad, un golpe contra Haya. Entonces, la FEB encabezó un movimiento contra el paro aprista. No teníamos por qué defender el gobierno de Prado. Fue en esas circunstancias cuando se formó un comité reorganizador de la CGTP.

Hubo discrepancias con el Partido Comunista. Éste quería quedarse dentro de la CTP; nosotros, propiciábamos una idea diferente: aprovechar las circunstancias políticas para reorganizar la Confederación General de Trabajadores del Perú, la CGTP. Los comunistas se dieron un bandazo; se quedaron al otro lado.

Cuando se produjo la amenaza de los Estados Unidos contra Cuba, se constituyó una brigada internacional para combatir a favor de Cuba. Viajé a Chile; el movimiento alcanzó un éxito tremendo. Fuimos muchos. Cuando llegamos a La Habana, la invasión había sido aplastada. Los cubanos nos rindieron los honores del caso. Desde entonces, pertenezco al Partido Comunista.

En 1964, el belaundismo tomó fuerza dentro de la Federación de Empleados Bancarios. Y la conquistó por intermedio de Hugo Mejía. Era ministro de Trabajo el Ingeniero Cussianovich. Fue entonces que, de un solo plumazo, echaron a 600 empleados bancarios en una purga

selectiva. El secretario general belaundista no fue, naturalmente, despedido. Fue la peor actitud antisindical de aquel tiempo: se confeccionó una lista negra de los despedidos. Los empresarios privados y el Estado recibieron copias de la lista. De ese modo, Damonte y yo fuimos echados de las filas de los bancarios. Nos convertimos en unos parias.

Me dediqué, entonces, a muchas cosas. Fui vendedor de libros y de artículos para el hogar, y terminé trabajando como obrero en una fábrica de baterías para automóviles. Logré reunir recursos y compré una lancha para pesca de consumo humano. Fui pescador. Recorría el mar día y noche, entre Pisco y Huacho, trabajando duramente; pero como cualquier hombre de mar. Compramos una camioneta para hacer la distribución, me fui a la quiebra por el sabotaje de las "regatonas", o sea, de las mujeres que compran el pescado en los muelles.

Terminé bajo una ruma de deudas. En 1965, emprendí otro viaje a Cuba. Ahí, sobrevino mi rompimiento con el Partido Comunista.

- ¿Por qué?

- Se había producido el movimiento guerrillero. Era el brote revolucionario más importante en ese momento. El Partido Comunista se negó a respaldarlo. Yo no me encontraba vinculado a De la Puente; más bien mantenía contactos con el Ejército de Liberación Nacional, de Béjar. Pero fui a la cárcel.

En 1966 tuvo lugar un proceso electoral complementario, entre varios distritos electorales, también en Lima. Se formó el Frente de Acción Sindical que me nominó como candidato a una diputación por Lima. Competía con dos candidatos más: Serrano, apoyado por el APRA, y Orrego, de Acción Popular.

El Partido Comunista quiso mantener mi candidatura hasta el final. Yo renuncié a seguir adelante, porque no había confianza en la conducción del proceso.

En 1967 estuve trabajando como libretista en el canal 7 de televisión, hasta que llegó el golpe de Estado de Velasco Alvarado.

Algunos días después del 3 de octubre, creo que fue a fines de diciembre de ese año, me encontré con un viejo militante del Partido Comunista, que había pasado por las filas de Acción Popular, Juan José Vega.

- Yo conozco a los militares que han dado el golpe; son de los nuestros. He sido profesor de ellos en el CAEM, han sido mis alumnos. Es muy conveniente que los conozcas, me dijo.

Juan José me convenció. Poco después, en los primeros días de enero de 1969, fuimos a Palacio. El Comité de Asesoramiento de la Presidencia, El COAP, tomaba cuerpo. Allí conversé con Fernández Maldonado, con Leonidas Rodríguez, con Gallegos y Meza Cuadra. Nos entendimos con facilidad, con espontaneidad. Nuestras vinculaciones se hicieron estrechas. Pero nada más. No tuve prisa en formar parte del equipo de los revolucionarios; me interesaba

observar cómo evolucionaban las cosas. Mientras tanto, seguí trabajando en periodismo, en la revista Así, de Guillermo Vegas León.

En 1970, el general Jorge Fernández Maldonado me llamó al ministerio de Energía y Minas, y me pidió que formara parte de su equipo como asesor en el área laboral. Necesitaba un experto para tratar con los sindicatos mineros y para formular una política general frente a los trabajadores del sector. Lo acepté.

Rápidamente, mis responsabilidades se multiplicaron. Fui destacado al ministerio de Trabajo durante dos meses. El gobierno estaba preocupado; era ministro el general Chamot, pero algo andaba mal; habían surgido problemas cuyo origen era necesario estudiarlo. Descubrí que Chamot no era culpable, lo exculpo de responsabilidad en lo que ocurría. Ocurría que estaba como director general García Calderón. Tenían concepciones empresariales diferentes; de ahí surgían los problemas.

Fui al COAP varias veces. Me llamaban con frecuencia. Hubo un cambio de ideas sobre la persona que debería reemplazar al general Chamot. El punto era delicado. Yo opiné con decisión, recomendé al general Pedro Sala Orosco, un aviador que había sido alumno de mi mamá, que frecuentaba mi casa. Creí que era el hombre más adecuado.

- ¿"El Cholo Sala Orosco"? Muchos fruncían el entrecejo. Finalmente, aceptaron.

Alvarado Bravo, omitió muchos detalles de este suceso que tuvo gran importancia en la marcha de la política laboral del gobierno militar. Yo, desde El Comercio, tuve conocimiento de la presencia de *Pepelucho* en el ministerio de Trabajo. Pero jamás imaginé el grado de influencia que había logrado en la cúpula del gobierno. El 29 de setiembre de 1970 renunció el ministro Chamot Biggs, quien fue reemplazado interinamente por el ministro del Interior, general Artola.

Fue el ministro Artola quien, de un plumazo, echó del ministerio a 19 altos funcionarios. El nuevo ministro, el general Sala Orosco, desempeñaba las funciones de agregado aéreo de la embajada del Perú en Francia y llegó a Lima recién el 2 de octubre.

Todo el aparato político del gobierno se había empeñado en celebrar a lo grande, el segundo aniversario de la revolución. Necesitaban para ello, de la ayuda de los comunistas. Isidoro Gamarra presidía la CGTP, entidad que no tenía personería jurídica ni reconocimiento oficial.

Gamarra declaró el apoyo incondicional de la CGTP a las transformaciones de la revolución; pero expresó sus reservas en cuanto a la política del ministerio de Trabajo. La CGTP quería resolver las reclamaciones sindicales bajo la mesa, con el apoyo del gobierno. De este modo, el comunismo podía copar fácilmente todas las organizaciones sindicales del país.

Gamarra y el PCP, se jugaron el todo por el todo. En esos días, Acción Popular precipitó el escándalo de la compra de las acciones del banco Continental. El gobierno nombró una comisión presidida por el general Viale para explicar lo inexplicable. Gamarra se jugó, una vez más, a favor del régimen.

El 3 de octubre, Velasco pudo presidir una manifestación gigantesca en la Plaza de Armas. Desfilaron, a lo largo de cuatro horas, las organizaciones y las personalidades más dispares. Junto con la CGTP de Isidoro Gamarra y Gustavo Espinoza Montesinos, iban Martha Hildebrandt, Róger Cáceres Velásquez, los democristianos de Cornejo Chávez, Enrique León Velarde y Zózimo Torres. Este último recibió, como remuneración, la autorización para declarar una huelga en Huando. Se anularían las parcelaciones hechas por los propietarios para beneficiar a los comunistas.

Velasco después de un violento ataque a la oligarquía, a los diarios y a los partidos políticos, adelantó una noticia: muy pronto se daría la ley que creaba un sistema de movilización de las masas.

En este asunto trabajaba intensamente, desde hacía algún tiempo, José Luis Alvarado Bravo.

Unidad, el órgano del PCP, publicó editoriales laudatorios de Velasco Alvarado. En noviembre, se promulgó la Ley de Estabilidad Laboral. En diciembre fueron amnistiados los guerrilleros, con Hugo Blanco a la cabeza, y, poco después, fue reconocida la CGTP.

El avance del comunismo había sido sensacional. Jamás, en medio siglo, habían logrado tales ventajas, y todo esto, con la protección de la Fuerza Armada.

Algo increíble estaba ocurriendo en el Perú. En Jujuy se levantó, para mí, por lo menos en parte, el telón del misterio.

- Pasada la euforia del 3 de octubre, el COAP comenzó a trabajar metódicamente para asegurar los resultados de la gestión del nuevo ministro Sala Orosco. Desde Palacio, llamaron al ministro y le dijeron que sería oportuno mi nombramiento como asesor del portafolio.

- ¿Qué dijo Sala? ¿Te nombró, feliz de la vida?

- ¡Qué te crees. El cholo de mierda se opuso a mi nombramiento. Imagínate, me debía el ministerio, y vetaba mi nombre. En el COAP, se quedaron asombrados. Pedí inmediatamente mi reincorporación al ministerio de Energía y Minas.

En junio de 1971, fue promulgado el decreto ley que creaba el Sistema Nacional de Movilización Social, el Sinamos. Fui incorporado al equipo de doce personas encargadas de poner en marcha este instrumento fundamental de la revolución.

- *¿Quiénes formaron la docena?*

- *Carlos Delgado, Francisco Guerra García, Héctor Béjar, Ismael Frías, Jaime Llosa, Gerardo Cárdenas, José Adolph, Willy Bezold, Marco Vásquez, David Mejía, Diego Robles y yo.*

- *Jaworsky también formó parte del grupo.*

- *Él fue llamado dos o tres meses después, como experto en burocracia.*

- *¿Y los militares del Sinamos? ¿Quiénes fueron los expertos?*

- *El coronel Óscar Torres Llosa y el mayor Orlando Marchesi.*

- *¿Qué pasó con el Sinamos? Los militares echan la culpa a ustedes por el fracaso de esta institución.*

- *Durante nueve meses trabajamos creando la estructura adecuada. Fueron integrados ocho organismos, con problemas, recursos y personal disímil. No existía homogeneidad en nada. Mientras nosotros trabajábamos en un proyecto, la ley fue modificada y se crearon las direcciones regionales para que los comandantes de cada Región Militar se convirtieran en los verdaderos conductores.*

- *¿Los militares tenía celos de los civiles?*

- *No sé si fueron celos. La verdad es que ellos querían manejarlo todo.*

A principios de abril de 1972, se promulgó la ley orgánica del Sinamos. El hombre fuerte de esta institución fue el general Leonidas Rodríguez Figueroa, figura en torno a la cual los periodistas enrolados en las filas de la revolución derramaban incienso y mirra; probablemente en espera de oro.

La finalidad del Sinamos era crear conciencia revolucionaria y promover la participación de la población en la construcción revolucionaria.

El gobierno nombró a los directores regionales del Sinamos; nueve de los diez directores eran los comandantes generales de cada región quienes de este modo añadían a sus funciones castrenses, otra de naturaleza ciento por ciento política.

José Luis Alvarado fue nombrado jefe de la División de Organizaciones Laborales del Sinamos, con jurisdicción sobre los sindicatos, comunidades industriales y otras organizaciones similares.

Desde hacía meses, en diferentes lugares de la República, se sucedían conflictos laborales, que parecían responder a una inspiración común. El diario El Comercio había sido ocupado por un grupo de trabajadores alentados desde Expreso y La Crónica, diarios bajo el control de los sinamistas. El gobierno

despojó de la dirección de La Prensa al señor Pedro Beltrán, aduciendo un pretexto fútil: su ausencia por más de seis meses del país.

El 22 de abril la Sociedad Nacional Agraria, con pruebas en la mano, denunció la existencia de un plan de agitación en las haciendas, promovido por elementos del Sinamos.

La respuesta de Leonidas Rodríguez fue violenta. En el mes de mayo, el gobierno disolvió la Sociedad Nacional Agraria y la Sociedad Ganadera del Perú, y el Sinamos se apoderó, en cuestión de minutos y con auxilio de la policía, del edificio, muebles y dinero de la SNA. A ninguno de estos puntos se refiere *Pepelucho* en su diálogo conmigo en Jujuy.

- El SIN, Servicio de Inteligencia Nacional, comenzó a investigar los antecedentes políticos y policiales del equipo de los doce. Comenzaron a filtrarse las acusaciones: éramos comunistas. Sinamos se pronunció a favor de la Confederación Nacional de Comunidades Industriales, lo que provocó rozamientos con el ministro de Industria y Comercio. Más concretamente, se perfilaba una pugna entre el Sinamos y la marina. También teníamos otro frente que nos preocupaba: personajes como Tantaleán se movían activamente para constituir un movimiento político de orientación fascista, aprovechando a Sindicato de Pescadores. De este modo, nació el Movimiento Laboral Revolucionario, MLR, con Cáceres Velásquez como asesor.

- ¿Del Frenatraca?

- El mismo, movía a la mafia de los pescadores.

Para colmo de los males, Carlos Delgado comenzó a exponer su teoría del "no partido": quería una integración de las organizaciones de base pero bajo la conducción de la Fuerza Armada. En realidad, sería la Fuerza Armada la que reemplazaría al partido político, y actuaría como tal.

En Palacio de Gobierno se planteó la necesidad de una central obrera; se dieron las directivas para trabajar en este sentido y fui integrado al equipo responsable. Yo expuse mi teoría: había que reunir a todas las organizaciones en una sola y prestar a ésta todo el apoyo político.

Este planteamiento encontró la inmediata resistencia del aparato militar. Los militares tenían mucho temor, podría decir hasta terror, a una central única que, en determinado momento, pudiera escaparse de su control y enfrentarse al gobierno. Pese a nuestros esfuerzos, a la labor que desarrollábamos, se deterioraban nuestras relaciones con el gobierno, lo que llegó a su clímax cuando se anunció, oficialmente, la existencia del MLR.

No nos reponíamos aún de este descalabro, cuando se anunció la creación de otro organismo, CR-CONACI, la Comisión Reorganizadora de la CONACI. Fue el resultado del trabajo del SIN, el Servicio de Inteligencia Nacional.

- Pero el SIN era Velasco.

- Desde que nació, la CONACI criticó al gobierno y al ministerio de Industria. Comenzó por pedir que se investigaran a funcionarios de este ministerio que recibían dinero.

- ¿Qué dinero?

- Coimas. Pero se promovía, con fuerza, un movimiento mafioso. No sólo el MLR; surgió también la CTRP.

Las cosas adquirieron otra cariz cuando fue llevado al Sinamos el general Rudecindo Zavaleta. Yo estudié bien la situación y consideré que había llegado el momento de renunciar. Así lo anuncié. Los otros compañeros decidieron solidarizarse conmigo, y también renunciaron. Nos llamó el Presidente Velasco a Palacio y nos pidió el retiro de nuestras renunciaciones. "Zavaleta no durará: se va a fines de este año. Es cuestión de esperar unos meses", nos dijo El Chino. Aceptamos su explicación y sus promesas. Decidimos esperar.

- Pero las cosas no ocurrieron así. Un día recibí la orden de dejar la División de Organizaciones Laborales para pasar a la asesoría de la jefatura. Comprendí que resultaba absurda mi presencia, y renuncié. Una vez más, fui llamado por Velasco.

- "Estas cosas hacen daño al gobierno; dan la impresión de que los hombres de la revolución no marchan unidos". El Chino reflexionaba con seriedad. Me dio la impresión de encontrarse abrumado por los problemas. Retiré mi renuncia una vez más. Pero, como mi trabajo en la asesoría de Zavaleta resultaba nulo, me dediqué a una labor periodística. Comencé a escribir, con seudónimos, para La Crónica. Usé los nombres de Antonio Berrocal y Mario Villanueva. De este modo, desde el Sinamos y a través de La Crónica, desatamos un ataque frontal contra el MLR. Se produjo la división de la CONACI. Pancho Guerra y Hugo Neira se fueron a Correo.

Un día de mediados de 1974, me encontré con una sorpresa. El gobierno me había nombrado su representante ante la Organización Internacional de Trabajo, la OIT, con residencia en Ginebra y sueldo en dólares. La resolución, firmada por el ministro De la Flor y con los rúbricas del Presidente Velasco, llegó a mis manos. Nunca habíamos hablado de este nombramiento. Averigué qué ocurría. Zimmermann había tramado el asunto con Sala Orosco. Lo que se quería es alejarme de Lima, del Perú, tenerme bastante lejos y bien pagado. No acepté. Me llamó el general Graham, El Colorao. Me dijo que debía aceptar, que negarme a viajar constituía una desaire para el gobierno, para el Presidente, y que éste no lo iba a aguantar.

- No soy un objeto, yo no soy una cosa disponible. Debieron consultarme antes de hacer ese nombramiento, repliqué enérgico.

No viajé. A principios de 1975, ingresó Sala Orosco como jefe del Sinamos. Presenté por tercera vez mi carta de renuncia; esta vez fue aceptada.

Trabajé como subdirector de Última Hora hasta julio de 1975. Entonces, recibí una propuesta de la OIT para trabajar. Acepté estudiar el asunto.

- *¿Olfato? ¿Intuiste el golpe contra Velasco?*
- *No viejo, qué intuición ni qué intuición. Yo supe, con pelos y señales, que se complotaba para echar a Velasco del poder.*
- *¿Cómo lo supiste?*
- *Porque me enteraron del asunto Leonidas Rodríguez y Jorge Fernández Maldonado. Discrepé del apoyo que se pretendía dar a Morales Bermúdez. Hice notar mis reservas.*
- *¿Qué te dijeron?*
- *Que el relevo era para profundizar la revolución. El golpe no va dirigido contra Velasco, es contra Tantaleán y Sala Orosco, repetían.*
- *¿Qué pasó después?*
- *En cuestión de semanas, cayeron Leonidas Rodríguez y Graham. Al primero, le pusieron una zancadilla al retirar a Justo Jara, de la División Blindada. Acepté, entonces, irme fuera del Perú, a Colombia, para trabajar por cuenta de la OIT. Permanecí todo este tiempo en Colombia, hasta que vine a fines de 1976, cuando se fundó el Partido Socialista Revolucionario. En enero de 1977, Leonidas Rodríguez fue deportado a Panamá. Me entrevisté con Leonidas en su destierro. En abril del año pasado fui contratado como asesor de la Confederación Nacional Agraria. Fui su Coordinador administrativo. Ahora estamos aquí.*
- *¿Alguna cosilla más que hayamos olvidado?*
- *Sí, una aclaración. Tú, desde El Tiempo, nos jodes mucho. Nos haces daño al presentar al PSR como vinculado a Zimmermann. ¿De dónde has sacado esta noticia? Nosotros nada tenemos que ver con Zimmermann; nosotros no somos herederos de nadie, queremos construir el socialismo.*
- *¿El comunismo?*
- *Comunismo, todavía no existe ni en la URS. Pero, no nos juntes con Zimmermann. Es una buena mierda.*

La católica doctora comunista

Los primeros Damonte que pisaron tierra americana salieron de la Venecia Euganea. Unos fueron a Cuba y se españolizaron; *Del Monte* y otro, llegó al Perú, a mediados del siglo pasado. Laboriosos, sus descendientes hacían la señal de la cruz cuando oían hablar de política. Le corrían a los partidos, al gobierno, a los montoneros, como el diablo al agua bendita, Pero, ¡quien entiende a las gentes!

Humberto Damonte Larraín, con 44 abriles auestas, ha heredado la seriedad, ese aire parsimonioso de los viejos Damonte, amigos del buen vino y del mejor queso, pero en ese continente, aparentemente imperturbable, bulle una sangre roja por partida doble. Damonte es marxista y es apasionado. No es un comunista como aquellos que, en la península de sus mayores, lanzan vivas al Partido los domingos a mediodía, y terminan en la noche rezando en la iglesia más próxima. Humberto Damonte quiere organizar al Perú al modelo de... ¿cuál será el modelo? Porque, el líder cuarentón demuestra, una vez más, que es posible mezclar el agua con el aceite. Es, privadamente, aficionado a los negocios. Prospera, dentro de la relatividad de los conceptos, como un comerciante ordenado. Digamos, con más precisión, es un editor, un empresario cuya conciencia se tranquiliza cuando a la plusvalía la llama *excedente*, en vez de *utilidad*.

Humberto nació en Lima, de padres limeños. Perdió al papá cuando apenas tenía cinco años. La mamá, voluntariosa, sostuvo el hogar y formó a los hijos dentro de la escuela rígida de la clase media peruana.

Estudió, como suelen hacerlo los descendientes de italianos, en el colegio Antonio Raymondi. Su profesor de Gramática Castellana fue nada menos que Luis Bedoya Reyes, el ahora líder del Partido Popular Cristiano, ideológicamente ubicado en las antípodas del contertulio de Jujuy.

- *¿Qué tal profesor era el Tucán?*

- *Bueno, bastante bueno. Desde muy joven ha tenido en el pico su mejor capital.*

Hijo de un pequeño comerciante, Humberto se matriculó en la Universidad Católica para estudiar Ciencias Económicas y Contabilidad.

Contrajo matrimonio en Lima y tiene tres hijos, dos hombres y una mujer, también limeños.

- *En la Universidad Católica tenía un horario cómodo, que me permitía estudiar y trabajar. Logré una colocación en el banco de Crédito, en la oficina próxima a la calle Lártiga, donde la universidad tenía sus aulas. Yo quería estudiar; entonces, los pelos se me ponían de punto cuando me hablaban de las actividades políticas de los estudiantes. La vida comenzaba, para mí, con demasiada seriedad.*

Pálido, delgado, da la impresión de ser algo enclenque. Sus compañeros, en Jujuy, le tratan con respeto, con consideración. Me parece que el hecho de manejar un negocio, no obstante su profesión de fe marxista, le proporciona un aire relevante en este mundillo de los enemigos de la burguesía. En medio de los nervios excitados, de los rostros crispados, de las manos sudorosas y de las voces entrecortadas de los camaradas, Damonte destaca por su actitud calmada, casi monacal.

- Mi actividad política se inicia en 1953, en la Federación de Empleados Bancarios. En ese tiempo, en la FEB se respiraba un aire conservador. Parecía ser una asociación de empleados con fines benéficos o mutualistas. Los líderes pertenecían al partido aprista o estaban influenciados por este partido. Mis ideas eran distintas. Me agrupé con quienes querían cambiar la línea de la institución; para ello había que luchar contra el escollo principal, el Apra.

- En 1956 formamos la Unión de Trabajadores Democráticos; me propusieron para integrar la lista de candidatos a diputados de Belaúnde Terry. Lo acepté. Tenía 25 años de edad. En torno a Belaúnde se habían alineado a los socialprogresistas, Acción Social de Izquierda, el Frente Nacional de Juventudes y los amigos del candidato a la Presidencia. El proceso electoral no me favoreció personalmente. Continué mis labores en la Federación de Empleados Bancarios.

En 1958, presidía la FEB un aprista, Eusebio Cabrera. Éste llegó a un acuerdo en el ministerio de Trabajo, sobre reclamos de los empleados bancarios. Se realizó una asamblea para escuchar el informe de la directiva. Fue muy sencillo llevar adelante un voto de censura y echar a los apristas. Me nombraron secretario general provisional para preparar las elecciones en un plazo de treinta días. Fue un momento de trabajo muy intenso. Las elecciones se realizaron en julio de ese año y fue elegido secretario general Germán Ugarte Lloret. Yo formé parte de esta directiva.

La Central Sindical de Empleados Particulares era otra entidad, para esa época muy activa. Libraba una campaña para evitar que el gobierno echara mano de los fondos de las indemnizaciones de los trabajadores para llevarlos al Seguro Social. En la Central Sindical estaban Sergio Arboleda, Guillermo Sheen Lazo y otros dirigentes.

En 1958, la Central Sindical convocó a una manifestación para protestar por el aumento del costo de vida. Las autoridades prohibieron esta demostración que, como es natural, se llevó a cabo de todos modos. El mitin fue accidentado; eran días del gobierno de don Manuel Prado. Fui detenido y conducido, con cinco dirigentes más, al panóptico, a la prisión que quedaba en el Paseo de la República, en el lugar donde hoy se encuentra el hotel Sheraton.

El gobierno nos inició un proceso penal. Nos acusaba de resistencia a la autoridad, de rotura de vidrios, es decir, de todas aquellas cosas que se les ocurren, en casos como éste, a los abogados del gobierno.

Germán Ugarte asumió la jefatura del movimiento sindical y declaró, un día sábado, una huelga general en nuestro apoyo.

Comenzó a moverse la maquinaria judicial. Los recursos legales son ingeniosos y nadie sabe a dónde pueden conducir. El juez, en la primera diligencia a la que concurrí, cuando se trató de mi persona, puso "reo ausente", a pesar de que yo me encontraba presente. La Federación nombró a varios Abogados para que asumieran nuestra defensa. Estuvieron allí Alberto Ruiz Eldredge, Raúl Peña Cabrera, y otros más. Cuando yo me encontraba frente al juez, en el día culminante del proceso, llegó el doctor Ruiz Eldredge. El juez se puso frenético:

- ¿Quién es este individuo? ¡Yo no lo conozco; que lo echen, que me lo saquen! gritó.

Ruiz Eldredge se puso bravo; a voz en cuello, pedía mi libertad inmediata. El juez, impertérrito, siguió adelante y dictó a su secretario:

- "En este estado de la diligencia, irrumpió un individuo llamado Ruiz... ¿Ruiz qué? ¿Ruiz qué? Ruiz Eldredge, quien en forma grosera..."

- Firmen el acta, ordenó el juez.

- No firmo, dijo Ruiz Eldredge, plantado en el centro de la habitación.

- Firme usted, me dijo el juez, gritando.

- Yo no firmo, contesté.

El juez estaba al borde del colapso. La cólera le hacía respirar trabajosamente; se recogía el pantalón con insistencia, como si fuese a saltar sobre nosotros. Llamó al director del panóptico, a grandes voces.

- Me los pone a todos en una celda de rigor.

El director murmuró algo, dijo algunas palabras al oído del magistrado. Comenzaron a cuchichear. Hablaban como moscardones; finalmente, abandonaron la habitación. A los veinte minutos regresó el secretario:

- Están en libertad bajo caución.

Entonces, Damonte aprendió las primeras letras del abecedario del agitador comunista. Es muy fácil entrar a la cárcel, abrumado de acusaciones; pero resulta más fácil salir de ella, con la aureola del martirio. Existe una relación directa entre la carcerería y el prestigio político; de donde, por esos malabarismos marxistas, el estímulo más grande para el crecimiento del movimiento comunista es la intransigencia policial.

- En 1959, tuvimos una huelga de 60 días, y debimos cobijarnos en San Marcos. Entonces se estrecharon nuestros contactos con el Movimiento Social Progresista.

Mi labor sindical fue intensa. Con los colegas de aquella época fundamos los colegios cooperativos. Habíamos contratado a maestros de gran prestigio como Augusto Salazar Bondy y Rosalía Avalos de Matos.

Poco después, dentro de la Federación, tuve que enfrentarme con la tendencia que lideraba José Luis Alvarado Bravo. Esto ocurrió en 1959. Fuimos tres candidatos para la secretaría general: Pepelucho, Sergio Arboleda y yo. Fuimos a otro proceso, por elección universal y no por delegados. Gané, ampliamente, a los otros candidatos y conduje a la FEB durante dos años 60 y 61.

Compramos el local propio de la FEB; y, a fines del 60, me afilié al Partido Social Progresista.

La Federación de Empleados Bancarios participó activamente en la fundación del Frente de Defensa del Petróleo, con el general Pando Egúsqüiza a la cabeza. Estuvimos con la Federación de Choferes del Perú. Posteriormente, esta agrupación se transformó en el Frente de Liberación Nacional. Entonces, la FEB se retiró.

En 1961, fui invitado, como secretario general de la FEB, a la Habana. Llegué un primero de enero. Asistí a una actuación e, inmediatamente, recibí una llamada telefónica de Lima. El gobierno había suspendido las garantías y me pedían volver a Lima. En mayo de ese mismo año, Lázaro Cárdenas organizó el Congreso para la Independencia de los Pueblos, la Libertad y la Paz. Me invitó. Terminado el evento, fuimos invitados a Cuba. Dejé México y viajé a conocer a Fidel Castro. Eran los días en que el pueblo cubano esperaba la invasión yanqui. Yo dormí, con miles de personas, en la playa de Cochinos. Todo esto, para mí fue una novedad, había un cambio notable en la estructura y en la conducción del Estado.

En 1962, el Partido Social Progresista lanzó como candidato propio a la presidencia de la República, al doctor Alberto Ruiz Eldredge y sus candidatos al Parlamento. Yo figuré entre los candidatos a diputado. Las elecciones fueron anuladas.

Damonte pasa rápidamente a otra cosa. No menciona, para nada, que en las elecciones de 1962, se inscribieron siete candidatos a la presidencia; y el MSP, con el doctor Ruiz Eldredge, obtuvo el puesto número 7. Es decir, resultó a la cola. Los resultados oficiales, que proporcionó el Jurado Nacional de Elecciones, al concluir su labor, fueron los siguientes: Haya, 557 mil votos; Belaunde, 544 mil votos; Odría, 480 mil votos; Cornejo Chávez, 48 mil votos; Pando Egúsqüiza, 33 mil votos; Luciano Castillo, 15 mil votos; y Ruiz Eldredge, 9 mil votos.

El descalabro del Movimiento Social Progresista fue, pues, espectacular. El MSP, en su plataforma electoral, había ofrecido mucho de lo que, a partir de 1968, comenzó a ofrecer y a hacer, el Gobierno Revolucionario; por ejemplo, los socialprogresistas ofrecieron en 1962, la reforma de la empresa "para poner la dirección económica de las unidades de producción en manos de la comunidad, y la producción al servicio del ascenso personal y social del hombre".

Los líderes del MSP figuraron después en forma notable en los cuadros del velasquismo. Entre los más prominentes figuraron, en 1962, los siguientes: Germán Tito Gutiérrez, Alberto Ruiz Eldredge, Francisco Moncloa, José Matos Mar, Guillermo Sheen Lazo, José Luis Villarán, Adolfo Córdova Valdivia, Ricardo Llaque Descalzi y Efraín Ruiz Caro. Todos miembros del comité ejecutivo nacional; después estuvieron, con algunas excepciones, en el diario Expreso.

El comité consultivo nacional, estuvo formado por las siguientes personas: Santiago Agurto Calvo, Jorge Bravo Bresani, Guillermo Figallo Adrianzén,

Abelardo Oquendo, Augusto Salazar Bondy, Manuel Velásquez, Leopoldo Vidal y Rosalía Ávalos de Matos.

Finalmente, el tribunal disciplinario estuvo integrado por Pablo Uceda Paredes, Luis Anavitarte C., Jorge Campos Rey de Castro, Miguel Cortez Seminario, Guillermo Proaño y Oscar Macedo.

- En las elecciones de 1963, el socialprogresismo se abstuvo. No intervino. Yo fui designado secretario de organización. En julio de ese año, al producirse el triunfo de Belaunde, parte de los dirigentes fue a felicitar al vencedor. Ofrecieron su colaboración, con Ruiz Eldredge a la cabeza.

Un sector del partido protestó por esta actitud; se produjo la escisión del movimiento. El comité directivo acordó la reinscripción. Fue un fracaso, pues casi nadie pidió volver a las filas del partido. Éste, en la práctica, dejó de existir.

En la dirección de la FEB, me sucedió José Luis Alvarado. En esos momentos, la consigna era unidad contra el belaundismo. Eran los años de auge del populismo; la FEB fue cogobernada por Pepelucho y por mí.

En el Congreso Bancario de 1963 los belaundistas, demócrata cristianos y apristas, formaron frente a los progresistas. Elegimos, fácilmente, a José Luis Alvarado como presidente del Congreso. Secretario general, fui elegido yo; los apristas abandonaron el Congreso.

En las elecciones de 1964 se presentaron tres listas de candidatos:

La izquierda, unida en torno a Humberto Damonte; los belaundistas, con Mejía; y los apristas, que finalmente decidieron abstenerse. Retiraron su candidato y apoyaron al hombre del belaundismo, a Mejía, quien, finalmente, ganó la secretaria general.

Mejía no era el hombre adecuado para ese momento; quiso jugar con el gobierno, pidió la reducción del horario de trabajo en los bancos.

En 1964, ideológicamente, ya estoy convencido del socialismo. Soy un comunista firme y confeso. Ese año fundé, con Francisco Moncloa, una empresa con cero soles de capital, Francisco Moncloa, Editores. La aventura se prolongó por 36 meses hasta que se transformó en Editorial Horizonte, también con cero de capital. Comerciamos con libros, importamos, distribuimos. Llegamos a editar 25 títulos.

El 4 de marzo de 1970, me llamaron de Expreso. Fui al local del sindicato, donde me dieron una credencial para ingresar al edificio del diario. Me encontré con Ruiz Caro. Éste había confeccionado una lista para la gerencia de la empresa; el gobierno me escogió. Acepté por un período de seis meses, mientras se organizaba la cooperativa.

Damonte se refiere a la *expropiación* del diario Expreso, que ordenó el gobierno de Velasco por medio del decreto ley 18169. Editora Nacional S. A., era la empresa propietaria de los diarios Expreso y Extra, uno de cuyos principales accionistas

era Manuel Ulloa, ex ministro de Hacienda de Belaúnde. El Partido Demócrata Cristiano, la CGTP, el Partido Comunista y el semanario OIGA, apoyaron la llamada expropiación que, en realidad, fue una brutal apropiación con el apoyo de la policía.

El impacto de la expropiación y su entrega ostensible a personas identificadas con el comunismo, causó una honda impresión en todo el país pero también en el seno de la Fuerza Armada. Velasco, personalmente, llamó por teléfono al general FAP Eduardo Montero Rojas, quien, en ese momento, desempeñaba las funciones de presidente del Comando Conjunto. Le pidió que organizara una demostración de respaldo de la Fuerza Armada al Presidente Velasco. El 20 de marzo se realizó la manifestación. Jefes y oficiales de todas las armas, de Lima y provincias, acudieron a Palacio a exteriorizar su apoyo al gobierno. El discurso del presidente del Comando Conjunto fue preparado por el COAP. Velasco, en su respuesta, rechazó las acusaciones que se hacían a su gobierno, de llevar al país al comunismo: "No es comunismo luchar contra el subdesarrollo: no es comunismo, rescatar al campesino de su miseria secular; no es comunismo combatir a una oligarquía que envileció a este pueblo; no es comunismo, ni extremismo luchar de veras contra la injusticia, contra el hambre, contra la explotación". Denunció la existencia de un complot para dividir a la Fuerza Armada. OIGA, que llevaba adelante los estandartes del velasquismo, comentaba con alborozo, el discurso de El Chino Velasco: es una advertencia final, decía, a los sectores militares convencidos por la derecha. La derecha calla y toma nota. Se agarra de una frase de Velasco en que dice que no es un gobierno comunista, y a partir de allí cubre la retirada.

- Pasaron los seis meses, y el gobierno no aclaraba cuál era su intención con respecto a los diarios. Esto ocurrió entre 70 y el 71. En vez de afirmarse la cooperativa de Expreso y Extra, un nuevo directorio sin nombramiento, nombrado de hecho por gobierno, entró en funciones. Nos dicen que el sindicato es el administrador. Y nosotros, ¿qué hacemos aquí? pregunto Vigilar, sólo vigilar, me contestan. El director es Hernando Aguirre Gamio, quien formó una troika con Frías y Adolph. Los funcionarios se van retirando.

Se inicia una fuerte campaña de El Comercio contra Expreso. Entonces, el sindicato pide que el gobierno regularice la situación. El gobierno se despierta y nombra un nuevo comité.

- Existe una pugna interna en el gobierno con respecto a Expreso. Carlos Delgado quiere apoderarse del diario, y, por intermedio de Frías, se opone a la entrega del periódico a los Sindicatos. Hay dificultades crecientes. Llega un comandante retirado, el señor Basulto. Pero es imposible componer la situación.

- Pero, ¿qué hay sobre los malos manejos, sobre el famoso festival de Agua Dulce, por ejemplo?, pregunto.

- El festival tenía un presupuesto de cuatro millones de soles. Dos millones debía aportar el gobierno mediante avisaje, y Expreso, los otros dos millones. Trabajan en la empresa Chabuca

Granda y César Calvo. Pero no llegó la colaboración del gobierno; el diario cargó con todo. Yo fui al Sinamos a hablar con Carlos Delgado. Le expliqué lo que ocurría. Me ofreció ayudar pero, simultáneamente, me dijo que Landa y Moncloa eran comunistas.

- Pero, era una empresa en buena situación económica cuando pasó a tus manos, ¿o no?

- Recibí la empresa con una pérdida, en libros, de dos millones de soles. La pérdida real era de 10 ó 12 millones de soles, por inversiones no realizadas. Hice una reestructuración y cerré el año con dos millones de utilidad.

- Íbamos por buen camino. Entré en tratos para la compra de una rotativa de El Universal, de Caracas, por 350 mil dólares. Era un verdadero regalo. Cofide aprobó la operación. Hicimos algunas pruebas; el gran paso para poner a los dos diarios en pie de eficiencia y de competencia, parecía a punto de darse. Pero continuaban los problemas internos, las pugnas. Salió Aguirre Roca y entró Efraín Ruiz Caro. Tres veces presenté mi renuncia. La campaña de El Comercio obligó a quedarme, yo no podía abandonar el barco en medio de un tremendo cuestionamiento. Entró a actuar la Contraloría General de la República.

Nuestro diálogo se interrumpe. El vendedor de periódicos llega, en horas de la tarde, con sus ediciones de la localidad. Hay que leer qué dicen los periodistas jujeños. No hay por qué preocuparse; el tiempo es lo que sobra a los deportados. Esto es lo que creíamos. No sospechábamos que los sucesos se acelerarían y que la conversación se reiniciaría en condiciones otra vez dramáticas.

Yo tuve preso al presidente Prado

Lunes 29 de mayo de 1978.

- No, ¡no aguanto más!

Arce Larco, con ropa de civil, pero enfundado en su abrigo azul de marino, se puso en pie, bruscamente. Todos le seguimos con las miradas pero, el más sorprendido, casi irritado, fue su colega Faura Gaig.

Nos encontrábamos en un ángulo de la enfermería de Jujuy, en el extremo opuesto a la puerta de ingreso. Allí estábamos a salvo de los escuchas del Ejército Argentino, decían los prisioneros. No repararon que conversábamos junto a una puerta, que permanecía cerrada, donde estaba la imagen de una Virgen. Desde el otro lado, cualquiera podía escuchar todo lo que hablábamos.

Era el quinto día de nuestra reclusión.

Muy temprano, habían llegado Arce Larco y Faura Gaig para analizar, con nosotros, la situación. Teníamos como material de trabajo los diarios de Buenos Aires.

El periodismo argentino no está *parametrado* como el peruano. El gobierno no dice qué debe publicarse y qué debe ocultarse. Hay una regulación sobre las noticias vinculadas a la *guerra sucia*, al enfrentamiento entre las fuerzas armadas y grupos terroristas o guerrilleros. Pero, en sus análisis políticos, los periodistas se mueven con libertad. Si bien no existe una prensa de extrema izquierda, la lectura de los diarios grandes, celosos de su idoneidad, proporcionan una imagen bastante real de los hechos.

Ese día, era evidente que la situación de los prisioneros peruanos preocupaba a los periodistas de Buenos Aires. Éstos especulaban sobre nuestro posible confinamiento en la ciudad de Córdoba, y ponían énfasis en el obstinado silencio de las autoridades de la policía en la capital.

La Nación publicó un despacho de su corresponsal en San Salvador de Jujuy. Léimos, una y otra vez, este breve comentario:

Hasta ayer en la tarde no se había proporcionado información oficial alguna, pese a los insistentes requerimientos periodísticos. Sólo se admite, en las esferas autorizadas, la inminente aparición de un comunicado cuya elaboración conjunta se atribuye al ministerio del Interior y al III Cuerpo de Ejército, con asiento en Córdoba, y del que depende el comando con guarnición en Jujuy.

El mismo diario consignaba un hecho que nos permitiría formular, de un lado, hipótesis, sobre la naturaleza del operativo militar consumado por los ejércitos del Perú y de Argentina; y, de otro lado, el interés de la policía argentina en desligarse de este incidente.

La Nación decía:

Por su parte, el delegado de la policía federal en esta provincia (Jujuy es la provincia; y San Salvador de Jujuy, la ciudad Capital), comisario Horacio Orden, declaró que los efectivos a su cargo no habían intervenido en el procedimiento de recepción, y consiguiente entrega a la autoridad militar, del grupo de peruanos desembarcados en el aeropuerto local.

El análisis de estas noticias, durante dos horas, volvió a sembrar el desconcierto entre los políticos. Para mí, las cosas resultaban más sencillas. La maquinaria administrativa en Argentina, como en Perú, se movía con pies de plomo. Me parecía que debíamos mostrarnos satisfechos por la preocupación de los periodistas argentinos y por el espacio preferente que los diarios concedían a nuestro caso, en San Salvador de Jujuy y en Buenos Aires. Pero la actitud de los líderes de la izquierda era diferente, lo que acentuó mis dudas sobre su

objetividad y, por tanto, sobre la corrección de sus análisis. Trataban de encontrarle, de todos modos, *cinco pies al gato*. Cualquier hecho podía servirles de sustento para denunciar una amenaza contra sus vidas. El gato tenía cuatro patas pero, en un periquete, descubrían *la quinta extremidad*. Si en vez de recluirmos en la enfermería de un cuartel, nos hubiesen llevado a una suite del hotel Plaza, ¿qué hubieran dicho los políticos extremistas? "Todo esto es una trampa, como las de Agatha Christie, para envenenarnos con algún finísimo potaje, y ocultar todas las huellas del crimen".

Pero, por otro lado, no podía desestimar la experiencia acumulada por los comunistas, en sus exilios y encarcelamientos; ni la de los dos ex ministros, en ordenar y organizar deportaciones de los adversarios de Velasco. Para mí, ésta era mi primera experiencia. Es verdad que un periodista jamás puede invocar la *inocencia* como excusa; pero también era cierto, que no podía echar en saco roto las experiencias y las elucubraciones de mis compañeros de prisión.

Un hecho era claro: las autoridades argentinas, preparadas para enfrentar con rapidez los sucesos políticos de violencia, vacilaban en cuanto a la solución que debían dar al caso de los peruanos. Esto revelaba la precipitación con que había actuado el gobierno peruano al entregarnos al Ejército Argentino, y la precipitación de éste al asumir, alegremente, el papel de carcelero de civiles extranjeros.

Para mí, había otro hecho cierto: el gobierno del Perú, deliberadamente, demoraba la entrega a las autoridades argentinas de los antecedentes políticos y policiales de cada uno de los detenidos. Nos había entregado indocumentados, como si nos hubiesen capturado en un acto de guerra, sin papeles de identidad. Felizmente, Arce y Faura viajaron uniformados. Si no hubiera ocurrido así, los trece peruanos pudimos ser calificados como terroristas, enemigos de las fuerzas armadas argentinas, con las consecuencias del caso. Las autoridades de Buenos Aires trataban, por medio de las declaraciones de cada uno de los detenidos, de reconstruir una ficha de identidad.

- *Yo no aguanto más*, había dicho Arce Larco.

La tensión, otra vez, la había llegado a su clímax. El ex ministro, con el rostro contraído, agregó:

- *Voy a protestar ahora mismo por el trato que se está dando a un jefe de la Marina del Perú. Debo actuar en la forma más enérgica; yo no soy ningún delincuente. Esta situación no puede prolongarse por más tiempo. Nosotros no tenemos por qué pagar las consecuencias de la inmadurez del gobierno peruano y de la precipitación de las autoridades argentinas. De Lima mandan un "paquete" y éste quemará las manos de las autoridades de Buenos Aires. Que se las arreglen entre ellos, pero yo no aguanto más.*

Faura Gaig pareció el más sorprendido por la actitud de su colega. Me pareció que no quería quedarse atrás. Habló con lentitud, pero con solemnidad, como quien lee una sentencia:

- Yo voy a esperar hasta el miércoles. Esta es la fecha tope que me he fijado. Ese día, a las 9 de la mañana, adoptaré una decisión individual, que es de mi exclusiva responsabilidad personal y que, por tanto, no tengo por qué consultarla con nadie ni anunciarla en este momento.

Arce Larco, con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo, se paseaba de un lado a otro, inquieto. Un silencio pesado descendió sobre el grupo. Los marinos rivalizaban en dramatismo y habían entrado en una especie de contrapunto. Faura Gaig prendió un cigarrillo y lo fumó con lentitud, silencioso. Parecía disgustado por la salida de su colega. Hugo Blanco, farfullero, parecía divertido. Ese día, Arce Larco se enfrentaría al coronel, impetuoso; y dos días después, Faura Gaig se declararía en huelga de hambre. Esto parecía claro.

Al rato, Arce se reincorporó al grupo. Tomando del brazo a Napurí, pero dirigiéndose a todos, dijo, esta vez con buen humor:

- Yo soy un verdadero artista. A ver, analicen esta dato.

Faura lo miraba fijamente, como si esperara otra sorpresa.

- Esta mañana —continuó diciendo Arce—, me sentí algo enfermo, mal del estómago. Fui a ver al oficial. Me siento mal, con ganas de vomitar, le expliqué. El oficial de Sanidad me atendió con mucho interés. Conversamos; del diálogo participaron otros oficiales. Uno de ellos comentó que sabía, por un amigo, que había llegado a San Salvador de Jujuy, un grupo de civiles, miembros de una comisión de alto nivel, del gobierno de Buenos Aires.

Faura pareció disgustado. Era ostensible que Arce, como dicen en Lima, *se mandaba la parte*, alardeaba delante de los civiles. Percibió el interés que despertaban sus palabras y sonreía de buena gana.

-¿Quieren saber algo más? Mientras me tomaban la presión y la temperatura, seguí dialogando con los oficiales, empujándolos para que hablaran. Los viajeros de Buenos Aires fueron recibidos en el aeropuerto por personal de la policía local, de San Salvador. Esa es gente que ha venido para decidir nuestra suerte. ¿Cómo la ven?

La conversación se dispersó. Los dos marinos comenzaban a interesarme. Eran dos personalidades diferentes, extrovertidas, más Arce que Faura; y celosos, y susceptibles, más Faura que Arce. Intenté abordarlos, independientemente, como hacía con los civiles, para una charla prolongada; pero resultó imposible. Ellos no padecían el problema del enclaustramiento que vivían los comunistas; podían hablar con los oficiales, desplazarse con más amplitud que nosotros. Pero algo saqué en blanco.

Arce Larco fue compañero de promoción de López Jiménez y de Vargas Caballero; fue el primero de su promoción, premiado con la Espada de Honor. Sus ascensos nunca sufrieron retraso alguno, hasta contraalmirante.

En julio de 1962, el capitán de Navío José Arce Larco era jefe de flotilla; y el capitán de Fragata Jorge Parra del Riego era comandante del BAP "Callao".

El día 18, la Fuerza Armada depuso al entonces Presidente de la República, doctor Manuel Prado, quien fue hecho prisionero en Palacio de Gobierno, en horas de la noche.

El Comando Conjunto de la Fuerza Armada ordenó que el Presidente permaneciera detenido a bordo del BAP Callao. Asumió la presidencia de la República una Junta Militar integrada por cuatro co-presidentes; y la presidencia de la Junta, el general del Ejército Pérez Godoy.

Junto con Prado, llegaron al Callao sus ministros, Ricardo Elías Aparicio, de Gobierno, y Raúl Gómez de la Torre, de Justicia; los miembros del Jurado Nacional de Elecciones, Alberto Ferreyros y Gálvez Sousa; el director de gobierno, Hernán Guerinoni; el prefecto de Lima, Crovetto; Mariano Prado Heudebert, banquero, sobrino del Presidente; y el comandante Alfonso de Rivero Winder, su edecán. Fue una curiosa caravana que dice mucho de la forma cómo se hacen las revoluciones en el Perú.

Prado y sus amigos viajaron, desde Palacio al BAP Callao, en una furgoneta destartada. Atrás, venían varios vehículos con sus amigos; en otros carros del Ejército, llegaban otros amigos en condición de detenidos. Fueron impedidos de subir a la nave, no obstante sus deseos de permanecer con Prado, José Peña Prado; el jefe de la Casa Militar, Enrique Ciriani; el ministro de Aviación, Salvador Noya Ferré, y algunos más.

Gálvez Sousa sintió un súbito malestar. Las autoridades navales decidieron evacuarlo inmediatamente para evitarse complicaciones. Se fue a su casa.

Los prisioneros sólo llevaban la ropa que tenían puesta. Recibieron autorización para dirigirse a sus familiares y solicitar lo que necesitaban.

- *Aquí están estas cartas, abiertas, para que puedan leerlas*, dijo Alberto Ferreyros.

- *Nadie tiene por qué leer sus cartas; estamos con caballeros*, dijo Arce Larco.

Fueron tratados con respeto; se les invitó a pasar al bar del Callao para que tomaran sus tragos. Ferreyros se quedó en su camarote. Su cólera no amainaba; seguía indignado por los acontecimientos.

Llegaron las maletas de los inesperados huéspedes del barco. Esa misma madrugada fue liberado Mariano Prado. El comandante Rivero Winder insistió en quedarse junto al doctor Prado, dispuesto a acompañarlo en cualquier circunstancia.

- Yo no recibí instrucciones concretas sobre el tratamiento que debería dar al Presidente Prado. Decidí concederle las mayores facilidades, tratarlo con la mayor deferencia. Era un hombre de nervios templados, como lo probaba el relato que hacían sus colaboradores de la forma cómo se habían producido los dramáticos momentos que precedieron a su detención por el Ejército. Pero, esa primera noche se le notó excitado. Me acerqué, acompañado del Médico, para ofrecerle una pastilla. La rechazó, mortificado, casi molesto. Señor Presidente, le dije, no tenga usted desconfianza, es un sedante; el médico y yo vamos a tomar otras pastillas, del mismo frasco. El Presidente se tranquilizó, tomó la pastilla y adoptó un aire cordial. Al día siguiente, llegó doña Clorinda Málaga de Prado, la esposa de nuestro prisionero. Yo me adelanté a recibirla. La señora, elegante como siempre, vestía un traje sastrero de dos piezas, de color oscuro. "¿Dónde está el Presidente?", dijo gritando. Ni siquiera me contestó el saludo. Creyó, seguramente, que su esposo estaba maltratado. No podía pensar que fuese una dama maleducada; tenía que justificarla, había sido hasta unas horas antes la primera dama del Perú. Ordené que el Alférez Sato, de la Reserva Naval, la atendiera. Me retiré. Más tarde, la señora Prado preguntó por mí. Su esposo, probablemente, le informó sobre el tratamiento que la Marina le dispensaba. Ningún oficial se hizo presente para despedirla. Doña Clorinda estrechó las manos del alférez Sato, le dio un beso en la mejilla, y le dijo: "En la persona de usted agradezco el tratamiento que está recibiendo aquí mi esposo. Estos son también los sentimientos de mi familia".

Arce Larco habla con efusión, con entusiasmo, de su vida en aquella época. Es un hombre que no mantiene la continuidad de una conversación, salta con facilidad de un tema a otro, de modo que hay que fijarlo con algún esfuerzo. Volvemos al tema de la prisión del Presidente Prado.

-El capitán de Corbeta Barrón comandaba una de las patrulleras que escoltaba al Callao. Era, en forma figurada si se quiere, un custodio de Prado. "Pido que me releve de esta función; Prado es amigo de mi padre y de mi familia; yo no puedo ser carcelero de quien considero mi amigo", me dijo. "Tienes razón, la amistad es un gran valor y la familia está por encima de la política", le contesté. Barrón se fue a cumplir otras misiones.

- ¿Llamó el Presidente Pérez Godoy para preguntar cómo estaba el doctor Prado?

- A mí, no. Pero Prado recibió un mensaje escrito, de saludo, de Pérez Godoy. "He ordenado que le den el mejor tratamiento", decía Pérez Godoy a Prado. Pero, en realidad nada de esto había ordenado. El almirante Pease Olivera, ministro de Educación de la Junta de Gobierno, envió una botella de whisky a los detenidos.

- ¿Había instrucciones sobre el trato que debían recibir los detenidos?

-A las seis de la tarde deberían estar en sus camarotes; y no podían recibir visitas. Yo no hice caso de estas disposiciones. La Marina no recibía órdenes del ministro del Interior.

- Pero, ¿te dieron las órdenes, sí o no?

- Sí. Yo contesté por radio, la Marina no es carcelera de nadie. Aquí se da el trato que acuerda la Marina.

-¿En qué terminó todo eso?

-Después del 28 de julio, ordenaron que fuera conducido en un helicóptero a la casa de los Mazuré. Rivero Winder insistió en acompañarlo. Las órdenes eran llevarse a Prado solo.

-Yo impartí las órdenes, con energía. El señor Prado viajaba con su edecán; y si era necesario bajar a un tripulante del helicóptero, lo bajaba. El piloto me hizo caso. Rivero Winder dio ejemplo de caballerosidad, de lealtad. Es una virtud que los marinos sabemos apreciar.

-¿Hubo algún contacto posterior con los pradistas?

-Los colaboradores de Prado continuaron en el BAP Callao algunos días más. No sé si uno de ellos, el señor Ferreyros, o todos, presentaron un recurso de hábeas corpus ante el juez instructor del Callao, el doctor Scaramone. Antes de que el juez dictara alguna resolución, se ordenó la libertad de todos.

Algún tiempo después, fui invitado a almorzar por quienes habían sido mis prisioneros políticos. Fue un encuentro muy cordial, que para mí se convirtió en inolvidable. Me entregaron un presente que conservo en mi biblioteca. Es una colección de la Historia del Perú, del doctor Jorge Basadre, con la firma de todos los huéspedes del BAP Callao.

- ¿Huéspedes como somos ahora nosotros, huéspedes de Jujuy?

- No, las cosas fueron diferentes. Almorzábamos y comíamos los oficiales con los detenidos. Recuerdo, por ejemplo, que el 28 de Julio se preparó un menú especial; y lo mismo ocurrió el uno de agosto, fecha en que se despidieron nuestros amigos.

Habla con ellos, búscalos, te dirán cómo se portó el Cholo Arce, cómo se porta un marino del Perú, como un caballero. No como aquí, que nos tienen encerrados, dándonos comida de la tropa; y creo que hasta la tropa come mejor.

Fichados en Jujuy

- ¿Usted es don Federico Napurí?, preguntó el niño.

- *Sí, soy yo*, contestó el viejo.

- *Yo soy Ricardo Napurí Schiapiro, su hijo*.

El viejo obsequió al niño un billete de cinco soles. Ese día, en la hacienda Santa Rosa de Lurín, propiedad de los Silva Elguera, se llevó a cabo la única entrevista, en toda una vida, entre el viejo agricultor y aventurero, disoluto y atropellador; y el niño, sensible y romántico, que había, prematuramente, aprendido a llorar el dolor del abandono familiar. También era experto en ocultar las lágrimas, porque se hizo prematuramente hombre.

Federico Napurí, el viejo, contrajo matrimonio con una bonita y frágil chiquilla argentina, por cuyas venas corría abundante sangre de judíos ucranianos. El jefe de familia tenía la cabeza caliente y su hogar, establecido en el puerto de Supe, en la provincia de Barranca, al norte de Lima, naufragó. Cinco hijos no fueron suficientes para que Napurí, el viejo, se decidiera a sentar cabeza. La señora Schiapiro de Napurí viajó a su patria, Argentina; se reunió con los suyos en Buenos Aires; miró hacia atrás su experiencia peruana, su ilusión de adolescente brutalmente deshecha, y un día quiso suicidarse. Muchos años han pasado desde entonces, pero en su rostro, ajado por muchos otoños llenos de hojas secas, se encuentran rasgos de su pretérita belleza.

En junio de 1978, llegó una mañana, con la puntualidad de una ucraniana, vale decir, con la precisión del segundo, al hotel River House, de Buenos Aires. De allí salió con paso menudo, erguida aún su cabecita blanca, escoltada por los lobos de mar del Perú, por Arce Larco y Faura, para ingresar al edificio de la policía argentina, en la calle Moreno, en uno de cuyos calabozos se encontraba su hijo, Ricardo Napurí Schiapiro, el ex piloto de la Fuerza Aérea Peruana, que amenazó con secuestrar el avión Hércules, en la Base 8 del Callao, aventura con que se inicia este relato.

Napurí, el Viejo, desapareció, hace tiempo. Para él, no hay lugar en esta historia.

El niño Napurí estudió en la Escuela Superior Velásquez, de la calle Padre Jerónimo, en Lima, e ingresó a la escuela de la Fuerza Aérea del Perú. El 3 de octubre de 1948 se negó a bombardear un barco, sublevado en el Callao a favor de los apristas y en contra del régimen del doctor José Luis Bustamante y Rivero.

El 27 de ese mismo mes y año, Bustamante fue derrocado por el general Odría. El teniente Napurí fue dado de baja, días después, por una *invalidez física* que nadie probó jamás.

Napurí, adolescente, había sido obrero en varias haciendas del Norte y trabajador minero en el asiento de Janchiscocha. Fue el primer cadete de la Fuerza Aérea que recibía autorización para seguir estudios en la Facultad de Letras de San Marcos.

- Ingresé a la FAP porque no tenía dinero para pagar mis estudios universitarios; mi inquietud me llevaba a la sociología.

Echado de la aviación, viajó a Buenos Aires donde ofreció una conferencia en una universidad sobre la realidad política peruana. La mano de Odría era larga, y Perón le daba gusto en todo. Napurí fue apresado por la policía argentina, acusado de espía y deportado... ¡al Perú!

Una hermana de Napurí trabajaba en la secretaría de Silvio Frondizi, en Buenos Aires. De este modo, el joven peruano, al regresar a su patria, ya tenía tres años de formación política, definiéndose como un marxista independiente. Era un agitador profesional.

En Argentina, integró un grupo denominado Praxis; en 1951, militó en el MIR; y simultáneamente, trabajando como linotipista, corrector de pruebas y, eventualmente, como periodista, llegó a la secretaría general del sindicato del diario La Razón, de Buenos Aires. Fue miembro destacado de la Federación de Prensa de Argentina.

En 1958 integró el Comité de Apoyo a la Revolución Cubana y viajó, acompañando a la madre del Che Guevara, a Cuba. En un avión expreso llegaron a La Habana, un día antes del ingreso de Fidel Castro a esta ciudad.

Hasta 1960 trabajó en Cuba con el Che Guevara y patrocinó la formación del Apra Rebelde. Con Hilda Gadea, esposa peruana del Che, hizo posible la visita del abogado Luis de la Puente Uceda, entonces aprista y más tarde jefe de los guerrilleros de Mesa Pelada, a La Habana.

Napurí, de vuelta en el Perú, se comprometió con los grupos que preparaban la insurrección armada, y en 1961 ingresó al MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria).

Napurí sirvió de enlace entre la Habana y De la Puente, proporcionando a éste dinero y armas por cuenta de Fidel. Discrepó con De la Puente, y el carácter violento de éste le preocupaba. El abogado trujillano mató a balazos, a Sarmiento, un defensor del Apra, en Trujillo. Napurí viajó a Buenos Aires, reverdeciendo sus contactos con Frondizi. La violencia irracional de los apristas rebeldes le decepcionó.

De vuelta al Perú, rompió con Cuba; se alejó de De la Puente, fue acusado, dentro del mundillo extremista, de ser agente de Hugo Blanco y del trotskismo.

Viajó a Cuba, con sesenta activistas peruanos, para recibir entrenamiento militar. Fundó Vanguardia Revolucionaria, organización que se plasmó con la presencia de Letts y Murrunaga.

VR tuvo una fugaz pero efectiva influencia entre los trabajadores de construcción civil; entre los pescadores con Rolando Riega; en las universidades Agraria, La Cantuta, de Ingeniería, y San Marcos, lo que culminó con la organización de la Confederación General de Trabajadores del Perú, CGTP, en cuyo congreso de fundación lograron un 27 por ciento de votos.

Al producirse el golpe de Estado del 3 de octubre de 1968, VR era una organización semimilitarizada, pero con serios enfrentamientos internos. Un sector castrista-maoísta, con Letts; y los trotskistas, con Napurí. La ruptura se produjo, y en 1971 se formó el POMR, Partido Obrero Marxista Revolucionario, propiciando la reconstrucción de la Cuarta Internacional.

En 1973, fue deportado, por coincidencia, el mismo día en que le fue amputada la pierna al Presidente Velasco. Después de dos años, regresó clandestinamente al Perú y se acogió a la amnistía que decretó Morales Bermúdez, a poco de tomar el poder, en setiembre de 1975.

Napurí tiene 52 años, es viudo y tiene un hijo que vive en París. Pasó doce años en la Argentina. La ambición de su vida es la formación de un gran partido obrero. Hoy tiene doce comités en todo el país, y reconoce contar con 200 militantes y tener una influencia creciente en la masa proletaria.

Lunes 29 de mayo.

- ¡Almirantes a la vista! ¡Zaffarancho de combate!

Interrumpí mi conversación con Napurí. Eran más de la diez de la noche. Yo tomaba notas, mientras Napurí, de pie, disertaba. De pronto, vi pasar a Arce y a Faura, delante de la ventana, caminando por el corredor que conducía a la enfermería. Venían a visitarnos pero esta vez los acompañaban varios civiles desconocidos. Indudablemente, se producirían acontecimientos importantes para todos nosotros.

Hugo Blanco estaba enfrascado en una de sus interminables partidas de ajedrez; Letts, en la mesa del comedor, escribía, incansable, cartas a sabe Dios quién; Díaz Chávez y Ledesma se paseaban, de uno al otro extremo del pasillo, entregados a una charla muy amena.

Todos nos agrupamos en espera de las visitas. Faura entró, a la cabeza del grupo, con el rostro lleno de alegría.

- Bueno, señores, ha llegado la comisión de Buenos Aires.

Los funcionarios argentinos eran pura amabilidad.

- Hoy es feriado, es el Día del Ejército. Deberíamos comenzar a trabajar mañana pero queremos avanzar para terminar con esto cuanto antes. Yo soy el secretario del ministro del Interior; el señor es el viceministro de Relaciones Exteriores, y el señor es del departamento de Migraciones. Vamos a proceder a tomar las huellas dactilares, para el procedimiento de identificación... es de rutina. Luego, se les formularán algunas preguntas. Ustedes dirán si quieren permanecer en la Argentina o si prefieren ir a otro país. Pueden manifestar lo que deseen, con toda libertad, con toda confianza, nosotros no somos los que vamos a decidir. Son las autoridades de Buenos Aires las que dirán la última palabra después de estudiar los documentos que vamos a preparar.

Alto, gentil, muy saludable y hasta elegante, fue el representante del ministerio del Interior, doctor Vargasllo Beade, abogado, quien hizo de vocero de la comisión.

Los funcionarios argentinos se dividieron en dos grupos, los que parecían más importantes se ubicaron en el consultorio médico; los otros, subalternos, en el consultorio dental. Los primeros se encargarían del interrogatorio de tipo político; los segundos, de la labor mecánica de fichamiento policial.

- Pueden venir de dos en dos, así terminamos rápido.

Los primeros en cumplir fueron los marinos. Arce ingresó al cuarto del médico; mientras Faura, se enfrentaba con los técnicos del cuarto del dentista.

Nosotros los veíamos desde los pasillos, impacientes. Fumábamos con ganas. Vimos salir a Faura, con su infaltable impermeable negro, con la vasca que le protegía la calva, caminando con las manos en alto, con la actitud usual de quien tiene los dedos entintados. Salió detrás de él un funcionario, lo llevaron a un baño donde podía limpiarse las manos con una sustancia especial. Es el camino que seguimos, sucesivamente, todos. Apareció Arce y, mientras éste era fichado, Faura asistía a su entrevista política.

Los marinos no retornaron a la cuadra, donde los esperábamos, con impacientes, para conocer sus experiencias. Se fueron al casino, donde estaban alojados. Nos quedamos en ayunas.

Los políticos comunistas, agrupados al extremo del pasillo, discutieron en voz baja durante la hora larga que ocuparon Arce y Faura en sus entrevistas. Discutían, por momentos con calor; se agitaban. Finalmente, llegaron a una decisión de la cual participaron los sindicalistas.

- Todos pedimos asilo en Argentina.

Se acercó uno de los funcionarios argentinos:

- Que pasen dos personas más.

Blanco y Díaz Chávez se adelantaron. Regresaron una hora después; no era, pues, muy fácil la labor de la comisión. Los rodeamos con vivo interés común.

- *¿Qué pasó? ¿Cómo es la cosa?*

José Luis Alvarado y Napurí se dirigieron hacia las autoridades. Los demás, esperábamos las palabras de los primeros interrogados.

- *He pedido que me pongan en contacto con la embajada de Suecia. Yo viajo a Estocolmo*, dijo Hugo Blanco con desgano.

- *Yo he pedido que me dejen ir a México*, dijo Díaz Chávez.

Los políticos se mostraron desconcertados, sorprendidos.

- *Adentro, cambié de opinión. Aquí, en Argentina, no tengo nada que hacer; y sabe Dios hasta cuándo durará todo esto. Prefiero regresar a México, donde tengo trabajo*, sentenció Díaz Chávez.

Se inició un conciliábulo. Me pareció que los líderes izquierdistas querían estar solos. Las puertas del pasadizo estaban abiertas de par en par; salí a caminar, a curiosear un poco. Me topé con el viceministro de Relaciones Exteriores. Lo saludé, comunicativo.

- *¿Cuál de ustedes es el periodista? Hay un periodista, ¿no es verdad?*

- *Soy yo*, le contesté.

- *¿Qué hace usted aquí? Por lo que sé, usted es el único que no es comunista.*

- *Creo que los marinos tampoco son comunistas*, le contesté.

- *Bueno, pero son aliados políticos, compañeros de viaje.*

- *¿No cree usted que es una exageración fichar a dos vicealmirantes de la Armada Peruana, que han venido uniformados? Me parece que no es correcto. No creo que en el Perú procederían así con dos marinos argentinos que llegaran desterrados*, dije para animar la conversación. Logré mi propósito.

Esos tiempos han pasado, mi querido amigo. Usted, como periodista, sabe muy bien que ahora se ficha a todo el mundo. Además, estos caballeros han estado en el poder, en el Perú. ¿No es verdad? ¡A cuántos habrán mandado ellos a fichar! Estas cosas dan vueltas, contestó filosófico.

- *Esta es la tercera vez que proporcionamos nuestros datos. La primera, vez fue al llegar, al soldado que estuvo en el aeropuerto; la segunda, cuando nos pidieron una especie de confesión, e inclusive una explicación, sobre los motivos de la deportación de cada cual. Y ahora, la tercera.*

- Es una labor muy compleja. Cuando un desterrado llega incomunicado. Eso ocurre en cualquier parte del mundo. Aquí estamos haciendo las cosas más rápidas, ya ve usted, estamos trabajando hasta en la madrugada. Si las autoridades peruanas nos hubiesen proporcionado sus identidades, no sería necesario hacer todo esto. Esta es una responsabilidad nuestra; no podemos equivocarnos en cuanto a las personas que están bajo nuestra responsabilidad, replicó el diplomático argentino.

La conversación derivó a la situación política y económica del Perú. No conocía Lima, sólo el aeropuerto. Había estado varios años fuera de Argentina, la última vez en Bonn, en la República Federal de Alemania. Se unió a la charla Pepelucho Alvarado. El argentino nos proporcionó una minuciosa información sobre los precios, en Buenos Aires, de un almuerzo, de la ropa, de la vivienda. Pero sus datos estuvieron bastante exagerados. Duplicó, y en algunos casos triplicó, las cifras como pude comprobarlo más tarde.

Finalmente, me tocó el turno; fui el último. Entré, primero, donde los expertos en la confección de la ficha policial. Utilizaron diez planillones para imprimir los diez dedos de las manos. En total, cien impresiones. El trámite es aburrido, lento. Luego, se sucedieron las preguntas elementales: nombre y apellido, nombre de los padres, de la esposa, de los hijos; edad de cada uno de ellos; dirección en Lima; ocupación, profesión, estatura y peso. No comprobaron estos últimos datos. Después, al baño, a limpiarse los dedos con unos polvos especiales y con agua. Hay que restregar con energía, y las manos quedan casi limpias.

Entré a cumplir con lo que parecía ser la etapa más delicada de la encuesta. Todos, muy atentos, me estrecharon las manos, me invitaron a tomar asiento.

El doctor Vargasllo dijo, enfático:

- El caso del doctor Baella Tuesta es diferente. Al final de las preguntas, él puede hacer las anotaciones, aclaraciones o ampliaciones que le parezca.

- Bueno, tenemos algo para variar. Esto se estaba poniendo muy aburrido, dijo el funcionario que escribía a máquina, con quien después trataríamos con frecuencia en Buenos Aires. Era el comandante Guillermo Jorge Sabattini, subdirector general de Migraciones.

- ¿Tiene usted una idea de por qué lo deportaron?

- Ustedes me tienen aquí, confinado en un campamento militar, y ¿no saben por qué me han recibido?

Se miraron entre ellos; era evidente que yo estaba allí para contestar preguntas. No para formularlas.

- ¿Pertenece usted a algún partido político?

- No. Me dedicó en forma exclusiva a mi labor periodística. El Tiempo es un semanario independiente, que propicia un gobierno democrático representativo, con elecciones libres.

- ¿Es un periódico conservador?

- No sé qué entienden aquí por conservador. Lo que puedo asegurarles es que no es un periódico comunista; y yo no he tenido, ni siquiera como enfermedad de infancia, ninguna militancia comunista o marxista. Esto suele acarrear algunas dificultades.

- ¿Algo publicó su periódico sobre unas casas?

- Sí, creo que esa información es causa de mi deportación. El gobierno adquirió casas para los agregados militares en Washington y El Tiempo reprodujo la información de The Washington Post. Esto motivó un comunicado bastante duro del Comando Conjunto de la Fuerza Armada. Las tres casas, en conjunto, costaban 700 mil dólares.

Los funcionarios lanzaron un silbido de admiración. Preguntaron cuál fue la explicación del gobierno:

- Que las casas había sido adquiridas al crédito; y que su valor se pagaba con los alquileres. Los inquilinos eran los agregados militares.

- Bueno. bueno.

El doctor Vargasllo Beade dijo:

- Diga usted, doctor Baella, ¿cómo fue su Asilo en la Embajada de Argentina en Lima?

- En julio de 1976, El Tiempo fue clausurado porque pidió la renuncia de los ministros a raíz de una devaluación violenta de la moneda. Luego, la policía intentó detenerme pero yo logré escapar a esta persecución. Poco días después, se produjo el levantamiento del Centro de Instrucción Militar del Perú, CIMP, bajo la jefatura del general Carlos Boggio contra el gobierno. No fue un intento de golpe de Estado contra el gobierno, sino un acto de fuerza que materializó un enfrentamiento entre dos sectores del Ejército, uno encabezado por el Primer ministro Fernández Maldonado, de tendencia procomunista; y otra, liderada por Bobbio, de tendencia democrática. Bobbio pasó a la situación de retiro pero, en la semana próxima, la crisis militar se acentuó, el ministro Fernández Maldonado cayó, y se fue a casa. Pero, durante esta crisis, agentes policiales de civil, que obedecían a Fernández, me buscaban por todas partes para capturarme. Yo logré, por unos días, evadir este asedio. Luego, las cosas empeoraron y tuve que buscar el amparo de la embajada de Argentina. Permanecía en la embajada una semana, en condición de "huésped", hasta que se produjo la caída de Fernández Maldonado y del ministro de Relaciones Exteriores, general Miguel de la Flor. después el gobierno comunicó al encargado de negocios de la Argentina que se habían anulado las órdenes dictadas en mi contra.

- Eso es muy interesante. ¿Usted quiere quedarse en Argentina?

- Si el gobierno argentino me otorga asilo, sí.

- *¿Dónde preferiría usted residir, en la hipótesis de obtener una respuesta afirmativa?*
- *Me da igual, en cualquier lugar de la Argentina. Invoco la hospitalidad que el gobierno y el pueblo argentinos suelen otorgar, tradicionalmente, a quienes son sus amigos.*
- *Despacio, amigo Baella, voy a copiar esta frase textualmente, pero ya estoy cansado. Hace seis horas que estoy dándole a la máquina de escribir ,dijo el señor Sabattini con resignación.*
- *¿Ha tenido usted algún problema con los comunistas?*
- *Ninguno; con todos me llevo perfectamente bien.*
- *¿Tiene usted posibilidades de trabajo?*
- *Sí.*

La diligencia terminó después de las tres de la mañana. Los miembros de la comisión; los funcionarios de la policía se veían cansados, con prisa, deseosos de irse cuanto antes. Los detenidos nos quedamos conversando unos minutos más. Después, todos nos fuimos a dormir. Teníamos la impresión que nuestra permanencia en Jujuy se prolongaría por lo menos una semana más. Los comisionados irían recién el martes o miércoles a Buenos Aires; allí las autoridades estudiarían los expedientes, y la solución final llegaría a fines de semana. Teníamos, pues, varios días más por delante.

Un concierto en la cama

Los rayos del sol jujeño se abrían paso a través de las ventanas e iluminaban la enfermería, desde muy temprano. La prolongada y tensa jornada de la noche, había sumido a los políticos en un sueño profundo. La abundancia de hidratos de carbono en la dieta del cuartel, la tensión nerviosa y el excesivo uso de cigarrillos, estimulaban una vigorosa gasificación intestinal. La cuadra de los desterrados a las 7 de la mañana del martes 30 de mayo, parecía albergar a un conjunto de virtuosos de instrumentos de viento, preparándose para iniciar un concierto, antes que se levante el telón.

Pacho y Apaza, con sus ronquidos alternativos, proporcionaban una cortina de notas graves, un auténtico fondo para los otros ejecutantes. Los demás, como animados por una emulación deportiva, intercambiaban pedos de tono variado, a ritmo uniforme y de intensidad creciente. Iban, desde los bajos emitidos en el sector guerrillero, dominado por Blanco, hasta las tonalidades agudas, como ocarinas diestramente instrumentadas, del frente de Alvarado y Napurí. Pero sin , sin lugar a dudas, el centro donde reposaban los abogados y sindicalistas, era el más activo.

- *La extrema izquierda se caga*, exclamé y empecé a abrir algunas ventanas. Se escucharon las protestas de los dormilones. La cuadra era muy amplia, muy ventilada; se alejó cualquier consecuencia olfativa del *Concierto en rojo para tripas y ano*.

El estado de ánimo de los peruanos, al promediar la mañana, era bastante bueno. Se notaban animados, en cierta forma alegres. El Sol parecía participar de nuestro entusiasmo. Salimos al jardín, a estirar las piernas, en un clima de camaradería auténtica. José Luis Alvarado y Ricardo Letts pedían, con insistencia, una pelota para organizar un encuentro de fulbito. Los oficiales argentinos sonreían, decían que sí, que proporcionarían la pelota, pero ella no llegó.

Los diarios de Buenos Aires se ocuparon, una vez más, de los prisioneros peruanos. Daban cuenta de la labor de los funcionarios en Jujuy y decían que, en el término de horas, el ministro del Interior definiría su situación.

A medio día, nuestra caminata se vio interrumpida por la presencia de la policía. Los técnicos venían a cumplir con un trámite que no se pudo realizar en la noche: la fotografía de los prisioneros. Uno a uno, posamos, de perfil y de frente, para la ficha policial.

Al finalizar la tarde, llegaron los lobos de mar. Los esperábamos, pues era una fecha especial. Habíamos adquirido, para esta ocasión, dos botellas de vino espumoso que reemplazaba con economía al champagne. Todos, con un

entusiasmo burgués que envidiaría cualquier familia del Tío Sam, entonamos un *happy birthday* en homenaje al dueño del santo, Guillermo Faura Gaig, quien, ese día, cumplía su 61 onomástico. Hubo dos discursos bastante breves: el primero, a cargo de Ricardo Letts, representante de la izquierda; y otro, que necesariamente corrió por mi cuenta, en representación de la derecha. Faura respondió cordial, con emoción. Se le quebró la voz cuando intentó leer el cable que había recibido de Lima, de parte de don Salvador, su padre:

- *Guillermito: no sé si te voy a volver a ver; hay heridas que duelen mucho, en el mismo fondo del corazón.*

No pudo continuar. Arce Larco lo estrechó en un prolongado abrazo. Recibió el saludo de cada uno de los presentes. Se bebió simbólicamente, casi formalmente. La conversación se tornó floja, intrascendente. Los marinos se fueron, prometiendo volver más tarde. Pero ya no los vimos hasta el día siguiente.

Espontáneamente, como quien no quiere la cosa, me encontré frente a un panel conformado por Letts, Diez-Canseco, Damonte y Díaz Chávez. Los sindicalistas hacían de mirones. No fue un interrogatorio ni mucho menos. Una charla muy cordial, en la que se planteó la cuestión de El Tiempo y su significación política.

- *Es un instrumento de los grupos de poder económico, que responde a las consignas de la oligarquía,* sentenció Letts.

- *Obedece a los intereses de la Sociedad de Industrias, del Imperialismo,* acotó Díaz Chávez.

- *Distorsiona los hechos, como lo hacía El Comercio; por ejemplo, nunca se ocupó de los sucesos de Cobriza, de las represiones contra el pueblo,* añadió Diez -Canseco.

Hice un breve relato dentro de un clima de cordialidad.

- *La idea de editar El Tiempo, el nombre, su logotipo, su formato, su contenido ideológico, todo esto es obra exclusivamente mía. Lo pensé y lo decidí en París, el 14 de julio de 1974, en mi departamento del hotel Le Meridien. Yo tuve la certidumbre de la caída de los diarios en manos de Velasco, la hora fatal había sonado. Acepté varias invitaciones pendientes y viajé sólo a Los Angeles, de allí fui a Israel, a Grecia, Italia, Alemania, Inglaterra y, finalmente, a París. Era huésped del ministro de Relaciones Exteriores de Francia. El Tiempo no fue concebido, pues, en un clima de tensión o de amargura; sino en otro muy diferente, de absoluta libertad, en el aniversario de la caída de La Bastilla, en un ambiente de extraordinaria comodidad.*

Tuve que interrumpir mi viaje; regresé bruscamente a Lima, los acontecimientos se precipitaron. Los diarios fueron clausurados el 27 de julio de ese año; y ese día me fui a mi casa por mi propia voluntad. Emigré del Perú con toda mi familia; y regresé en setiembre de 1975, cuando Morales Bermúdez realizó la hazaña, aparentemente imposible, de echar del gobierno a Velasco Alvarado.

Apareció El Tiempo, gracias a una operación de crédito que me concedió la Editora Universo. Aceptaron que yo pagara las facturas con letras, por una razón muy sencilla: me conocían; sabían que yo era un buen cliente, pues allí imprimí, en 1966, la revista humorística LA OLLA, que alcanzó un elevado tiraje y que dejó de salir cuando comenzó el régimen revolucionario. Velasco no tenía sentido del humor.

Después del segundo número, la imprenta me notificó que no podía seguir editando El Tiempo. Adujo un pretexto fútil. La realidad es que un sector del gobierno presionó a la empresa para que no imprimiera mi semanario, que les parecía hostil. Busqué imprenta, de un lado para otro; finalmente, encontré otro que aceptó hacerlo por un número. Por último, hice tratos con un viejo amigo, Enrique Lulli, responsable de Editorial Andina, donde nos quedamos hasta ahora.

- Pero recibe el apoyo de la Sociedad de Industrias, de los exportadores, interrumpió Letts.

- No es exacto. Si alguna vez hemos publicado un aviso, ha sido porque se lo dieron también a otros semanarios. El Tiempo jamás ha recibido de nadie, un solo centavo bajo la mesa. El gobierno sospechó que podía haber algún dinero extranjero; en 1976, fui sometido a una prolongada intervención contable. Los peritos examinaron todos mis papeles. Terminaron reconociendo que yo había pagado once mil soles en exceso, por concepto de impuestos a la utilidades, que me sirvieron para el ejercicio siguiente. El Tiempo se paga solo.

- Es muy difícil, por los gastos de planilla, acotó Letts.

- Me consta, que El Tiempo lo hace Baella solo, dijo, rotundo, Diez-Canseco. Los otros líderes le miraron sorprendidos. Pero Diez-Canseco insistió:

- Soy testigo personal, casi solo, dijo con convicción. Agregó que lo sabía porque el semanario que él dirigía, Amauta, se montaba en el mismo taller de artes gráficas, donde se imprimía El Tiempo.

- Pero El Tiempo ejecuta las consignas de la oligarquía criolla, del sector empresarial, acotó con decisión uno de mis interrogadores.

- No es exacto. El Tiempo aspira a desempeñar algo más que ese papel disminuido que ustedes le quieren asignar. Yo parto de este presupuesto: el sector empresarial del Perú, los dueños de algún aborro o capital grande o pequeño, los hombres de negocios, los trabajadores, carecen de una ideología definida. No saben lo que es el capitalismo. El Tiempo aspira a proporcionar, en la medida de sus posibilidades, esta ideología que hace falta. Este semanario no es, pues, un instrumento de determinados intereses; quiere ser el motor de un sector capitalista, que no existe aún en el presente. Los empresarios pequeños, con una información intelectual deficiente y casi nula, creen que un buen sistema político es aquel que les permite muchas ganancias con el menor número de preocupaciones, especialmente sindicales. Por eso, vemos a los empresarios desempeñar los papeles más ridículos y despreciables cuando surgen regímenes de fuerza como el de Velasco. Bailan la música que les toca el amo con el fin de salvar su tajada; y si es posible, de incrementar sus ganancias, aunque para ello tengan que traicionar a otros empresarios, y hasta a sus mismos parientes.

Esto es cualquier cosa menos capitalismo. Hay que enseñar lo que es el capitalismo a los empresarios y a los trabajadores. Para éstos, el capitalismo es el mejor sistema, porque paga salarios más altos y proporciona la sociedad de mayor bienestar. Para el empresario, significa la oportunidad de la creación y del progreso ilimitado. Sólo el capitalismo es capaz de proporcionar un sistema político de libertades plenas y de mayores garantías.

Mi defensa de un sistema tan vapuleado, quizás sorprendió a mis interlocutores; es probable que hayan estado fatigados, o que consideraran innecesario seguir con el debate. La verdad es que el asunto terminó en forma tan espontánea como había comenzado. Por lo menos, sabíamos algo cierto. nos conocíamos y, hasta donde le permitían las apariencias, nos respetábamos. Me fui a dormir después de la conversa, un rato más, con los arequipeños, sobre sus peripecias huelguísticas.

Mis compañeros de exilio charlaban con animación. Me desperté en la madrugada y seguían conversando. En la mañana, vi que habían dado cuenta de una botella de vermouth Gancia, habían fumado bastante y jugado hasta el hartazgo. Las cosas mejoraron bastante con relación a los primeros días del exilio.

Cojos, pero no cojudos...

Alicia Maguiña, gran intérprete de la canción peruana, se preparaba para actuar en el teatro *La Cabaña*. El público que colmaba las localidades, era suyo. Iba a ser otra noche de triunfo. Pero la tristeza ensombrecía su rostro. Era amiga de gente de izquierda. Un periodista comunista, a quien estimaba y distinguía, César Lévano, había sido detenido por la policía política. Pero esto era lo de menos. Lévano se encontraba gravemente enfermo y había sido conducido, en estado de gravedad, de la prefectura al hospital de policía, donde permanecía, en un pabellón especial, vigilado por detectives, de día y de noche.

Había hablado con Natalia, la esposa de Lévano.

- César está peor, con fiebre, la incontinencia de orina lo atormenta. Sufre unos cólicos terribles pero los médicos no pueden operarlo sin una orden del ministro. Hablar con el ministro, para mí es imposible.

- ¿Has ido al ministerio del Interior?, había preguntado la cantante.

- Sí, he llenado unos formularios, me avisarán cuando el general Velit pueda recibirme. Eso puede ocurrir hoy o nunca. Mientras tanto, César se está muriendo.

Alicia despidió a su maquilladora. Le avisaron que debía salir a escena. Entonces, recordó que alguien le había hablado, en términos elogiosos, de un cirujano

especialista en vías urinarias y que trabajaba, precisamente, en el hospital de Policía. ¿Cómo se llamaba ese doctor?

- *Alicia, el público está esperando.*

La cantante siguió ensimismada. Recordó el nombre. Buscó en la guía de teléfonos el número del doctor Gavilano. Lo llamó. Tuvo suerte, contestó el médico. Le explicó el caso, Lévano era un periodista comunista confinado en el hospital de Policía, sin recursos económicos, se encontraba moribundo. Ofreció un recital gratis, de beneficio para cualquiera, pero rogó que atendiera a su amigo.

- *No se preocupe usted, Alicia, le prometo que me ocuparé en este momento de su amigo Lévano. Olvídese del festival.*

Era el 31 de mayo de 1978.

César Lévano miró el reloj. Eran las 8 de la noche. Se pasaba casi todo el tiempo en el baño, los deseos de orinar eran continuos. Luego, se arrastraba hasta su cama, para revolcarse allí con el dolor terrible provocado por los cálculos de la vejiga.

- *Acérquese al teléfono; hay una llamada para usted,* le dijo el PIP que le vigilaba. Lévano se mostró sorprendido. Desde hacía una semana permanecía en el hospital, incomunicado, sólo de vez en cuando le permitían conversar con su esposa. Ni llamadas, ni cartas, ni visitas. Su vida se había tornado miserable, de la cama al baño, del baño a la cama, apenas cerraba los ojos, se mojaba la ropa con los orines.

- *Le habla el doctor Gavilano. Soy amigo de Alicia Maguiña, quiero que sepa que me voy a ocupar de su caso hoy mismo. Quédese tranquilo, iré a verlo mañana.*

Lévano se quedó pensativo. ¿Quién sería el doctor Gavilano? ¿Alguna trampa de la policía para envolverlo en un complot político y poderlo inculpar de hechos siniestros?

Lévano pensó en sus compañeros de prisión, en Hugo Blanco, en Genaro Ledesma Izquieta, en Ricardo Letts, en todos los que habían compartido con él, los días de prisión en la prefectura de Lima. ¿Dónde estarán? ¡Quizás paseando por Corrientes, en Buenos Aires, preparándose para ver el Mundial del Fútbol. Quizás, en alguna cárcel argentina donde torturaban a los comunistas. Se metió en la cama, cerró los ojos con la esperanza de dormir.

César Lévano llegó a su casa preocupado, adolorido, incómodo. Llevaba, bajo el brazo un sobre de manila grande, con las radiografías que le había entregado el médico. Necesitaba una operación, los cálculos en la vejiga parecían unos OVNIS en los rayos X. Cojeaba en forma notoria al caminar, consecuencia de un

accidente automovilístico ocurrido en su niñez. Llegó a su casa, en el barrio de La Florida del distrito del Rímac. Le esperaban ansiosos su mujer, sus hijos varones, de 18 y 16 años; su hijas, de 9 y 7 años.

- *Tienen que meterme cuchillo*, informó. Caminó una vez más al baño. Se la pasaba orinando a cada rato.

La situación de la familia era apurada. Es decir, normal en los Lévano. En su hogar, nunca hubo eso que se llamaba seguridad, tranquilidad. Su abuelo Manuel Carxiolo Lévano, levantisco, huraño, fue un luchador social. Su padre, Delfín Lévano, fue precursor de las contiendas sindicales, promotor de paros para conseguir "derechos" que hoy parecen sin importancia. César Lévano nació en Lima, respirando el aire permanente de la subversión contra el orden que oprimía a los pobres. Huelga decir que era comunista desde antes de haber reflexionado sobre las cuestiones políticas. Nació comunista, como hay muchos que hacen burgueses, vegetarianos o artistas. César Lévano, además, nació con una inteligencia poco común y, con el ejemplo y la ayuda del padre, la cultivó como autodidacta. A los 16 años terminó su instrucción secundaria y, de lleno, se lanzó a la vida. El periodismo lo fascinó. En 1950 editaba un periodiquillo mimeografiado, rabiosamente comunista. La policía de Odría lo detuvo y lo mandó un año preso, sin juicio. Después lo juzgaron, por tener el mimeógrafo, por profesar el comunismo, por andar metiendo las narices en las fábricas donde los obreros tenían pliegos de reclamos y donde se organizaban paros y huelgas. La justicia lo condenó a cinco años de cárcel. Salió a los tres años, pero todo eso era historia vieja.

- *¿Irás a cobrar tus derechos sociales? Es un dinero que te corresponde, legítimamente*, reflexionó Natalia.

Lévano no contestó. Se levantó y entró al baño. En los últimos años se había incubado un problema serio en el Partido Comunista Peruano, cuyo líder era Jorge del Prado. La conducción del partido, obediente a Moscú, era mediocre, servil, sin atractivo. Lévano, con otros elementos, todos jóvenes, había participado en un intento de golpe de mano contra Jorge del Prado y su camarilla. Fracasaron. Lévano tuvo que renunciar a la jefatura de redacción del semanario **Unidad**, órgano del PCP. Perdió su única fuente de ingresos.

Los comunistas rebeldes dividieron al partido y formaron el Partido Comunista Peruano-Mayoría. El de Jorge del Prado se llamó, para diferenciarse desde entonces, PCP-Unidad. Aquellos, decidieron sacar un nuevo órgano de prensa, **Momento** que, a pesar de su nombre, salía cada quince días, cuando salía. El jefe de redacción, director y corrector de **Momento**, era César Lévano.

A las 6:30 de la mañana del viernes 19 de mayo de 1979, Lévano fue despertado por Natalia:

- *Viejo, te busca la policía. Han rodeado la casa. Hay dos camionetas llenas de PIP afuera.*

César Lévano se vistió. ¡Qué caray, apenas había cerrado los ojos durante toda la noche! Los malditos cálculos, el deseo irreprimible de orinar. Tenía el rostro desencajado.

- *Don César, tengo órdenes de llevármelo. El jefe quiere hablar con usted,* dijo el PIP, cortés, campechano.

- *¿Qué pasa? ¿Me llevan preso?,* preguntó intrigado.

- *Yo tengo instrucciones de llevarlo a la prefectura, don César. No sé nada más. Pero me parece que esto puede durar unos días,* expresó, confidencialmente, colaborador, el PIP.

Natalia y sus hijos, rodeaban al periodista.

- *César está enfermo, debe internarse en una clínica, vea usted las radiografías que le tomaron ayer,* dijo Natalia. El PIP miró a trasluz, la radiografía y movió la cabeza.

- *¿Esta es su vejiga, don César? ¿Qué curioso, nunca había visto la fotografía de una vejiga!,* comentó el investigador.

- *¿Por qué no llama usted por teléfono a su jefe? ¿César está verdaderamente enfermo!*

- *No puedo, señora. Mis órdenes son terminantes. Hemos vigilado la casa toda la noche, no hemos querido llegar en una hora incómoda. ¿Por qué no viene usted con don César? Quizás en la prefectura le puedan dar mayores informaciones.*

Subieron al vehículo de la PIP. La caravana cruzó, rauda, la ciudad. Entraron a la prefectura. Subieron las escaleras de cemento, traspusieron las rejas del departamento de Seguridad del Estado.

- *Aquí se queda usted, señora. Don César viene con nosotros.*

El periodista entró a un baño nauseabundo. El PIP le esperaba en la puerta; después lo condujo a una oficina.

- *Las órdenes son que usted permanezca aquí solo. No puede hablar con ningún otro detenido. Yo lo llevaré al baño cuantas veces sea necesario. Cuando otro me releve, yo le presentaré al nuevo tira.*

- *¿Hay algún otro detenido?*

- *Varios. Al otro lado está Hugo Blanco, también aislado.*

Lévano estuvo todo el día del cuarto al baño, y viceversa. El PIP lo acompañaba permanentemente. Podría haber sido divertido: cada cinco minutos ir al baño

acompañado de un miembro de Seguridad del Estado, para hacer pipí, si las circunstancias no hubiesen sido particularmente desagradables. Le dolían el vientre, la vejiga, las piernas, los músculos de la espalda. Las piedras en la vejiga resultaban atormentadoras. No probó bocado durante todo el día. A las 7 de la noche lo llamaron. Tenía que reunirse con los otros detenidos.

El departamento de Seguridad del Estado, en la azotea de la prefectura, tenía dos cuartos grandes, uno pequeño y dos regulares que se conectaban entre sí. Calabozo y dormitorio, lugar de permanencia de los detenidos políticos. Eran como treinta. Hugo Blanco, Ledesma, entre otros. No había camas, ni frazadas, ni nada. Había que acomodarse como se podía. Los PIP, amigos, trajeron periódicos. Se sentaron en el suelo, uno al lado de otro, conversando, contando anécdotas, matando el tiempo. Pero Lévano no podía hacer lo que hacían los otros. Tenía que levantarse para ir al baño. Las malditas piedras en la vejiga. Pasó toda la noche entrando y saliendo. La PIP se cansó. Lo dejaron que hiciera lo que quería; cualquier cosa, menos salir de la jurisdicción de Seguridad del Estado.

Entre el sábado y el domingo, el número de detenidos aumentó. Todos eran comunistas, dirigentes de sindicatos, comprometidos en alguna forma en la organización del gran paro nacional que debería ponerse en marcha el lunes y el martes.

Llegaron Letts, Díaz Chávez, Castillo, el líder de la CGTP. Eran como cien; las cosas se complicaban. Lévano se sintió más enfermo. A mediodía del domingo, llegó el inspector Lombardi, jefe de Seguridad del Estado. Muy cordial, impresionó bien a los detenidos.

- Necesitamos camas donde dormir. No es posible que estemos durmiendo sobre el piso, sin una frazada. Aquí hace mucho frío. Nuestras familias no pueden traer la comida; la de aquí, es una bazofia. Lévano debe ir a un hospital.

El inspector Lombardi escuchó con paciencia. Prometió ocuparse inmediatamente de la suerte de los detenidos. En horas de la tarde, llegaron los colchones y algunas frazadas. El lunes en la mañana, la PIP les entregó una docena de catres. Pero los detenidos eran más de cien. Para Lévano, la vida era un verdadero martirio. Optó por instalarse en la puerta del baño maloliente, ubicado en un pasillo. Tan pronto se desocupaba el baño, entraba. La incontinencia de orina era terrible, el dolor de las piedras insufrible. Los detenidos amenazaron con amotinarse.

- El compañero Lévano deber ir a un Hospital, aquí lo están asesinando...

Habló con su esposa. El lunes en la noche, lo sacaron de la Prefectura y, en una camioneta, rodeado de PIP, armados hasta los dientes, fue conducido al hospital de Policía. Le examinaron con cuidado, le dieron una receta. Tenía que comprar los remedios. Natalia, que lo había acompañado con las radiografías, estaba

desesperada. La única solución para Lévano era una intervención quirúrgica; pero en el hospital de Policía nada se podía hacer sin la orden del ministro del Interior. Lévano era un preso político, es decir, peor que el más avezado de los criminales. Pasó toda la noche sentado en el tóxico, junto al baño; no lo podían sacar del Hospital porque había *toque de queda*. Entre las 8 de la noche y las 6 de la mañana nadie podía caminar por las calles. El que lo hacía, era abatido a balazos.

El martes lo devolvieron a la prefectura. Pudo comer la dieta que le llevó Natalia; sus compañeros le reservaron una cama para él solo. El campeón de los meadores tenía que dormir, de rato en rato, y salir a orinar cada diez minutos. Se quejaba; su rostro amarillento daba miedo.

El miércoles en la noche, lo sacaron otra vez para llevarlo al hospital. Se despidió de sus compañeros. Lo subieron a una camioneta, allí estaba Natalia, esperándolo.

- *¿Qué hay de nuevo, pata?*, preguntó al investigador que iba sentado a su lado. Se conocían.

- *Te has salvado, estás con suerte. Te llevamos al hospital porque estás jodido del pajarito. A tus compañeros los deportan esta noche, no sé a dónde, pero tú te salvaste.*

Lévano no podía caminar. Su esposa y los PIP le ayudaron a bajar del vehículo. Fue internado en un pabellón especial, separado del resto del hospital por una reja. Allí guardaban a los presos enfermos. En la sala habían tres trabajadores de telecomunicaciones en huelga de hambre.

- *Como están en huelga de hambre, ustedes apenas harán pila. En cambio yo, más vivo en el baño que en otra parte*, dijo Lévano.

La policía se turnaba para vigilarlos. El médico llegaba todos los días, examinaba a los huelgistas; también a Lévano.

- *Para usted, cuchillo. Pero, sin orden superior no podemos hacer nada. Así es la disciplina militar*, decía el médico, filósofo.

- *Si el ministro no ordena, ¿me muero?*

El médico se encogió de hombros.

El jueves, en horas de la madrugada, trajeron a siete personas más. Eran trabajadores mineros que habían estado en huelga de hambre de la Universidad de San Marcos. La policía los sacó aprovechando el *toque de queda*. La tropa rodeó la ciudad universitaria y los PIP hicieron el resto.

- *Seguimos en huelga de hambre. Ni un bocado, ni una gota de agua.*

Los huelgista, indios serranos, eran machos. Trejos, decididos. Lévano los observaba con atención. Conversó con ellos, volvió sobre el tema que dominaba: la lucha de clases. ¿No era un Lévano, hijo de Lévano y nieto de Lévano, es decir de luchadores sociales? El dolor, que se vaya a la mierda. Los mineros vomitaban, tenían arcadas, echaban una especie de espuma o baba. Sólo chupaban medio caramelo al día, a escondidas.

Natalia le contó que habían sido deportados todos los compañeros. Además, un reaccionario, el director de El Tiempo, y dos marinos, ex ministros. La policía buscaba a otros líderes políticos, dirigentes del Partido Socialista Revolucionario. La redada era en forma. Lévano pensó en su suerte. Había estado muchas veces preso, pero nunca lo habían deportado. En 1975, en agosto, Velasco Alvarado ordenó una gran redada. Lévano fue detenido y enviado al local de la PIP en Chorrillos. Allí estuvo con Damonte y con Napurí. En víspera de la deportación, Lévano y Luis Pásara fueron liberados. Arturo Valdez Palacio, abogado, general asimilado al Ejército, hombre poderosísimo al lado de Velasco y jefe del COAP, intercedió en su favor. El general Fernández Maldonado, el *General Rojo*, también. El corazón de *El Chino*, cuando se trataba de deportar, se endurecía.

- *Lévano, ¿el cojo?*, preguntó *El Chino*.

- *Sí, el mismo*, dijo Valdez Palacio.

- *Que lo suelten, seremos cojos pero no cojudos... que lo suelten*.

El Chino tenía reacciones muy raras. Desde que le cortaron la pierna, para salvarlo de una gangrena, se sentía solidario con todos los que tenían alguna deficiencia física.

El doctor Gavilano se movió con rapidez.

En los primeros días de julio, Lévano fue operado por el doctor Febres. Los dos médicos se portaron en forma excelente. La intervención fue un éxito.

- *Tenía usted piedras como para construir una casa*.

Su recuperación fue lenta. Había estado mucho tiempo sin tratamiento. Físicamente, no era fuerte. El 18 de julio, día de las elecciones, permaneció en el hospital. Mejoró notablemente, pero seguía detenido. Un día, dos hombres de la PIP lo llevaron a una pequeña pieza.

- *Vamos a interrogarlo*, le dijeron. Uno de ellos tomaba nota en un papel, para redactar un documento que después firmaría. Querían saber hasta dónde había intervenido en la organización del paro del 22 y 23 de mayo. Explicó todo lo que pudo. Después, lo firmó.

El 23 de julio le dijeron que podía irse a su casa, pero antes tenía que pagar la factura. Los remedios, diez mil soles. El cuarto, a razón de seis mil soles diarios.

Pocas veces en su vida Lévano había tenido oportunidad de quedarse con la boca abierta. Esta vez, se quedó mudo, de una pieza.

- *¿Qué le han dicho?*, preguntó, incrédulo.

- *Si no paga, no sale. Son seis mil soles diarios por el cuarto.* Había estado 55 días en el hospital: la factura ascendía a 330 mil soles. ¡Ni pensarlo!

- *Yo me quedo. No puedo pagar porque no tengo dinero. Y así lo tuviera, tampoco pagaría. Me han traído preso, me han tenido incomunicado; no me atendieron durante muchos días porque no tenían orden para hacerlo. ¿Y debo pagar 6,000 soles diarios? ¿Qué es esto?*

Lévano tomó su bastón. ¿Se habían vuelto locos los demás o él había perdido la razón? Natalia, su mujer, sonreía. Era imposible pagar, era imposible quedarse, era imposible salir de allí. ¿Qué estaba ocurriendo en el Perú?

Los Lévano vivían de milagro. La plata hacía rato que se les había acabado. El único sostén de la casa había estado preso, enfermo, hospitalizado, pero prisionero durante casi dos meses. Ahora, para salir, para irse a su casa, debía pagar 330 mil soles.

Varios funcionarios entraron y salieron, se llevaron la factura. Después, alguien llamó por teléfono a la señorita que hacía las cobranzas. Ésta movió la cabeza, resignada. Una sonrisa se dibujó en su rostro endurecido.

- *Señor Lévano, puede usted retirarse.*

Salió a la avenida Brasil. Natalia llevaba una pequeña valija. El tránsito era intenso. Tomó a su mujer del talle, con cariño, con amor.

- *¿Tienes para el pasaje?*

- *Sí*, contestó Natalia. Se tomaron de la mano. Subieron a un microbús lleno de gente.

"Mis Buenos Aires querido..."

Miércoles 31 de mayo.

- *Necesito hablar contigo. Tengo los reportajes de todos los deportados. Sólo me falta el tuyo. ¿Crees que podríamos conversar hoy?*

Javier Diez-Canseco, daba la impresión de estar siempre preocupado por algo. Nunca lo dijo, tal vez la salud delicada de su esposa le quitaba el sueño. Aceptó mi invitación.

- *Muy bien, comencemos a hablar.*

Saqué mi cuadernillo de apuntes. Eran las 8 de la mañana y estábamos sentados en los bancos, frente al consultorio médico de la enfermería. Me disponía a iniciar mis preguntas, cuando ingresó un soldado nuevo: era la primera vez que lo veíamos.

- *Prepárense, nos vamos.*

- *¿A dónde?, preguntamos.*

- *No, lo sé, pero nos vamos. Preparen sus cosas como para viajar, pero de los trece sólo van a viajar siete, no sabemos quiénes serán. Por eso, todos vamos a ir al aeropuerto, allí nos dirán quiénes viajan y quienes se quedan.*

Los once exiliados presentes rodeamos al soldado. Éstos llegaron atropelladamente. Desde ese momento, la tranquilidad huyó de la cuadra. ¿A dónde nos llevan? ¿Quiénes se van y quiénes se quedan?

A mitad de la mañana llegó el viejo que vendía los periódicos. Compramos los diarios de Jujuy y de Buenos Aires. La prensa local se ocupaba de nuestro caso con amplitud. La comisión oficial había cumplido su labor en Jujuy el martes, y ese mismo día, en el avión presidencial, viajaron todos sus miembros desde el aeropuerto de *El Cadillal* hasta Buenos Aires.

Nos reuníamos todos a conversar; luego, nos fraccionábamos en grupos. No teníamos cosas que arreglar. En un par de minutos los *equipajes* estuvieron preparados.

- *¿A qué hora conversamos?,* dijo Diez Canseco, cachaciento. En realidad, podíamos hacerlo, pero un extraño nerviosismo nos había ganado a todos.

- *Nos llevan a Buenos Aires, no hay duda,* dije yo con convicción.

- *No podemos estar seguros, depende quiénes sean los siete escogidos,* replicó Napurí.

Llegaron los marinos, traían los diarios de Buenos Aires. El ministro del Interior había recibido el martes en la tarde, el informe de la comisión que viajó a Jujuy. Era inminente, decían los periodistas de la capital, una decisión del gobierno

sobre los políticos peruanos. Esta vez, publicaban la relación íntegra de los prisioneros.

Almorzamos inquietos. Los análisis, los pronósticos, giraban, como es natural, en torno a los viajeros y al lugar de destino.

- *Viajan Baella y los dos marinos, es una fija*, sentenció Díaz Chávez.

- *También viaja Damonte*, afirmó Blanco.

- *Viajan Pacho y Apaza; contra ellos no hay nada*, sentenció Ledesma.

- *Pero, ¿quién puede ser el otro? Necesariamente, Pepelucho*, sostuvieron varios.

Fueron descartados Hugo Blanco y Díaz Chávez, ellos habían pedido ser enviados a Suecia y a México, respectivamente. También se excluyeron Ledesma, Napurí, Letts y Diez-Canseco. Ellos, decían, pertenecían a un grupo más peligroso. Las hipótesis menudeaban.

Almorzamos en medio de gran inquietud. Esto resultaba inocultable hasta para Blanco, que seguía moviendo las piezas de su ajedrez; para Napurí, que leía y releía los periódicos, los mostraba y los guardaba con avaricia, y parecía extraer de la tinta de imprenta algunos secretos inalcanzables para los demás.

A las catorce horas, entró a la cuadra un sargento.

- *Tienen quince minutos, los camiones están listos.*

- *¿Nos vamos todos? ¿A dónde nos vamos?*

- *Todos. Siete viajan a Buenos Aires, por avión. Nos vamos al aeropuerto de El Cadillal.*

Habíamos pasado siete días encerrados en la enfermería y nuestro horizonte terminaba en el pequeño jardín, límite máximo de nuestros paseos. Al salir, al caminar por los corredores con nuestros atados de ropa, creo que nadie sentía rencor. Tal vez, a pesar de todo, de estos siete largos e interminables días de aislamiento, y de incertidumbre, no habían sido del todo malos. Cruzamos los jardines; allí estaban, en el mismo lugar donde se estacionaron el 25 de julio, cuando llegamos, los camiones militares que nos servirían de transporte y de escolta. Quisimos despedirnos de alguien, estrechar una mano amiga. Pero el coronel, los oficiales, los soldados, nos miraban desde lejos, como si nunca hubiésemos cruzado palabra con ellos.

- *¡Carajo, ni a los marinos les han dado la mano!* comentó Letts.

Subimos al camión con toldo verde, y unos tablones por asientos. Yo me senté frente a Hugo Blanco. A la izquierda de éste, Napurí. Junto a mí, Diez-Canseco

y Damonte. Arce y Faura aparecieron con sus maletas, jadeantes, otra vez uniformados. Subieron a la camioneta; tras ellos, el mismo oficial, alto, desgarbado, que nos recibió en el aeropuerto cuando llegamos desde Lima.

¿Cuánto rato estuvimos metidos en el camión? Los soldados se movían incansables, pero a nosotros nadie nos dijo una palabra. ¡Vaya uno a saberlo! Los prisioneros no preguntan, no son viajeros, son objetos que se mueven de acuerdo a la voluntad lejana de seres desconocidos.

La caravana se puso en movimiento.

Dejamos atrás las instalaciones militares, los letreros que advertían que se trataba de una zona reservada. Ahora corríamos, probablemente por las afueras de la ciudad. La tierra era roja, fértil, la vegetación abundante. Pero, poco era lo que podíamos ver a través del toldo del camión. Adelante y atrás, otros vehículos llenos de soldados, con sus ametralladoras y sus cascos de acero. La ciudad la sospechaba bonita, serrana, agradable. La carretera en buen estado, era para nosotros solos; en ningún momento nos cruzamos con vehículo alguno.

- *Un ñandú*, exclamó Letts.

Volteamos la cabeza, nos volvimos en busca del animal. Napurí, naturalmente, dijo que vio el ñandú.

Ingresamos a las instalaciones del aeropuerto. Por fin vimos algunas personas vestidas de civil, inclusive niños. Automóviles estacionados ordenadamente. Yo conozco muchos aeropuertos del mundo, pero jamás estuve metido en un camión militar en condición de prisionero. Es curiosa la sensación viajera, que produce un aeropuerto, y al mismo tiempo la inseguridad provocada por la falta de libertad.

- *Nadie se mueve, nadie baja*, dijo un oficial.

La orden fue terminante. Ni siquiera sabíamos en qué parte del aeropuerto nos encontrábamos. Pero, con seguridad, era la parte opuesta a aquella del edificio donde estuvimos la primera vez.

Subió el chofer militar al camión y arrancó la caravana. Dimos un pequeño rodeo y nos estacionamos frente a la pista, en un lugar alejado de toda oficina.

- *Nadie puede bajar*, dijo un soldado.

Se reanudó la conversación, ¿sobre qué? Sobre lo mismo: quiénes viajarían, quiénes no, sobre la suerte que le estaría reservada a cada cual.

Hugo Blanco propuso jugar una partida de ajedrez. Se bromeó, sin ganas, para matar el tiempo. Las horas transcurrían aburridas. El frío era intenso, tiritábamos.

Un atardecer serrano. Aterrizó un avión pequeño, comparado con un *Hércules*. Color celeste, un turbohélice se detuvo frente a nosotros, a unos cuarenta metros.

Descendieron dos civiles, conversaron con otros civiles que habían salido del aeropuerto. Luego, en la portezuela, apareció un soldado armado hasta los dientes. ¿Sería nuestro avión? Los soldados, con sus ametralladoras, junto a nuestro camión, atrás, frente a la puerta de la oficina, nos vigilaban, como si fuésemos a huir, quizás a raptar el avión.

- *¡Me cago! Oiga usted, oficial, quiero ir al baño, quiero orinar*, exclamó José Luis Alvarado. ¿Cómo no se nos había ocurrido antes? Alvarado reía de buena gana.

- *Espera, voy a hacer una consulta*.

El oficial desapareció. Regresó a los diez minutos.

- *Bajen en orden, uno por uno, van a ir al baño de esa oficina, sin correr, caminando despacio*.

Era el baño de una cafetería en desuso. Se formó una especie de callejón de soldados, todos armados, en medio del cual caminaba cada uno de los prisioneros hasta el baño.

- *No cierre la puerta del baño, úselo con las puertas abiertas*.

Había un soldado, dentro de la cafetería, atento al progreso fisiológico de los prisioneros. De todos modos, resultó entretenido moverse, caminar un poco, después de tantas horas de espera dentro del camión.

Otra vez, estuvimos todos juntos. Vimos a Faura, que se perdió rápidamente. Quizás entró a alguna oficina. Después a Arce, que se acercó hasta nosotros. Se le notó disgustado. Evidentemente, el trato que recibían, semejante al nuestro, no era el que estaba acostumbrado a recibir un vicealmirante, ex jefe de la Armada Peruana y ex embajador del Perú en Washington.

Faltaba poco para las 6 de la tarde. Las sombras comenzaban a descender sobre el aeropuerto.

Apareció un soldado.

- *Las personas que voy a llamar, bajan y vienen conmigo*.

- *Valentín Pachó*.

- *Justiniano Apaza*.

Los dos sindicalistas nos estrecharon las manos, uno por uno, quienes quedábamos en el camión. Bajaron y desaparecieron.

- *Hugo Blanco.*

Todos nos miramos sorprendidos. Nadie había opinado, jamás, a favor del líder de Chaupimayo. Para él mismo fue una sorpresa. Salió caminando con dificultad.

- *Ricardo Díaz Chávez.*

El Charro se movió con rapidez. Estábamos desconcertados. Sólo faltaba uno para completar la cuota de siete. Los otros dos, nadie lo puso en duda, tenía que ser Arce y Faura.

Pasaron algunos minutos. La espera se hizo incómoda. ¿Se trataría de llevar, en este primer lote, precisamente a los políticos más caracterizados por su militancia?

Asomó el oficial, regordete, rubicundo, con su papel. Las miradas estaban fijadas en él.

- *Alfonso Baella Tuesta.*

Me despedí de mis compañeros de prisión.

Me llevaron, dando un rodeo, al camión, a pocos metros delante del avión. Allí estaban los dos marinos y los cuatro civiles. Se acercaron dos soldados.

- *Levanten las manos y separen las piernas.*

La revisión fue más minuciosa que en oportunidades anteriores. Nos obligaron a vaciar los bolsillos. Examinaron mi bolígrafo con atención.

Luego comenzó la revisión de las maletas de los marinos. Faura, amiguero, había logrado lo que ninguno de nosotros. Ganó la cordialidad de oficiales y soldados. El día de su cumpleaños, a falta de un objeto más adecuado, los argentinos le obsequiaron una funda de cuero para pistola. ¡Para que! El problema se ventiló discretamente, pero no tanto para pasarlo por alto. Fueron y volvieron los oficiales y los soldados. ¿Qué hacía allí esa funda? ¿Dónde estaba la pistola? Por fin, se aclaró el tema.

Subimos al avión.

Un caso de cultura sexual

Viajamos severamente custodiados.

Cubriendo la cabina del piloto, dándonos la cara, iba un oficial rubio en traje de campaña, con una pistola muy grande al alcance de su mano. En ningún momento, a lo largo de las cuatro horas de vuelo, nos quitó la vista. Conversó, de rato en rato, con Pacho y Apaza, quienes tomaron asiento en la parte delantera del avión, en un espacio que parecía destinado a los equipajes.

Atrás, de civil, un hombre alto, grueso, con bigotes, a quien desde lejos se descubría que pertenecía a la policía, permaneció en silencio. Nos vigilaba por las espaldas.

El avión era estrecho, de la policía federal, con motor Fiat, ensamblado en la Argentina. Tenía sus asientos, separados por un estrecho pasillo. A la izquierda iba Faura; detrás de él, Díaz Chávez, y luego el policía argentino de civil. Los dos primeros se enfrascaron en una conversación amenísima, a pesar de que el marino debía mantener el cuello permanentemente doblado. Faura demostró, una vez más, una afición admirable por el diálogo.

En la columna de la izquierda, Arce Larco iba delante; luego yo, y finalmente, Hugo Blanco. No abrimos la boca durante todo el viaje,

Cada cual pareció sumirse en sus pensamientos.

El vuelo resultó, para nosotros los mudos, tedioso, aburrido e interminable.

A esa misma hora, a cuatro mil kilómetros de distancia de la ciudad de Lima, capital del Perú, varios abogados se dirigían presurosos al distrito de San Isidro. Tenían una cita en la esquina de Conquistadores con Esquilache.

El primero en llegar fue Fernando Schwalb López Aldana, ex ministro de Relaciones Exteriores del Perú y destacado dirigente del Partido Acción Popular. Después, sucesivamente, aparecieron Javier Ortiz de Zevallos, ex presidente de la Cámara de Diputados, del Movimiento Democrático Peruano; Roberto Ramírez del Villar, ex ministro de Justicia, del Partido Popular Cristiano; Vicente Ugarte del Pino, ex decano del Colegio de Abogados de Lima y catedrático de la

Universidad de San Marcos; Gonzalo Ortiz de Zevallos, autor de un célebre dictamen sobre el Oleoducto Nor Peruano, que lo llevó a la cárcel, junto a una docena de abogados peruanos, víctimas de la represión de Velasco Alvarado, en 1974; Carlos Balarezo Delta, ex Diputado y también ex prisionero de la dictadura de la Primera Fase, y Carlos Enrique Ferreyros, del Partido Aprista.

Los abogados deliberaron brevemente. Debían dirigirse en grupo a la residencia del doctor René Boggio Amat y León, decano del Colegio de Abogados, que quedaba a unos metros de distancia, para coordinar algunas gestiones a favor del abogado Alfonso Baella Tuesta, deportado.

El Colegio de Abogados de Lima es una institución muy antigua, anterior a la fundación de la República. A través de casi dos siglos, con algunos altibajos, ha sabido mantener constantemente una lucha, a veces heroica, en defensa del estado de derecho.

Durante la dictadura de Velasco, El Colegio, no cejó en su lucha por el imperio del orden jurídico. Se enfrentó al mismo Presidente de la República, al Consejo Nacional de Justicia, a las intrigas palaciegas. Su decano, Vicente Ugarte del Pino y los miembros de su directiva, fueron encarcelados y vejados brutalmente, por suscribir un documento jurídico que objetaba los términos de los contratos financieros que el gobierno firmó con el Japón para la construcción del oleoducto. Otro decano, el doctor Carlos Enrique Ferreyros, fue detenido y deportado a México.

Sistemáticamente, los Abogados de Lima, en las elecciones anuales de su directiva, habían derrotado a los candidatos amparados por el oficialismo castrense.

Cuando la policía me detuvo, los abogados populistas, entre los que destacaban Javier Alva Orlandini y Dagoberto Lainez, pidieron que el Colegio se pronunciara sobre este atropello.

Transcurrieron los días y se produjo mi deportación. Mi esposa apremió a la corporación enviando una carta en la que exponía mi situación. Pero la directiva, particularmente su decano, apelaron a procedimientos dilatorios.

El gobierno había tenido una reacción brutal: encarceló, deportó, declaró el estado de emergencia; instauró el toque de queda; clausuró las revistas independientes y prohibió toda manifestación política. Parecía dispuesto a todo para salvar a su ministro de Economía Javier Silva Ruete; a acallar las protestas populares por el aumento exorbitante de los precios, a sangre y fuego. Quizás el decano se asustó; tal vez fue amedrentado.

El doctor Boggio había quedado en recibir, en su casa, a los abogados que representaban todas las tendencias políticas, con excepción de los comunistas y oficialistas. Tocaron la puerta, salió una mujer del servicio doméstico.

- *El doctor no está, no sabemos a qué hora va a venir...*

- *Nosotros tenemos una cita con él*, explicó Gonzalo Ortiz de Zevallos. La mujer dijo que averiguaría. Esperaron unos minutos en la calle; retornó la doméstica:

- *El doctor no ha dicho nada; regresará muy tarde.*

Los Abogados se miraron entre sí, sorprendidos.

- *René se chupó*, dijeron, al unísono. Esta frase, muy limeña, es sinónimo de "se corrió", "se asustó" o "se escondió".

Previsores, experimentados, los abogados habían llevado carta, firmada por todos los presentes, solicitando al decano que reuniera a la junta directiva para pronunciarse en torno a mi deportación. Yo era el único abogado que había sido objeto del abusivo atropello oficial. Si bien era perseguido por mi labor periodística y no por mi desempeño como abogado, este hecho no alteraba la procedencia del pedido.

Los abogados decidieron dejar la carta en manos de un vecino, de apellido Cooper. Éste aceptó deportivamente el encargo. A la una de la madrugada hizo un último intento de ubicar al decano. Éste no llegó a su casa, parece que esa noche decidió dormir en otra parte. La carta, finalmente, fue dejada bajo la puerta.

- *¡Qué mal quedamos!*, dijo Gonzalo Ortiz de Zevallos al decano, algunos días después, en una recepción.

- *Ahora resultaría un pronunciamiento extemporáneo*, replicó risueño, el señor decano.

El Colegio aprobó, después de vencer la resistencia de varios de los miembros de la directiva, un documento ambiguo. Como en el habla popular, que no decía *ni chicha ni limonada*.

A las 11 de la noche, el avión aterrizó en el aeropuerto militar de *El Palomar*. El frío era intenso; dentro del avión, tiritábamos.

- *Nadie baja. Nosotros les avisaremos*, dijo el militar de la pistola. Descendieron el piloto, con uniforme militar, que apenas nos miró; y otra persona, que suponemos sería el copiloto.

El policía de civil continuaba su vigencia.

- *¿Hay un baño?*, preguntó Faura.

El policía dijo que no; pero luego bajó a consultar con alguien. Retornó a los pocos minutos, y dijo a Faura que podía utilizar el baño del avión.

Desfilamos todos con dirección al baño, que era increíblemente estrecho. Como para un enano. Estuvimos dentro del avión alrededor de noventa minutos. Por fin, alguien, a viva voz, nos indicó que podíamos bajar.

Afuera, el frío era aún más intenso. Había una docena de personas de civil.

- *Por aquí, rápidamente. Caminen por aquí, en columna.*

Dimos un pequeño rodeo, por los jardines, sin entrar a oficina alguna. Llegamos a una pista donde se encontraban varios automóviles, grandes, de color oscuro, con todas las puertas abiertas y sus motores encendidos. Eran cuatro en total. Adelante y atrás, patrulleros de la policía con sus torres de luz multicolor girando incesantemente. Los argentinos parecían tener mucha prisa.

Los prisioneros fueron acomodados uno junto al chofer; otro atrás, en medio de dos investigadores de paisano. Los vehículos arrancaron simultáneamente, a gran velocidad, con chirrido de llantas. Era un operativo semejante a los de la serie de *Los intocables*, de la televisión norteamericana.

A mí me tocó viajar con Justiniano Apaza. Pacho viajó sólo, en otro vehículo. Los marinos, emparejados. Blanco y Díaz Chávez, en el último coche.

Apaza se mostró comunicativo, tenía deseos de conversar. Los policías se portaron con él amablemente. Yo creí que las cosas iban a ser mejores en cuanto llegáramos a Buenos Aires. Pero, la espera prolongada en el aeropuerto militar, el despliegue policial, la hostilidad que nos rodeaba, me fastidiaba. Viajé en silencio. Recordé las veces que había llegado a Buenos Aires, como turista, como periodista, plétórico de alegría y de entusiasmo. Esa noche, las cosas eran muy distintas.

- *¿Quieres fumar?*, me dijo el conductor del carro. Hacía por lo menos media hora que viajábamos. Yo fumo, de vez en cuando, pero no cuando estoy disgustado.

- *Buenas Aires es una ciudad bonita. Aquí los extranjeros son bien recibidos. Es fácil conseguir trabajo.* El chofer, amable, rompió el hielo. Hablaba con el entusiasmo incansable de los argentinos de la calle Florida.

Por último, la caravana de vehículos ingresó al patio de un viejo edificio, sombrío, oscuro. Descendimos, a la carrera, por el frío. Nos hicieron ingresar a una pequeña metálica.

Otra vez, el rito antipático:

- Levanten los brazos, separen los pies.

El cacheo, en busca de armas. Los policías, con sus abrigos oscuros y sus ametralladoras, caminaban de un lado para otro. Nos hicieron formar en columna frente a un ascensor, entramos todos, inclusive dos de nuestros acompañantes.

En el noveno piso, formamos un pequeño grupo frente a los ascensores.

Uno de nuestros custodios, de civil, se adelantó.

- Señores almirantes, ustedes por aquí. ¿Quién es el periodista? ¿Usted? También, por aquí. Ustedes, por allá.

Los dos marinos y yo seguimos al policía hacia la izquierda; Pacho, Apaza, Blanco y Díaz, se fueron para el lado derecho.

Con mostachos rojos, tipo foca, delgado, de talla mediana y con un impecable uniforme azul, el principal Aldo Mosqueira, de la policía argentina, nos dio una efusiva bienvenida. Estrechó con calor las manos de cada uno de nosotros.

- Ustedes son huéspedes de la República Argentina. El gobierno les ha concedido asilo político y van a residir, todo el tiempo que sea necesario, en la ciudad de Buenos Aires. Disculpen que, por la hora, no pueda ofrecerles una taza de café; el personal se ha retirado.

Faltaban pocos minutos por las 2 de la madrugada. El trato cordial del principal Mosqueira fue reconfortante. Nos invitó a tomar asiento, en sendos sillones mullidos. Prendió una estufa y nos ofreció cigarrillos. Faura y Yo aceptamos. Fumamos con deleite.

- ¿Cómo te fue en el viaje de El Palomar hasta acá?, le pregunté a Faura.

-Una cagada. Por conversar, me hago el cojudo y le digo al conductor: ¿Cómo se llama ese edificio?, es nuevo, no lo había visto antes". El muy carajo me contestó secamente: "No sé, no tengo por qué saberlo. Éste no es un viaje turístico". ¡Imagínate!

Arce Larco se veía cansado, agotado. Se arrellanó en su butaca.

- Hay que cumplir algunos trámites; como verificar la identificación, pero no tienen por qué mortificarse. Ustedes saben que estos son trámites que los cumple todo asilado. Aquí, donde están ustedes, han permanecido algún tiempo el general Torres, de Bolivia; el doctor Velasco Ibarra, de Ecuador. Alguna vez ustedes recordarán estas escenas con agrado. A lo mejor, cuando vuelvan, lo harán como ministro o como presidente de la República. La política es así, hoy abajo, mañana arriba, uno nunca sabe lo que puede ocurrir.

El principal Mosqueira no necesitaba estímulo. Hablaba con vigor, con entusiasmo, sin pausa. Entró un funcionario de civil y se llevó a Faura a otra

habitación. Después a Arce, y finalmente a mí. Otra vez, cien impresiones, diez por cada dedo de la mano. Después, a un pequeño baño, a limpiarse los dedos.

- ¿Cómo es Lima? Yo sólo conozco el Perú por lo que leído. Me interesa la arqueología, especialmente la mochica, al norte de Trujillo. Es muy importante.

Arce escuchaba, pero parecía estar con el pensamiento en otra parte. Hablé de los trabajos de Rafael Larco. ¡ Para qué lo hice! Le conté que había un libro magnífico, *Chekán*, con reproducciones de huacos con motivos sexuales.

El principal Mosqueira se puso de pie. Como un profesor que dicta una clase, hizo una larga, enjundiosa y documentada exposición.

- La cultura mochica ocupa un lugar destacado en el mundo entero, por su progreso sexual. Sólo es comparable al desarrollo alcanzado, quince siglos antes de la era cristiana, por los erotólogos de la India. El Kama-Sutra, el libro sagrado que considera el placer como una forma de acceder a la beatitud divina, es comparable a los huacos mochicas, a través de los cuales se descubre que esos hombres y mujeres hicieron del sexo una conexión con su dios. El poeta Vastyayana se anticipó a la ciencia moderna; él descubrió que el placer sexual, bien orientado, bien conocido, evita la perversión humana. Su capítulo titulado "Arte de ganar la confianza de la mujer", constituye todo un tratado de técnica, de ciencia, de refinamiento. Describe desde el comienzo con el beso hasta la caricia íntima.

Arce y Faura escuchaban sorprendidos. El cambio que habíamos experimentado en nuestra suerte era bastante notable. En pocos minutos, de la condición de prisioneros maltratados, pasábamos a invitados muy considerados y, lo que es más, nos encontrábamos en la antesala del refinamiento sexual hindú.

- Pero los mochicas no dejaron testimonios escritos, sólo sus huacos, quise interrumpir.

- No fue necesario el libro, la literatura, para conocer la riqueza de su cultura sexual. Buda, por ejemplo, a través de sus estatuas nos revela que dejó tras de sí mujeres satisfechas sexualmente, en estado de reposo del amor. Buda explica las tres etapas del amor: kamaloka, o el mundo de los deseos; ropaloka, o el mundo de las formas puras, que está por encima de los deseos; y arupaloka o el mundo sin formar, es decir, de lo absoluto.

- Lo que a nosotros nos hace falta es una chuchaloca, interrumpió Faura. El principal le miró con la sorpresa del profesor que ha sido interrumpido con una palomillada del alumno.

- ¿Qué sabe usted, almirante, de posturas?

La pregunta tomó por sorpresa a Arce. Nuestro catedrático no esperó la respuesta.

- *Las posturas yogas son de dos clases: las de loto y las eróticas. Cada una de ellas cuenta con 94 variantes. El objetivo es liberar la mente humana.*

Me costaba algún trabajo seguir la disertación del principal; mis apuntes volaban. Pero no podía perder una escena tan original.

- *¿Qué diría el Comando Conjunto, que preside el general Ritcher, si supiera que el gobierno ha gastado millones de soles en deportarme hasta Buenos Aires, para recibir una clase de las 188 posturas hindúes para hacer el amor?, pensé divertido.*

- *Pero los franceses han superado, balbucí.*

- *Si se refiere al cunnilingus, está usted en un error. Son, precisamente, los Mochicas los que cultivaron el conlinguismo hasta lograr sus más altas expresiones técnicas. Hay 122 técnicas de cunnilingus, cuyo aprendizaje requiere alrededor de diez años de práctica continua. Eso sólo lo lograron los mochicas.*

Entraron dos funcionarios vestidos de civil, igualmente gentiles. Dialogaron en voz baja con el oficial de policía. El principal Mosqueira, afirmó:

- *Esta noche, caballeros, van a estar alojados en el hotel Sarmiento, que queda a poca distancia de aquí. Allí hemos reservado para ustedes un departamento con dos habitaciones. Pueden pedir cualquier cosa para comer, aunque dudo que les puedan ofrecer mucho, pues van a ser las 4 de la madrugada. Hoy a las 8 de la mañana, deben estar de regreso a esta misma oficina. Les ruego que sean puntuales. Hay algunos trámites más que cumplir. Luego, Buenos Aires será totalmente de ustedes. Ahora, les llevaré a su hotel personal desde esta oficina; estos vigilantes se quedarán a dormir en el mismo hotel; naturalmente, en otro departamento. Es una cuestión de rutina; no lo tomen como una vigilancia. Les deseamos una feliz estadía y... que gocen con el Mundial de Fútbol.*

Media hora más tarde descansábamos en el hotel Sarmiento. Los dos marinos en una habitación; yo, en otra.

Pedí una llamada telefónica con Lima. No conseguí que me comunicaran. Comí un emparedado y una gaseosa.

Me dormí profundamente. Tuve la sensación de ser otra vez un hombre libre.

El Mundial de Fútbol

Los policías argentinos, que durmieron en el Hotel Sarmiento, vigilándonos, fueron muy puntuales. A las 8 de la mañana en punto, nos estaban tocando la puerta.

- *Tenemos que ir a Moreno.* Este era el nombre de la calle donde se levanta un sombrío edificio policial. Allí se ventilan los asuntos vinculados con los extranjeros en problemas.

Desde que pisamos territorio argentino, en Jujuy, los dos marinos peruanos habían abrigado muchas esperanzas en la ayuda que pudiera prestarles el almirante Massera, miembro del gobierno argentino.

El almirante Massera había estado en Lima en varias oportunidades, cuando Arce y Faura, sucesivamente, estuvieron al frente del Ministerio de Marina.

- *Yo le he puesto aquí una hermosa condecoración,* decía Arce, llevándose la mano al pecho. Cuando llegamos a Buenos Aires, en el aeropuerto de *El Palomar*, los ex ministros insistieron ante la policía, en solicitar una comunicación con el almirante Massera.

El uno de junio, mientras nos dirigíamos a la policía, Arce, muy cordial, reflexionó en voz alta:

- *Este departamento ha sido tomado para nosotros por nuestro amigo Massera. Le hemos enviado mensajes desde Jujuy, desde el aeropuerto.*

- *Hoy debe mandarnos un oficial de órdenes; es lo que le corresponde, en un caso como éste, para personas de nuestra jerarquía,* agregó Faura.

- *Una sola habitación para nosotros dos, resulta estrecha, incómoda. ¿Cómo has pensado arreglar tu situación?,* preguntó Arce Larco.

- *Si el almirante Massera ha dispuesto el departamento sólo para sus amigos, no hay problema; me iré tan pronto arreglé mis problemas con la policía,* le dije.

- *Tómate todo el tiempo que necesites, qué ocurrencia,* respondió, efusivo, Arce Larco.

Nos condujeron a la misma oficina donde habíamos estado en la madrugada. Nos recibió, muy cordial, el comandante Sabattini, el mismo que hiciera de mecanógrafo en el cuartel de Jujuy.

Firmamos los documentos, aceptando las condiciones del asilo e inmediatamente nos entregaron una cédula, que nos serviría de documento de identidad.

- *El ministerio de Relaciones Exteriores, dijo el comandante Sabattini, me ha comisionado para entregarles 160 millones de pesos a cada uno para que cubran sus gastos indispensables.*

Firmamos el recibo correspondiente. Era el equivalente de 200 dólares en pesos viejos. Ciento cincuenta mil pesos nuevos, al cambio de ese día, 35 mil soles peruanos.

Nos quedamos solos.

- *Supongo que está bien que aceptemos, dijo Faura.*

- *Sin duda, contesté. El Gobierno argentino nos ha recibido como huéspedes porque ha querido. No hemos venido por nuestra propia voluntad a solicitar asilo. Nuestra situación jurídica es singular. ¿Me permiten sus cédulas de asilados?*

Examiné los papeles de Arce y de Faura con cuidado. Hasta ese momento yo creía que los dos ex ministros habían viajado con pasaportes.

- *De modo que es verdad que ustedes vinieron sin Pasaportes. Pero ¿cómo es posible que notificados con anticipación del viaje, ustedes olviden un documento de tanta importancia? ¿Pueden aclararme este misterio?*

- *Nos aseguraron en forma reiterada que no necesitábamos pasaportes. Nos dijeron mil veces que el piloto traía los pasaportes y el dinero para los deportados. Nosotros no podíamos dudar, dijo Faura.*

- *Entonces los almirantes Tirado y Masías, que fueron a detenerlos, ¿los engañaron deliberadamente?*

- *No, contestó Arce con rotundidad. De ninguna manera. Ellos también fueron engañados. Podemos discrepar, pero son dos caballeros. La persona que organizó la deportación premeditó cada uno de estos hechos: los peruanos deberíamos llegar sin pasaportes, sin dinero, sin ropa.*

- *Si hubiéramos tenido los pasaportes, es seguro que los hubieran retenido. Teníamos que venir indocumentados. Pero nosotros desbaratamos, en parte, el plan al viajar uniformados, comentó Faura.*

- *Para los civiles, el trato ha sido brutal. No nos han permitido comunicarnos con nuestras familias. A los comunistas los han engrilletado, los han golpeado. ¿Es una táctica militar? ¿Qué me dicen?, pregunté.*

- *Es una táctica humanista y cristiana de la Segunda Fase. Los marinos no podemos hacer estas cosas. Los militares son ajenos a estos operativos. Son cosas del político con uniforme. Alguien, a estas horas, debe estar muerto de risa, en Lima, imaginándose los problemas que los deportados estamos viviendo, comentaron los marinos.*

El comandante Sabattini nos interrumpió. Se le veía muy contento:

- *Señores almirantes, señor periodista, todo está perfectamente en orden. Tienen sus documentos, conocen las condiciones del asilo, deberán venir cada 30 días exactamente, a fin de mes, para registrarse, es un trámite de rutina. No pueden salir de la ciudad, tienen un campo de acción de 20 kilómetros a la redonda para moverse con absoluta libertad. Pueden buscar una actividad*

remunerada, y pongo en su conocimiento que si la autoridad argentina decide poner fin al asilo, ustedes deberán abandonar el país en el término de seis días.

- Señor Sabbattini, ¿el departamento del hotel Sarmiento es sólo para los señores almirantes, o también tengo yo el derecho a usarlo?, le pregunté.

- El departamento fue alquilado por la policía para ustedes tres, por una sola noche. Ahora, deberán desocuparla y buscar alojamiento donde no les parezca. Hay una crisis tremenda, porque hoy se inaugura el Mundial. Felizmente, logramos esos dos cuartos para ustedes.

Los marinos se mostraron contrariados.

- Hemos pedido que nos comuniquen con el almirante Massera. Él nos proporcionará alojamiento, lo que necesitamos, dijeron Faura y Arce, al unísono.

- Si el almirante Massera desea comunicarse con ustedes, lo hará en forma inmediata. Caballeros, les deseo una feliz estadía en nuestra ciudad, exclamó Sabbattini.

Al salir, nos encontramos, cara a cara, con Pacho y Apaza.

- A nosotros nos envían a General Picos, en La Pampa. ¿Ustedes saben dónde quedará eso?, preguntó Apaza. Se veía muy contrariado.

- No tengo la menor idea. Pero, algo les habrán explicado a ustedes. ¿Qué es de Hugo Blanco y Díaz Chávez?

- Hemos pasado una noche de mierda. Nos han metido en un calabozo a los cuatros juntos, sin camas, sin nada. Nos moríamos de frío. A nosotros nos mandan hoy a General Picos; los otros dos se quedan, porque están gestionando sus visas para Suecia y México, dijo Apaza.

Nos desprendimos de 10 millones de pesos cada uno y se lo entregamos a los dos sindicalistas. Nada más podíamos hacer.

- ¿Y los otros peruanos, los que se quedaron en Jujuy?

- Les han concedido asilo en Jujuy, dijo Sabbattini, quien en la puerta del ascensor, agregó:

- Señores, dos miembros de la policía los van a llevar a su hotel. Hoy todo aquí está revuelto. Ustedes van a tener problemas; por eso, el automóvil estará a su disposición para ayudarles a conseguir alojamiento.

José Miñones, gallego, propietario del hotel *River House*, en la calle Montevideo, a trescientos metros de Corrientes, miró con curiosidad, con desconfianza, nuestras cédulas de asilados políticos. El policía que nos acompañaba, le habló en voz baja, persuasivo.

- *Diez millones de pesos diarios por persona, sentenció.*

Hasta que se desocupara alguna habitación, los tres ocuparíamos un departamento: un dormitorio grande para los dos almirantes; una salita pequeña, convertida en dormitorio, para mí.

La ciudad estaba silenciosa, pero de fiesta. Millones de argentinos sólo pensaban en el Campeonato Mundial de F

fútbol que se iniciaba esa tarde.

Yo me había puesto en contacto con los periodistas de la Agencia Alemana de Prensa, dpa. A cien metros del hotel, funcionaba el Centro de Prensa, acondicionado especialmente para que cuatro mil periodistas, de todo el mundo, cubrieran hasta los más pequeños detalles de la cita futbolística.

A las doce del día, me encontré con una agradable sorpresa. En un sobre, recibí dos entradas para el estadio del River Plate, y asistir a la ceremonia de inauguración del fútbol. Venía con la gentil tarjeta de un amigo alemán:

- *Ohídese de la política, y llévese una chica al Mundial, decía la misiva.*

A esas alturas, dos boletos de ingreso para el Mundial eran como oro en polvo para cualquiera, menos para mí. Este espectáculo no está entre mis preferidos. No vibro con él. En esos momentos, bajaban Arce y Faura.

- *Señores, a ver el Mundial. Aquí tienen sus entradas, les dije.*

Los rostros de los deportados se iluminaron.

- *¡De modo que llegamos para ver el Mundial de Fútbol!, casi gritó Arce Larco. Su rostro moreno brillaba de júbilo.*

- *¡Esta noche llamo a Parodi para contarle cómo ha sido el Mundial!, exclamó Faura. Una risa sonora invadió el pequeño vestíbulo del Hotel.*

Miñones, el hotelero, nos miraba lleno de asombro.

La enfermería del cuartel de Jujuy les pareció inmensa, fría, menos acogedora que antes. La ausencia de los cinco compañeros y de los dos marinos que había viajado a Buenos Aires, se hacía sentir. Los seis prisioneros que quedaron en Jujuy, discutieron animadamente, hasta la madrugada.

Nadie les había proporcionado la menor información. Amontonados dentro del camión, había visto a sus compatriotas subir al avión y desaparecer. Les habían dicho que viajaban a Buenos Aires. ¿Sería verdad?.

Estuvieron en el aeropuerto durante una hora más, muertos de frío. De pronto, el camión comenzó a rodar. La caravana se dirigió en plena noche, otra vez, al cuartel de Jujuy.

En el trayecto se interpuso, entre el camión de la escolta y el camión de los prisioneros, un automóvil en el que viajaba, aparentemente, una familia. Un hombre joven conducía el vehículo, unos niños venían atrás; y la señora, al lado del conductor. Miraron con curiosidad el vehículo de los prisioneros. Éstos se aproximaron a la parte posterior del camión, con ganas de divertirse. Comenzaron los saludos, agitando las manos de los niños y adultos del automóvil hacia los prisioneros; y de éstos, a sus ocasionales amigos jujeños.

Un brusco bocinazo los volvió a la realidad. El camión con los soldados maniobró, y el automóvil fue obligado a salirse de la pista.

Los dejaron en la enfermería, sin explicaciones.

Llegó el sargento con la comida. No sabía nada de nada. Los seis peruanos comieron con animación.

- *Hoy tenemos ración doble*, comentó Letts.

El sargento lo festejó.

- *Ha ocurrido lo que habíamos previsto. Nos han dividido; un grupo a Buenos Aires, y otro se queda aquí, o nos envían a cualquier otro lugar*, sentenció Napurí.

- *Tenemos que evitar un nuevo fraccionamiento*, dijo Letts.

- *¿Por qué se llevaron a Hugo Blanco y a Díaz Chávez?*, preguntaron una y otra vez.

- *Blanco ha pedido asilo en Suecia, y Díaz Chávez, en México. Es lo que debimos hacer desde un principio; fue un error pedir el asilo en Argentina*, sentenció Pepelucho.

Ledesma durmió en el mismo cuadrilátero de Diez-Canseco, en la cama que había dejado Hugo Blanco.

Al día siguiente, poco después del desayuno, llegó un sargento nuevo, y les dijo:

- *Arreglen sus cosas, van a ser trasladados. Va a venir una delegación de la policía.*

Los prisioneros se preocuparon. ¿Por qué el Ejército se desprendía de ellos para pasarlos a manos de la policía? ¿Era mejor o peor?

Una hora más tarde, llegaron un teniente de la policía y un civil, no identificados. Conversaron entre ellos, en voz baja; hablaron brevemente con los detenidos sobre generalidades sin importancia. Se fueron.

Poco después, volvió el teniente con otros cuatro hombres, uniformados, miembros de la policía.

- Vamos a la comisaría, pero sólo pueden ir dos con nosotros. No hay espacio en los vehículos. Antes de almuerzo, estamos de vuelta. Hay que ver los papeles del asilo.

Ledesma y Napurí decidieron acompañar a los policías.

- Les vamos a leer la notificación de concesión de asilo, dijo el comisario, cuando los dos peruanos estuvieron frente a él, en su despacho.

Los prisioneros escucharon con atención.

- ¿Nos permite leer el documento?, preguntó Ledesma.

Se miraron; no necesitaban conversar.

- Estas no son las condiciones de asilo que nos han ofrecido.

El comisario se quedó boquiabierto.

- Pero, ché.

- El gobierno argentino nos concede asilo en la ciudad de Jujuy. Nosotros pedimos el asilo porque nos dijeron que era la única forma de salir del presidio; pero queremos un asilo precario, por una semana, el tiempo suficiente para ponernos en contacto con nuestros familiares y amigos, gestionar nuestros pasajes y salir a otro país. Para eso hemos pedido que nos permitan residir en Buenos Aires, no en una ciudad del interior, desde donde nos será difícil ponernos en contacto con los consulados de los países a los cuales queremos dirigirnos, explicaron Napurí y Ledesma.

- Entonces, ¿ustedes no firman este documento?

- No, en estas condiciones no firmamos.

En ese momento, ingresaron a la oficina dos personas vestidos de paisanos, portando varias carpetas con documentos. Dejaron los legajos sobre la mesa del comisario y le dijeron:

- Entérese de quiénes son estos sujetos.

- ¿Dónde vivirán, en qué trabajarán en Buenos Aires?, preguntó, irónico, el comisario.

- Vamos a dormir en los parques, dijo Ledesma.

- Vamos a trabajar asaltando bancos, exclamó Napurí.

El comisario se rascó la barbilla. Los dos policías de civil, que violentaron la entrevista con su brusquedad, observaban a los peruanos.

- *Yo creí que todo estaba arreglado*, dijo el comisario.

- *Tiene que constar por escrito que el gobierno argentino se responsabiliza por la seguridad de cada uno de nosotros*, exclamó, leguleyo, Ledesma.

La policía los llevó, otra vez, a la enfermería. Era bien avanzada la tarde. No habían almorzado los "plenipotenciarios".

Pepelucho, Damonte, Letts y Diez-Canseco aprobaron lo que habían dicho, hecho y decidido Ledesma y Napurí.

A la hora de la comida volvió el teniente de la policía:

- *Va a venir una delegación para que firmen la renuncia al asilo*.

- *No vamos a firmar nada, porque no hemos aceptado el asilo*, replicó, rápido, Letts.

El teniente se fue mascullando una maldición.

Los peruanos estaban mortificados. Habían gestionado ante el sargento la posibilidad de ver la inauguración del Mundial, en la cuadra de los soldados, por la televisión. En principio, les dijeron que sí. Pero, la autorización no llegó.

La obsesión de los tallarines...

El Pipo II es un restaurante barato. Se come bien pero hay que hacerlo rápido. A mediodía y en la tarde, se forman colas de clientes, turistas principalmente, que esperan su turno para ocupar una mesa.

- *Vermicelli al pesto*.

- *Lomo al Pipo*.

Lápiz en mano, Faura hizo sus proyecciones financieras:

- *El hotel nos cuesta 10,000 pesos diarios. Para comer necesitamos, por lo menos, otros 10,000 pesos, siempre y cuando no nos apartemos de este Pipo. Come la mitad de mi Vermicelli; yo como la mitad de tu carne*.

- *Pero, además, necesitamos dinero para periódicos, para jabón, para el lavado de ropa. Yo no puedo lavar la mía, hice la prueba y soy un desastre*, dijo Arce Larco.

- *En cifras, redondas, concluyó Faura después de varias sumas y restas, necesitamos por lo menos 30,000 pesos diarios para vivir como estudiantes.*

- *Los 150 mil pesos nos alcanzan para cinco días. Tenemos que hablar con Lima para ver cómo nos mandan dinero.*

Vivieron la euforia de la inauguración del Mundial de Fútbol; recorrieron alegres toda la extensión de Corrientes, confundidos en el mar humano que festejaba la primera, mediocre victoria de Argentina. En Florida y Esmeralda, como turistas pobres, estuvieron mirando y examinando los periódicos que se exhibían en los quioscos.

El problema económico era agobiante.

- *Willy, necesitamos mil dólares para estar tranquilos, dijo Arce.*

- *Hasta con 500 me contento, replicó Faura.*

Sus capitales se encogían rápidamente. Sólo en llamadas telefónicas a Lima habían gastado 30,000 pesos, pagados por adelantado, en las cabinas ubicadas en la calle Corrientes. No existe el sistema "que paguen en Lima" llamado *colect*.

El Perú no tenía crédito mucho menos los peruanos. Éstos se limitaban a mirar el carnaval humano, que por momentos los arrastraba:

- *¡Argentina! ¡Argentina! ¡Argentina!*

No había nada que hacer. Sumas y restas. La imaginación era una especie de máquina de calcular. Un dólar igual a 800 pesos; mil dólares, serían 800,000 mil pesos. Quizás podrían durar para un mes. Pero, ¿cuánto tiempo durará esta deportación? Y, ¿cómo obtener mil dólares?

El ministro de Economía, doctor Javier Silva Ruete, introdujo un cigarillo en la boquilla de sándalo. Fumó con deleite. ¿Por qué le gustaba fumar usando una boquilla? Se sentía protegido contra el peligro del cáncer. Además, esa boquilla era el recuerdo de un hombre a quien admiraba. Era su maestro, su guía, su inspirador. Hacía muchos años, veinte tal vez, se produjo su ingreso al Partido Demócrata Cristiano. Le maravilló la habilidad de sus líderes. Un puñado de abogados, moviéndose con extraordinaria habilidad, aliándose en Cajamarca con los pradistas; en el Cusco, con los comunistas; en Puno, con los caciques Cáceres; en Arequipa, con los independientes; en fin, vistiéndose de cualquier forma, ganaron un número apreciable de bancas en el Parlamento que inició sus funciones en 1956. En Roma, había sido uno de los seguidores de Haya de la Torre, cuya amistad conquistó para siempre. Pero, ¿qué pasaba con este partido grande que nunca podía llegar al poder? Héctor Cornejo Chávez era el hombre. Derrotado abrumadoramente en 1962 cuando cualquier otro hubiese ido a

Arequipa a llorar sus penas, Cornejo se unió a su rival Belaúnde, y entró al Senado con la más alta votación nacional. ¡Qué buenos cojones!, solía decir Silva Ruete, pícnico, eufórico. Un día, el líder vino de Europa y le obsequió la boquilla.

- Para que no te envenenes.

Javier apreció el presente. Cornejo le hizo ministro de Belaúnde, cuando apenas pasaba de los treinta. Después, las cosas vinieron solas.

Alvaro Meneses, demócrata cristiano como él, habló desde la presidencia del Banco de la Nación:

- Tocamos fondo. No tenemos un solo dólar.

- ¿Qué dice, Mañuco?, preguntó el ministro. Se refería a Manuel Moreyra Loredó, presidente del Banco Central de Reserva, otro democristiano como él.

- Dice que los marinos, los militares y los aviadores apremian para una conversación "a calzón quitao". Mañuco está listo para volar a donde fuese.

El ministro contempló, con el ceño fruncido, las volutas de humo.

- Necesito por lo menos 50 millones de dólares. Por lo menos, 10 mil millones de soles. Los primeros, tengo que sacárselos a la banca mundial; los soles, al pueblo.

No era su situación personal la que le preocupaba. Tenía un salario asegurado de 5,000 dólares mensuales, libre de impuestos, como alto ejecutivo de la Corporación Andina de Fomento, con sede en Caracas.

Necesitaba decenas de millones de dólares; cientos de miles de millones de soles, para conservar el cargo de zar de las finanzas peruanas. No había sido fácil llegar hasta allí. Era el ministro de Economía del Perú; pero este título decía poco. Era el presidente del CIAEF. Más que el mismo Presidente de la República. El CIAEF era el Comité Interministerial de Asuntos Económicos y Financieros, cargo del cual había desplazado con una facilidad olímpica al Primer Ministro, general Molina Pallochchia. Silva Ruete, gracias a este golpe de timón, imperceptible para el público, se puso por encima de los generales-ministros de Agricultura, de Pesquería y de Energía y Minas. Era el poder dentro del poder. Pero su vida era intranquila, estaba sometido a una dieta rigurosa para bajar la grasa: se privó del whisky, de los chifles y de sabrosos bocaditos de plátano con carne de chanco que preparaban en Piura, su tierra natal; y le suprimieron los tallarines y el pan. Estaba de mal humor. Si fracasaba, los militares lo sacrificaban como habían hecho con Piazza y con Marcó del Pont; y lo harían con cualquier persona, civil o militar, que no tocara la música que les gustaba.

El ministro sintió un sabor amargo en la boca. Él tenía dinero y tenía hambre, pero no podía comer; el pueblo, tenía hambre pero no tenía dinero para saciarlo.

- *Esto es democracia. Todos estamos jodidos.*

- *Sólo tenemos 145 soles. Ni 600 pesos; estamos en la última lona,* exclamó Napurí después que los seis detenidos vaciaron sus bolsillos y colocaron todo el dinero que tenían sobre la mesa de la enfermería de Jujuy.

- *Compraremos un solo diario. Tenemos para adquirir periódicos sólo en dos días más,* afirmó Pepelucho.

- *Antes, nos sacan de aquí. Esto debe decidirse hoy,* afirmó.

La Confederación Nacional Agraria, la famosa CNA, fue intervenida por el gobierno. Llegó la policía, acompañada de funcionarios del Banco de la Nación. La PIP, en vehículos que mantenían permanente comunicación radial con "el superior", también se hizo presente.

El gobierno decidió, en la sesión del Consejo de Ministros del 29 de mayo, liquidar la CNA, que se había convertido en un reducto de Leonidas Rodríguez, del Partido Socialista Revolucionario; y, por tanto, en aliados del comunismo.

La policía conocía muy bien el camino.

El 12 de mayo de 1972, cuando *El Chino* Velasco desgobernaba el país con mano de hierro, Leonidas Rodríguez, poderosísimo general que aspiraba a convertirse en el líder de una república semejante a Cuba, fue a Palacio de Gobierno y pidió la liquidación definitiva de la Sociedad Nacional Agraria, entidad que agrupaba a pequeños y medianos propietarios de tierras agrícolas. Los grandes propietarios habían sido liquidados en junio de 1969, ante el silencio cómplice de todos los peruanos y el aplauso miope de muchos de ellos.

- *La Sociedad Nacional Agraria conspira,* dijo entonces Rodríguez. La prueba plena de la conspiración, un comunicado de la SNA denunciando la labor de los agentes del Sinamos, es decir, de la muchachada comunista que —el poderoso general había llevado al Gobierno.

La policía ocupó el edificio de la SNA, en el jirón Miró Quesada, frente al edificio del diario *El Comercio*. Congeló sus cuentas y se apoderó de sus muebles y archivos. Todo pasó a manos de la gente de Leonidas Rodríguez.

El 3 de octubre de 1974, a los dos meses de la captura por el gobierno de todos los diarios del Perú, el país asistió a un espectáculo extraordinario.

El local del Congreso, cuyas puertas permanecieron encadenadas desde el 3 de octubre de 1968, abrió sus rejas para dar paso a la más pintoresca comparsa

formada por periodistas coimeados por el gobierno; por agentes comunistas que reían a más no poder; por militares serios, seguros de protagonizar un acto histórico; por empleados públicos absortos, y por corresponsales de prensa extranjeros que trabajaban sin descanso. En medio de todo esto, aparecieron alrededor de 300 campesinos, analfabetos y criollos, traídos desde los lugares más distantes y distintos del país. Algunos procedían de la costa, gente despierta; pero todos fueron disfrazados con los trajes típicos de la sierra y con las vistosas y exóticas prendas de la selva.

Los líderes campesinos tomaron asiento en los escaños que, en tiempos pretéritos, ocupaban los senadores y los diputados de la República.

Nació de este modo, entre cohetones que reventaban en la Plaza de la Inquisición, el ronquido de los pututos andinos y la gracia de las chirimías, la Confederación Nacional Agraria, que representaba, en el papel, a más de tres millones de campesinos. La CNA era la cúspide de una pirámide maravillosa. En la base, 1,600 organizaciones, sobre ella 120 ligas agrarias, y encima de éstas 18 federación agrarias. Algo así como soldados, cabos y sargentos. Los tres millones de peruanos iban a obedecer, como un regimiento gigante, a la voz de mando de Leonidas. Lo aclamarían, lo señalarían como el nuevo Fidel de la América Continental; y lo llevarían al poder.

Este día de junio de 1978, Leonidas vivía escondido, en algún lugar del Perú, perseguido por la policía política que él ayudó a organizar. Sus antiguos colaboradores del Sinamos también buscaban refugio; algunos habían tocado las puertas de embajadas de países capitalistas. Sus compañeros de lista, Pepelucho Alvarado, Arce Larco y Faura, habían sido deportados a la Argentina.

- *¿Dónde está Avelino Mar?*, preguntó el coronel EP Manuel Zevallos al llegar a las oficinas de la CNA. El líder comunista había desaparecido. Ni tonto que fuese. Estaba haciendo su campaña electoral para llegar a la Constituyente.

Los hombres que acompañaron al coronel Zevallos cumplieron una labor de rutina: abrieron escritorios, cajones, estantes. Revisaron con cuidado talonarios de cheques y libros de contabilidad. Pusieron precintos para que nadie los tocara. Querían descubrir tremendos delitos, los hilos de las oscuras conspiraciones orientadas a traer abajo al Gobierno Revolucionario. ¿Cuánta plata se habrán levantado estos cholos pendejos que hablaban de comunismo, de revolución y de revancha?

El sábado 3 de junio, el Perú jugaba con Escocia. Había una expectativa increíble en el Perú, en Argentina, en el mundo entero. En Buenos Aires, nadie daba posibilidad alguna al representativo de los incas.

Perú goleó. Ganó 3 a 1. Fue el delirio. Los vespertinos bonaerences publicaban interminables informaciones sobre la hazaña peruana.

Arce y Faura, muy formalitos, vieron el partido en la planta baja del hotel River House, en un modesto receptor de televisión en blanco y negro.

- *Después de esta victoria, Morales Bermúdez concede amnistía; debe estar feliz,* dijo Arce, riendo de buena gana.

- *¿Hay alguna noticia del Perú?*, preguntó Faura. Los ojos le brillaban, se le notaba más pálido que de costumbre.

A unas diez cuadras de distancia del hotel, frente al número 1417 de la avenida Moreno, se detuvo una caravana de automóviles de color oscuro. Descendieron varios hombres a la carrera, para abrir las puertas. No se trataba de invitados especiales; sino de media docena de prisioneros peruanos que ese día habían sido conducidos, en un avión de la policía, desde el aeropuerto *El Cadillal*, de Jujuy, hasta la base militar de *El Palomar*, en Buenos Aires. La columna de prisioneros ingresó, silenciosa, al presidio. A la cabeza iba Ledesma Izquieta.

Hambrientos, los peruanos no estaban sometidos a dieta para adelgazar. Tenían hambre porque, desde la mañana, no habían probado bocado: Ni desayuno, ni almuerzo, ni un vaso de agua, ni siquiera un pocillo de mate.

Muy temprano, había llegado la policía a la enfermería del cuartel de Jujuy, y los condujo a una dependencia policial.

- *Firmen la renuncia al asilo*, dijo la autoridad.

- *No firmamos. No podemos renunciar a un asilo que no hemos solicitado*, contestaron los prisioneros.

- *Pero aquí dice que ustedes solicitaron el asilo.*

- *Sí, pero en Buenos Aires. No hemos pedido asilo en Jujuy.*

- *El gobierno decide dónde da el asilo, ¿entienden?*, dijo la autoridad, con el rostro enrojecido.

- *Sí, pero nosotros decidimos dónde queremos el asilo*, replicó Letts.

- *¿Ustedes creen que aquí van a hacer lo que les da la gana?*, bramó, colérica, la autoridad.

- *No, no hacemos lo que nos da la gana. Aquí estamos contra nuestra voluntad; queremos volver al Perú*, dijo Alvarado Bravo, burlón.

Lo devolvieron a la enfermería. Dos horas más tarde, los llevaron, otra vez, a la oficina de la autoridad.

- *¿Firman o no firman?*

- *No firmamos.*

La burocracia de Jujuy, de Moscú o del paraíso es igual. La orden decía que los prisioneros deben firmar la renuncia al asilo. Y tenían que firmar.

Pero los comunistas en Lima, en Jujuy, o donde fuese, menos en un país comunista, saben cómo embromar a las autoridades.

- *Vea, señor comisario, nosotros hemos pedido asilo en Buenos Aires, y seguramente por error nos han concedido asilo en Jujuy. Hable usted con las autoridades de la capital, que rectifiquen su error y asunto arreglado.* Letts miró al comisario.

- *Si no hay firma, no hay viaje,* dijo la autoridad, cambiando de táctica. Era pura sonrisa.

- *Si no hay viaje, lo echan a usted de su puesto y nosotros nos quedamos a vivir en el Cuartel,* dijo Napurí.

La autoridad golpeó la mesa con las manos. Sus labios temblaban:

- *¡Aquí nos vamos a entender! ¿Sí o no?*

Ledesma entró en acción. Miró al Comisario con sus ojos de pez, frío como la nieve de Ticlio. Habían conseguido lo que querían: mortificar a la autoridad.

- *Estamos llanos a un diálogo, a un entendimiento,* dijo, socarrón. Maestro en la discusión de pliegos de reclamos, experimentado en oír gritos de militares para salirse, al final, con la suya, Ledesma inició el viejo juego del tira y afloja. El gato y el ratón. Por fin, se llegó a una solución:

- *Cada uno hace una declaración, pone lo que le da gana y firma. Esa es la renuncia al asilo,* dijo, con aire triunfal, la autoridad.

Después los metieron al avión; y a Buenos Aires llegaron en las últimas horas de la tarde. Entre tanto, nadie pensó que podían tener hambre, frío o sed.

- *Caballeros, van a vaciar sus bolsillos.*

A las celdas no se podía llevar lápices, papel, correas, cordones en los zapatos ni relojes. Nada. Las celdas eran individuales; había un corredor estrecho, común. Una reja los apartaba, para su seguridad les dijeron, del resto del edificio. La reja, como la luz eléctrica, se accionaba desde afuera.

- *Miren quiénes están aquí,* exclamó Diez-Canseco.

Por entre los barrotes, estrecharon las manos de Díaz Chávez y de Hugo Blanco.

- *¿Cómo les va?*, dijo Letts, con una gran sonrisa.

- *Muy bien. Viendo el Mundial de Fútbol*, afirmó Díaz Chávez.

Conversaron animadamente. Hubo intercambio de informaciones y de impresiones, para formular los interminables pronósticos.

- *Kevin Lyonell, representante del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para Refugiados, ha formulado declaraciones. Gestiona nuestro asilo en otro país, menos aquí*, dijo Letts.

- *¿Cómo lo has sabido?*, inquirieron Blanco y Chávez.

- *Nos informó un policía de civil, un PIP argentino, en el aeropuerto de El Cadillal. Los policías de civil siempre cuentan algo.*

- *Te pueden tender lazos para liquidarte con más facilidad*, advirtió Hugo Blanco.

- *¿Cómo lo tratan aquí a uno?*, preguntó Pepelucho.

- *Mal. La comida, es una vez al día. A veces hay dos platos, pero la comida es fría. Tallarines, incomibles. Aquí hay nueve celdas y un baño común. Estamos mucho peor que en Jujuy.*

Al poco rato asomó Letts. Había examinado con cuidado su celda.

- *Esta es una cámara de tortura. En la pared he encontrado algunas inscripciones siniestras; una de ellas, dice: "Mamá, ayúdame, te necesito."*

- *En la mía, hay una donde se lee: "Cristo Sálvame"*, afirmó Diez-Canseco.

- *Yo he visto una más hermosa*, declaró Napurí. *Dice: "Volveremos a cantar juntos, a caminar de la mano bajo el sol, a dormir, a combatir en la misma trinchera"*.

- *En mi celda, hay un lema: "Socialismo es no hablar"*, informó Pepelucho.

El gobierno peruano publicó un documento en el cual denunciaba el carácter político de la huelga del SUTEP. Los maestros maoístas llevaban adelante una huelga que no tenía cuando terminar. El ministro del interior, general Velit, admitió la existencia de 21 maestros presos. Pero el señor ministro tenía sus datos atrasados. En el SUTEP, se decía que los detenidos pasaban de un centenar; y los perseguidos, eran mucho más numerosos. Se iniciaron procesos sumarios, como en tiempo de guerra, para echar a los maestros huelgistas.

Los directores de las revistas pidieron la reapertura de sus órganos de prensa. Firmaron el documento Aníbal Aliaga, de ABC; Víctor Hurtado, de Amauta; Doris Gibson, de Caretas; Alicia de Baella, de El Tiempo; Manuel Angel Pomar, de Impacto; Jorge Flores, de Marka; César Lévano, de Mayoría; Francisco Igartúa, de Oiga; Guido Chirinos, de Opinión Libre, y Ricardo Miranda de Ya Sé.

Tad Szulc escuchó atentamente el informe que le proporcionaba un funcionario del Fondo Monetario Internacional, en Washington. Ordenó sus notas y escribió un artículo para la agencia ALA:

Desperado, Silva tomó el teléfono y llamó a varios amigos personales, en una docena de gobiernos extranjeros. Necesitaba dinero de inmediato, les dijo, para poder hacer los pagos de la deuda, y, además, para poder seguir negociando. En cuestión de horas, según dijo más tarde, había conseguido 86 millones de dólares de Brasil, España, México, Venezuela, Argentina y la República Dominicana, sin condiciones y sin estudios de viabilidad. Fueron otros países subdesarrollados, conocedores de la tragedia de las arcas vacías, los que tendieron una mano al Perú, cuando las instituciones internacionales y Estados Unidos permanecieron impasibles, magnífica lección de solidaridad tercermundista y del sentido de responsabilidad de España para con su antiguo virreinato".

"Con los 86 millones de dólares en su poder, Silva Ruete pudo persuadir a los bancos privados para que pospusieran el pago de la deuda de julio hasta el 3 de enero, y reanudar las negociaciones con el FMI. Dramáticamente el Perú había superado la crisis, al menos por el momento".

Silva Ruete ensambló un cigarrillo en la boquilla de sándalo. La hermandad burocrática mundial, esa raza especial que domina los organismos internacionales, había salvado a uno de sus miembros. Silva Ruete, con el aval del Partido Aprista, había llamado por teléfono a Héctor Hurtado, ex ministro de Hacienda de Carlos Andrés Pérez y titular del Fondo de Inversiones de Venezuela, el FIV, especie de barril sin fondo donde se atesoran los patrodólares de la tierra de Bolívar. Silva Ruete pidió 60 millones de dólares.

Hurtado habló, *off the record*, con el FMI. Se podía ayudar a tiempo, pero nunca fuera del sistema. Mañuco Moreyra y su vicepresidente, el contraalmirante Du Bois, viajaron a Madrid. Se movieron todos los hilos. El FIV dio 25 millones de dólares. Los otros países, el resto. Hoy por ti, mañana por mí.

Almirantes en huelga de hambre

El 7 de junio será recordado por muchos. Fue un día inolvidable. Los peruanos consagran esa fecha a la *Jura de la Bandera*. Es el aniversario de la Batalla de Arica, que libraron peruanos y chilenos un siglo atrás. La derrota fue superada, con largueza, por la página inmortal de heroísmo que legó Francisco Bolognesi.

Sucumbió, con sus oficiales y soldados, abrumado por el número y por los recursos materiales del adversario. Invitado a rendirse, dio una respuesta que pertenece a la humanidad.

- Id y decid a vuestros jefes que tenemos deberes sagrados que cumplir, y los cumpliremos hasta quemar el último cartucho.

Pero no era la efemérides patriótica la que concedía un significado especial a la fecha.

El gobierno había examinado, la situación que prevalecía en el país. Se pasó el *Cabo de las Tormentas* financiero.

- Tenemos un respiro hasta enero, había dicho Silva Ruete, mientras jugaba con las volutas de humo. El cigarrillo, habían dicho los médicos, le calmaba los nervios. No estaba preocupado por la deuda ni por las finanzas. Le atormentaba el deseo de comer. Sentía un hambre canina. Pero éste era su secreto. En la sala del Consejo de ministros no podía confesar, a sus compañeros de gabinete, que los montones de papeles le parecían, por momentos, fuentes llenas de tallarines, las pastas envidiables que hacían su delicia, pero que eran su perdición. ¡Los spaghetti se convertían, inexorablemente, en grasa!

- Se estima que los daños causados por el paro de mayo y por los desórdenes sucesivos llegan a 1,600 millones de soles, informó el ministro del Interior.

- La huelga del SUTEP debe levantarse en cualquier momento. Se ha llegado a un arreglo con el SUTEP, informó el ministro de Educación, general Otto Eléspuru.

- El gobierno argentino y las Naciones Unidas presionan a favor de los deportados. Hay que encontrar una solución para ellos; no pueden pasarse todo el tiempo en una cárcel, terció el Canciller.

- ¿Y Leonidas, Avelino Mar, Fernández Salvatecci?

- Fugitivos, pero la PIP les pisa los talones. En cualquier momento los pongo a la sombra, bajo llave, dijo el ministro del Interior. Todos festejaron su ocurrencia.

El ministro de Economía sintió un aguijón en el vientre. Tomó, lentamente, medio vaso de agua. La asociación de ideas, ese fenómeno idiota, le mortificaba. Cuando escuchó al ministro hablar del gobierno argentino pensó, inmediatamente, en un suculento lomo, en un baby-beef. Vino a su memoria el recuerdo de la *Vía Veneto*, cuando con Víctor Raúl daba cuenta de una pizza interminable, rociada por un generoso *Lacrima Christie*.

Los generales Juan Sánchez Gonzales y Elivio Vannini Chumpitazi tenían, coincidentemente, la mente ocupada en otra cosa. El 1 de febrero de 1979

pasaban a la situación de retiro y, de acuerdo con los precedentes, dejarían los ministerios. Quedaban, por casualidad, muchas obras pendientes de ejecución. Valía la pena sacrificarse un año más. Todo dependía de la voluntad de Pancho, el Presidente; de Pedro, el próximo Primer ministro y ministro de Guerra.

¡Qué rápido habían pasado los años para la promoción "Teniente Astete"!, la 46° de la Escuela Militar de Chorrillos, la gloriosa *alma mater*.

Juanito, sonriente, siempre de buen humor, había sido el número 1 en el arma de Caballería, y Elivio, el cuarto en la de Ingeniería.

La promoción había sido buena. A ella pertenecieron Guillermo Marcó del Pont, el ministro de Economía defenestrado por el *Chino Velasco*; José Loayza, Jefe de Planificación; Molina Pallocchia, ahora Primer ministro; Alcibiádez Sáenz, ministro de Economía. ¿Se quedarían? ¿No se quedarían? Más fácil sería que superviviera uno solo, pero no emparejados.

Sus miradas se encontraron; se saludaron con sonrisas.

- Bueno, levantamos el estado de emergencia. Vamos a reabrir las publicaciones clausuradas, pero con cuantagotas! Que entreguen los pasaportes a los deportados.

Entre sus ascendientes letones, o tal vez entre los parientes chilenos, los Letts deben contar con algunos pendolistas o escribanos. Ricardo tiene una gran afición por escribir, por redactar manuscritos interminables, de día y de noche. Rompe una hoja y llena otra. Nunca explicó cómo se lasingenió para conseguir lápiz y papel en su celda del presidio de Buenos Aires. Garabateó con entusiasmo hasta que el documento estuvo concluido.

- "A quien corresponda...", decía el encabezamiento de la extraña misiva. Fue entregada a un vigilante.

- Yo le responsabilizo a usted. Le emplazo para todo el resto de su vida, ante su propia conciencia, si no entrega esta carta a quien sea su jefe, exclamó, dramático, como siempre.

El guardián, viejo él, no aguantó un minuto. Fue y dejó la carta en manos de su inmediato superior.

Dos horas más tarde, llegó un hombre vestido de civil.

- Letts ¿usted? ¿Usted envió esta carta?

- Sí, yo la he enviado, contestó el ex alumno del Santa María.

Sin afeitarse, con el rostro sudoroso, con nueve kilos menos de peso, Letts, bisnieto del inglés Edwin Letts, nieto del chileno Richard Letts Basadre e hijo de Roberto Letts Sánchez, peruano, tenía un aspecto marciano.

- *Necesitamos cuatro copias de la misma carta*, dijo el argentino.

- *Déme papel y un bolígrafo, y arrancho*, exclamó el peruano.

- *Necesitamos la carta de inmediato, sin enmendaduras*.

Lo llevaron a una oficina y lo sentaron frente a una máquina. Pero Letts, obedeciendo a sus impulsos de escribano, no escribe ni bien ni rápido a máquina. El argentino, que lo observaba, le interrumpió.

- *Las copias tienen que ser iguales, sin enmendaduras*.

- *Entonces, déme una máquina nueva; esta máquina comete errores. ¿O ésta es una forma de tortura?*

La autoridad casi le arrancó la carta de la mano. Lo devolvieron a su celda.

- *Blanco Galdos, Hugo*.

- *Díaz Chávez, Ricardo*.

Dos policías de civil, los aguardaban. Sacaron sus pequeños atados de ropa. Los llevaban, no dijeron a dónde.

- *Supongo que nos mandan afuera; a mí, a México*, dijo *El Charro*, sin ocultar su alegría.

- *No seas optimista, compañero. A lo mejor nos llevan al pelotón de fusilamiento*, dijo Blanco. *No olvides que aquí asesinaron al general Pratts, al general Torres*. Fue estrechando, uno a uno, las manos de sus compañeros, extendidas a través de las rejas.

- *¡Que les vaya bien! ¡Buena suerte!*, dijo Pepelucho Alvarado. Su voz resultó apenas audible: no se movió del rincón de la celda donde permanecía acurrucado sobre el camastro que le servía para descansar.

No era el mismo José Luis Alvarado, elegante, vivaracho, de la prefectura de Lima, del Grupo 8 y de la enfermería de Jujuy. Era otro. Pálido, ojeroso, con las ropas ajadas y sucias, muy delgado, el líder del Partido Socialista Revolucionario padecía un proceso de bronquitis asmátiforme y, como si eso fuera poco, tenía el aparato digestivo estropeado. Por culpa del asma, de los nervios o de la mala alimentación, Pepelucho padeció, desde el primer día que llegó a Buenos Aires, de diarreas y cólicos permanentes. Enflaquecía y perdía la voz. Sus carreras al baño eran cada vez más frecuentes.

- *¡Carajo, no puedo ni hablar!*, decía en forma casi inaudible. El pecho le hervía, como si tuviese allí una colección de canarios o de pollos.

Blanco y Díaz Chávez fueron despachados ese mismo día, el uno con destino a Suecia, y el otro, a México. Los pasaportes y los pasajes fueron tramitados por las Naciones Unidas, tan pronto como los respectivos países dieron su consentimiento para recibirlos.

Los seis prisioneros peruanos fueron sacados de sus celdas. Tenían un aspecto lastimoso. Eran un modelo de suciedad. Quien lucía mejor era Ledesma, con sus brazos en cruz; su rostro amarillento, como santo serrano; sonreía, como Rasputín; brillábanle los dientes entre una barba descuidada y cerril.

Ingresaron a una oficina. En el reloj de la pared vieron que eran las 7 de la noche. Era el despacho del señor Amico, según es lo que decía un letrero sobre el escritorio principal. Rodeaban al funcionario las mismas personas que habían estado en Jujuy la noche de las declaraciones, confesiones y fichamiento.

Letts había tenido éxito. Su cara había llegado hasta el ministerio de Relaciones Exteriores, por eso se encontraba allí el comandante Sabbattini, sub jefe del departamento de Migraciones. También llegó al ministerio del Interior; por eso, allí estaba el doctor Vargasallo Beade. Letts había denunciado, con crudeza, que se encontraban secuestrados, incomunicados, sometidos a un tratamiento infrahumano, como si fuesen avezados delincuentes.

Los seis prisioneros fueron observados de hito en hito. Letts tenía otros papeles en la mano.

- *¿Qué es eso, amigo Letts? ¿Qué tiene usted en las manos?*, preguntó el señor Amico.

- *Otro memorial, pero esta vez está firmado por los seis, por todos los detenidos. Es un memorial dirigido a las Naciones Unidas, para denunciar este intento de asesinato*

Los funcionarios se miraron entre sí.

- *Tomen asiento, señores. ¿Qué es lo pasa?*, la voz de Amico se hizo cordial, persuasiva. Sus acompañantes también tomaron asiento, frente a los seis detenidos. Les obsequiaron, muy atentos, cigarrillos.

- *¿Qué es lo que pasa señores? Aquí hay un malentendido. Ustedes no están detenidos ni mucho menos incomunicados, como dice el señor Letts en su carta. Son nuestros huéspedes, ustedes son huéspedes del gobierno argentino.*

Los peruanos rieron, menos Pepelucho que apenas podía respirar. Letts carcajeó, en jó, jó, jó. Napurí, reía a sorbos; mientras Ledesma, enseñaba los dientes, más Rasputín que nunca.

- *¿Qué ocurre? ¿Por qué esas risas?*

- Estamos sufriendo maltratos sin razón alguna, somos políticos peruanos que no hemos cometido delito alguno. No existe razón para que el Ejército argentino, primero; y la policía argentina, después, nos trate en la forma cómo lo está haciendo. ¿O cumplen las instrucciones del gobierno de Lima? ¡Nos dan una bazofia por comida!

Intervino el comandante Sabattini:

- Ustedes saben que tenemos un Mundial de Fútbol; todos los hoteles están abarrotados por turistas. No hay una sola cama disponible. Les proporcionamos lo mejor que tenemos. No están incomunicados.

- Si no estamos incomunicados, ¿puedo usar el teléfono y hacer una llamada?, preguntó Letts. Los funcionarios argentinos se miraron entre sí.

- Sí, dijo el comandante Sabattini. Pueden llamar por teléfono, desde mañana. No hay inconveniente.

- Tome nota, señor Amico. El representante de Relaciones Exteriores, dice que podemos llamar por teléfono.

- Sí, pero de uno en uno, no pueden venir todos a la vez. Se hacen anunciar con el vigilante y él los conducirá a esta oficina.

Se retiraron nuevamente a sus celdas. Les permitieron tener las puertas abiertas. Se visitaron para conversar y analizar lo que había ocurrido.

Pepelucho se tiró a la cama. El estómago le hacía sufrir endiabladamente.

A las 10 de la noche, José Arce Larco, enfundando en su abrigo azul marino, al cual le había arrancado sus botones dorados del uniforme de la Armada Peruana, entró al hotel Florida, en la calle del mismo nombre, en Buenos Aires.

Subió al tercer piso por un ascensor viejo, que parecía dar saltos en el aire. En una habitación diminuta, bajo una escalera, vivía su colega y amigo Guillermo Faura Gaig.

Las cosas iban de mal en peor.

El dinero desaparecía como por encanto.

No pudieron soportar la tarifa de 10,000 pesos diarios, en el hotel River House. Decidieron mudarse. Faura encontró una habitación modesta, en el hotel Florida, por 4,000 pesos. Se consolaba diciendo que estaba en pleno centro de Buenos Aires. Arce Larco encontró una pieza, por el mismo precio, en las proximidades del Congreso.

Desaparecieron del hotel River House sin dejar sus señas, sin despedirse. Como si la tierra se los hubiese tragado.

Ellos estaban en contacto entre sí.

- *¿Has recibido plata? ¿Tienes alguna noticia?*, preguntó Faura.

- *Ni un centavo. Toyita está buscando a alguien que venga a Buenos Aires, para que me mande algo de dinero. Pero la gente tiene miedo, y con razón. Si alguien es sorprendido trayendo dinero en efectivo, lo mandan a la cárcel. Estamos jodidos. Willy, estamos jodidos. ¿Tú que sabes?*

- *Tampoco puedo recibir un centavo. La gente tiene mucho miedo; dicen que la policía busca por todos lados a Leonidas Rodríguez, a Valdez Palacio y a los otros candidatos.*

Los ex ministros conversaron largamente. No podían visitar ni *El Pipo II*. Era un lujo. El dinero apenas alcanzaría para dos o tres días más.

- *En esta situación tenemos que hacer algo. No podemos permanecer impasibles*, dijo Faura.

- *¿Qué cosa, Willy? ¿Salir con nuestra lata a pedir limosna? ¡Nos han jodido en toda la línea!*, replicó Arce Larco.

- *Hagamos algo espectacular. Busquemos a Baella. Entramos en contacto con los cuatro mil periodistas que han venido para el Mundial. Nos ponemos nuestros uniformes de la Armada Peruana y nos declaramos en huelga de hambre, aquí, al pie del Obelisco. Dos almirantes y ex ministros del Perú, en huelga de hambre. ¿Qué te parece?*

- *No está mal.*

- *Vamos a llamar a Baella. Mañana nos reunimos con él y hacemos la noticia del año.*

Los fugitivos negocian con Otto

- *Adelante, padre, tome usted asiento.*

Avanzó el franciscano, inclinando humildemente la cabeza. Tenía el sayón descolorido, sujeto con una correa gastada, las sandalias llenas de barro. Parecía llegar desde muy lejos. Tomó asiento en un extremo de la mesa; al otro lado, Juan Eléspuru le miró sorprendido, como diciendo: *¿Quién es este cura y qué hace aquí?*

En el piso undécimo del ministerio de Educación Pública, ese 8 de junio de 1978, todo era nerviosismo. El doctor Cardó Franco no dio importancia alguna a la presencia del religioso. Su rostro denotaba preocupación; iba de una ventana a otra del amplio salón y dirigía su mirada escrutadora hacia el Parque Universitario.

- Pase adelante, tome asiento.

Un policía municipal, con uniforme gris granito, se quitó respetuosamente el viejo gorro; depositó un maletín sobre la mesa y se acomodó junto al religioso. Cambiaron miradas de cortesía.

Cardó Franco se mordió las uñas. Su impaciencia crecía minuto a minuto.

La Policía de Investigaciones, PIP, había llegada en camionetas. Era, quizás, un centenar de detectives del departamento de Seguridad del Estado que iniciaba la cacería de hombres. Todos tenían una orden que cumplir: capturar a los dirigentes del Sindicato Único de Trabajadores de la Educación Peruana, SUTEP.

El ministro del Interior, General Velit Sabattini, había ordenado capturarlos; quería tenerlos en la cárcel ese mismo día. El Servicio de Inteligencia había detectado que los líderes se reunirían con el ministro de Educación, a las 6 de la tarde, en el piso undécimo del mismo edificio, junto al despacho del general Otto Eléspuru.

- Pase adelante, lo esperamos.

Entró un hombre modestamente vestido, con un mandil blanco que le llegaba encima de las rodillas. Varios termos le colgaban, como si fuese un acordeón, del cuello. Era, aparentemente, uno de los tantos vendedores de café que recorren las oficinas de los ministerios ofreciendo vasitos de su bebida, a tantos soles la porción.

- ¡Increíble! Hay un PIP cada cinco metros. Creo que hemos caído en una trampa. ¿Dónde está el ministro?, preguntó el cafetero.

Ingresó, ágil, elegante, vestido de civil, con una amplia sonrisa, el general retirado Rudecindo Zavaleta, ex jefe del Servicio Nacional de Inteligencia, ex jefe del Sinamos, hombre de múltiples recursos, con carácter, con ingenio.

- Bueno, Juan, te presento a los profesores Horacio Zevallos, Armacanqui y Sánchez Vicente, los líderes del SUTEP.

Juan Eléspuru, hermano del ministro Otto Eléspuru, se puso de pie.

- ¡Qué jodidos! Nunca habría descubierto quiénes eran ustedes. Son unos artistas.

Horacio Zevallos, el franciscano, estrechó las manos del general Zavaleta, de Cardó Franco, de Eléspuru.

Armacanqui, el municipal; y Sánchez Vicente, el cafetero, hicieron lo mismo. El profesor Barreda había hecho de introductor, estuvo desde muy temprano esperando a sus amigos.

- Hemos venido para cumplir con nuestra palabra. Nuestro Servicio de Inteligencia nos ha alertado. El ministro del Interior tenía conocimiento de nuestra reunión; la PIP y la Guardia de Asalto han ocupado del edificio. Si ésta es una trampa, aquí se va a armar un lío de la gran flauta, dijo Armacanqui.

- Estamos procediendo con toda lealtad, queremos llegar a un acuerdo, dijo el general Zavaleta.

- Rudy, pero ¿aprueba el Presidente Morales Bermúdez estas negociaciones?, inquirió Barreda. A Rudecindo Zavaleta sus amigos le dicen Rudy, con confianza.

Desde el 8 de mayo, doscientos mil maestros se encontraban en huelga en todo el territorio nacional. Exigían un aumento del ciento por ciento de sus haberes. Más de tres millones de escolares, sin asistir a clases, respaldando a sus maestros en sus manifestaciones callejeras, creaban un ostensible clima de malestar social.

La exigencia de los maestros era, aparentemente, exorbitante. Los cálculos de los técnicos del gobierno decían que se necesitaban 35,000 millones de soles para cubrir el mayor gasto de ese pliego de reclamos. Es decir, algo así como el 10% del Presupuesto Nacional.

Los maestros argumentaban en forma diferente. Los sueldos de los militares habían sido objeto de sucesivos aumentos en los últimos meses. Los docentes exigían un trato semejante, a pesar, decían en volantes y en sus discursos, que los militares constituían un peso muerto para el país, en tanto que los maestros cumplían una labor insustituible. Los pekineses no sólo son exigentes; son mordaces y agresivos.

La huelga era dirigida por el Sindicato Único de Trabajadores de la Educación Peruana, SUTEP, dominada por los maoístas. Existían, además, dos centrales magistrales: el Sindicato de Educadores de la Revolución Peruana, SERP, oficialista, sin ningún peso entre los maestros; y la FENTEPE, Federación de Trabajadores de la Educación Peruana, aprista. Estas dos últimas tenían el reconocimiento del gobierno; en cambio, el SUTEP había sido declarado ilegal.

Corrían versiones preocupantes sobre el SUTEP. Se decía con insistencia, que había recibido alrededor de 500 millones de soles de la CECOOSTER, Central de Cooperativa de los Trabajadores de la Educación Peruana, dinero que no había sido devuelto y que habría servido para fines políticos, o para beneficio

personal de algunos líderes. El gobierno había iniciado una investigación y catorce cooperativas, en diversos lugares de la República, habían sido intervenidas y sus dirigentes puestos a disposición de las autoridades judiciales.

La huelga magisterial preocupaba a la Fuerza Armada, al gobierno, a los partidos, a los padres de familia y, por último, a los maestros mismos. Sólo los escolares, niños y adolescentes, festejaban la huelga que les proporcionaba un mes de inesperadas vacaciones.

El 18 de junio se realizarían las elecciones para una Asamblea Constituyente. La última vez que el pueblo fue convocado a elecciones nacionales ocurrió en 1963. El gobierno había disminuido la edad para votar. Antes, los jóvenes votaban a partir de los 21 años; esta vez, lo harían desde los 18.

Los dirigentes del SUTEP criticaban, abiertamente, la política de sueldos y privilegios de los militares. Millones de volantes mimeografiados, con caricaturas, versos y epigramas, circulaban profusamente. Nada indigna más al político con uniforme que verse convertido en el blanco de las burlas de la masa. El gobierno parecía, por momentos, perder el control de la situación. Se mostraba vacilante. Todas las facciones marxistas se habían puesto de acuerdo para llevar adelante un gran paro nacional los días 22 y 23 de mayo. Desde los canales de televisión, las estaciones de radio y diarios, todos ellos controlados por el gobierno, los candidatos extremistas hacían cera y pabilo del gobierno.

Infiltrados en las oficinas del Estado, ubicados en puestos claves de la administración, utilizando con frecuencia un lenguaje anticomunista, los más inteligentes agentes del marxismo oficiaban de asesores del gobierno. De esta manera, se explica la elaboración de un complicado programa político para la transferencia del poder, que en pocas semanas demostró que tenía un solo beneficiario: el extremismo marxista.

El 19 de mayo, el gobierno se exasperó. Ese día, fueron clausuradas las publicaciones independientes, las garantías fueron suspendidas y se instauró el toque de queda. Los programas políticos, en los medios controlados por el gobierno, fueron suspendidos. Comenzó la redada de periodistas, de candidatos de la extrema izquierda, dirigentes sindicales, líderes del SUTEP, y hasta de menores de edad, que correteaban aplaudiendo a sus maestros.

El 25 de mayo, se produjo la deportación de trece peruanos con destino a Buenos Aires. Había terminado el paro general, pero la huelga de los maestros siguió adelante.

Se acercaba la fecha de las elecciones.

El ministro de Educación, general Otto Eléspuru, y su Asesor Rudecindo Zavaleta, como cualquier peruano con sentido común, tuvieron que comprender

que la prolongación de la huelga, la represión gubernativa, sólo beneficiaba a la extrema izquierda.

Buscaron a los dirigentes del SUTEP. Perseguidos, acosados por la PIP, los líderes del magisterio se habían refugiado en la clandestinidad. Todo lo habían previsto. Tenían un reglamento para la huelga; habían descentralizado la dirección del movimiento, de tal manera que la captura de sus dirigentes no descabezaba el comando y tenían, sobre todo, una red de inteligencia de primera clase: conocían, al minuto, las decisiones del gobierno; sabían quiénes entraban a las cárceles; disponían de una amplia red de refugios para su líderes y de centros de difusión para sus directivas. El SUTEP era un ejército en la clandestinidad.

- *Vengan a mi casa, en la Pera del Amor*, dijo Rudy.

Cerca al mar, en una casa de no se sabe quién, el general Zavaleta comenzó a conversar con los dirigentes del SUTEP. Durante la noche, con conocimiento del ministro, llegaron al lugar de cita Cardó Franco, director superior del ministerio; y Juan Eléspuru, hermano del ministro.

De este modo, se habían sentado las bases para un entendimiento.

- *Queremos una reunión con el ministro, en el mismo ministerio*, dijeron los sutepistas.

- *Aceptamos*, contestó Rudy.

Se reunieron el 8 de junio. Ese día, una hora antes de la cita, Zavaleta dijo al ministro:

- *No entiendo qué ha ocurrido. La policía, está enterada de nuestra reunión. Han ocupado todo el edificio. Van a creer que nosotros los hemos entregado*, dijo preocupado.

A los pocos minutos, le informaron que el profesor Barreda lo esperaba.

- *Mis colegas vendrán, porque quieren demostrar que cumplen con su palabra. Además, queremos probarles que nos paseamos en las barbas mismas de la PIP*.

Conversaron tranquilamente. Los dirigentes y los delegados del ministro examinaron un borrador del acta conforme a la cual se levantaba la huelga magisterial. Constaba de tres puntos, ninguno de los cuales se refería al aumento de ciento por ciento de los sueldos.

Rudy, Cardó y Eléspuru llevaron las negociaciones con mucha habilidad; y los dirigentes del SUTEP, con tolerancia. En el punto segundo del acta las partes convenían en iniciar, desde el día siguiente del levantamiento de la huelga, las conversaciones en torno a 17 puntos, muchos de ellos de naturaleza pecuniaria.

El gobierno lograba el levantamiento de la huelga; y el SUTEP, su reconocimiento legal y político. Para ambos, la victoria era evidente. Se estrecharon las manos y quedaron en reunirse el lunes 12 de junio para firmar los documentos.

- *Ahora, ¿cómo hacemos para que salgan sin peligro?* preguntó Juan Eléspuru.

- *No se preocupen, como entramos, salimos.*

- *Aquí no hay puñalada por la espalda,* dijo Rudy. Salieron juntos.

Bajaron por los ascensores. Rudy fue directamente al sótano, donde tenía su automóvil. El doctor Gonzales Montesinos, asesor legal del ministerio, bajó con otros dirigentes hasta el primer piso. La PIP se le echó encima. Cayeron el funcionario y los sutepistas.

Rudy hizo abordar su automóvil a Amarcanqui, a Zevallos y a dos o tres más. Salieron velozmente, por la Colmena Izquierda, entraron a la Plaza San Martín y enfilaron por la calle Belén. Atrás, en el automóvil del doctor Gonzales Montesinos, estaba la PIP con otros sutepistas.

Gonzales Montesinos hacía señales con la mano.

- *General, ayúdeme, me agarró la PIP,* exclamaba.

Las luces rojas detuvieron el tránsito. Dos agentes de la PIP bajaron, rápidamente, y se acercaron al automóvil de Zavaleta.

- *General, somos maestros, baje sus lunas.*

- *¿Maestros? Y yo, qué soy ¿El rey de los cojudos? Váyanse a la mierda.*

Aceleró a fondo, lanzó su vehículo por la calle Juan Simón y entró al Paseo de la República. Atrás venía el automóvil de Gonzales Montesinos con la PIP y otros vehículos llenos de detectives. Unos hombres del gobierno perseguían a otros hombre del gobierno.

- *Estamos en sus manos, general,* dijeron los sutepistas.

Rudy se metió al zanjón. Sorteaba los vehículos, avanzó a cien kilómetros; a ciento veinte. Tomó el desvío del zanjón y, en menos de lo que canta un gallo, estaba dando vueltas por unas perdidas y oscuras calles de La Victoria.

- *Aquí se bajan, pueden tomar un taxi*

- *Rudy, amor con amor se paga. No olvidaremos que te has portado bien.*

Se dieron un abrazo. El cura franciscano se levantó la sotana hasta la cintura y, con sus acompañantes, se perdió en la oscuridad.

Ocho días antes de las elecciones, los funcionarios del ministerio de Educación tenían que burlar a la policía del ministro del Interior, para encontrar una solución a una huelga interminable.

El Gobierno Revolucionario atravesaba otro de sus períodos de confusión, de abulia, de desconcertante indecisión.

El lunes 12 de junio, en el piso undécimo del ministerio de Educación, se repitió la escena. Esta vez, Horacio Zevallos, además de su tenida franciscana, estrenó unas largas barbas blancas. Su aspecto santificante resultaba ejemplarizador.

Rudy llevó, perfectamente mecanografiada, el acta de acuerdo entre el gobierno y el SUTEP, en papel membretado del ministerio, con un gran sello de agua con el Escudo de la Nación. Los espacios en blanco correspondían a los nombres de los líderes que iban a suscribir el documento.

- La Guardia de Asalto y la PIP han vuelto a ocupar el edificio del ministerio. Hay como 200 hombres, abajo y en las escaleras del ministerio, advirtió Armacanqui.

- No hay ningún problema, el ministerio está en Palacio de Gobierno, informó Zavaleta.

No había mucho que conversar.

El Parque Universitario, poco a poco, se fue llenando de maestros. De todas partes, uno por uno, en grupos, a pie y en toda clase de vehículos, los maestros de la Gran Lima y también de provincia. Esperaban el anuncio del acuerdo; se había logrado por fin el reconocimiento del SUTEP, como organismo representativo de los doscientos mil docentes de todo el Perú.

La Guardia de Asalto, armada con ametralladoras, bombas lacrimógenas y largas varas, formó una línea continua, como si se preparara para una batalla, frente al ministerio de Educación. Los hombres de la PIP, nerviosos, aguardaban no se sabe a quién. Arriba, en el undécimo piso, en una habitación, media docena de líderes daban los últimos toques al acuerdo. En otra habitación contigua, alrededor de medio centenar de dirigentes de base aguardaban las últimas noticias.

- ¿Qué esperamos para firmar?, preguntaron los sutepistas.

- Que llegue el ministro, contestó Rudy.

- ¿Por qué no lo llama a Palacio?, dijo Zevallos, después de cuchichear un rato con sus colegas. El servicio de inteligencia del SUTEP parece que había aportado algunos elementos.

Zavaleta se quedó de una pieza. No es persona que se sorprenda, así nomás, de las cosas de la vida.

- *¿Cómo? ¿Estás seguro de lo que estás diciendo?*

- *Sí, así es; es orden del Presidente: con el SUTEP nada. Ni una palabra más; con ellos no hay posibilidades de acuerdo.*

- *Tienes que venir a decirles tú, personalmente. Es una cosa poco seria haber llegado a esta altura de las conversaciones, para decir que no hay acuerdo. Pero, ¿por qué?*

- *Alta política, replicó, enigmático, el ministro Otto Eléspuru.*

Los sutepistas se mostraron estupefactos. No daban crédito a lo que escuchaban.

- *¿No hay, pues, posibilidades de entendimiento?*

- *No. Esperemos al ministro.*

Esperaron alrededor de una hora. Rudy entraba y salía de la oficina. Finalmente, llegó el general Otto Eléspuru.

- *Yo estoy tan asombrado como tú. Pero órdenes son órdenes.*

- *Tienes que explicarles, personalmente, a los dirigentes, le contestó Rudy.*

- *Vamos, no me chupo, si me he de joder, me jodo. No tengo miedo, dijo el ministro. Fue el encuentro de los maestros.*

Los sutepistas le rodearon, no le dieron tiempo ni siquiera de tomar asiento. Escucharon asombrados.

- *¡Lo siento!, terminó diciendo el ministro.*

- *Señor, esto es una falta de seriedad, contestaron los maoístas.*

- *¡No me jodas, viejo, yo no tengo la culpa! Estoy tan caliente como tú, contestó confiando el ministro.*

- *¿Cómo que no me jodas! Esto no se arregla con jodas más o jodas menos, replicó Zevallos.*

- *Yo lo arreglo así. Aquí todos somos unos mierdas.*

- *Todos son unos buenos hijos de puta, sentenció el ministro de Educación.*

- *General, ésta es una trampa; nos van a tomar presos, es una celada la que nos han tendido.*

- Eso no, carajo. Eso no. Somos personas decentes. Rudy, llama a Palacio de Gobierno, quiero hablar con el Presidente de la República.

A los pocos minutos se estableció la llamada. La calva del general Otto Eléspuru, perlaba de sudor.

- Señor Presidente, los dirigentes del SUTEP están en mi despacho. Vinieron porque se les dio las garantías para negociar. Ahora van a retirarse porque ya saben que no hay acuerdo con ellos; pero pido que les permita retirarse sin peligro para su libertad.

.....

- Sí, señor Presidente. Voy a hablar con ellos, un instante. Dice el Presidente que si ustedes garantizan que no habrá discursos ni manifestaciones. Si se retiran en orden, sin provocaciones, la policía los respetará.

- Nos retiraremos en orden, por la avenida La Colmena, aseguraron los dirigentes.

- Aceptan, señor Presidente. Sí, mi general... Entendido, mi general.

Diez minutos después, los dirigentes del SUTEP abandonaron el despacho del ministro. Un centenar de personas fueron recibidas, en silencio, por una masa de cinco mil maestros en el Parque Universitario.

Ni aplausos, ni gritos, ni vítores, ni rabia. De boca en boca, en voz baja, circuló la versión.

- El gobierno quiere negociar con el Apra; y no quiere saber nada con el SUTEP. Si aceptamos a la FENTEP, si tratamos con Haya de la Torre y con Negreiros, todo se nos dará en bandeja. Pero si insistimos con el SUTEP, nos mandan a la mierda. ¿Qué dicen ustedes?

- Con el SUTEP hasta el final, respondieron, uno a uno, en voz baja, los maestros.

En ese momento, se decidió el apoyo disciplinario de más de doscientos mil maestros a los candidatos de la extrema izquierda.

Por decisión del gobierno, las elecciones del 18 de junio se realizarían con el paro magisterial al rojo vivo.

Una llamada al Tío Sam

Arce y Faura llegaron juntos, al medio día, al Hotel *River House*. Habían adelgazado notablemente. Arce, con su abrigo azul, con una hermosa corbata.

- *¿Christian Dior?*, le pregunté.

- *No, Pierre Cardin*, replicó, de buen humor.

Faura, con su infaltable impermeable negro, con la vasca que le cubría la calva, miraba sonriente tras las gruesas lunas de sus anteojos:

- *¡Tú sí que estas bien! ¡Mira, Pepe, con whisky... y un escocés auténtico! ¡Qué buena vida la de los periodistas! ¿A lo mejor ya tienes una argentina en la cama?*

Llenamos nuestros vasos.

Les conté que estaba trabajando para una editorial argentina: crónicas sobre la temporada de teatro.

- *¡Salud!*

- *¡Salud! No se queden cortos, porque hay otra botella más, por si acaso.*

Me explicaron, con cruda franqueza, la crisis económica que les amenazaba. El dinero que recibieron del gobierno argentino se había terminado. Debían a sus hoteles, y el lunes tendrían que dar alguna excusa para no pagar la factura.

- *La idea de la huelga de hambre me gusta; desde el punto de vista periodístico, es de primera página. Pero, ¿están dispuestos a llegar a ese extremo?*

Hicimos comentarios muy breves. Arce los cortó de plano.

- *Nosotros nunca haremos algo que signifique ni una sola sombra para el uniforme de la marina. ¿La huelga de hambre deja que decir de la institución?*

- *Sí, contestó Faura. Nosotros tenemos razón, somos víctimas de una represalia personal. Pero tenemos que mantener el decoro nacional. Moriremos en silencio, de inanición. ¡Qué vaina! , ¿no es verdad?*

- *Nadie se atreverá a traer dinero en efectivo para ustedes. Es muy peligroso: la ley prohíbe sacar soles. Pero hay una modalidad, muy costosa, pero que da resultados inmediatos.*

Los ojos de los deportados se iluminaron. En Buenos Aires, los soles peruanos se negocian con facilidad. Yo no tenía urgencias porque había conseguido trabajo. Pero, sabía que algunos estudiantes peruanos, en apuros, se agenciaban dinero con rapidez, pero pagando un recargo exorbitante.

- *¿A cómo sale cada peso?*

- *Un precio leonino. Un sol por cada peso. Es decir, cuatro veces más de lo que cuesta en una casa de cambio. Como si el dólar estuviese a 800 soles. ¡Es un robo!, pero, ante una necesidad.*

- *¿Dónde encontramos al intermediario?*

- *En cualquier casa de cambio del centro de la ciudad. Hay siempre personas que están en la puerta, como si esperaran a alguien. Uno se acerca y pregunta: ¿habrá algún peruano para cambiar soles? Si eres chileno, modifícas la pregunta: ¿habrá un chileno para cambiar pesos? Aquí hay deportados de toda América Latina, y el negocio funciona, perfectamente organizado. Estos hombres tienen sus agentes en Lima, que reciben los soles. Tienes que correr el riesgo; es una estafa, te pueden robar, pero funciona.*

- *No hay tiempo que perder. Mañana mismo empezamos la operación. Es viernes, tenemos que aprovechar el último día, antes que entremos en crisis. Estamos peor que Silva Ruete, acotó Faura.*

Sonó el teléfono. Era el hotelero, el gordo Miñones, el gallego.

- *¿Están los almirantes con usted, señor Baella?*

- *Sí, aquí están conmigo.*

- *Aquí hay un funcionario del consulado del Perú que quiere hablar con usted y con los almirantes. ¿Qué le digo?*

- *Que suba. Y envíenos un vaso más para el cónsul...*

Arce y Faura se quedaron intrigados. ¿Qué cosa habrá ocurrido para que un funcionario del consulado visite a tres exiliados?

Gordito, amable, Julio César Ríos se presentó al minuto.

- *Tengo instrucciones del señor embajador para entregarles sus pasaportes. Son órdenes que han llegado de Lima, del ministro de Relaciones Exteriores.*

- *¿Eso significa que podemos viajar inmediatamente?, le pregunté.*

- *No. Sólo sirve como documento de identidad otorgado por el gobierno del Perú. Es gratuito.*

La diligencia fue veloz. Declinó tomarse un trago, saludó y se despidió después de cumplir cronométricamente su encargo.

Letts tiene la tenacidad de un cobrador. A las 7 de la mañana del día siguiente, llamó a un vigilante:

- Dígale al señor Amico que el prisionero Letts quiere hacer una llamada telefónica. Una sola, nada más, conforme lo prometió anoche.

Bien entrada la mañana, Letts fue llevado a la oficina del señor Amico. Le dieron una guía de teléfonos y pudo, por fin, marcar el número buscado.

- ¿Aló? ¿Embajada del Perú? Deseo hablar con el embajador Valdivieso. De parte de Ricardo Letts Colmenares, peruano. Soy amigo de él.

Los funcionarios argentinos miraban con curiosidad al político y prisionero peruano. Letts parecía regocijarse de su suerte: acaparaba la atención de los demás.

- ¿Felipe? Soy Ricardo Letts. Estoy aquí, con cinco peruanos, estamos incomunicados. No somos delincuentes.

- Richard, no te preocupes; yo me ocupo inmediatamente de ustedes.

- ¿Qué hay de nuestros pasaportes? Nosotros no queremos el asilo de Argentina; necesitamos nuestros papeles para salir a otros países.

- Hoy mismo hago las consultas con Lima.

En horas de la tarde, los seis peruanos fueron llamados a la oficina del señor Amico. Les esperaba Julio César Ríos, cónsul del Perú.

- Señores, he venido a otorgarles sus pasaportes, gratuitamente.

- No tenemos fotografías. ¿Qué fotos va a usar?, le preguntó Diez- Canseco.

- Las fotos que ha tomado la policía argentina, para facilitar el trámite.

Comenzó a llenar los documentos. Pepelucho, apenas podía hablar. La bronquitis y la tos, no lo dejaban respirar.

- Voy a hacer una llamada telefónica en nombre de todos los peruanos, dijo Letts. Avanzó hacia la guía de teléfonos. Amico hizo un gesto de consentimiento.

- ¿Aló? ¿American embassy?

Los argentinos se miraron sorprendidos. Letts, en inglés, hablaba con la embajada de los Estados Unidos en Buenos Aires.

- *Señorita, deseo hablar con el señor embajador de los Estados Unidos. Yo soy Ricardo Letts, peruano, estoy secuestrado junto con cinco peruanos más, en manos de la policía argentina.*

- *Diga usted el número de teléfono desde el cual está hablando, y corte. Yo lo llamaré a usted, para verificar la autenticidad del mensaje.*

Letts miró el número que estaba anotado en el aparato.

- *¿Este es el número de este teléfono?, preguntó.*

- *Pero, ¿qué le pasa a usted? ¿Por qué está llamando al embajador de los Estados Unidos?, replicó el funcionario argentino.*

- *Tengo derecho a hacer una llamada, y puedo llamar a la persona que yo desee, dijo Letts, satisfecho. Colgó el teléfono.*

Casi al instante comenzó a timbrar. Letts tomó el aparato.

- *¿Mr. Letts?*

- *Sí, señorita, aquí habla el señor Letts. Le decía que soy peruano, estoy junto con cinco peruanos más, secuestrado por la policía en el edificio de la calle Moreno número 1417.*

- *Estoy entendiendo perfectamente.*

- *Quiero que el embajador de los Estados Unidos se sirva visitarnos para comprobar lo que estoy denunciando. Invoco los derechos humanos. Muchas gracias.*

Dos horas más tarde. Letts era conducido, una vez más, a la oficina del señor Amico. Las condiciones de los detenidos había mejorado bastante en las últimas 24 horas. Caminaban, por los pasillos sin vigilancia. Descubrieron que tenían unos vecinos privilegiados, funcionarios que habían defraudado a una empresa estatal. Tenían televisión en colores y una mesa para ping-pong.

- *¿Mr. Letts? Soy el cónsul Jhon Ryan Black. ¿En qué puedo servirle? Vengo de parte del señor embajador.*

Un funcionario argentino se incorporó al grupo. El cónsul, de 30 ó 35 años, lo miró con una sonrisa.

- *¿Señor? preguntó, como quien dice: "¿qué quiere usted aquí?"*

- *Sí, señor, contestó el argentino, con firmeza.*

- *Yo soy el cónsul de los Estados Unidos y he venido a tener una entrevista privada con el señor Letts.*

- *Yo soy de la Seguridad argentina y estoy aquí en cumplimiento de mi deber.*

- *¿Usted está aquí por mi seguridad? El cónsul no me amenaza, replicó Letts.*

- *Yo estoy aquí porque debo estar aquí.*

- *He pedido una entrevista privada, terció el cónsul.*

- *Yo cumplo órdenes superiores, concluyó el funcionario. El cónsul sacó una libreta de notas. Preguntó a Letts qué deseaba decir.*

- *Estoy aquí preso, incomunicado.*

- *Eso no es verdad, interrumpió el funcionario argentino. Tomaron asiento. Letts explicó que hacía doce días estaban en manos de las autoridades argentinas. El cónsul escuchó con atención. Finalmente, preguntó:*

- *Dígame, señor Letts, ¿usted es comunista?*

- *Sí, supongo que sí, de acuerdo a la clasificación de ustedes, aunque no pertenezco al Partido Comunista. Solicito asilo político en los Estados Unidos.*

- *¿Por qué quiere usted asilarse en los Estados Unidos?*

- *Ustedes defienden los derechos humanos. ¿O sólo defienden los derechos de los que piensan como ustedes? Sea usted humano con quien no piensa como usted.*

- *He tomado nota. Antes de 24 horas le responderemos.*

Más tarde los peruanos fueron conducidos a la oficina de Amico. Esta vez, se trataba de la visita de Mr. K. Lyonell, de la oficina de las Naciones Unidas para Refugiados.

- *Desde el primer momento, tratamos de ponernos en contacto con ustedes, pero el gobierno argentino, aduciendo razones de soberanía, nos negó toda información. Hemos comunicado al gobierno argentino que estamos en condiciones de proporcionarles pasajes y pasaportes para el país de su elección. Aquí tienen correo, algunos pasaportes y otros papeles.*

Amico no hizo comentario alguno.

Damonte y Alvarado pidieron viajar a México. Letts, Diez-Canseco, Ledesma y Napurí pidieron pasajes para París.

El 12 de junio fue el día de la despedida. Unos viajaban a París, los primeros; al día siguiente, los dos últimos, a México.

Los policías llevaban los pasaportes y los pasajes de los detenidos. Éstos tenían un aspecto lamentable. Llegaron hasta la puerta del avión de Air France. Los policías llamaron al capitán.

- *Le entregamos a un grupo de deportados comunistas peruanos. Aquí tiene sus pasajes y sus pasaportes, que usted entregará a las autoridades policiales francesas.*

- *Protesto*, gritó Letts, que entiende el francés. A los gritos se sumaron Napurí, Ledesma y Diez -Canseco.

- *Los aviones franceses no pueden ser una continuación de las cárceles argentinas*, gritó Letts.

- *El capitán de Air France es un cómplice de la policía argentina*, argumentó Napurí.

El capitán lució una amplia sonrisa. Con un gesto, se despidió de los policías argentinos y luego, con exquisita amabilidad, invitó a los peruanos a pasar al avión.

Los peruanos trataron de hablar, todos a la vez.

- *Silencio, por favor. Francia es una tierra de libertad, caballeros. Aquí tienen sus tickets y sus pasaportes. Son ustedes personas totalmente libres. Mademoiselle, champagne para los caballeros.*

Nos Buscan para asesinaros...

¡Argentina! ¡Argentina! ¡Argentina!

El ambiente, en la tierra del tango, estaba saturado de fútbol.

El Perú también estaba saturado de fútbol, de política, de intriga y de violencia. Nuestro equipo había derrotado a Irán por 4 a 1. Se anunciaba el próximo partido con Brasil. Sería decisivo.

El gobierno autorizó la publicación de las revistas *Caretas*, *Oiga*, *Unidad*, *Lima Times*, *ABC* y *Tic Tac*.

La situación de las demás publicaciones era analizada por el gobierno, con deliberada lentitud, como para impedir su aparición antes de las elecciones.

El director de Opinión Libre, Guido Chirinos, y varios de sus redactores, decidieron declararse en huelga de hambre, para presionar al gobierno y

conseguir la inmediata reapertura del quincenario. Estuvieron reunidos en el local de la Federación de Periodistas del Perú, en la avenida Abancay. La huelga se haría efectiva tan pronto como fuera anunciada en el mitin que el Partido Popular Cristiano había convocado en la Plaza San Martín.

Jorge Castro de los Ríos, Presidente de la Federación, entregó el documento al joven Mufarech, activista y candidato del PPC, en el acto del mitin. Pero, alguna mano misteriosa hizo desaparecer el papel. La huelga quedó, pues, en pañales.

El Perú cayó abatido por Brasil por 3 a 0.

- ¡El que no salta es un brasileño! ¡El que no salta es un brasileño! ¡El que no salta es un brasileño!

Millones de personas de toda edad, en Buenos Aires, se volcaban a las calles, a pie, en vehículos, cantando, bailando, saltando. La bandera argentina flameaba por todas partes; el papel picado y las serpentinas, caían permanentemente sobre la ciudad. Buenos Aires era un manicomio. Sólo se hablaba de fútbol.

Llamé por teléfono a Arce Larco; hacía días que no lo veía. Me dijeron que ya no vivía en esa dirección: se había mudado sin dejar sus referencias. Llamé a Faura. También había dejado su alojamiento. Nadie conocía su paradero.

¿Qué les habría ocurrido?

Desde Lima, me informaron que Opinión Libre había reaparecido, dos días antes de las elecciones, con un valiente pronunciamiento suscrito por Guido Chirinos, Oscar Díaz Bravo, Enrique Chirinos y Arturo Salazar Larraín, en mi favor; y con una declaración del ex presidente Fernando Belaúnde Terry, exigiendo la reapertura de El Tiempo. Se había presentado un memorial, con la firma de más de un millar de ciudadanos de diferentes partidos, dirigido al Presidente Morales Bermúdez, pidiendo mi repatriación y la reapertura de mi periódico. Todo esto resultaba, para mí, alentador.

El día 18 en el Perú, se realizaron las elecciones; y en Argentina, jugaba el Perú con Polonia.

¿Qué será de los marinos?, me pregunté, al salir del ascensor que daba al pequeño vestíbulo del hotel River House. Como ocurría cada vez que había un partido de fútbol, varias personas miraban la pantalla de un pequeño receptor de televisión en blanco y negro. Mi sorpresa fue mayúscula: allí, uno junto al otro, muy atentos, estaban Arce Larco y Faura Gaig.

- ¿Qué hacen ustedes aquí? ¡Desaparecieron como si la tierra los hubiera tragado, sin dejar huellas y resucitan en mis narices!

- *Estamos alojados en este hotel, otra vez, me dijeron en voz baja, confidencialmente.*

- *¿Ocurre algo?, pregunté intrigado, también poniendo la voz en sordina.*

- *Sí, nos ha pasado algo grave, afirmaron.*

Quedamos en reunirnos, en mi departamento, tan pronto como terminara el partido.

Los polacos nos ganaron por un tanto contra cero. Los marinos llegaron, pues, con las caras largas. Pero, no era el fútbol la razón de sus pesares.

- *Estamos aquí, en el hotel, casi de incógnitos. Nuestros nombres no están registrados en los libros. Miñones, el gallego, es muy buena gente. Si alguien nos llama o nos busca, debe decir que no vivimos aquí, me explicaron.*

Me sentí intrigado. A lo largo de los acontecimientos, desde que nos conocimos a bordo del Hércules, que nos condujo de Lima a Jujuy, pude apreciar en los dos marinos una notable serenidad, que contrastaba con la vehemencia de sus amigos comunistas. Esa noche, los vi preocupados. Su análisis era el siguiente:

La situación política en Lima había empeorado para ellos. La persecución policial contra la líderes del PSR, especialmente contra los generales Leonidas Rodríguez y Arturo Valdez Palacio, era intensa. Varias casas particulares, inclusive la residencia del general Ibáñez Burga, en Santa Eulalia, había sido allanada por la PIP en busca de los fugitivos. Los diarios de Lima habían publicado fragmentos de una carta, atribuida al general Valdez Palacio, en la cual éste solicitaba ayuda militar a alguien que vivía en el extranjero. Todos estos hechos, según los marinos, demostraban el propósito del gobierno de Lima de estrechar el cerco contra los militares retirados, que militaban en las filas del PSR, o que figuraban en sus listas de candidatos. Arce y Faura no se habían inscrito en este partido, insistían en su condición de personas independientes, vinculadas por lazos de amistad con los líderes velasquistas, y de enemistad con el ministro de Marina, Vicealmirante Parodi.

- *A todos se les permite actuar, menos al PSR. Hay un ensañamiento contra nosotros, sostenían, con calor.*

- *Pero, ¿por qué dejaron sus hoteles?*

- *Hace algunos días, nos llamó por teléfono un político peruano. Nos comunicó que habían salido, con destino a Buenos Aires, agentes especializados para atentar contra nosotros.*

- *¿Qué? Me quedé estupefacto. Puse vasos y una botella de whisky sobre la mesa. Me pareció algo asombroso.*

- *¿Qué grado de certidumbre tiene la persona que les ha comunicado ese mensaje? ¿Les merece confianza?, les pregunté.*

- *Estas cosas no pueden discutirse o analizarse por teléfono. Es un político que nos comunica un hecho, sabiendo muy bien que corre un riesgo por transmitir ese mensaje. Nosotros no podemos echar en saco rato un hecho de esta naturaleza, dijo Arce, con convicción.*

- *¿Se puede saber quién es el autor de la advertencia?*

- *Paco Moncloa.*

- *¿Se habrá informado bien Paquito? ¡A veces anda un poco descaminado!, me atreví a decir.*

- *Entre ustedes, los periodistas de trincheras opuestas, hay rivalidades. Para nosotros, es un hombre cuya seriedad no tenemos razón para poner en entredicho.*

- *¿Qué deducen ustedes del mensaje?*

- *Partimos de la hipótesis de que estén en Buenos Aires dos personas, por lo menos, de nacionalidad peruana, que tienen como misión agredirnos, secuestrarnos o asesinarnos. Pueden cumplir con su propósito, ellos mismos o contratar a los profesionales en estos menesteres que aquí abundan...*

- *¿Qué actitud han tomado ustedes?*

- *Hemos puesto el hecho en conocimiento de las autoridades argentinas. Hemos discutido el asunto aquí, en la Policía Federal. Hemos encontrado comprensión y colaboración. Existe el problema del Mundial de Fútbol, que requiere un esfuerzo policial sin precedentes por parte de las autoridades locales. Pero, a pesar de esto, nos han prometido una protección especial. Nos aconsejaron mudarnos a este hotel, que es muy seguro, porque está a cien metros del centro de la prensa. La protección que se da a los periodistas extranjeros, se hace extensiva a este local.*

- *¿Hay algún contacto con el almirante Massera, el amigo de ustedes?*

- *Nos envió sus saludos con un oficial de marina. Se hizo presente, pero, para este caso, el asunto es de la policía. También hemos contratado un servicio de protección particular. Hay dos agentes privados, tomados por recomendación de la policía.*

- *¡Qué me cuentan! Esto es muy grave. ¿Ustedes pagan a los agentes privados?*

- *Estamos arruinados. Nos cuesta un ojo de la cara. Treinta mil pesos diarios cada uno.*

- *¡Diablos! Un millón de pesos al mes. ¿Funciona la casa de cambio? ¿Tienen plata?*

- *Sí, gracias a eso podemos sobrevivir. Pero si esto se prolonga, nos deja en la calle. Por cada 100 mil soles que entregamos en Lima, obtenemos 150 mil pesos aquí. ¡Verdaderamente ruinoso!*

- *¿Quién podría estar interesado en atentar contra ustedes.? ¿El gobierno?*

- *Partimos de hechos, no de conjeturas, dijo Arce. Nosotros hemos sido víctimas de atentados contra nuestras vidas. Te hemos relatado los hechos con amplitud. No son hipótesis; son hechos: la casa destruida de Willy, los impactos de balas en la fachada de mi casa. Estos atentados no han sido investigados; no se ha individualizado a sus autores. Mientras tanto, nosotros no podemos acusar ni al Gobierno ni a nadie en particular.*

- *¿La Marina?*

- *No. Nosotros pertenecemos a la institución; hemos pasado nuestra vida en sus filas. La institución está por encima de cualquier sospecha, afirmó Faura, rotundo, energético.*

- *¿La CIA?*

- *No podemos acusar a nadie sin pruebas. Pero tenemos que adoptar precauciones, afirmó Arce.*

- *Pero en Jujuy, yo te escuché acusar a la CIA de haber intervenido las comunicaciones de Palacio de Gobierno. ¿Puede la CIA considerarlos tan peligrosos como para perseguirlos?*

- *Hubo intervención en las comunicaciones de Palacio. Se afirmó, se afirma aún, que participó la CIA. Pero no hay pruebas, porque el mismo Velasco no quiso que se hiciera una investigación a fondo. Pero esto es ajeno a la situación. Yo he sido víctima de dos atentados; y Willy, de uno ¿Tú descartarías la posibilidad de otro más?*

- *Hay una posibilidad razonable. Pero, ¿qué ganaría quien los secuestrara, por ejemplo?*

- *¿Qué ganó quien atentó contra nosotros en Lima? Arce argumentaba con rotundidad. Había examinado la situación desde todos los ángulos imaginables.*

- *Somos dos vicealmirantes. Somos ex ministros, ex miembros de la Junta Revolucionaria del Perú. Mira las cosas desde tu ángulo profesional, como un periodista político. Imagínate esta noticia: "Dos almirantes peruanos, asilados en Buenos Aires, deportados por el gobierno de Morales Bermúdez, fueron secuestrados". ¿A quién acusas? Agrega una línea: "Pertenecen a un movimiento político izquierdista heredero de Velasco Alvarado".*

- *Sería un golpe directo contra el gobierno de Videla; y contra el gobierno de Morales Bermúdez, afirmé.*

Una llamada telefónica interrumpió nuestro diálogo.

- *Han tomado preso a Leonidas Rodríguez; le han golpeado y herido. Lo condujeron a un hospital, bañado en sangre, es probable que lo deporten, les informé cuando terminé de hablar por teléfono.*

Ambos se pusieron de pie, como proyectados por un resorte.

- *¡No puede ser! ¿Cuándo ocurrió eso?*

- *Esta mañana, cuando Olluco salía a votar. Opuso resistencia y le golpearon. Me acaban de leer los informativos de la dpa.*

- *¿No te dije? A Leonidas no le van a perdonar nunca el haberse burlado del gobierno.*

- *¡Salud!*

Me relataron, a continuación, sus entrevistas con los seis peruanos que habían viajado de Jujuy a Buenos Aires; y de la suerte de Pacho y Apaza. Éstos habían renunciado al asilo en General Picos; se aburrían, era una ciudad fría y de gente recelosa. Los habían traído a Buenos Aires, y se encontraban en los calabozos de la calle Moreno, en espera de una visa del Gobierno de Panamá.

Dos horas más tarde, interrumpió nuestra amena tertulia otra llamada telefónica.

- *Olluco está volando a Jujuy, les informé.*

- *¿Por qué le dices Olluco? ¡Es el general Leonidas Rodríguez!, exclamó Faura Gaig.*

- *He aprendido de ti. Tú también le llamas Olluco.*

- *Sí, pero es diferente; yo lo trato así porque es mi amigo, por cariño...*

¡Toro mata y toro Mata!

La ciudad estaba desierta. Cualquiera hubiera dicho que sus habitantes habían huido. Ni vehículos ni peatones. Los restaurantes, los cafés, estaban vacíos. En algunos establecimientos, grupos compactos, en silencio, miraban absortos las pantallas de televisión.

Millones de argentinos estaban metidos en sus casas frente a sus aparatos de televisión, atentos a sus receptores de radio; todos eran ojos y oídos para el partido de fútbol decisivo en la historia de este país.

Más de mil millones de personas, en todos los rincones del mundo, estaban pendientes de lo que esa tarde iba a ocurrir en el estadio de River Plate, de Buenos Aires. Veintidós hombres, mejor dicho, cuarentidós piernas, iban a protagonizar el partido del siglo.

- ¡Argentina! ¡Argentina!, balbuceaba un chiquillo de dos años, agitando un pequeño banderín. Sus padres almorzaban en el restaurante Munich, en la avenida Corrientes. Yo era el otro comensal. Nadie más había en todo el local. Los mozos, en grupos, desocupados, escuchaban el partido a través de un pequeño receptor de transistores.

De pronto, se escuchó como la exhalación de un monstruo. Parecía como si millones de pulmones hubieran respirado al mismo tiempo. Quizás así fue el latigazo de aire que precedió al estallido de la bomba atómica.

- ¡Oooooooooohh!

Había pasado la pelota, tentadoramente, cerca del arco holandés. Las uñas eran trituradas por millones, la población entera estaba al borde de la histeria.

De pronto, estalló el rugido. Un cañonazo cargado de sentimientos. Se rompieron las compuertas de la emoción:

¡Gooooool argentinoooooo! ¡Gooooool argentinoooooo!

El 25 de junio de 1978 fue la locura.

Levanté mi puño derecho. Me volví a sentir pibe. Lloré. Me abracé con amigos y desconocidos. Temblé. Grité. Sentí orgullo, miedo y pena. Miré al cielo. Cerré los ojos. ¡Argentina campeón del mundo! ¿Quién me habrá observado en mi butaca como atrapado por un extraño exorcismo? ¡Argentina, campeón del mundo! ¡Argentina campeón del mundo! ¿Quién habrá observado mi alma más pura que nunca, más limpia que nunca? ¡Argentina, campeón del mundo! ¿Quién me habrá visto el corazón convertido en una turbina rugiente?

Estas frases corresponden al redactor de *El Gráfico*, la revista argentina que tiró dos ediciones extraordinarias, de 500 mil ejemplares cada una, con ocasión del triunfo argentino.

El mar humano se desbordó sobre la ciudad, sobre toda la República Argentina, sobre todo el mundo donde había un argentino.

*La cancha se ilumina
el juego va a empezar
y aquí sale Argentina
a jugar por el
Mundial*

A pie y en vehículos; niños, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, formaron un torrente, una especie de gigantesca serpiente constituida por millones de seres que gritaban, bailaban, lloraban, se abrazaban, saltaban y cantaban. La serpiente se desplazaba lentamente por calles, avenidas, paseos y carreteras.

Fue la apoteosis.

El cielo lucía colmado de serpentinas, de papel picado, de flores; la bandera argentina parecía estar en todas partes, flameaba impulsada por millones de brazos que se estrechaban, partícipes de una comunión gigante.

La locura del fin del siglo.

El milagro de la televisión que hacía partícipes del espectáculo a miles de millones de personas en todos los lugares del mundo.

- *¡Argentina! ¡Argentina! ¡Argentina!*

*¡Arriba la Argentina!
¡Argentina!*

*Vamos a empezar:
Argentina*

*El pueblo está
presente,*

El pueblo es esta gente

*Que te quiere ver
ganar*

*¡Arriba mi
Argentina!*

Con todo el corazón

Vivamos todo el día

*Que queremos ser
campeón.*

- *¡El que no salta es un holandés! ¡El que no salta es un holandés!*

A saltar se ha dicho. Viejos y jóvenes, hombres y mujeres, saltaban como canguros, frenéticos, incansables. En las escalinatas del edificio del Congreso se ubicaron varios miles de manifestantes, con sus banderas, a saltar en forma

increíble, continua, por una hora, por dos horas, sabe Dios por cuánto tiempo. Era verdaderamente increíble. En Florida, frente a un puesto de periódicos donde se exhibía la fotografía de Kempes, el goleador argentino, un hombre viejo, de rodillas, lloraba mientras hacía la señal de la cruz.

Andrés Aramburú embajador del Perú en Guatemala, abandonó precipitadamente esta ciudad. Con él, se fueron muchos diplomáticos extranjeros. Los terroristas habían amenazado con secuestrarlos y asesinarlos.

Pocas horas después, fue asesinado el presidente de Yemen del Norte.

Un camarógrafo de UPI, Sami Awada, de 21 años, notable por su intrepidez, fue asesinado en el balcón de su casa, en Beirut.

Todo esto ocurría 48 horas antes de que Argentina se precipitara en la locura del fútbol.

El presidente Banzer llegó a Buenos Aires para presenciar el partido decisivo. *Soy democrático en esencia y nacionalista en la práctica*, declaró, mefistofélico. Kissinger también llegó para ver el Mundial. ¿Entre la locura de los asesinos y la locura del fútbol, no es acaso ésta una bella y dulce enajenación?

La Prensa, el diario más serio de Buenos Aires, publicó un titular a todo lo ancho de su primera página, el día del partido: "*La Argentina: Una Encendida Cita de Fe*".

No era un simple partido de fútbol. Ni mucho menos un espectáculo deportivo. Se trataba del encuentro de Argentina con su destino.

La victoria fue conquistada dolorosa, dramáticamente.

A los 37 minutos, Kempes logró el primer gol.

Lágrimas de alegría.

Luego vino el gol de Holanda.

Los corazones subieron a los cuellos argentinos. No podían ni respirar.

Los 90 minutos terminaron con ambos equipos empatados. Tenían que jugar un tiempo extra.

El presidente Rafael Videla estaba en el estadio; y también, el embajador de Holanda, Van der Brandeler.

En Amsterdam, en la Kalverstraat, principal arteria de la capital holandesa, cientos de miles de jóvenes seguían, con idéntica ansiedad, los detalles del partido, en pantallas de televisión, de todo tamaño.

Durante el período suplementario, en Amsterdam, los jóvenes comenzaron por recordar, en forma insistente y nada cariñosa, a la mamá del señor Gonella, árbitro del partido.

Llegó, por fin, el segundo gol de Bertoni.

Y comenzó el baile en Buenos Aires.

En Amsterdam, la policía tuvo que actuar. Jóvenes descontentos se habían dedicado a romper las lunas de algunos establecimientos.

En Argentina, la fiesta fue a todo dar. Ni una luna rota, ni un borracho insolente, ni un robo, ni un acto de violencia. Parecía como si todo el pueblo hubiese suscrito un pacto de alegría sana, desbordante, contagiosa.

Argentina, el once que camina.

Vamos por goles, que el partido se termina.

La locura no era exclusiva de Argentina.

Ese mismo domingo, en San Francisco, Nueva York y Houston, en Estados Unidos de América, un millón de homosexuales y lesbianas salieron en una gigantesca y vistosa manifestación. Disfraces, carrozas llenas de flores, bandas de músicos y confetti.

Hombres que querían ser mujeres bellísimas, y mujeres que querían ser hombres machísimos, desfilaron incansables, alegres, bulliciosos, igualmente respetuosos. El público los veía escandalizarse. Celebraban, en el país más poderoso del mundo, el séptimo aniversario de la ley de libertad sexuales.

En Madrid, dos mil afeminados, dueños de salero y de gracia, tiraban claveles a diestra y siniestra. Ellos festejaban el *Día Internacional del Orgullo Homosexual*.

En New Delhi, nació un monstruo, mitad cabra, mitad ser humano. Sería probablemente, el cabrón del siglo.

Ese mismo día, otros monstruos, dinamitaban un sector del Palacio de Versalles. Monstruos con apariencia e inteligencia humanas.

Locura y más locura.

*Queremos en la copa
jugar nuestro destino...*

- ¡El que no salta es un holandés! ¡El que no salta es un holandés!

En estas circunstancias, en la puerta del teatro San Martín, sudoroso, encontré a uno de los marinos.

- *¿Saltando?*

- *Sí, hombre, hay que saltar; qué bárbaros.*

- *¿Qué es del otro almirante?*

- *Estuvimos juntos, pero se me perdió. Creo que ha conseguido su argentina.*

- *Vamos a mi departamento, te invito un trago.*

Las noticias que llegaban desde Lima no eran muy alentadoras.

El Presidente Morales Bermúdez había declarado que el gobierno respetaría la voluntad popular. Los candidatos deportados, que resultaran elegidos, podían regresar al Perú.

El Jurado Nacional de Elecciones, tan fino en su trato con el gobierno, respaldó inmediatamente esta posición.

Pero los deportados que eran candidatos, como yo; o que siéndolo, no ganaron su escaño, como los dos almirantes, no podíamos retornar a nuestra Patria.

Los partidos que habían ganado las elecciones, el APRA y el PPC, no parecían dispuestos a librar batalla a favor de la libertad de expresión, malamente tratada por el gobierno.

El Departamento de Estado, de Estados Unidos, formuló una declaración muy clara, que destacó la prensa de todo el mundo, en la misma medida que fue disminuida en Lima:

Entendemos que las elecciones generales tendrán lugar y que un presidente y un Congreso elegidos asumirán el poder en julio de 1980. Si bien estuvimos preocupados por las restricciones políticas preelectorales.

El gobierno de Washington, y con él todos los países acreedores del Perú, del área no comunista, recordaban al régimen de Lima, con claridad, el calendario político de su compromiso.

Naturalmente, el Canciller De la Puente hizo una declaración. *La determinación de cumplir con el cronograma político establecido ha sido, es y será de responsabilidad del gobierno peruano.*

En la OEA, Pepito hizo otra declaración solemne: *El proceso ha sido limpio y correcto.*

¿Y los deportados? ¿Y los candidatos presos, esposados y entregados al ejército argentino? ¿Y los periódicos clausurados? ¿Y *Olluquito*, golpeado, herido y expulsado del país?

Nuestro comportamiento en el fútbol fue desconcertante.

Como siempre, empezamos ganando y terminamos con una paliza desmoralizadora.

Leamos algo que no se dijo en Lima. Uno de los jugadores suplentes hizo el siguiente comentario para *El Gráfico*:

Ahora me culpan por el 6 a 0 contra Argentina, pero nadie aclara que el equipo llegó destrozado internamente a ese partido. Todos vieron el gesto de fastidio de Velásquez cuando salió del campo, pero pocos saben que éste fue el líder de la rebelión contra Muñante, porque la Federación Peruana resolvió respetar los sueldos que gana cada uno en su club y Muñante, que juega en México, ganó más del doble que sus compañeros e hizo mucho menos. En la concentración, en una ocasión, casi se van a las manos. Y eso ocurrió bastante antes del cotejo con Argentina.

- ¡Toro Mata!

- ¡Toro Mata!

La música peruana quemaba la sangre en el 402 del hotel River House. Ganados por la euforia del Mundial, estábamos celebrándola a lo grande.

- ¡Toro Mata!

- ¡Toro Mata!

Carmen y Amelia aprendieron, en un santiamén, a mover la cintura y algo de más abajo. El marino y yo defendíamos los colores rojiblancos.

Armamos una fiestecita inesperada, como quien dice, una jarana familiar.

- ¿Conoces a las chicas que viven en el primer piso?, había preguntado el almirante al segundo scotch.

- Sí, pero sólo de saludo. Tienen novios o maridos, a veces las veo acompañadas, le contesté.

Pálida, muy delgada, de firmes y hermosas formas, era Carmen. Siempre con el ceño fruncido. Un poquitín más gordita, con un acento porteño muy marcado, de grandes ojos, era Amelia, *la gallega*.

Solían permanecer hasta muy tarde, a veces en la madrugada, conversando, fumando, en el pequeño vestíbulo del hotel.

- *¿Qué hacen en el día del Mundial?* , pregunté por teléfono.

- *Nada; leyendo unas revistas.*

- *¿Les gustaría acompañarnos a tomar una copa de champagne? Estoy con mi amigo, el ex ministro,* le dije para dar más cuerpo a mi insinuación.

- *¿El Lobo? ¡Con mucho gusto! Subimos en quince minutos.*

- *¿A cuál de ustedes le dicen "El Lobo"? Parece que las chicas tienen bien fichado, a uno de los dos.*

Mi interlocutor sonreía.

- *¿Pero tienes champagne?*, preguntó intrigado el marino.

- *Francés, de la mejor calidad, especial para esta oportunidad.*

Rápidamente, envié a helar la botella en la cocina del hotel, que quedaba en el sótano. Miñones, nuestro hotelero, colaboró con sus copas. Con galletas y cuatro variedades de quesos, quedó constituido nuestro *buffet*.

Personaje central: una grabadora profesional.

Recibimos a nuestras invitadas con el himno del Mundial, a todo volumen. Esa noche valía todo en todo Argentina.

*La cancha se ilumina, el juego
va a empezar y aquí sale
Argentina a jugar por el
Mundial.*

- *¡Salud, chicas!*

El Lobo tomó las posiciones de combate.

El piso no se prestaba para el baile. Estaba cubierto por un tapizón bastante grueso. Emigramos, pues, el corredor, relativamente corto, frente al ascensor. Tal vez unos diez metros cuadrados, suficientes para festejarlo en grande.

Si supieras

*que aún dentro de mi
alma*

conservo aquel cariño

que tuve para ti.

Quién sabe si supieras

*que nunca te he
olvidado,*

volviendo a tu pasado,

te acordarás de mí...

El Lobo cantó, con voz recia, sentida, con esa pasión que el porteño pone en el tango arrabalero.

*Volver, con la frente
marchita...*

Carmen y Amelia contestaron a dúo. Otros inquilinos fueron sumándose al grupo.

- Ah, viva el Perú, ché... Ese seis a cero, ché, nos dio la victoria, ¡salud!

Era un brindis que fastidiaba la paciencia. Pero la fiesta era la fiesta.

- Bailemos todos, cantando a coro, agarrados de las manos.

- Pero, ¿qué podemos bailar?

- Pues... el Mundial.

Saltemos y cantemos

*por un Mundial de
amor*

*por el mundo que nos
viene a visitar*

*las puertas siempre
abiertas,*

la mano más cordial.

*Hagamos de esta
fiesta*

la gran fiesta nacional.

Los marinos cambiaron de hotel, una vez más, por motivos de seguridad. Estaban más tranquilos. La vida en la ciudad, después de la locura del Mundial, tendía a normalizarse. Como resultado inmediato, los precios comenzaron a bajar. Alrededor de 50,000 extranjeros habían dejado la ciudad.

El 2 de julio, los tres expatriados fuimos a las oficinas de la policía para el control reglamentario. Nos recibió el Comandante Sabattini, subdirector de Migraciones del ministerio de Relaciones Exteriores.

Sumamente gentil, nos hizo pasar a la oficina del señor Amico. Nuestra conversación fue prolongada, cordial.

- El gobierno argentino me encarga entregarles el equivalente de 300 dólares, para contribuir a los gastos de estadía de ustedes en nuestra ciudad. Nos sentimos honrados por la presencia de la calidad moral e intelectual de ustedes. Sabemos perfectamente quiénes son y los problemas que deben confrontar durante este exilio. Las limitaciones monetarias son comunes en nuestros países.

Nos hizo anotar varios teléfonos, a donde debíamos llamarlo, tan pronto necesitáramos algo.

- ¿Qué es de nuestros amigos peruanos?

- Están aquí los señores Pacho y Apaza; no pueden aún viajar porque el gobierno de Panamá no nos facilita la visa respectiva. Nos han garantizado que el 12 podrán viajar. El general Leonidas Rodríguez viajó el 5 a Panamá. Estuvo muy contento, aquí se encontró con algunos amigos en la Escuela de Policía Montada.

Nos entrevistamos con Pacho y Apaza. Se sintieron aburridos, muy solos, en General Picos; y prefirieron regresar. Podían moverse dentro del edificio, llamar por teléfono y recibir visitas. Esperaban viajar muy pronto a Panamá.

El 8 de julio recibí una llamada a las 6 de mañana.

- Alfonso, ha muerto mi padre.

Guillermo Faura Gaig, hablaba entrecortadamente. Estaba bajo una impresión muy dolorosa.

- Quiero que me hagas el favor de acompañarme a Migraciones, en tu condición de periodista. Si no me dan la visa, ¿me acompañarás al aeropuerto? Voy a comprar mi pasaje allá, si no me dejan salir, haré un gran escándalo. ¿Me acompañarás como testigo?

- Claro que sí.

Llovía torrencialmente.

A las 9 estuve en el hotel de Faura. Allí encontré a Arce Larco.

- He hablado con el embajador Valdivieso. Me ha prometido hablar con Morales Bermúdez. Estoy esperando su llamada.

- ¿Y tu pasaje?

- Estoy averiguando en qué compañía hay un asiento vacante.

A las 2 de la tarde llegó la autorización para el viaje.

Faura viajó con un permiso de quince días. Después, debería volver, bajo palabra, a Buenos Aires, por su propia cuenta. Era el compromiso con las autoridades argentinas.

El 14 de julio el gobierno de Lima decretó una amnistía general. Todos los deportados podían retornar al Perú.

Días antes había autorizado la reapertura de El Tiempo.

La situación parecía, pues, normalizarse.

Arce Larco vino a verme, preocupado:

- He estado en el consulado del Perú, no hay autorización para viajar. ¿Y tú?

- Yo no he hecho ninguna gestión. Debo concluir un trabajo aquí; pensé que todo estaba arreglado.

Una semana después volvimos a hablar.

- Recién hoy me han autorizado para viajar. No me voy a Lima. Yo no tengo garantías allá. Me voy a Caracas, y de allí, me pierdo.

Nos despedimos.

El 28 de julio asistí a la Casa Rosada, al despacho del coronel (r) Vicente Manuel San Román, director general de Seguridad Interior del gobierno argentino.

El contacto lo obtuve a través del ministerio de Relaciones Exteriores, gracias al comandante de marina, retirado, señor Parodi. Éste era un caballero extremadamente cordial. Supo que el gobierno peruano por intermedio de la Asamblea Constituyente, había girado los pasajes para todos los deportados.

- ¿A usted le enviaron su pasaje, doctor Baella?

- No, para mí no hay pasaje.

- Entonces, el gobierno argentino le extenderá su pasaje.
- No, comandante, muchas gracias, tengo el ticket de Aeroperú, la compañía de mi patria.
- ¿Los señores almirantes?
- Viajaron con su dinero.

Frente al coronel San Román, hay que tener una buena dosis de paciencia. Es un militar huraño, de pocas palabras. Pero no hay hueso duro para un periodista.

- Señor coronel, ¿cómo se explica que el Ejército de Argentina reciba a un grupo de políticos peruanos, en calidad de prisioneros, sin documentos y sin dinero? Esto es inusual en las relaciones entre los dos países.

- Suponga usted que lo piden a nivel muy alto. Aquí, el gobierno, el presidente Videla, todos, sentimos gran aprecio por el Perú, por su gobierno, por su presidente. Si el Perú nos pide algo, pues lo hacemos. Así se portan los amigos, contestó.

- Mis compatriotas han denunciado que permanecieron aquí en calabozos para delincuentes comunes, en cuyas paredes habían inscripciones que revelaban que los prisioneros que los ocuparon con anterioridad, estuvieron aterrizados... había manchas de sangre.

- ¿Qué inscripciones?

- "Mamá, ven, te necesito...".

- Las paredes de las celdas son pintadas frecuentemente, por higiene. ¿Cómo se imagina que vamos a tener paredes, como usted dice, con inscripciones y con manchas de sangre? ¡Es absurdo! No han estado presos. Estuvieron depositados porque renunciaron al asilo otorgado por nuestro gobierno. No hay otro lugar dónde alojarlos.

- La comida que les proporcionamos fue de muy mala calidad. Una bazofia, afirmé.

- Es la comida que consumen los empleados de esa dependencia. No es una bazofia. No podemos comprar el menú de un restaurante; pero está muy lejos de ser una bazofia.

- Los ex ministros estuvieron en peligro. Pudo haberles ocurrido cualquier cosa.

- Pero no les ha ocurrido nada; ni un cabello han perdido. Ni ellos ni los comunistas. ¿Qué hubiera ocurrido si alguien se hubiese roto un dedo en un accidente? El culpable hubiese sido el gobierno argentino. Por eso, los tuvimos a todos bien cuidados. Imagínese lo que esto significa, en pleno Mundial de Fútbol.

- ¿Garantizaron la seguridad de los detenidos?

- Nadie puede garantizar la seguridad. Se hace todo lo posible. Cuatro de nuestros mejores agentes los han cuidado de día y de noche. Dos hombres y dos mujeres. Carmen y Amelia son dos ases de la seguridad. A propósito, mis felicitaciones por ese baile, ¿cómo se llama? ¿Toro mata? Estoy informado que usted lo hace muy bien. Y al almirante, cuando lo vea, felicítelo en mi nombre. Sus interpretaciones del tango son bastante aceptables.

El 2 de agosto, día de san Alfonso, en el calendario gregoriano, a las 12 de noche, estuve de vuelta en Lima.

La aventura del destierro, de la cual ésta es una apretada síntesis preparada para usted, querido lector, había terminado.

Comenzaba otra, la aventura periodística, la cual, gracias a Dios, no termina jamás.

El 13 de octubre, el Presidente Morales Bermúdez reconoció que las deportaciones de mayo había sido un "error político".

El 11 de diciembre, la Fuerza Aérea de Estados Unidos prohibió el despegue de sus 700 aviones Hércules; y envió una circular urgente a los 43 países que tienen en servicio estas máquinas.

Los Hércules comenzaron a caer a tierra, como moscas. Probablemente, tenían un defecto de fabricación.

En uno de estos Hércules se consumó nuestro secuestro.

El viaje de los trece exiliados -número cabalístico y siniestro- se hizo, pues, en una especie de ataúd gigante. La parca fue nuestro copiloto.

Epílogo

En mayo de 1978, el gobierno desdeñó sus leyes y utilizó la violencia física contra quienes consideraba sus adversarios.

Quien planeó este operativo se propuso, obviamente, alcanzar determinados objetivos que, según nuestro análisis, pudieron ser los siguientes: a) impedir el paro nacional; b) acallar la protesta por el encarecimiento de la vida; c) reactivar la economía, y d) impedir el acceso de la extrema izquierda a la Asamblea

Constituyente. Todo esto, para garantizar la estabilidad del gobierno y para asegurar el cumplimiento de su programa político.

Cinco meses después, en octubre, el Presidente Morales Bermúdez dijo que las deportaciones constituyeron "un error político". El gobierno admitió, pues, el fracaso de sus acciones represivas de mayo.

En efecto, el paro nacional se cumplió hasta el último minuto, tal como lo habían proyectado sus organizadores. Las protestas de los sectores más castigados de la población, continuaron en todo el país, por el resto del año, dejando un saldo cuantioso de pérdidas materiales y de vidas humanas. El plan de reactivación económica, si existió, no pudo ponerse en práctica. Por último, en las elecciones del 18 de junio, la extrema izquierda, que propicia el licenciamiento de la Fuerza Armada, y su reemplazo por milicias populares, conquistó 16 de las 100 bancadas de la Asamblea Constituyente.

Los resultados del "error político" fueron catastróficos.

Hagamos algunas observaciones más: los partidos Apra y PPC lograron 37 y 25 escaños, respectivamente. Forman, juntos, la mayoría de la Asamblea. Estas agrupaciones representan las tendencias políticas tradicionales contra las cuales la revolución golpeó durísimamente a lo largo de siete años.

Setenta y ocho escaños están en manos de agrupaciones contra las cuales el gobierno usó, en mayor o menor medida, la violencia represiva.

El Partido Demócrata Cristiano, inspirados, aliado y beneficiario del gobierno de Juan Velasco Alvarado, por poco desaparece del mapa político. Apenas alcanzó dos bancadas. El Partido Comunista, moscovita, aliado tradicional de las peores dictaduras del pasado y, por cierto, de Velasco, conquistó seis asientos.

Otra agrupación, el Partido Socialista Revolucionario, alcanzó inesperadamente el suficiente número de votos para conquistar seis escaños. Nos atrevemos a pensar que esta votación fue consecuencia de la violenta represión de que fuera víctima el líder de esta agrupación, el general retirado Leonidas Rodríguez Figueroa y sus principales candidatos. Desde el punto de vista lógico, este partido sólo debió obtener, en el mejor de los casos, el mismo volumen de votos que el Partido Demócrata Cristiano. No debemos olvidar que los promotores del PSR son los antiguos dirigentes del Movimiento Social Progresista, también beneficiarios de la Primera Fase de la Revolución, pero con menos atractivo político que los demócrata cristianos.

No pretendo explicar los resultados electorales como una consecuencia exclusiva de la violencia oficial y de las actitudes que, frente a tales agresiones, adoptaron los distintos sectores. Pesan también otros factores. Pero creo que la violencia es el principal.

El país, en la última década, ha retrocedido notablemente en lo que se refiere a confrontaciones ideológicas. La población se ha incrementado en forma notable, pero la circulación de diarios y revistas ha disminuido verticalmente. Los peruanos, en 1978, leen diez veces menos que hace una década. Los diarios carecen de credibilidad.

La radio y la televisión son vehículos de cualquier cosa, menos de cultura. La política ha ido simplificándose peligrosamente. Todo lo malo se atribuye al gobierno. Existe la tendencia irracional hacia las generaciones más duras. El gobierno responde en forma igualmente simple: todo lo que ha hecho en los diez años es bueno; y si hay algo que no salió bien, es por culpa de la *coyuntura internacional* o porque hubo un *error de buena fe*.

Lamentablemente, el gobierno parece desdeñar la experiencia de junio de 1978. Insiste en utilizar la violencia oficial contra sus adversarios.

El DL 22339 pretende legalizar la violencia. Es una draconiana disposición para amedrentar a la población que, desde hace una década, está sujeta a medidas compulsivas crecientes.

Al control de los medios de comunicación, se ha añadido la fiscalización de las conversaciones telefónicas y el rastreo de las conversaciones privadas de una parte apreciable de la población. Existen sistemas muy modernos para este tipo de vigilancia.

Con los resultados del 18 de junio, después de diez años de experiencia gubernativa, ante una pertinaz política represiva, hay que preguntarnos cuál puede ser la evolución política del Perú en el corto plazo.

¿A dónde nos conduce esta política de violencia oficial?

La extrema izquierda está aplicando en el Perú los métodos, mundialmente experimentados a lo largo de casi un siglo, de la lucha de clases. Las huelgas se multiplican. Existen las condiciones adecuadas provocadas por la crisis económica.

El gobierno responde con medidas de fuerza, con la idea que de este modo va a evitar nuevas huelgas. Aquí está su error fundamental. A mayor violencia del gobierno, es mayor la excitación y la violencia popular.

Tengo la impresión de que el líder comunista peruano, antes que producto de una evolución ideológica, es resultado de la violencia oficial. Ese líder es, usualmente, un hombre inteligente, valiente, honrado, con un notable sentido de sacrificio personal, que lucha por el poder para destruir una sociedad, a la que considera injusta, e instaurar otra —aquí está su talón de Aquiles— de la cual no tiene una idea exacta.

Más de uno se sentirá escandalizado por lo que acaba de leer. Es común entre nosotros atribuir al adversario todos los defectos imaginables; y exigir para sí, todas las virtudes. Creo que debemos ser menos mentirosos. Pero, no quiero apartarme del motivo de este epílogo.

El líder comunista no logra el prestigio político de que goza ante el pueblo, por las virtudes que he dejado anotadas. La masa le admira, le concede su voto, le proporciona amparo en la medida en que es objeto de la violencia oficial. Su prestigio está hecho por el número de veces que ha ingresado a la cárcel; por su esposamiento público, en calles y plazas; por su exhibición en los tribunales, como un delincuente común; por las deportaciones abusivas de que es víctima.

En este camino de violencia, la muerte está acechando por ambos lados. Pero, cada gota de sangre derramada beneficia a la izquierda, porque aumenta el prestigio del líder ante la masa.

En los escritorios de los abogados, gerentes y hombres de Estado, suelen causar risa los planteamientos económicos de los líderes de la izquierda. Parecen descabellados. Lo son, con frecuencia. Pero esas exigencias no están orientadas a resolver un problema, a mejorar la producción. Tienen por objeto satisfacer la vehemencia de la masa golpeada, hambrienta e iletrada.

A medida que se avanza en este camino de violencia, también se va generando un fenómeno muy preocupante por parte de los hombres que usan la violencia desde el gobierno.

Se va produciendo una especie de endurecimiento de las conciencias.

Se comenzó a usar la violencia, al principio de la revolución, encarcelando y deportando sin razón, con la promesa de un cambio de estructuras.

Hoy, esas promesas han sido enterradas por una realidad dramáticamente diferente. No existen tales cambios. La violencia se usa para mantener un sistema que, frente al empobrecimiento de millones de peruanos, parece orientado exclusivamente a consagrar los privilegios de una clase gobernante.

Estamos, pues, ante el riesgo de institucionalizar la violencia por ambas partes. Por el lado del gobierno, para mantenerse en el poder; y por la extrema izquierda, para incrementar su prestigio político.

No podemos negar una realidad: el distanciamiento, cada vez mayor, entre la población civil y las instituciones militares. La primera padece la crisis económica, y las segundas, viven al margen de ellas.

Aquí debemos precisar algunos conceptos básicos.

Una Fuerza Armada no puede padecer los resultados de la crisis económica. Por su propia naturaleza, debe mantenerse al margen de esa crisis. Los soldados tienen que estar bien alimentados, saludables, en óptimas condiciones para entrar en acción.

El Perú *necesita* su Fuerza Armada. No es éste el lugar ni el momento para abundar en razones sobre las virtudes de esta institución y de quienes, por vocación, la abrazan.

En el momento actual, el nivel de vida de que gozan los militares peruanos no es extraordinario, si se tiene en cuenta lo que ganan en otros países de América Latina.

Estas afirmaciones disgustarán a más de uno. Pero, resulta difícil entenderse si las cosas no se toman como son.

¿Por qué, entonces, existe este abismo entre quienes están uniformados y quienes no lo están?

Porque el empobrecimiento de la población es muy grande y se ha precipitado, con rapidez inusitada, durante los años de la revolución. Para una masa de millones de desamparados, el status militar aparece como un privilegio.

Pero este nivel de seguridad de nuestro aparato castrense no explica, por si solo, el fenómeno político que vive el país.

Hay errores del gobierno que, necesariamente, deterioran el prestigio de la institución.

Una revolución, que debió restablecer el concepto de la disciplina y del respeto al principio de la autoridad, comenzó por atentar contra estos dos pilares sobre los que debe construirse la Nación.

Ocurrió esta desgracia porque el general Velasco llevó al gobierno, como aliados y consejeros suyos, a civiles oportunistas que han hecho del socialismo un negocio y que quisieron aprovecharse de una revolución militar.

Se implantó un lenguaje triunfalista, ofensivo para el país. Se tomó el gobierno como un feudo. Se cometieron muchas arbitrariedades contra la población civil y también dentro de las mismas filas de la Fuerza Armada.

La Segunda Fase ha superado muchos errores, pero no todos. Algunos se han agravado.

A medida que la crisis se acentúa, la tensión política es mayor.

La violencia extremista será también mayor. Es la ley de la lucha de clases. Los paros nacionales, cada vez serán más efectivos y más frecuentes; y el volumen electoral del extremismo, será creciente.

Un movimiento anticomunista, para tener éxito, tendrá que ponerse en otro extremo de violencia contra el gobierno. El abrazo con el gobierno resulta políticamente un suicidio.

Vemos, pues, un futuro malo. Una Fuerza Armada desvinculada del país y una radicalización de las masas. Un país caótico a corto plazo.

El remedio es uno sólo: el restablecimiento del Estado de derecho.

La paz social, la recuperación de la economía, el abrazo entre el pueblo y la Fuerza Armada, no será consecuencia de la nueva Constitución. Será el resultado de la adopción de medidas concretas: fijar la fecha de las elecciones y entregar el poder de los elegidos por el pueblo.

El Estado de derecho utiliza la violencia, pero con la ley en la mano.

Dentro de él, los extremistas también utilizarán la violencia. Pero no podrán acceder al gobierno con el solo uso de la violencia. Trabajarán mucho para ganar adeptos, exponiendo sus ideas y formulando programas.

Es decir, además de comunistas, tendrán que ser políticos y estadistas. Como ocurre en Europa Occidental, en Venezuela y en otros países. Esto obligará, a quienes no somos comunistas, a trabajar más para ofrecer un mundo más atractivo y más justo que el mundo socialista.

La violencia, en la política, siempre es un error. Ni las cadenas, ni la sangre, matan las ideas. Por el contrario, las fertilizan. Las dictaduras están condenadas a hundirse, y la libertad a prevalecer.

San Isidro, 20 de diciembre de 1978

